



*Simplemente
Perfecto*

KARIN
DOYLE

Simply
Perfecto



KARIN
DOYLE

Esta novela es una obra de ficción. Todos los nombres, lugares, situaciones y caracteres son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas vivas o muertas son pura coincidencia.

Simplemente Perfecto

Copyright © 2018 por Karin Doyle

Editor: Karin Doyle

Diseño de cubierta: Karina Millar Fernández

Sello: Independently published

ISBN: 9781731592064

Todos los derechos están reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni el registro en un sistema informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

*Para mis chicas de internet, mis amigas a distancia, que me han
dado tanto. ¡Algún día las conoceré!*

Y a Kristy, por quien ruego nunca encuentre este libro.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Reseña bibliográfica](#)

Prólogo

1817

El honorable heredero del vizcondado de Torrington, Andrew Clayton, no tenía nada de honorable mientras pensaba, entre sorbo y sorbo de licor, en cuánto detestaba a sus padres y en lo poco que le importaba en esos momentos que uno de ellos estuviera perdido en medio de una gran tormenta.

Desde que había sido un mocoso imberbe, jamás había mantenido una relación ni medianamente amorosa con esas personas que se hacían llamar sus padres, pero que le prestaban más atención al color del pelo de un caballo que a él. Claro que los vizcondes de Torrington se habían preocupado por la educación de su único hijo y heredero, pero eso se debía más a un deber social que algo nacido del amor paternal. Paternal ni maternal no eran palabras que se pudieran asociar con los vizcondes. Habría más verdad en decir que el diablo era un santo.

Andrew no los quería y sus padres tampoco a él, y su relación solo existía cuando de mantener las apariencias frente al resto de la sociedad se trataba; así es como se resumía la relación entre ellos; y es por ese motivo que no le encontraba sentido alguno estar a la espera de noticias del vizconde, cuando muy bien podría estar disfrutando de los placeres que le otorgaba la buena vida londinense.

Lo que más lo preocupaba de todo era que su padre estuviera muerto, pero no por solidaridad y mucho menos cariño, sino porque en su ausencia le correspondería a él hacerse cargo del título y de su madre. No quería ninguno de los dos. El título porque conllevaba una gran cantidad de responsabilidades, y a su madre, porque esa bruja solo le daría malas miradas y le reprocharía por parecerse a su padre sentenciándolo en cada oportunidad

a cometer los mismos errores que el vizconde.

Bufó molesto. No sabía si había veracidad en sus palabras, pero estaba condenado si cumplía las profecías de lady Torrington. Primero dejaba de arder el infierno.

— ¿Crees que hayan encontrado al vizconde?

Andrew alzó los ojos y los dirigió hacia el lugar de donde venía la voz, recordando tardíamente que no estaba solo, sino que Rayne, su mejor amigo, le hacía compañía desde hacía ya varias horas.

—No lo creo— respondió, levantándose para llenar nuevamente su vaso con licor—. Es difícil avanzar con esta lluvia, y mucho más encontrar a alguien.

El vizconde de Torrington había salido de viaje junto a su esposa hacia Escocia, pero en el camino una tormenta sin precedentes había tenido lugar, lo que los hizo detenerse en una posada en Warwick. O al menos eso es lo que había hecho lady Clarissa, mientras que el terco de su esposo había decidido continuar a caballo, perdiéndose en las inmediaciones del camino que llevan a Birmingham.

Avanzando hacia el escritorio color caoba estilo Chippendale que ocupaba un gran tramo de su biblioteca, rellenó su vaso y aprovechó la oportunidad para coger la campanilla y llamar a su mayordomo. Tanta espera le había provocado hambre.

—Si llegara a suceder lo peor ¿estás preparado para ser vizconde? — preguntó Rayne, mirándolo por su copa a medio llenar.

Andrew le lanzó una mala mirada que él decidió ignorar.

—No sería tan malo— continuó Rayne—. Ya ves, yo soy conde y aún sigo vivo.

Rayne Saymour, conde de Richmond, había asumido el título cuando apenas tenía nueve años luego de la muerte de sus padres en un asalto. Andrew

nunca había preguntado los detalles, pero comprendía que tenía que haber sido algo difícil para él; no tanto como para Andrew, que ya a sus veintisiete años era bastante apto como para hacerse cargo del vizcondado. El quid de la cuestión era que no lo quería.

Un toque en la puerta lo sacó de sus cavilaciones, y Andrew dio permiso para que ingresaran.

La puerta se abrió con un tenue chirrido que solo competía en molestia con el constante repiquetear de la lluvia en las ventanas.

—¿Qué desea, milord?— preguntó Griffin, su estirado mayordomo.

Andrew se volteó hacia él.

—¿Podrías traerme algo de comer?— dijo— Lo que sea, pero rápido. Y para el conde...— lanzó una mirada a Rayne, quien jugaba con el escaso líquido que quedaba en su vaso.

—Nada, sabes que soy de un estómago sensible— dijo Rayne dándose un par de palmadas en el abdomen.

—Bien, escuchaste. Tráele algo que no le sienta mal a su sensible estómago— ordenó Andrew.

—¿Y eso sería...?— repuso Griffin.

Andrew chasqueó la lengua.

—Eso mismo que estás imaginando.

—Lo siento, milord, pero no imagino nada.

—¿Estás conforme con eso, Rayne?— dijo Andrew afirmándose en el escritorio.

Rayne alzó las cejas.

—Eso fue lo que dije hace un momento— contestó—. No hay nada que se

me antoje más que la nada.

—Ya escuchaste, ahora vete— dijo Andrew.

El mayordomo apretó los labios y asintió rígidamente, para luego irse murmurando entre dientes coloridas maldiciones que Andrew prefirió ignorar.

—No deberías ser tan malo con tu mayordomo, especialmente cuando ya está así de viejo— dijo Rayne.

—Podría ser tan viejo como Matusalén, pero sigue siendo un demonio que se burla de mí en cada ocasión— repuso Andrew mientras volvió a tomar asiento —. Te puedo asegurar que dentro de poco se vengará de mí.

Si no fuera porque tenía en consideración al viejo mayordomo y era para él una constante en su vida (pues había estado a su servicio más de quince años), hace mucho que lo habría despedido debido a lo impertinente que podía llegar a ser.

Suspirando, sus pensamientos volvieron al asunto de su padre. Si su instinto era el correcto, y ese cosquilleo que recorría moleestamente su espina dorsal en anticipación a un desastre estaba en lo cierto, Andrew podría llegar a concluir que las cosas venideras no serían buenas ni tampoco de su agrado.

Él no era supersticioso, pero la experiencia le había hecho entender que ese sexto sentido que se manifestaba en un cosquilleo por su espalda siempre era correcto. Como en aquella vez en que compró un caballo que resultó ser robado y tuvo que entregar a su verdadero dueño sin que a él se le hubiera devuelto su maldito dinero; o aquella en que fue el único idiota que escogió pescado en lugar de pollo en la cena de los Fenwick y terminó con una indigestión de los mil demonios.

En un principio nunca le hizo caso, pensando que eran imaginaciones de su sobre excitable mente, pero terminó por convencerse cuando lo molieron golpes por culpa del bastardo de su amigo Eddie por involucrarlo en unos asuntos de faldas con una mujer casada. Por eso él nunca se enredaba con casquivanas casada a no ser que sus esposos estuvieran al tanto de sus comportamientos licenciosos y no les importara. Oh, y tampoco con jovencitas

casaderas de buena familia. Esas eran las más peligrosas, que con sus sonrisas angelicales podían atarle a un incauto caballero la soga al cuello por toda la vida; en cambio con las casadas lo peor que podía pasar era recibir una paliza por matones de sus cornudos y celosos maridos o tener que salir huyendo medio desnudo por las calles en plena noche.

Nunca había pasado por eso, pero el tener a Eddie como amigo le abastecía de información, y podía aprender de los errores ajenos. No como el idiota de Edward Daltrey, que no aprendía ni de los suyos, por eso es por lo que se encontraba autoexiliado en Francia.

Se pasó una mano por la cabeza y tarareó una melodía sin sentido, mirando de reojo el reloj que colgaba de la pared y que en unos pocos minutos marcaría las nueve de la noche.

Ya era bastante malo que lloviera, pero ahora que era entrada la noche la búsqueda del vizconde se dificultaría aún más.

—Creo que lo mejor será que me vaya— dijo Rayne, interrumpiendo su línea de pensamiento.

Andrew asintió. Al parecer no era el único que se había dado a la tarea de mirar el reloj.

—¿Quieres que te preste mi carruaje?

Se acercó a su escritorio con aire distraído, pensando que tal vez debería continuar con el papeleo que había dejado inacabado horas atrás, cuando llegó su amigo.

—No si quiero seguir vivo— dijo Rayne levantándose, a la vez que le sonreía con un deje de ironía.

«*Buen punto*» pensó Andrew dándole la razón. Salir en carruaje podría ser peligroso, en especial porque el suelo se volvía fangoso y las ruedas podían quedarse atascadas. Un caballo era la mejor opción. Más rápido, más seguro, y más manejable.

Se sentó tras el escritorio en su enorme sillón de terciopelo y miró los papeles esparcidos sobre el mueble con una mueca de fastidio. Cómo odiaba con toda su alma el maldito papeleo. Si el infierno de los hombres no fueran las mujeres, de seguro lo sería el papeleo.

Resopló y tomó la campanilla para llamar a un lacayo para que ensillara el caballo del conde, pero un fuerte golpe proveniente del pasillo lo detuvo.

"¡PUM!"

Andrew hizo una mueca. ¿Qué carajos estaba pasando en el pasillo? ¿Acaso le habían enviado un elefante desde África sin que él se diera cuenta? Se mesó el cabello y se levantó para echarle una mirada al corredor, pero antes de que lograra siquiera salir de detrás del escritorio, la puerta se abrió abruptamente dejando ver a un hombrecillo menudo y encorvado que parecía estar derritiéndose por los charcos de agua y lodo que dejaba por donde pasaba.

Diablos, eso no saldría con facilidad de la alfombra, pensó volviendo a tomar asiento.

— ¡Señorito Andrew! — exclamó el hombre situándose frente a él y quitándose con sumo respeto el gorro que cubría su canoso cabello.

Andrew lo reconoció como Trevor luego de unos segundos. Trevor era un hombre de edad avanzada y cuerpo enjuto, jefe de caballerizas en Green Manor, la propiedad que sus padres tenían en Kent, el cual lo conocía desde que era un crío; y el único hombre que parecía creer que llamarlo "*Señorito*" era considerado agradable. Agradable como una verruga, pensaba Andrew.

El sonido de un chapoteo lo distrajo, y Andrew vio con sorpresa cómo su mayordomo ingresaba a la biblioteca de un largo patinazo (bastante elegante tenía que reconocer).

— ¡Milord! — se quejó mirando a Trevor con acritud y alisándose el atuendo con disimulo— Le dije que esperara afuera, pero se negó.

Andrew alzó las manos, tratando de calmar los ánimos antes de que

volvieran a hacer lo que sea que habían estado haciendo en el pasillo.

—No te preocupes Griffin— dijo mirándolos a ambos con impasibilidad, sin dejar notar su gran desconcierto —yo me encargaré de él— añadió cuando vio que el mayordomo iba a protestar.

Griffin no parecía estar muy convencido, pero se retiró con la nariz alzada, murmurando algo entre dientes parecido a «*pero quién limpiará la alfombra*» o quizás él entendió mal y en realidad dijo «*tiene tanto potencial que asombra*». Quería creer lo segundo, pero no sabía a qué potencial podría referirse.

Tal vez al de buen patrón.

Tratando de no gruñir por las faltas de respeto de su viejo mayordomo, Andrew lanzó una mirada a Rayne, quien se había vuelto a sentar y a su vez lo miraba arqueando las cejas con gesto interrogativo.

Se aclaró la garganta, y miró a Trevor quien tenía los labios fruncidos y retorció con nerviosismo entre sus manos su viejo y desgastado sombrero que había visto hace muchísimos años tiempos mejores, y que le provocaría una apoplejía de tan solo verlo al ya fallecido James Lock. A Andrew siempre le había sorprendido que un hombre como él fuera capaz de tener un sombrero de tal calidad.

Mirando al hombre con gesto inexpresivo, Andrew se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos sobre el escritorio con gesto indolente.

—Dime Trevor ¿Encontraron al vizconde? — inquirió, prefiriendo ir directo al grano. Sabía que Trevor había sido uno de los hombres encargados de la búsqueda del vizconde, por lo tanto, si lo había ido a visitar era porque lo más probable es que tuviera noticias.

El anciano lo miró apesadumbrado y soltó un largo suspiro para luego responder lo Andrew sospechaba: su padre estaba muerto.

Trevor le contó que lo habían encontrado hace algunas horas en un despeñadero en las cercanías de Birmingham. Al parecer, el hombre se había

caído del caballo y se había golpeado la cabeza contra unas rocas.

—El ruano era conocido por ser nervioso— había explicado el buen hombre—, por eso lo llamábamos *Wirry*, no solo porque fuera chupado. Debió de haberlo asustado algún trueno.

Andrew escuchó toda su explicación en silencio y luego despidió al bueno de Trevor, pensando que tal vez debería de haber mostrado algo de tristeza como la que surcaba todo el marchito rostro del anciano.

Pero diablos, él no era hipócrita, y no podía expresar algo que no sentía ni sentiría aunque lo amenazaran con un sable.

Nunca había querido a su padre y no pensaba comenzar a quererlo ahora que ya estaba muerto. Para él había sido más un bastardo desconocido que otra cosa; un hombre que solo se preocupaba por su educación y nada más, dándole una crianza carente del afecto paternal que tanto necesitaba un niño.

Y no podía decir mucho en favor de la malnacida de su madre.

Lady Clarissa, una mujer que parecía nunca haberlo querido por el simple hecho de parecerse al —como ella misma decía— bastardo de su padre.

Su madre odiaba al vizconde —eso era algo obvio para quien tuviera ojos— pero sabía que no siempre había sido así. Hubo una época —según lo que le había contado la amable señora Taylor, el ama de llaves de Green Manor— en la que su madre se desvivía como un cachorro enfermo de amor por su padre; pero como él no la quiso y no aceptó sus cálidos sentimientos, lady Clarissa comenzó a llenarse de odio y rencor hacia el vizconde, odio que también sentía por su hijo debido a su parecido con su padre.

Andrew sabía que la unión de los vizcondes había sido por conveniencia.

Su padre había heredado el vizcondado en una situación desastrosa por lo que se vio obligado a buscar una esposa adinerada; mujer que encontró en lady Clarissa, una joven hija de un rico burgués y de una dama de familia venida en menos obsesionada con que su hija se casara con alguien que ostentara un título de nobleza.

Su padre había sido un sátiro cazafortunas, y su madre una zorra oportunista. Una pareja que dio mucho que hablar a la estimada Alta Sociedad.

A veces sentía cierta lástima por su madre, sentimiento que Andrew sospechaba que su madre jamás había albergado en ese granito que tenía por corazón.

Lady Clarissa siempre lo había tratado con una frialdad irascible y nunca dudaba al decirle lo idéntico que era a su padre, condenándolo a ser la misma clase de hombre arrogante y soberbio como lo era el vizconde; aduciendo a que lo llevaba en la sangre y que no lo podría evitar

Andrew no sabía si era cierto, pero de lo que estaba seguro era de que no cometería los mismos errores que el idiota de su padre, por lo que había decidido hace mucho tiempo que jamás cometería la locura de casarse.

No. No quería hacer infeliz a una mujer como veía que llevaba años su padre haciendo con su madre.

No quería tener hijo y hacerlos sufrir como le había sucedido a él. ¿Y herederos para el título? ¡Bah! Para eso existían los primos cuando no había hermanos, para sucederle.

Sin embargo, a pesar de todas las carencias que había sufrido en su infancia, Andrew creía ser un hombre normal ¿No? O eso esperaba, pero no estaba seguro de que cualquier niño soportara esa clase de daño emocional por la que había pasado.

Honestamente, sino había salido tan mala persona era debido a que había tenido a la señora Taylor quien siempre lo mimó cuando era un crío; y también había tenido a su fallecido tío Evans, barón de Darenthon, y a su dulce tía Emily, personas a las que visitaba durante cada festividad, o en cada momento libre en compañía de Rayne. Más había vivido con ellos que con sus padres.

Le encantaba pasar tiempo con sus tíos y primos, unas personas que eran realmente cariñosas. Lady Emily había tenido dos hijos, George el heredero y actual barón de Darenthon, dos años menor que él; y Clitia, su pequeña prima que ahora, si lo pensaba bien, no era tan pequeña la mocosa, ya que había sido

presentada en sociedad el año anterior.

Como pasaba el tiempo, pensó casi con una sonrisa nostálgica.

—¿Qué piensas hacer ahora?— dijo Rayne apartándolo de sus cavilaciones, mientras se acercaba a su escritorio.

—Supongo que organizarlo todo— se encogió de hombros con desenfado —ya sabes— chasqueó la lengua— llamar al párroco, organizar la ceremonia...

Rayne arqueó una ceja y guardó las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Parece que no te has dado cuenta— dijo lentamente.

Andrew lo miró frunciendo las cejas, sin entender.

—Felicidades— lo miró con gesto socarrón para luego darse media vuelta y dirigirse hacia la puerta— ya eres el nuevo vizconde de Torrington.

Andrew parpadeó algo aturdido y se atragantó, dándose cuenta de que lo que decía Rayne era cierto, era el nuevo maldito vizconde de Torrington.

Se tomó el puente de la nariz y puso los pies sobre el escritorio una vez que quedó solo en la inmensa biblioteca, pensando sin mucho ánimo que todo eso del título solo complicaría más su vida. Carajo.

Las responsabilidades y él no se llevaban bien ¿*Y con quién?* pensó, si eran solo una molestia en el trasero. Él no quería el título, no quería ser vizconde, pero no podía hacer nada para remediarlo. Ya era el nuevo vizconde y su padre estaba muerto.

Maldita sea, ¿por qué tuvo que morir su padre? «*Espero que te pudras en el infierno, hijo de perra*».

Soltó un suspiro cansino y miró hacia el techo con amarga resignación, y cuando sus tripas sonaron, recordó tardíamente que Griffin se había escapado y no le había llevado la comida.

Capítulo 1

El misterio de la vida es la conexión entre nuestros errores y nuestros infortunios.

MADAME DE STAËL

Inglaterra, Londres, 15 de abril de 1818

Estar sentada con rigidez en un sillón por más de media hora no podía ser realmente favorable para la salud, pero lady Lucinde Aldridge se mordía la lengua y había optado con gran sabiduría guardar silencio, porque sabía con suma certeza que la mirada que traía su hermano no representaba nada, pero nada bueno.

Siendo honesta, si las miradas mataran, Lucy ya estaría preparándose para su entierro. Aunque sospechaba que una urna no sería tan incómoda como ese sillón en el que estaba.

Robert Aldridge, también conocido como Su Excelencia el duque de Ruthford, no había quitado sus inexpresivos ojos verdes de sobre ella en todo el tiempo desde que la había mandado a buscar a su cuarto. La ponía de los nervios, y más aún al adoptar esa postura tan indolente de manos cruzadas bajo el mentón, como diciéndole claramente que podían seguir así por mucho tiempo más. Mucho.

Lucy se preguntaba cuánto más podría seguir fingiendo esa calma que para los dos, era notorio, estaba lejos de sentir. Su tensión parecía danzar y hacer

cabriolas en el aire.

—¿Por qué...— preguntó lentamente, como si le costara encontrar las palabras adecuadas —le quitaste la peluca a lady Hawkins?

«*Oooh, así que era eso*» pensó Lucy tragando saliva con nerviosismo y lo mirándolo por debajo de las pestañas, aparentando inocencia.

Lucy no era una persona dada al escándalo. En sus veintidós años jamás había provocado uno ni tampoco se había visto involucrado en alguno. Era tranquila, muy educada, y rara vez cometía indiscreciones. Siempre obedecía a su hermano y a sus tíos, así que ¿Por qué no podía dejar pasar ese *pequeño* desliz? Además, ella ya se había disculpado con la mujer ¿Qué más quería que hiciera? ¿Que le regalara una nueva peluca?

—No se la quité— se defendió, retorciendo sus manos que tenía sobre el regazo —, se desprendió sola— añadió con voz añorada, sabiendo que era una excusa débil, pero esperanzada en que su hermano se la tragara. Aunque lo dudaba.

Por otro lado, no estaba diciendo nada más que la verdad ¿Cómo iba a saber que la mujer usaba peluca? Siempre alardeaba de lo hermoso y bien cuidado que tenía su pelo, y Lucy solo quiso comprobarlo dándole un tironcito para saber si era tan fuerte y sedoso como decía, pero ¿cuándo iba a imaginar que se quedaría por completo en su mano? Era culpa de lady Hawkins por ser tan mentirosa. No de ella.

Su hermano se levantó de su asiento con brusquedad, y lazó el pesado escritorio varios centímetros lejos, provocando que Lucy saltara en su lugar.

—¡Por el amor de Dios!— gruñó con los dientes apretados —¡Era nuestra anfitriona!

Lucy hizo una mueca, sabiendo que era cierto, y vio —aún con los ojos bajos— cómo Robert se paraba junto a la ventana, dándole la espalda, y se pasaba las manos por el cabello. Había llegado a la "*Primera Etapa*" de lo que Lucy denominaba "*La Senda de la Expiación*", que se reducía a una serie de fases por las que su hermano pasaba antes de llegar a su punto culminante y

dejar regada su ira por todas partes como un volcán en plena erupción.

—¿No se te ocurrió pensar en algún momento? ¡Prácticamente se la arrancaste de la cabeza!— continuó Robert viéndose realmente consternado, algo que no pasaba muy a menudo.

Lucy se hundió aún más en su asiento y Robert volvió a su escritorio a tomarse de un sorbo todo el coñac que se había servido con anterioridad.

Se mordió la lengua tratando de no soltar alguna barbaridad, pero los ojos inquisitivos de Robert no se lo estaban dejando fácil.

—Ella tuvo la culpa— farfulló sin poder contenerse, cerrando los ojos con pesar ante su propia estupidez. «¿*Por qué no era capaz de refrenar su lengua y mejor quedarse callada?*».

Robert le lanzó dagas por los ojos matándola nuevamente, y Lucy se aferró con fuerzas a los brazos del sillón. Le tenía un cariño especial a ese sillón, habían pasado tantas cosas juntos, pensó dando un suspiro mental, que era como un amigo para ella. Cada vez que su hermano procedía a reñirla iba a parar a ese sillón. Mejor dicho, a sentarse en él.

Ese sillón tenía años y era sumamente incómodo, y Lucy estaba segura de que Robert lo sabía con toda claridad, pero que no lo cambiaba porque lo tenía como un tipo de escarmiento hacia ella.

—Lucinde— dijo Robert a modo de advertencia, con la mandíbula fuertemente apretada.

Había pasado a la *Segunda Etapa*. Lucy pensó con algo sarcasmo, que se estaba volviendo una profesional con los años en cómo provocar a su hermano sin siquiera proponérselo. Antes solía demorar más en pasar de una etapa a otra. Tal vez era la edad.

—¿Cómo fue que se te ocurrió quitarle la peluca?— preguntó un poco más calmado, entre desconcertado y curioso, sirviéndose otro trago.

Lucy se permitió relajarse un poco en su sillón. Había pasado a la *Tercera*

Etapa, su preferida, pero a la vez, la más peligrosa. Era como la calma que precede a la tormenta. Si cuidaba lo que decía y no se le salía ninguna estupidez lo más probable es que no pasara de esa fase.

—En realidad— dijo Lucy con reticencia, pasándose la lengua por los labios secos en un gesto inconsciente de nerviosismo, mirándolo de reojo —, solo quería probar si era tan suave y fuerte como decía.

Robert levantó los ojos de sobre el vaso, y la miró como si le hubiesen salido cuatro cabezas. O como si estuviera frente a una loca.

Quitó los ojos de sobre ella y comenzó a ojear unos cuantos papeles que estaban esparcidos por sobre el escritorio, haciendo como que no le prestaba mucha atención a lo que ella diría.

Lucy desvió la mirada hacia el reloj que colgaba en la pared, y se mordió el labio tratando de buscar alguna forma para explicarse y no sonar como una estúpida en el proceso.

¿Pero cómo explicarle algo que ni siquiera ella comprendía con totalidad?

Fue algo del momento; solo un *pequeño* tironcito y ya.

Recordó el incidente con total claridad, y a pesar de que Lucy no se consideraba para nada una persona que disfrutara de la humillación ajena — oh, todo lo contrario— no podía dejar de querer reír y —que Dios la perdonara y no la enviara al infierno— no se arrepentía para nada.

Inclinó la cabeza y miró sus manos enguantadas, el arma *incriminatoria*, sintiéndolas ajenas, y trató de pensar en algo que poder decirle a su hermano sin enojarlo más de lo que ya estaba.

Frunció los labios, eso parecía una tarea imposible en el estado en que ya se encontraba su hermano. Tal vez si le contaba cómo había sucedido todo omitiendo algún que otro minúsculo detalle Robert entendería. También podría inventar algunas partes.

Después de todo inventar no precisamente mentir.

Soltó un suspiro y miró a su hermano con toda la inocencia que pudo reunir, aunque sabía de sobra que no le serviría de nada (pero nunca estaba de más intentar) y se dispuso a decir lo que saliera de su boca.

Nunca había sido buena para mentir —no, se corrigió— inventar era la palabra, y esa no sería una excepción, así que se preparó mentalmente para la reprimenda que de seguro le daría Robert y que Lucy apostaba que ya tenía en la punta de la lengua.

Si con esa mirada exasperada que en ese momento le daba ya le decía todo. Parecía estar gritando «*Lucinde Aldridge, si no hablas pronto te dejaré encerrada en una torre y haré que te cases con Daryl*». Se estremeció. Dios querido, no quería casarse con un caballero zopenco.

—El día en que fue la ve...— comenzó, resignada a un futuro regaño de dos horas, pero fue interrumpida por un toque en la puerta.

Era el mayordomo. El querido y bendito mayordomo.

Lucy se permitió una pequeñísima sonrisa de alivio.

—¿Qué sucede, Clown?— Robert frunciendo el ceño con molestia. A su hermano siempre le fastidiaba que lo interrumpieran cuando le estaba impartiendo una reprimenda, y esa no era una excepción, pensó Lucy con un deje de sarcasmo.

El mayordomo, que normalmente era impasible, hizo un mal gesto. No le gustaba que lo llamaran Clown, *¿Y a quién le gustaría?* Pensó Lucy apiadándose de él. Dios lo había maldecido con un apellido tan denigrante, por eso el pobre hombre prefería su primer nombre, Alfred. Si hasta Lucy lo sabía, pero su hermano tendía al olvidar ese tipo de cosas ¿por qué no hacía lo mismo con las pequeñas transgresiones que cometía ella?

—Disculpe, su excelencia— dijo el mayordomo con aplomo, sin manifestar su disgusto —pero lady Lucinde tiene una visita.

«¡*Clitia!*» Pensó Lucy bajando la cabeza para que su hermano no viera su sonrisa.

En realidad, se había olvidado de que su amiga le había enviado una nota avisándole de su visita, pero que había llegado en un momento apropiado no podía negarlo.

Robert la miró arqueando una aristocrática ceja.

—¿A quién tenías invitado?— dijo cruzándose de brazos afirmando en su escritorio con descuido.

—A Clitia— dijo Lucy pestañeando con candor, y mirando sus guantes como si fueran la novedad más brillante del momento.

Lucy creyó oír a su hermano resoplar.

—Bien, ve a atenderla— dijo con resignación.

Ella no se hizo de rogar y se levantó de un salto.

—Ah...— añadió Robert, por lo que Lucy lo miró de reojo —tía Maggy dijo que tienes que acompañarla esta tarde a la modista— dijo con diversión no disimulada.

Lucy hizo un mal gesto mientras salía del estudio de su hermano y daba las gracias a Alfred en un susurro por haber llegado justo a tiempo y sacarla de ahí.

Suspiró y se dirigió hacia la salita en la que supuso estaba esperando Clitia, pensando en que no quería para nada ir a la modista esa tarde.

Estaba cansada —y lo peor es que también acostumbrada— de ir y que cada vez le enterraran esos estúpidos alfileres por todo el cuerpo, pero su tía insistía en que tenían que ir y que ir para que sus vestidos siempre estuvieran a la última moda.

No es que a Lucy no le gustaran sus vestidos, es más, a ella le encantaba lucirlos, sin embargo, ya llevaba más de tres años —casi cuatro— en lo mismo y era cansador, además de que estaba harta de llamar la atención de solamente hombres cabezas huecas y cazafortunas.

Lucy sabía que era bella (se lo habían dejado más que claro desde que había hecho su debut en la estimable Alta Sociedad), e incluso tenía una fila de admiradores esperando por un baile en cada velada, y aunque sabía que eso debería hacerla sentir feliz no lo hacía.

En realidad, le molestaban.

Era enojoso el saber que había varios hombres que gustaban de ella, pero que ni siquiera uno — ¡uno solo por el amor del cielo! — se diera a la tarea de conocerla como era realmente.

Nadie parecía ver más allá de su bello rostro; y estaba tan cansada de lo mismo que había llegado a odiar que la llamaran hermosa. ¿Acaso no tenía más cualidades que su belleza? ¿No podían alabar, por ejemplo, su inteligencia? ¿Su ingenio?

Lucy soñaba con casarse por amor, pero también era realista y sabía que podía ser difícil, así que a lo que máximo que aspiraba era por lo menos casarse con alguien con quien pudiera llevarse bien.

Pero hasta eso parecía imposible.

A ese paso Lucy ya se estaba haciendo a la idea de terminar viviendo para siempre con sus tíos en una casa en Bath.

Bath sonaba agradable.

Por otro lado, ya tenía veintidós años, —¡veintidós por el amor de Dios! —, y aunque su tía lo negara categóricamente y apelara a la frase «*no quiero escucharte nunca más decir eso*» Lucy sabía que *ya era* una solterona en toda la ley de los hombres.

—¿Qué te trae con esa cara?— preguntó Clitia una vez que entró en el saloncito, mirándola con una ceja arqueada mientras se quitaba unas migajas de comida del vestido.

Lucy sonrió, sin sorprenderse de que su amiga ya estuviera comiendo. Según Clitia era algo de familia el ser tan famélicos.

—Robert me estaba regañando por lo que sucedió en la velada de lady Hawkins— explicó Lucy soltando un suspiro y sentándose frente a ella con una brusquedad que si su tía la hubiese visto le habría provocado un ataque.

Clitia soltó un resoplido.

—¿Pero por qué?— frunció los labios y le pasó una taza de té —Si ella tuvo la culpa, no tú— añadió con viveza, ahora cogiendo una galleta de la bandeja.

—Sí, eso mismo pensé yo, pero como sabes, mi hermano no es un creyente muy fervoroso de mis explicaciones— Lucy dio un sorbo a su té e hizo una mueca en el proceso. No se había acordado de que a Clitia le encantaban las cosas dulces, y el té no era una excepción. Por el contrario, Lucy prefería las cosas más amargas.

Dejó la taza en la mesa de centro y estiró la mano para coger una galleta. Lo pensó mejor y la retiró. Quizás no fuera buena idea, después de todo también eran dulces.

—¿Y hasta qué etapa llegó?— preguntó Clitia terminando su galleta. Al parecer estaban buenas, pero a decir verdad Clitia comía cualquier cosa con tal de que fuera dulce.

—No alcanzó a llegar a la cuarta— dijo mientras la observaba comer. Le había contado a su amiga lo de *La Senda hacia la Expiación*, así que Clitia sabía de qué estaba hablando —, pero estaba a punto. Si no fuera por tu más que *oportuna llegada*— dijo con gran énfasis —en este momento estaría sucumbiendo a efectos de una mortal erupción Robertniana— y tomó con dramatismo el brazo de Clitia con tanta vehemencia como si fuese su bote salvavidas.

—Te creo— dijo Clitia divertida tratando sin mucho éxito de ocultar una sonrisilla cuando ella la miró frunciendo los labios.

Clitia era su mejor y más íntima amiga; y no era que no tuviera más, pero simplemente con ella era con quien más compartía. Se habían conocido hace dos años en una fiesta campestre organizada por lady Mowbray. Por ese

entonces Clitia aún no había sido presentada en sociedad, pero como era la sobrina de dicha dama se le permitió participar. Desde el primer momento en que entablaron conversación, ambas jóvenes se agradaron sobremanera, por lo cual cuando Clitia fue dio su debut las muchachas retomaron su amistad, hasta que ésta se volvió más profunda.

Para Lucy Clitia era como la hermana pequeña que nunca tuvo.

—No te burles— dijo Lucy volviendo al presente, algo molesta por que su amiga no la tomara en serio.

Tomó una galleta. No le daría a Clitia la satisfacción de comérselas todas.

—tú también actuarías así si hubieras pasado por lo mismo que yo— añadió dándole una mordida. *Mmmm*. Tenía que reconocer que estaban sabrosas.

—No me burlo— dijo Clitia mirando sus manos desnudas, sacudiéndose algunas migajas, evidentemente tratando de no sonreír— solo creo que te estás comportando como Jane y resulta... eh... algo... mmm... gracioso.

—Es lo mismo— dijo Lucy soltando un bufido. Pero bueno, tenía que reconocer que sí sonaba como Jane.

Jane era una de sus amigas, pero lamentablemente en esos momentos se encontraba aún fuera de la ciudad. Sin embargo, como todas las amigas que Lucy se apreciaba de tener, acostumbraba a enviar muchas cartas, casi a diario, así que sabía con certeza que se encontraba bien.

—¿Sabes lo que pienso?— preguntó Clitia, ahora sonriendo abiertamente.

Lucy negó con la cabeza. Nunca sería capaz ni siquiera de elucubrar lo que pasaba por la mente de su amiga, que en ocasiones era tan extraña que hasta su familia tenía problemas para comprenderla totalmente.

—Pienso que lady Hawkins se lo merecía— dijo Clitia moviendo la cabeza con mucha vehemencia— además— añadió poniéndose seria, bajando la voz— ¿sabes otra cosa?

—Ni imagino que podrá ser— dijo Lucy tratando de no reír. Era en realidad cómico ver a Clitia con aquella expresión tan solemne, ya que ella siempre era alguien risueña. O aburrida. Pero rara vez solemne.

—Yo creía que ese cabello no podía ser genuino. Siempre pensé que era falso. Dime ¿quién podría mantener un peinado tan elaborado sin que las horquillas le molestaran?

Lucy la miró pestañeando asombrada. Ciertamente ella no había pensado en eso. Clitia tenía razón, las horquillas eran una molestia, siempre se le enterraban en el cuero cabelludo, por eso le decía a su doncella que le hiciera peinados sencillos. Entonces surgía la pregunta ¿cómo aguantar tantas puntas clavadas en la cabeza sin sentir incomodidad alguna?

—¿Sabes?— dijo Lucy con fingida gravedad, imitando la expresión de su amiga— a veces pienso que de verdad tienes inteligencia.

Lucy sabía que Clitia no se sentiría ofendida con aquel comentario. Era común entre ellas lanzarse ese tipo de bromas.

—Para que sepas— dijo Clitia sonriendo con descaro, demostrándole que tenía razón— no eres la primera en notarlo. Hay varias personas que han sido objeto de mi inteligencia. Entre ellas George— añadió con mirada pícaro.

Lucy soltó una carcajada.

George Fielding, barón de Darenthon, era el hermano mayor de su amiga. Lucy lo conocía, y tenía que reconocer que era un hombre bastante agradable. Mantenía una relación muy estrecha con su hermana Clitia y se llevaban de maravilla, pero a veces ella cometía algunas imprudencias que a George no le agradaban en lo absoluto y, cómo no, su amiga terminaba siendo sermoneada con dureza. Una historia que se le hacía vagamente familiar.

— ¡Ooooooooooh! — exclamó Clitia repentinamente levantándose de su asiento de un salto, evitando por muy poco voltear la mesa— acabo de recordar que tenía que hacer algo— dijo sacudiendo las manos.

Lucy la miró con curiosidad, era extraño que Clitia se comportara de

forma tan animada por algo; por lo general era un poco más... *perezosa*. Sí, esa era la palabra.

—¿Y se puede saber quién es?— preguntó Lucy levantando ambas cejas en un gesto insinuante.

Clitia levantó la barbilla, dándole una mirada de superioridad.

—No es lo que tú crees— dijo —y porque piensas tan mal de mí, te tendrás que quedar con las ganas de saber quién es— añadió mosqueada.

Lucy abrió los ojos como platos, sin poder creer que Clitia fuera tan malvada y la dejara muriendo de curiosidad. Era una canalla.

—¿No que tenías que llegar pronto a casa?— dijo Lucy sonriendo de lado, mientras llegaban al vestíbulo.

— ¡Ay! ¡Ya, ya! ¡Me voy! — dijo y se fue, dejando a Lucy bastante intrigada, pero con la certeza de que pronto sabría quién era el misterioso visitante.

Andrew Clayton, actual vizconde de Torrington, no se consideraba dentro de la categoría de hombre caprichoso y voluble que predominaba en la mayoría de sus semejantes (eso quería creer él), pero de vez en cuando veía algo que le atraía, le atraía enormemente, y no podía sentirse satisfecho y en paz hasta no haber tenido entre sus manos el objeto de su deseo.

Por esa razón, en ese momento se encontraba en el despacho de su primo George esperando una respuesta a su propuesta. Había ido a su casa a sugerirle —en opinión de Andrew— un muy buen negocio. Quería que su primo le vendiera un semental árabe que le había visto montar la semana pasada. El animal era una bestia de primera clase que cuando lo vio había quedado fascinado. Era tan magnífico, con un porte tan regio que lo había deslumbrado (a pesar de que cuando se había acercado terminó por comerse su sombrero) y por ese motivo le había ofrecido a George una considerable suma de dinero, pero al parecer su primo no estaba muy dispuesto a realizar la transacción.

—Si fuera por mí te lo vendería— dijo George suspirando y cerrando los ojos, echándose hacia atrás en su asiento detrás del escritorio, con los pies descansando sobre el mueble— pero lamentablemente ese caballo no me pertenece.

Andrew maldijo entre dientes y se tragó un gruñido, bebiéndose el resto de whisky que quedaba en su vaso. En verdad quería ese alazán, por eso había ido tan rápido como pudo —bastante tarde si se comparaba con el común denominador— ya que había pasado cerca de una semana desde el momento en que había visto al caballo, pero sus malditos asuntos y papeleos no lo habían dejado libre hasta esa tarde.

—¿Quién fue el afortunado comprador?— preguntó, aun sabiendo que en el fondo no lo quería saber. Era como echarse sal a una herida recién hecha.

George frunció el ceño e inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado, sacando un reloj del bolsillo de su pantalón.

—¿Comprador?— preguntó— que yo sepa Clitia no lo ha vendido.

«¡Ah! Así que el semental pertenece a Clitia». Se tranquilizó un poco y sonrió estirando las piernas. Eso quería decir que el alazán aún estaba en las caballerizas de su primo.

Pero luego Andrew recordó lo poco que había ido a visitar a sus primos después de la muerte del anterior vizconde y, conociendo como conocía a Clitia —y sí que conocía bien a la mocosa—, sabía que ella le reclamaría por

ser tan negligente, y quizá hasta se negara a venderle el caballo.

Hizo sin querer una mueca. Maldito infierno, la iba a tener algo difícil.

—¿Y dónde está?

Ahora que sabía que era suyo quería hablar con ella lo más rápido posible para tratar de convencerla, y con un poco de suerte, lograr que Clitia aceptara el trato.

—En las caballerizas, por supuesto— dijo George encogiéndose de hombros, como si fuera lo más natural del mundo— ¿dónde más crees que podría estar? — preguntó jugando distraídamente con el reloj, haciéndolo dar vueltas con la cadena entre sus dedos.

—No sé, supongo que en la biblioteca o en la sala— dijo con sarcasmo, arqueando las cejas.

No creía que fuera raro que su prima estuviera en alguno de esos lugares, lo extraño era que estuviera en las caballerizas.

—¿Por qué diablos estaría en esos lugares?— preguntó mirándolo como si tuviera que llamar al personal de Bedlam para que se lo llevaran a rastras— no estamos tan locos como para llegar a eso. Su lugar está en los establos— afirmó con vehemencia, abriendo y cerrando el dichoso reloj que ya comenzaba a fastidiarle.

Andrew lo miró con horror, y se irguió de golpe del asiento en el que estaba, casi botándolo, pero sin importarle.

—¡Por Dios! ¿Lo sabe tía Emily?— de seguro que su tía no aprobaría tal conducta hacia su única hija.

—¿Para qué lo va a saber? No son cosas que le interesen— dijo George con gesto desdeñoso.

Andrew trató de calmarse. Oh, claro que lo intentó, pero parecía algo imposible.

No era un hombre de naturaleza violenta, pero en ese momento sintió unas ganas inmensas de plantar su puño en rostro de su primo. Está bien que Clitia fuera de vez en cuando algo fastidiosa, pero esa no era razón suficiente para dejarla en los establos.

—¡Maldita sea! ¿Cómo no le va a interesar?— preguntó con los dientes apretados, tratando, otra santa vez, de calmarse— ¡Es su hija, por un demonio!

— ¿Su hija? Un momento— George lo miró con ojos confusos, cayéndosele el reloj de las manos provocando un ruido sordo— ¿de qué estamos hablando exactamente? — preguntó con lentitud y cautela.

—¡De Clitia por supuesto!— exclamó Andrew alzando los brazos con obviedad— tú acabas de decir que su lugar está en las caballerizas.

George se cayó de la silla debido a la impresión.

—¡Cielos, no!— gritó, levantándose con aturdimiento— ¡Yo estaba hablando del maldito semental!

Andrew parpadeó.

—Ah— dijo algo consternado, volviendo a tomar asiento —entonces discúlpame por llamarte despreciable— dijo con aspereza, incómodo y aclarándose la garganta, después de un breve momento de reflexión.

—No lo dijiste, pero no importa— dijo George restándole importancia con un ademán, acomodándose nuevamente en su silla— si estuviera en tu lugar también te insultaría mentalmente.

Andrew echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. ¡Dios! La cabeza le ardía a causa de aquel embrollo. Si por poco se agarraba a golpes con su primo por un maldito malentendido.

Se sentía tan condenadamente estúpido que le daba vergüenza.

Le recordaba a cuando eran unos niños y Rayne, como forma de venganza después de haberle hecho una broma algo desagradable (le habían puesto lombrices en la almohada), se había desquitado con ellos enviándoles notas a

cada uno con el nombre del otro, en las que decían insultos.

Casi terminaron a golpes George y él.

Tenían diez y doce años, y Rayne había falsificado la letra muy bien para su corta edad.

—Volviendo al tema— dijo Andrew súbitamente, pasándose una mano por el cabello — ¿está Clitia en casa?

Ahora estaba seguro de haber hecho la pregunta de forma correcta, para que no hubiera más confusiones. Su primo lo miró divertido, dándose cuenta de su intención.

—No— respondió —fue a tomar el té a casa de su amiga— se encogió de hombros y luego miró la hora en el reloj que estaba en la pared (Andrew estaba seguro de que le daba pereza recoger el que se le había caído) —pero no creo que tarde demasiado. Dijo que quería verte, así que debe de venir en camino.

Andrew esperó pacientemente hasta que su prima llegó. Clitia, como esperaba, lo recriminó por no ir a verla más seguido y él tuvo que disculparse por ser un primo tan irresponsable y desconsiderado con su querida prima y *bla bla bla*, logrando que ella pusiera los ojos en blanco y soltara un suspiro, aceptando sus disculpas a regañadientes.

Lograr que le vendiera el caballo fue *mucho* menos sencillo.

Clitia no quería deshacerse del semental, alegando que lo quería para cruzarlo con su yegua que tenía en Mantell Hall, pero Andrew, haciendo gala de su natural encanto, adujo a que si se lo vendía él estaría dispuesto a prestárselo cuando quisiera para que lo cruzara con su yegua. Clitia no estaba muy convencida, pero Andrew, con la ayuda de George, logró persuadirla para que aceptara el trato, no sin antes tener que aceptar, como parte de la negociación, acompañarla al baile de los Richardson que sería dentro de una semana.

Tenía que reconocer que su prima sabía muy bien como negociar. Quizás

en su otra vida había sido un comerciante, pensó alegremente mientras se dirigía hacia su casa en Curzon Street; y también pensó que tal vez él había salido perdiendo, pero se sentía tan bien por haber conseguido lo que quería que no le importaba demasiado el tener que acompañarla a un maldito e infernal baile.

Capítulo 2

*A menudo encontramos nuestro destino por los caminos que tomamos
para evitarlo.*

JEAN DE LA FONTAINE

Si Lucy hubiese sabido que el baile de lady Richardson se le haría tan terriblemente tedioso habría tratado de hacer cualquier cosa con tal de no ir.

Pero ya se encontraba ahí, por lo que tenía que soportar con una fingida sonrisa todas las cosas poco interesantes que lord Daryl no quería guardar para sí mismo. ¿Es que acaso el caballero nunca había oído hablar del significado de la palabra moderación?

—...y le pedí que le hiciera un traje a Platón— estaba diciendo el hombre, y luego, con el entrecejo arrugado, añadió consternado— pero se negó.

Lucy asintió y le sonrió con tirantez tratando de no hacer una mueca de desagrado, pero lord Daryl la hacía desear que se atragantara con las palabras en la garganta y se ahogara con ellas.

Desde que había llegado a la velada, ese hombre se le había pegado al vestido como una sanguijuela, y Lucy no tenía ni idea de qué hacer para que la dejara tranquila.

¿Cómo era que hacían el resto de las mujeres cuando querían deshacerse de alguien? ¡Por favor que alguien la ilustrara! Necesitaba clases del "*uso de artimañas para damas ingenuas*" con urgencia, porque lord Daryl la estaba volviendo loca con su estúpido e incesante parloteo.

¿Qué podría importarle a ella que un sastre no quiso hacerle un traje a su perro? «¿Y quién llama a un perro Platón?» Pensó con una mueca perpleja. Era un insulto a ese pobre señor, que lo más probable es que se estuviera revolcando en su tumba por tener un perro por homónimo.

—...y ahora no quiere comer, puede que esté enfermo ¿qué cree usted lady Lucinde?— Lucy parpadeó un par de veces, sintiéndose perdida en ese mar de palabras en el que lord Daryl la estaba hundiendo a pasos agigantados. ¿Qué se suponía que debía responder?

—Nadie quiere saber sobre tu caniche— dijo con sequedad el señor Herbert, que también estaba junto a ellos, esperando su turno de baile con alguna dama.

Lucy tosió discretamente tratando de disimular un acceso de risa. Al parecer no era la única que había tenido que soportar el monólogo carente de sentido de lord Daryl, y eso en cierta medida la consolaba.

Reprimió un suspiro. Echaba de menos a sus amigas, pero para su mala suerte ninguna de las tres se había instalado en Londres aún. Solo tenía a Clitia.

«Y hablando de Clitia» ¿Por qué aún no llegaba? Ella siempre sabía qué hacer para espantar a los indeseables, como era que llamaba secretamente a su rebaño de pretendientes.

—¿Le había contado, lady Lucinde, que lord Torrington confirmó su asistencia al baile?— dijo con gran entusiasmo Marianne Richardson, la hija menor de sus anfitriones, quien había llegado hace poco junto a ella con un caballero que había ido a buscar unos vasos con limonada— pero madre no me lo dijo hasta hoy. Es muy mala ¿no cree?— dijo con voz infantil.

Lucy siempre había creído que Marianne haría buena pareja con lord Daryl, ambos eran igual de subnormales. Padecían el mismo mal del habla incesante. Una conversación entre ellos podría durar días. Y Lucy estaba segura de que al final no terminarían diciendo nada trascendental.

—Dicen que es muy encantador— continuó Marianne, con un suspiro

soñador y un batimiento de pestañas exagerado— y que es muy rico; pero mamá me dijo que no me acercara a él porque según se rumorea, y las mismas revistas de sociedad han dicho, es un completo libertino. Eso le añade más emoción— volvió a suspirar, juntando las manos sobre su pecho.

Lucy pensó que tal vez ya se imaginaba en una aventura con el hombre, pero después de un momento dejó de prestarle atención, a ella no le interesaba ese lord no sé qué —del que su tía también había estado murmurando esa mañana—, y menos si era catalogado como un libertino. Lucy tenía una reputación intachable y no le estaba en sus planes el mancharla.

No, por ningún motivo.

En ese mismo momento a unos metros de distancia se encontraba el dueño de los suspiros soñadores de Marianne caminando del brazo de su prima por la entrada de la residencia de los Richardson y escuchando las órdenes que su tía le daba a Clitia.

Andrew Clayton había aceptado asistir a ese baile solamente como parte del trato que había hecho con su prima, porque dicha sea la verdad, detestaba más que un dolor de muela esos eventos sociales.

Odiaba cuando las madres de las jóvenes casaderas trataban de atraparlo dentro de los grilletes del matrimonio, presentándoles a sus encantadoras hijas, sobrinas, nietas, mascotas o lo que fuera que tuvieran y estuviera en estado de soltería. Le fastidiaba tener que participar en conversaciones por lo general aburridas y sin ningún sentido; pero lo que más le irritaba dentro de todo aquel conjunto era lo falsa y engañosa que podía llegar a ser la Alta Sociedad —o "*Alta Suciedad*"— como le llamaba secretamente Rayne. Era repugnante, y él, cómo no, formaba parte de ella.

Pero un trato era un trato. Por lo cual tuvo que pasar a buscar a Clitia y a tía Emily a su casa para luego llevarlas al baile. Envidiaba a George, quien no tendría por qué asistir a ese estúpido baile ahora que él llevaría a las damas.

No sabía qué haría su primo esa noche, pero de seguro que era algo mucho más divertido que lo que haría él.

—...y por favor Clitia— estaba diciendo su tía cuando iban entrando a la residencia de los Richardson— que ni se te ocurra volver a insultar a la señora Morrison, ya bastantes problemas nos has causado a tu hermano y a mí— terminó diciendo la baronesa con toda la severidad que su dulce carácter le permitía.

—Como digas, madre— Clitia asintió con docilidad— pero...— y ahí se acababa toda tranquilidad— creo que te equivocas en algo. Yo no insulté, como crees, a la señora Morrison; sencillamente le dije una verdad absoluta— decía Clitia con voz recatada, como si estuviera dando una lección— ¿o acaso vas a decir que no es cierto que es de tarados no saber la diferencia entre un verso y una estrofa? Solo digo que, si alguien se las va a dar de poeta, lo mínimo es que sepa diferenciar entre esas dos cosas. Es algo bastante básico— dijo encogiéndose de hombros con indolencia.

Andrew reprimió una sonrisa, pensando que su prima tenía razón, pero ese no era motivo suficiente para llamar tarado a alguien en su cara. Miró a la tía Emily, quien con toda seguridad trataba de no volverse loca.

—No importa si son tarados o no, lo que trato de decir es que por ningún motivo; y escúchame bien— repitió lady Darenthon remarcando cada palabra con un ademán de la mano— por ningún motivo se te ocurra ofender a ninguno de los invitados de los Richardson.

—Está bien— dijo Clitia sonriendo resignada —la palabra clave para este baile será ningún.

—No se preocupe— interrumpió Andrew antes de que su tía volviera a abrir la boca para seguir sermoneando a Clitia— yo me encargaré de que nadie salga zaherido durante esta velada.

Lady Darenthon lo miró con agradecimiento, y con una cantidad aún mayor de alivio.

—Gracias querido, no sé qué habría hecho sin ti— dijo dándole unos golpecitos en el brazo con su abanico y sonriéndole con cariño.

Andrew abrió la boca para decirle que, si no hubiese estado él sería

George quien se haría cargo, pero luego lo pensó mejor y solo asintió.

—Sí, querido— dijo Clitia soltando un dramático y falso suspiro —no sé qué habríamos hecho sin ti.

La residencia de los Richardson era grande y lujosa que tan solo el salón era capaz de albergar a más de doscientas personas. Andrew ingresó al vestíbulo con una dama en cada brazo, y eso de cierta forma lo hacía sentirse algo más seguro, era como decir «*no se acerquen, ya no estoy disponible*»; aunque sabía que la realidad distaba mucho de ser así, pero de que lo hacían sentirse más seguro, era relativamente cierto.

—Gracias por traernos a madre y a mí— le susurró Clitia en tono conspirativo —sé que no somos una compañía demasiado... apacible, es decir yo— agregó mirando furtivamente hacia todos lados— porque madre es un amor cuando quiere.

—¿En serio? — preguntó Andrew divertido, sonriendo con calidez. Vaya, no recordaba lo graciosa que era su prima.

—Sí— afirmó Clitia con ímpetu —pero cuando no— soltó un teatral escalofrío— hasta el cielo arde. Agradece que nunca la hayas visto verdaderamente enojada.

—¿Qué tanto cuchicheas con tu primo?— preguntó lady Darenthon con curiosidad.

—Nada, madre, solo le daba las gracias por ser tan amable— respondió Clitia sonriendo con inocencia mientras entraban al inmenso salón.

—Mmf, hemos llegado tarde— resopló su prima frunciendo el ceño y poniéndose de puntillas afirmada en su brazo para mirar por encima de las cabezas de los invitados— le había prometido a Lucy que estaría con ella para espantar a "*los indeseables*".

—¿Lucy? ¿Espantar indeseables?— preguntó Andrew arqueando las cejas ¿De qué diablos estaba hablando ahora? Clitia siempre tenía la tendencia de saltar de un tema a otro con la rapidez de una liebre, dejando a los demás

frustrados.

—¡Lady Richardson!— dijo su tía sonriendo amablemente —que asombrosa velada ha organizado.

—Ten cuidado— le susurró Clitia mientras las damas se saludaban —aún le queda una hija soltera.

—Señorita Fielding— la saludó su anfitriona —y lord Torrington— dijo ampliando su sonrisa, pero luego arrugó el gesto al darse cuenta de que iba con Clitia del brazo— no sabía que vendría con la *señorita Fielding*— los miró con recelo, como si fueran la pareja más extraña del mundo.

—Creo que no especificó en su invitación que había que avisarle con quién vendría— dijo Andrew con sequedad, tomando la mano de su prima. No le había gustado para nada la forma despectiva que había usado para referirse a Clitia.

—No, claro que no— se apresuró a decir lady Richardson moviendo las manos de un lado a otro— es sólo que no creí que usted...

—Lady Richardson— interrumpió su tía con sonrisa tensa, tomando del brazo a su anfitriona — ¿por qué no me lleva a dar una vuelta por el salón? Me gustaría que me explicara cómo fue capaz de organizarlo todo en tan poco tiempo. Querida— dijo mirando a su hija con intención para nada velada — ¿Por qué no le pides a tu primo...— lady Richardson profirió un grito ahogado—...que te acompañe por una limonada? Te ves sedienta.

—Si madre— su prima se notaba bastante entretenida, observó Andrew— ahora que lo dices, acabo de recordar que tengo una sed inmeeeeensa ¿me acompañas primo? — dijo mirándolo con los ojos cargados de risa.

—Por supuesto querida— dijo Andrew sin poder y sin querer evitar sonreír —lady Richardson, lady Darenton— hizo una inclinación precisa hacia ambas señoras — ¿vamos? — dijo girándose hacia Clitia, quien asintió con un entusiasta movimiento de cabeza.

—Creo que lady Richardson no sabía que somos primos— dijo con

picardía, no viéndose para nada ofendida —y también creo que nos hemos retrasado demasiado, Lucy debe de estar volviéndose loca.

Clitia apuró el paso, dando grandes zancadas impropias de una dama.

—Vamos, apresúrate— tiró de su brazo, mirando por los alrededores como un roedor —, quiero presentártela, pero antes de todo, déjame decirte que Lucy es una joven muy encantadora, la adorarás— afirmó con gran convicción.

Andrew arqueó una ceja ante tanta confianza que destilaba su prima.

—No es una debutante que andan en busca de marido— continuó Clitia—, ya que está en su cuarta temporada, así que no pienses que ella te querrá atrapar en los adorables grilletos del matrimonio. Estoy segura de que se adorarán— una sonrisa de seguridad iluminó su rostro.

Andrew no pensaba exactamente lo mismo que su prima. Solo esperaba que estuviera en lo cierto y que la muchacha en cuestión no fuera una solterona desesperada de esas que no tenían ni un solo gramo de inteligencia. Además, de acuerdo a su experiencia, las solteronas que llevaban más años clavadas en Londres eran las más peligrosas. Podían llegar a ser unas zorras muy astutas con tal de atrapar a un incauto caballero.

—Espérame aquí— dijo Clitia repentinamente, dejándolo solo antes de que se diera cuenta, mientras se abría paso entre la multitud con una agilidad increíble.

Andrew se quedó en el mismo lugar en que lo había dejado su prima, esperando con paciencia, mientras seguía con un pie la melodía de la cuadrilla que se estaba bailando.

Se apoyó en la pared y miró hacia los alrededores para distraerse. Gracias a Dios que estaba en un lugar apartado de las miradas de los demás, por lo cual sería difícil que alguna matrona lo encontrara, situación que lo hacía sentirse más tranquilo.

Sí, las madres casamenteras le causaban terror, pero estaba seguro de que

cualquier hombre con dos dedos de frente pensaría lo mismo que él. Eran el infierno para los caballeros que aún se preciaban de estar solteros.

Pasado un momento volvió a mirar hacia la periferia del salón y descubrió a Clitia.

Con otra jovencita.

Y Andrew quedó literalmente sin aliento, y demonios, se atragantó.

Dios de los cielos, en todo el tiempo que había vivido (veintiocho años para ser exactos) los ojos de Andrew jamás habían visto tanta belleza y elegancia reflejadas en un solo ser (y eso que había visto muchas mujeres en su vida).

Era pasmosa.

La joven que acompañaba a su prima sólo se podía describir como pasmosa.

Tenía un reluciente cabello dorado que llevaba sujeto en un sencillo rodete, dejando sueltos algunos suaves mechones que enmarcaban su bello y delicado rostro ovalado; su piel era clara y tersa, y sus ojos era de un suave azul comparable al topacio, que combinaban a la perfección con ese vestido de muselina azul que la envolvía. Si Botticelli la hubiera conocido, pensó Andrew anonadado, la habría escogido como su musa.

Andrew se incorporó de la pared y esperó pacientemente —esa noche tenía mucha más que de costumbre— a que su prima llegara junto a él, a la vez que observaba a la otra jovencita con velado interés.

Clitia, por su parte, sonreía de oreja a oreja y miraba con un brillo especulativo a su amiga que llevaba del brazo a la rastra junto a ella.

—Tendrías que haber dejado que me disculpara con los caballeros— dijo Lucy con desaprobación, pero de igual forma sonriendo. No podía negarlo, se sentía sumamente aliviada de que Clitia hubiese llegado y salvado de una inminente locura por sobredosis de parloteo.

No sabía si eso era posible, pero Lucy lo *creía* posible.

—Además— continuó, lanzándole a Clitia una mirada de ojos entrecerrados, en voz tan baja que Lucy sabía que solo ella podría escuchar— ¿por qué demoraste tanto en llegar? No sabía qué hacer con ese grupo de zopencos.

— ¡Lucy! — exclamó Clitia siendo el turno de ella de mirarla con desaprobación, pero arruinando el efecto cuando se le escapó una sonrisa— No te refieras así de los caballeros, dime ¿qué crees que pensaría tu tía si te escuchara? — preguntó su amiga buscando lady Stamford entre el gentío.

—Tía Maggy debe de estar reuniendo su porción de cotilleo semanal— Lucy soltó un elegante y desdeñoso bufido, haciendo reír a Clitia.

Lady Margareth Aldridge, condesa de Stamford, era la tía abuela de Lucy. Cuando los padres de Lucy murieron años atrás, lady Margareth junto con su esposo, lord Timothy Stamford, fueron quienes se hicieron responsables del cuidado y educación de Robert y ella. Lucy no recordaba con mucha nitidez a sus progenitores, por esa razón sus tíos se habían convertido en lo más parecidos a unos padres para ella. Amaba un montón a sus tíos, y sabía que ellos también la amaban, pero no por eso iba a pasar por alto lo cotilla que era su tía.

— ¿Y a dónde me llevas con tanta prisa? — preguntó Lucy frunciendo el ceño con curiosidad— Parecemos un coche tirado por caballos.

—Me pregunto... ¿Por qué más es tirado un coche?

Lucy volvió a entrecerrar los ojos.

—No lo sé, solo responde— dijo con una mueca divertida.

—Solo quiero que conozcas a alguien— Clitia repuso con un tono increíblemente candoroso— ¡Oh mira! ¡Ahí está! — indicó con un movimiento del mentón.

Lucy desvió los ojos hacia donde Clitia señalaba y recién se dio cuenta de

la abrumadora presencia masculina que estaba a tan solo unos pasos de distancia.

Era un hombre de un atractivo innegable que Lucy estaba segura de que jamás había visto en todos sus años que llevaba desde que se había presentado en sociedad.

Tenía un abundante cabello castaño oscuro con tendencia a caerse hacia la izquierda, y unos apabullantes ojos grises como la bruma, coronado por un par de arrogantes cejas que le daban un aire de misterio en conjunto con una firme mandíbula.

Lucy había tratado con muchos hombres en su joven vida, y podía decir con toda certeza a partir del brillo malicioso de sus ojos, que ese hombre en particular era un completo mujeriego y vividor, por lo que no entendía bien por qué Clitia quería que lo conociera.

—Andrew, te presento a lady Lucinde Aldridge, mi queridísima amiga— estaba diciendo Clitia alegremente—. Es la joven de la que te hablé no hace mucho.

—Un placer conocerla lady Lucinde— dijo el caballero tomando su mano enguantada y depositándole un suave y efímero beso que le causó un ligero e inesperado estremecimiento que Lucy reprimió con todas sus fuerzas.

Él le dedicó sonrisa llana, dándole a entender que no le había pasado desapercibido.

—Y a ti, Lucy, te presento a lord Andrew Clayton, vizconde de Torrington, mi querido primo— continuó Clitia haciendo una inclinación hacia el vizconde, con una sonrisa tan grande que parecía querer salir de su rostro.

Lucy tuvo que hacer grandes esfuerzos para no poner mala cara y decir una que otra cosa nada agradable a su amiga. O para no estrangularla.

—Es un honor también para mí el conocerle— dijo en cambio, haciendo una leve reverencia— lord Torrington.

—Clitia no me había dicho que tenía una amiga tan encantadora— comentó el vizconde curvándosele la comisura derecha de la boca.

—Y a mí no me había contado que tuviera un primo— repuso Lucy en tono agudo, agujereando a Clitia con la mirada, esperando que el vizconde no se diera cuenta.

Clitia soltó un sonido altamente parecido a un resoplido.

—Me gusta sorprender— dijo con un ligero encogimiento de hombros— ¡Oooh! — exclamó de repente dando un salto, clavando los ojos detrás de ella— Creo que madre me llama ¡Nos vemos luego! — chilló.

Lucy abrió la boca para decirle que no había escuchado nada, pero Clitia ya se había escabullido con una rapidez que dejaría en vergüenza a un rayo.

Frunció el ceño con fastidio, y se mordió la parte interior de la mejilla aun sabiendo que era una forma bastante estúpida de hacer frente a su molestia.

Lanzó una muy disimulada —en su opinión— mirada de reojo al vizconde, y soltó un tonto «mmm» tratando de hacer frente al incómodo silencio que los envolvía.

¿Qué dioses pasaba por la cabeza de Clitia para haberla dejado sola con ese hombre? ella estaba segura de que su amiga había perdido el seso.

Lucy bajó las pestañas y observó el perfil del vizconde ahora que él parecía no prestarle atención.

Sí, era atractivo a pesar de que no podría considerarse dentro de la categoría de hermoso. Sus facciones eran demasiado duras y firmes, como si un artista lo hubiese retratado con furiosas y fuertes cinceladas, pero sus risueños y pícaros ojos grises lograban contrarrestar ese efecto, y súmesele a eso más de seis pies de perfecta musculatura... en resumen: eran un conjunto por completo irresistible y abrumador. Pero claramente no para ella, se quiso convencer Lucy, ella ya había lidiado con hombres semejantes.

— ¿Ha disfrutado la velada, lady Lucinde? — preguntó el lord Torrington

con cortesía, mirándola de reojo con una sonrisa sesgada.

—Mucho milord— mintió Lucy aclarándose la garganta y utilizando el mismo tono que empleó él, una vez que hubo salido de su descarada contemplación —, ha sido encantadora ¿y usted?

Eludió avergonzada la mirada del vizconde, por miedo a darse cuenta de que él se había notado que ella lo había estado observando embobada. En cambio, prefirió buscar a Clitia entre la multitud, encontrándola conversando alegremente con el anciano señor Murphy.

¿No que su madre era quien la llamaba? Pensó con sarcasmo, sintiendo unas ganas nada sanas de querer estrangularla. De nuevo.

Pero no se sorprendía que estuviera junto a un anciano, ya que Clitia tenía el extraño hábito de conversar en todas las reuniones sociales con el sector más longevo de la sociedad. No era que ella no entablara conversación con ellos de vez en cuando, pero Clitia lo hacía siempre. Si no estaba con ella, se encontraba con los ancianos. A veces se preguntaba cómo no se contagiaba de sus dolencias.

—Ha sido agradable— dijo el vizconde sacándola de su ensueño—, ningún conocido me ha abordado.

Lucy inspiró con brusquedad y volteó el rostro para mirarlo.

—Disculpe ¿Cómo dijo? — preguntó pestañeando varias veces con confusión, pensando que probablemente había oído mal.

—Pensé que no me estaba escuchando— el vizconde solo la miraba de reojo con picardía.

—Por supuesto que lo estaba escuchando— repuso Lucy con firmeza, reprimiendo una sonrisa —solo me distraje por un momento.

Él soltó un «*mmf*» de conformidad y juntó las manos tras la espalda soltando un leve suspiro.

—Parece que mi prima no me tiene tanta estima como le tiene a usted—

comentó el vizconde después de un silencio que a Lucy le pareció larguísimo, mirando a Clitia entre la multitud.

— ¿Por qué lo dice? — preguntó Lucy con curiosidad, siguiendo la dirección de su mirada.

—A usted la llamó queridísima y a mí tan solo querido— hizo un gesto dramático, como si le doliera grandemente.

—Quizá sea porque a mí me ve todos los días y a usted ¿cuándo? ¿Una vez al año? — replicó Lucy con mordacidad, a pesar de que se sentía ligeramente divertida. Bueno, ella no sabía mucho acerca de la relación del vizconde y Clitia, pero podía decir que no se veían con asiduidad, de lo contrario, ella habría sabido de su existencia hace ya tiempo.

—Ouch *Touché*— dijo lord Torrington con una seductora sonrisa torcida. Lucy sintió las rodillas débiles y apartó la mirada al instante como si le quemara, encontrándose con los sagaces ojos de Clitia que se dirigía hacia ellos con rapidez.

—Veo que se llevan muy bien— dijo Clitia dulcemente llegando junto a ellos, dedicándoles una sonrisa de desbordante de inocencia.

Lucy entrecerró los ojos. Oh, estaba segura de que Clitia tramaba algo, algo que involucraba al vizconde y a ella, podría apostar todo el dinero de su hermano a eso.

—Es una suerte que llegaras, porque creo que ahora viene nuestro baile— dijo lord Torrington a Clitia, cuando los músicos tocaban los últimos acordes de una contradanza.

El salón de baile estaba atestado de personas, pero ellos de alguna sorprendente manera se encontraban en un lugar relativamente privado —tan privado como se podía— lejos de las miradas curiosas, chismosas y maliciosas.

— ¡Oooh! ¡Lo siento tanto Andrew! — Clitia exclamó con exageración, haciendo una mueca compungida— pero no podré bailar esta vez, acabo de

recordar que debo decirle algo sumamente importante a lord Stamford, espero que me disculpes— añadió bajando los ojos con pesar.

— ¿No podrías esperar hasta después del baile? — preguntó Lucy con agudeza, mirándola con evidente sospecha. Tenía razón al pensar que tramaba algo.

Además ¿qué tendría ella que hablar con su tío?

— ¡Por supuesto que no! — graznó Clitia moviendo la cabeza con vehemencia, lanzándole un leve mirada desdeñosa— es un asunto que no puede esperar.

— ¿Entonces no bailarás? — preguntó lord Torrington frunciendo el ceño.

—No querido, creo que no podré— negó con la cabeza con tanta tristeza y colocó una sentida mano en el antebrazo de su primo; pero luego, con la mirada iluminada como si los dioses le hubieran susurrado añadió exultante— ¡ya sé! ¿Por qué no bailas con Lucy? Ella estaría encantada, además, en su tarjeta de baile tiene libre este.

Si Lucy pudiera haber fulminado con la mirada a Clitia ahí sí que estaría encantada.

Ella no quería que la involucraran con un libertino, y aunque fuera primo de Clitia ese no era motivo suficiente para arruinar su reputación. Lucy hizo un gran esfuerzo para no hacer un mal gesto ante tal tetra; en cambio se desquitó dándole un disimulado pero fuerte codazo por las costillas a su amiga, y tuvo la alegre satisfacción de verla hacer una mueca de dolor.

Ja, se lo merecía por manipuladora.

—Lady Lucinde— Lord Torrington le extendió una mano, dándole una mirada que decía claramente que sabía lo que estaba haciendo Clitia, pero que no le importaba un reverendo grano de mostaza— ¿me haría el honor de concederme este baile?

Lucy aceptó su mano con reticencia y sonrió con tensión.

—Estaría encantada.

¿Qué otra cosa se suponía que dijera? No podía rechazarlo en frente de tanta gente que los estaba mirando, porque al parecer, durante los pasados segundos, se habían convertido en el centro de atención, y si por casualidad cometía la estupidez de hacerle un desplante en frente de todos estaba segura de que esta vez no tendría tanta suerte con Robert; de seguro su hermano cometería fratricidio, aunque fuera ilegal.

—Que se diviertan— dijo Clitia con ímpetu casi dando un grito, sonriendo con un deje de nerviosismo.

—Me las pagarás— susurró Lucy con furia antes de que el vizconde la arrastrara a la pista de baile.

Capítulo 3

Tratar a los demás como uno quisiera ser tratado es el medio más seguro de agradar que yo conozco.

CONDE DE CHESTERFIELD

Esa noche su prima le había dado varias sorpresas, y Andrew no se sentía para nada contento. Diablos, si lo único que quería era estrangularla hasta que se pusiera púrpura por la falta de aire.

En primer lugar, la amiga que supuso que era una solterona patética y fea como una blasfemia no lo era para nada, en cambio era una belleza del más alto grado, como un fino diamante, y además era la hermana menor del duque de Ruthford.

Y en segundo, la mocosa pícara lo había manipulado para que pasara tiempo con esa amiga y luego bailara con ella en su lugar.

¿No es que Clitia le había pedido que bailaran un vals porque, como le confesó vergonzosamente, los demás caballeros no la sacaban a bailar muy a menudo, y creía que si él la sacaba primero los demás caballeros seguirían su ejemplo? Esperaba que siguieran su ejemplo de estrangularla, maldita sea.

No sabía de dónde su prima había sacado esa vena tan endemoniadamente manipuladora. Se la tenía bien guardada la muchacha.

Así que ahora se encontraba arrastrando a una dama reacia hacia la pista de baile, la cual tenía cara de querer estar en el infierno o en cualquier otro lugar, menos junto a él.

¿No que había dicho que estaba encantada? Más bien habría querido decir obligada, atrapada o forzada por demonios, porque de ninguna manera lucía encantada. Y eso lo irritaba como nunca. No estaba acostumbrado a que las mujeres lo rehuyeran, es más maldita sea, ellas siempre lo buscaban.

Tensó la mandíbula. Iba a averiguar qué le pasaba a esa mujercita.

La examinó cuando ya estaban en medio de la pista de baile y entrelazados con la posición correcta para la danza que tenían que ejecutar, dándose cuenta con sorpresa de que ella apenas le llegaba al mentón. Era pequeña, menuda, y Andrew pensó con algo de diversión que si quisiera podría afirmar su mentón en su cabeza.

Apretó el agarre en la parte superior de su estrecha cintura y la acercó más hacia él, sintiendo cómo su espalda se tensaba aún más de lo que ya estaba. Parecía una vara. Trató de pasar por alto eso, pero de igual forma lo molestó más que el infierno. Ella estaba pisoteando su orgullo y no le gustaba para nada.

— ¿Por qué...— comenzó a decir, mirando las suaves hebras doradas, sintiendo un extraño impulso de querer pasar sus dedos entre ellos —tengo la leve sospecha de que no le agrado lo suficiente lady Lucinde? — añadió a bocajarro, volviendo al tema que se traía entre manos, reprimiendo sus estúpidos impulsos que no iban al caso.

Ella dio un traspié, y Andrew, quien no se sentía para nada caritativo con ella, esbozó una pequeña sonrisa divertida. Se lo tenía merecido.

— ¿Disculpe? — dijo ella aclarándose la garganta delicadamente, alzando los ojos con confusión.

—No se haga la inocente— bufó con fastidio, entrecerrando los ojos ligeramente—. Sé tan bien como usted que no le agrado, como también sé que mi prima orquestó todo esto— dijo con crudeza mientras hacían un giro que los juntó aún más.

—Bien— lady Lucinde pestañeó con sorpresa—, no es que no me agrade, simplemente es mi forma de...— su voz fue bajando de tono progresivamente

hasta que quedó en silencio mirando por encima de su hombro con ojos perdidos.

— ¿De qué? — la aguijoneó él con curiosidad, dándole un apretón a su mano.

Lucy alzó la cabeza con brusquedad y lo miró con desafío impreso en sus claros ojos topacio.

—Mire...— comenzó con una firmeza que no parecía combinar con su angelical rostro— no tengo ni la menor idea de por qué Clitia hizo todo esto— frunció los labios. Andrew desvió los ojos a ellos, dándose cuenta de que parecían un capullo de rosas, pequeños y muy atractivos. Increíblemente tentadores —pero quiero que sepa que ya he tratado con tipos como usted: libertinos que creen tener el derecho de jugar con cualquier mujer y salir indemnes, que tienen la falsa creencia de que todas las mujeres caerán rendidas a sus pies con tan solo obsequiarlas con una descarada sonrisa.

Andrew alzó una ceja.

—Oh, ya entiendo— asintió con condescendencia—. Así que usted es el tipo de persona que juzga sin conocer.

Ella apartó el rostro, sonrojándose.

— ¿Entonces usted no es un libertino? — preguntó.

— ¿Le gustaría averiguarlo? — dijo, y luego le dedicó una sonrisa descarada de las que tanto parecía renegar en su anterior discurso.

Lucy volvió a tropezar y lo miró con furia.

Andrew tuvo que hacer grandes esfuerzos para aguantar las ganas de reír. No había pensado que se divertiría tanto a costa de ella. La maldita muchacha era divertida.

—Pero déjeme decirle que sí la comprendo— continuó Andrew segundo después.

—Claro— bufó con desdén la jovenzuela, como si no hubiese pasado nada, haciendo volar un mechón de pelo que se había salido de entre las horquillas —me entiende de la misma forma en que yo entiendo el alemán.

— ¿Lo entiende?

—No— dijo mirándolo con ojos bizcos, como si estuviera demente — ¿y usted?

—Tampoco, solo el francés— se apresuró a decir Andrew —pero sí creo entenderla a usted.

Lucy lo obsequió con una mirada escéptica.

—bueno— soltó un leve suspiro —supongo que es así con los hombres ya que piensan que sólo se acercan a usted por su dinero y posición ¿cierto? — arqueó una comisura de los labios con gesto sabedor mientras daban un nuevo giro.

Ella desvió la mirada y guardó un sepulcral silencio.

— ¿Y no habrá pensado que quizás la cortejan también por su belleza? — agregó tratando de animarla, sintiendo que ya se había burlado demasiado de ella por ahora. Pero en cambio, lady Lucinde, en lugar de sentirse agradecida como Andrew esperaba, lo volvió a mirar con una furia que podría competir con las mismas Erinias.

—No sé si se habrá dado cuenta, aunque lo dudo— pronunció con los dientes apretados y las mejillas espolvoreadas de un suave rosa—, pero su comentario es, por sobre todo, muy superficial.

Y le dio un pisotón tan fuerte que era imposible el creer que viniera de una mujercita tan menuda, haciéndolo —para su gran consternación y vergüenza— soltar un chillido nada masculino.

—Maldita sea— masculló —, solo trataba de ser amable, pero si no le gustan que la elogien sólo dígalo, no tiene porqué dejarme inválido— espetó con rudeza cuando la música finalizó, sujetándole de un brazo con fuerza.

Lucy nunca creyó que un baile se le haría tan ridículamente largo, como tampoco creyó que alguien sería capaz de enfurecerla tanto —ya que por lo general era una mujer muy calmada— pero ese hombre había sacado a relucir una parte de sí misma que no parecía conocer.

Entre ellas, la satisfacción de causarle daño físico a otra persona y quedar con ganas de más.

Y pensar que por poco bajaba la guardia y le contaba cosas que él no debería por qué saber.

Era irritante, concluyó Lucy.

—Es usted un insolente— murmuró dándole una mirada hostil mientras él la guiaba —o mejor dicho arrastraba (ese hombre parecía tener una especie de fascinación con querer arrastrarla de aquí para allá)— hacia donde Lucy sospechaba que estaban las limonadas. Esperaba que fuera eso, porque sinceramente se estaba deshidratando, el salón parecía un horno.

—Y usted insoportable— rebatió lord Torrington sonriendo con desfachatez, sus ojos grises con un brillo perverso en ellos.

Dios, ese hombre se estaba burlando de ella ¡No debería estarse burlando! Debería de estar enojado por el pisotón que le dio.

— ¿Por qué no va y se busca a otra a quien fastidiar? — hizo una mueca de molestia, tratando de soltarse de su agarre.

Él apretó más su brazo.

—Porque no se vería bien que la dejara sola en medio del salón— contestó con desenfado— ¿o acaso cree que me agrada su compañía?

—No se preocupe, el sentimiento es mutuo— replicó Lucy de modo escueto.

—Me complace saber que le genero algún sentimiento.

—Entre otros— murmuró entre dientes.

El vizconde aflojó su sujeción y se inclinó hacia ella rozando con su cálido aliento su lóbulo y dijo:

— ¿Sabe? A mí también me produce otros sentimientos— y luego se enderezó y le sonrió de una forma endemoniadamente maliciosa.

Lucy se estremeció y sintió subir un calor por las mejillas. Ese hombre era un verdadero peligro.

— ¡Lord Torrington! ¡Lord Torrington! — gritó Lady Richardson abriendo paso entre la multitud, empujando con su redonda figura a diestra y siniestra a quien se interpusiera en su camino.

Lucy exhaló un suspiro de alivio al saber que ahora podría escapar de la presencia del vizconde.

— ¡Qué bien que lo encuentro, milord! — resolló la mujer, deteniéndose junto a ellos tratando de normalizar su trabajosa respiración; una delgada capa de sudor coronando su frente.

—Buenas noches de nuevo, lady Richardson— saludó lord Torrington con una encantadora sonrisa, volviendo a aumentar el agarre en su brazo.

Lucy hizo una mueca de perplejidad ¿Acaso ese libertino no pensaba dejarla ir?

—Hace un rato que lo andaba buscando, milord, para presentarle a mi adorable sobrina— esbozó una sonrisa horrorosamente afable, de esas que solo eran capaces de componer las madres casamenteras —Ven Jolianne, querida— tiró del brazo de una joven que estaba escondida tras ella.

Lucy observó que lady Richardson era una buena tapadera si uno quería esconderse, con su cuerpo podía cubrir por completo a alguien. Excepto a personas demasiado altas, como el vizconde, por ejemplo.

—es un poco tímida— continuó la mujer, dándole un disimulado codazo en las costillas a su sobrina —pero es muy bonita e inteligente.

—Encantado, señorita Jolianne— dijo lord Torrington con educación,

soltando ¡al fin! Su brazo. La muchacha se sonrojó hasta las raíces e hizo una inclinación algo torpe murmurando su propio saludo.

Lucy se preguntó si tal vez la señorita Jolianne se habría enamorado a primera vista del vizconde... o es que era extremadamente tímida.

Quiso creer lo segundo, ya que de ser lo primero habría comenzado a mover las pestañas como si fueran un abanico como sabía que hacían la mayoría de las jóvenes cuando le coqueteaban a alguien.

Lucy se había preguntado varias veces hasta ahora por qué lo hacían ¿Qué tenía de atractivo el pestañear? Más bien daban la impresión de que se les había metido algo en los ojos.

—Y ella es lady Lucinde— dijo lady Richardson haciendo un gesto hacia ella— la hermana del duque de Ruthford.

—Un placer señorita Jolianne— saludó Lucy con una cálida sonrisa.

—El placer es mío lady Lucinde— sonrió tímidamente y se mordió el labio con nerviosismo.

Era bonita, observó Lucy. Su cabello era rojizo, y poseía un rostro muy agradable con grandes y expresivos ojos verdes que la hacían ver algo infantil (aunque Lucy calculaba que podría tener su misma edad. Tal vez un poco menos), y un cuerpo exuberante —como el de una cantante de ópera, aunque más pequeña— que atraía más de una mirada lujuriosa por parte del lado masculino de la sociedad.

Eso podría explicar su personalidad. O la falta de ella.

—Si no me equivoco— tartamudeó la joven mientras lady Richardson se mantenía ocupada con el vizconde hablándole sobre los atributos de su hija y de su sobrina —usted es amiga de Clitia ¿No?

—Sí— afirmó Lucy, disfrutando internamente de la incomodidad que padecía el vizconde— es una gran amiga mía ¿la conoce?— la señorita Jolianne movió ligeramente la cabeza en un asentimiento.

—Es una joven muy amable— sonrió con algo más de entusiasmo —y no cuesta para nada entablar conversación con ella— añadió como si fuera lo más maravilloso del mundo.

—Pero a veces puede ser muy fastidiosa— murmuró Lucy con una ligera mueca de fastidio. Si no fuera por su estupenda idea, pensó con sarcasmo, ahora no se encontraría encasquetada al lado de ese molesto hombre pecaminosamente atractivo.

Lucy giró la cabeza hacia donde estaba él y vio que ahora se había unido a la conversación otro hombre, quien parecía ser de la misma edad del vizconde.

—Lady Lucinde, señorita Jolianne, les presento a mi amigo Rayne Seymour, conde de Richmond— dijo cuándo se les hubo acercado.

—Un placer lady Lucinde, señorita Jolianne— las saludó con una sonrisa cortes que no parecía llegarle a los ojos. Podría ser amigo del vizconde, pero Lucy advirtió que no se parecían en nada, porque a pesar de haberlo conocido recientemente —y la irritara más que cualquier antecesor— también se había dado cuenta que cuando lord Torrington sonreía lo hacía de verdad.

La señorita Jolianne volvió a sonrojarse, pero esta vez de manera más intensa, si es que era posible. Lucy pensó que si quería conservar a la señorita Jolianne en un buen estado de salud, tal vez debería alejarla de los caballeros (sonrojarse de esa manera no debía de ser saludable), y también sería para ella la excusa perfecta para alejarse de ese moreno e irresistible vizconde.

—Lord Torrington, la señorita Jolianne y yo iremos en busca de unos refrescos ¿le molestaría si lo privamos de nuestra compañía?

—¿No quiere que las acompañemos?— lord Torrington sonrió con malicia, obsequiándola con una mirada que le decía que sabía claramente lo que trataba de hacer.

—¡Ooooh no, no, no, no!— replicó Lucy moviendo la cabeza con furia— Por ningún motivo dejaría que diera fin a tan animada plática con Su Señoría— dijo tratando por todos los medios de mantener la calma. Si

estuvieran bailando de seguro que ya le habría borrado esa estúpida sonrisa con un fuerte pisotón.

—Su cordialidad me conmueve lady Lucinde— dijo en tono afectado y la burla impresa en sus facciones, acercándose a Lucy para que solo ella lograra escucharlo.

—Y su tenacidad me halaga milord— musitó Lucy con sequedad. A lord Torrington le brillaban los ojos de regodeo. Maldito hombre ¿por qué tenía que divertirse a costa suya? Era un completo incordio.

—Muy bien, lady Lucinde— dijo el vizconde enderezándose— vaya en busca de las limonadas que tanto desea, y por favor— agregó en tono serio —si se encuentra con mi prima dígame que necesito hablar con ella.

Lucy asintió y luego hizo una venia. Tal parecía que no era la única que quería asesinar a Clitia, y pensándolo mejor, tampoco era muy halagador que su compañía fuera tan desagradable para el vizconde. Eso la molestaba, pero era lo que había querido desde un principio, disgustar al primo de Clitia. Además, él tampoco le había agradado mucho que digamos *¿o lo hizo?* La cuestionó una voz distante de su cerebro. Se dio una sacudida mental. Por supuesto que le había desagradado, hasta tal punto que tal vez ya lo detestaba.

Oh sí, cómo lo detestaba.

—Lady Lucinde ¿está molesta?— le preguntó la señorita Jolianne, sacándola de su meditación.

—No— dijo con más fuerza de la necesaria, tratando de sonreír— ¿Por qué lo pregunta?

—Parecía que...— la señorita Jolianne bajó la cabeza sonrojada y se mordió el labio.

—¿Parecía qué?— preguntó Lucy— vamos, Jolianne ¿puedo llamarla así cierto?

—Mis amigos me llaman Jilly— sonrió tímidamente.

—Y tú puedes llamarme Lucy, mis amigos me llaman así— agregó con sonrisa torcida— Entonces Jilly, si vamos a ser amigas lo mínimo que pido es que me digas qué piensas de mí. Vamos ¿qué era lo que parecía?

—Lady... es decir Lucy— alzó sus ojos verdes y comenzó a retorcerse las manos— siendo sincera... usted parecía una vaca.

—¿Una vaca?— repitió Lucy perpleja. Nunca en su vida había imaginado que alguien la iba a comparar con un animal. Y menos con una vaca.

—¡Nooooo!— exclamó Jilly con los ojos desorbitados, haciendo que varias miradas se voltearan en su dirección— no, me expresé mal— dijo más despacio, gesticulando con las manos con marcado nerviosismo— yo... este... lo que quería... lo que quería decir es que parecía que... como si estuviera rumiando algo.

—¿Como una vaca?— sugirió Lucy luchando por no sonreír, sintiéndose tremendamente divertida.

—¡Sí! ¡No!— saltó Jilly cerrando los ojos y viéndose horrorosamente mortificada— Vaya, creo que acabo de arruinarlo todo. No la culparía si decidiera retirarme su amistad— bajó la cabeza apenada.

Lucy soltó una carcajada sin poder evitarlo, atrayendo varias miradas de la gente chismosa, pero sin importarle. No se había dado cuenta, pero en verdad que necesitaba reírse. Tenían razón, pensó alegre, en decir que la risa era la mejor medicina para cualquier mal.

—¿No está enojada, lady Lucinde?— preguntó reticente.

—Por supuesto que no— dijo con los últimos espasmos de risa, la voz risueña—. Sería estúpido si lo hiciera. Además, hace tiempo que necesitaba reírme y te lo agradezco. Y te dije que me llamas Lucy— dijo en tono recriminatorio cuando llegaban donde se encontraban los refresco— y si me vuelves a decir lady Lucinde, ahí sí que me enojaré.

—Como digas Lucy— dijo Jilly, con una gran sonrisa y sin rastro de timidez, dándole a entender a Lucy que desde ese instante la consideraba su

amiga.

Un par de horas más tarde, Andrew ya estaba cansado de ese baile, de sus asistentes, de la música, e incluso del parpadeante y malvado brillo de las velas, y se preguntaba cómo diablos había soportado George asistir a esos eventos tan seguidamente sin morir de aburrimiento.

Ahora entendía por qué estaba tan feliz y saltando en un pie cuando se enteró que él acompañaría a Clitia.

Para Andrew ese había sido el primer baile al que había asistido en ese círculo social en específico después de años, ya que mayoritariamente las temporadas anteriores frecuentaba otros bastante alejados, con mujeres más descubiertas y hombres con manos más largas, pero como había heredado hace poco tiempo el título de vizconde sabía que si quería congraciarse con los demás integrantes de la Cámara de los Lores tenía que empezar por las esposas de éstos, las cuales concurrían a ese tipo de bailes.

Aburridos bailes.

Exhaló un suspiro de irritación y dio un sorbo a su vaso de champán, recorriendo con la mirada —desde su agradable y oculta posición en un poco iluminado rincón— el aún abarrotado salón de baile, encontrándose con una delgada y esbelta figura envuelta en muselina azul claro que se movía con una gracia inigualable.

—¿La conocías?— preguntó a Rayne, quien lo acompañaba en su escondite luego de huir de una especialmente enérgica madre casamentera que lo perseguía como el diablo.

Rayne siguió su mirada.

—Sí, pero nunca nos habían presentado ¿quién te la presentó a ti?

—Clitia— dijo con laconismo, ahora mirando hacia donde se encontraba su prima charlando animadamente con el anciano lord Stamford. No estaría tan

animada cuando platicara con él, pensó con sarcasmo.

Esa muchachita sí que se las pagaría. Haría sufrir a la mocosa.

—Es muy hermosa— Rayne comentó, logrando atraer la atención de Andrew.

—¿Clitia?— preguntó aturdido, enderezando los hombros.

—También— asintió —, pero me refiero a lady Lucinde ¿no crees?— preguntó cuándo Andrew se quedó callado.

—Sí— reconoció a regañadientes y algo molesto —pero tiene una lengua demasiado afilada para mi gusto.

Se pasó una mano por el cabello y volvió a apoyarse en la pared, pensando en el encuentro que tuvo con la joven. No podía negar que se divirtió de lo lindo haciéndola irritar, pensó esbozando una ligera sonrisa burlona, pero que también sintió una imprevista y poco apropiada atracción hacia ella, lo cual no era para nada bueno.

Infiernos, no estaba en sus planes involucrarse con una chiquilla inocente como ella.

—No me pareció que te molestara mucho cuando conversabas tan íntimamente con ella— dijo Rayne con diversión, haciendo gala de su singular sentido del humor.

Andrew torció la boca.

—Sabes que prefiero a las mujeres más voluptuosas... como la señorita Jolianne— sonrió con suficiencia.

—¿Te gusta ella?— su amigo frunció el ceño —no creo que sea tu tipo, es demasiado tímida.

—Tienes razón— hizo un pequeño encogimiento de hombros —pero ¿qué importa teniendo un cuerpo como el que tiene?

—No sabía que te habías vuelto tan superficial— soltó Rayne con acritud, pareciendo bastante molesto.

Vaya, ya iban dos veces en una noche que lo acusaban de ser un maldito superficial ¿acaso lo era? Por supuesto que no, pero le había dicho eso a Rayne porque no quería hablar más sobre la irritante y deslenguada cabritilla de lady Lucinde, ya tenía suficiente de ella por un día, pero ahora había quedado como un completo frívolo delante de su mejor amigo. Mil veces maldición.

Todo le resultaba tan absurdo, que de no ser porque se trataba de él mismo se abría reído abiertamente como un idiota.

—No quería decir eso— repuso, soltando un suspiro exagerado mientras se tomaba la última gota de champán que quedaba en su vaso—. Sabes que por sobre todo valoro la integridad y la inteligencia, ya deberías conocerme bien— sonrió cansado. Esa noche era una noche eterna —¿por qué mejor no vamos a la sala de juegos a divertirnos un rato?— sugirió después de un momento, sintiéndose más animado.

Al menos podía agradecer que lady Richardson habilitara una sala de juegos para los caballeros.

—Está bien— asintió lentamente Rayne, moviendo la cabeza— pero recuerda no apostar demasiado, o si lo haces que sea cuando juegues contra mí— Andrew soltó una sonora carcajada mientras le daba unas palmadas en la espalda a Rayne y seguían su camino rumbo a la sala.

Claro que no apostaría demasiado —sabía que lo perdería, pues era un jugador fatal— pero sí lo suficiente como para distraerse y sacarse de la cabeza a esa descarada mujer de ojos topacios y labios pequeños y tentadores.

—Como digas— dijo —pero vamos rápido antes que nos encuentre lady Richardson y nos haga bailar con su adorable hija... de nuevo— y fingió un aterrador escalofrío.

Pero no se podía negar que en verdad era terrible. No había ni empezado el baile cuando ya le había pisado cuatro veces las botas y dado dos codazos

en las costillas —no sabía cómo, pero en medio del baile se las arregló para hacerlo—, además de era demasiado parlanchina. Hablaba y hablaba sin parar como si estuviera en algún tipo de competencia, y en ningún momento lo había dejado tomar la palabra; pero en cierta forma para Andrew también era algo conveniente, ya que lo libraba de la penosa tarea de buscar un tema de conversación que no fuera el proclamado tiempo.

—Dios no lo permita— gimió Rayne con mucho sentimiento cuando ya llegaban a la sala de juegos, donde pasaron el resto de la velada y de donde Andrew salió siendo doscientas libras más pobre y Rayne, cómo no, doscientas libras más rico.

Capítulo 4

Es mejor ser rey de tu silencio que esclavo de tus palabras.

WILLIAM SHAKESPEARE

—¿Cómo te sientes?— preguntó Lucy con cuidado y sentándose con lentitud en el borde de la cama de Clitia, quien había enfermado por caerle encima *accidentalmente* un cubo con agua a ella y a George mientras mantenían una discusión considerablemente acalorada; y quien *casualmente* llevaba el cubo era lady Darenthon.

Sin duda alguna la familia se Clitia podía ser considerada como muy singular dentro de los estándares.

—Creo que...— dijo, siendo interrumpida por tres continuos estornudos —mejor— terminó con voz gangosa, limpiándose la nariz con brusquedad con un suave pañuelo de satén.

—Te ves terrible— no pudo evitar decir Lucy. Pero era cierto que se veía mal, tenía profundas ojeras y la nariz roja por la irritación y, mirándola bien, ese rojo no combinaba para nada con sus pecas.

Clitia le dedicó una mueca sardónica.

— Gracias— dijo escuetamente.

Lucy se arrellanó mejor en la cama y acomodó su vestido, pensando con jovialidad que ni en las peores condiciones su amiga perdía su buen talante. Era encantadora.

—Es lo que mereces, o como dirían los paganos, estás pagando *tu parca*— dijo Lucy con fanfarronería.

Todavía seguía molesta por la trampa que le había tendido al vizconde y a ella, aunque claro, Clitia había negado categóricamente toda acusación dirigida a su persona, aduciendo en su defensa que de verdad había tenido que hablar con lord Stamford; y Lucy ciertamente tenía que admitir (muy a regañadientes) que ella misma la había visto conversando con su tío.

—Es *karma*, las *parcas* son las *moiras* de los griegos— le corrigió Clitia con un bufido, lanzándole una mirada desdeñosa que le habría quedado muy bien si no fuera porque de nuevo se vio atacada por una serie de estornudos que sacudían todo su cuerpo.

Y ahí actuaba nuevamente el karma, pensó Lucy sin una pizca de compasión en el alma.

—Bueno, lo que sea— dijo quitándole importancia con un ademán de la mano —¿No es contagioso, cierto?— preguntó luego recelosa, su cuerpo movido involuntariamente hacia atrás.

—¿El karma o la gripe?— preguntó Clitia sorbiendo por la nariz de una manera nada atractiva. Había sonado como el resoplido de un caballo. Un caballo congestionado.

—La gripe por supuesto.

—Siendo, como eres, mi mejor amiga, no creo que tenga mucha importancia —dijo pestañeando con fingida inocencia (o tal vez le había entrado alguna basura en un ojo, era difícil discernir) —¿o me dejarías sola y desamparada por miedo a un simple resfriado?

Lucy pensó seriamente en decirle que sí la dejaría sola por eso, pero en verdad se veía tan mal que al final desistió. Además, no todos los días tenía la oportunidad de ver a Clitia en tales condiciones que se asemejaba a una gallina sacudida con ferocidad. Sabía que era un pensamiento algo egoísta ¡está bien! Demasiado horriblemente egoísta, pero ¡Dios! ver a Clitia en cama era como ver un tratado matemático escrito por Shakespeare, muy

extraordinario y difícil de presenciar.

No es que ella estuviera diciendo que Shakespeare fuera malo en matemáticas, solo que nunca había escuchado que lo relacionaran con ella.

Sacudió la cabeza. Ya estaba pesando estupideces nuevamente.

—Señorita Fielding— dijo una criada golpeando la puerta y luego entrando en la habitación con una bandeja en las manos— lady Darenthon le manda a decir que se tome esta infusión, o de lo contrario dice que ella misma vendrá a dársela.

—Dile que no se preocupe, Lidia, que me la tomaré toda— dijo Clitia despidiéndola, haciendo una mueca de desagrado. Lucy arrugó la nariz. No le gustaría estar en el lugar de su amiga; ciertamente esa infusión despedía un aroma repugnante como la combinación de cebolla, ajo y jengibre mezclado con miel y otra cosa, algo que Lucy no podía reconocer; y estaba segura de que sabía peor de lo que olía.

—Huele muy bien— dijo Lucy sonriendo con falso entusiasmo y meneando la cabeza, tratando de animar a su amiga a que se tomara su remedio, no sin antes alejarse un poco más del apestoso aroma.

Los labios de Clitia se tensaron en las comisuras.

—Entonces respira, o te vas a poner azul— dijo con sequedad antes de mirar su vaso por última vez con aprensión, y con el rostro algo verdoso, para luego ingerir de un solo trago toda aquel brebaje —. Si esto no me hace bien, puedo morir sabiendo que es asqueroso— declaró sacudiendo la cabeza y sacando la lengua, su rostro una total y completa mueca de aversión, provocando que Lucy sin querer soltara una risita nada caritativa.

Escuchar tras las puertas no era una de las actividades más preferidas de Andrew, y mucho menos recurrente, pero diablos, no creía que hacerlo cuando tenía la oportunidad lo catalogara de un maldito cotilla.

No. Él solo quería saber de qué estaba hablando su prima con la procaz lady Lucinde, y si dentro de su conversación estaría dando vueltas su nombre; pero luego de estar unos buenos cinco minutos escuchando tras la puerta de la habitación de Clitia podía decir con total seguridad que él era lo más alejado en esa charla. Solo había escuchado algo del destino y los páganos. ¿Ese era el tipo de conversación que mantenían comúnmente las mujeres? Andrew no lo creía probable.

Sin embargo, siguió con la oreja pegada en la puerta. Era eso o entrar, y de seguro prefería lo primero. No tenía muchas ganas de ver a la amiguita deslenguada de su prima.

Rayos, ¿Por qué tenía que estar ahí justo en ese preciso momento? ¿No podía haber ido ella antes? ¿O quizá después?

Reprimió una maldición y bufó molesto. Solamente había ido hasta ahí porque quería disculparse con Clitia por haber sido demasiado duro con ella tras lo del tema del baile de los Richardson, y ahora resultaba que estaba en cama por culpa de una gripe de extraña procedencia y además en compañía de su amiga, a quien no había podido sacarse de la maldita cabeza.

Le había dicho a su prima cosas que no pensaba, como que deseaba que se casara con el idiota de lord Daryl, pero en realidad estaba enojado como el infierno. Era su primera asistencia a ese tipo de eventos en años, y aunque sabía de antemano que tendría que huir de los tejemanejes de las ambiciosas madres casamenteras, no estaba preparado para que incluso Clitia —¡Clitia por un demonio!— también intentara emparejarlo con alguien. Era más molesto que la picadura de cien mosquitos el tener que soportar todos esos tipos de artimañas.

Sacudió los molestos pensamientos de su cabeza y se dispuso a seguir escuchando, y tal vez, quién sabía, podría descubrir algo interesante. Las mujeres siempre parecían saber todo lo que pasaba dentro de la sociedad. Parecían tener algún tipo de poder místico que las hacía conocer antes que los mismos afectados los chismes de los que eran inculpados.

—¡Andrew!— exclamó su tía sobresaltándolo y haciendo que su mano — que estaba a centímetros de la manilla de la puerta— chocara con ésta

produciendo un ruido sordo.

Andrew hizo una mueca. A pesar de que se consideraba un hombre bastante varonil le había dolido como el infierno el golpe.

—¿Qué haces parado ahí?— su tía lo miró con sorpresa y una chispa de sospecha en los ojos —¿ya fuiste a saludar a tu prima?

Lady Darenthon era una mujer menuda y delgada, que había conservado muy bien sus proporciones de la juventud. Tenía un cabello castaño rojizo, ahora surcado por algunas canas debidas a la edad, que enmarcaban un dulce rostro de mirada ambarina. Para Andrew, lady Darenthon había sido los más parecido a una madre; mientras la suya propia era una perra desdeñosa, su tía Emily lo trataba con cariño y ternura, mostrándole el mismo afecto que manifestaba a sus propios hijos.

—Eh... no, aún no— dijo Andrew con su natural carisma, obsequiándola con una encantadora sonrisa, de esas que reservaba para las actrices de Drury Lane —estaba por entrar cuando usted llegó— mintió con verdadero descaro. En verdad no quería entrar y tener que encontrarse con esa mujer, pero si no le quedaba de otra...

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas de forma abrupta cuando alguien abrió la puerta en la que estaba despreocupadamente afirmado, provocando que perdiera el equilibrio y que por muy poco besara el suelo.

—¿Qui...? ¡Ooooooooooooooooooh!— chilló la culpable acompañada del propio chillido de su tía.

A Andrew no le sorprendió en lo absoluto que fuera lady Lucinde, en cierta forma —una ridículamente increíble forma— lo esperaba.

—¡Ooooooh...! Yo... ¡Oooh...! ¡Lo siento! ¡Lo siento tanto... tanto, pero tanto lord Torrington!— balbuceó sentidamente la damita, con los ojos azules fuera de órbita y tapándose la boca (con horror quiso creer Andrew) —¡no sabía que usted estaba ahí afirmado! ¡Lo siento, en verdad cuánto lo siento...! — seguía diciendo ahora sacudiendo las manos de un lado a otro, viéndose en verdad mortificada. Si no fuera por lo aberrante de la situación, le habría

causado gracia.

—No se preocupe— masculló tratando de no parecer avergonzado, quitándole importancia con un ademán, tratando de salvaguardar su orgullo —, usted no tuvo la culpa, fui yo quien no estaba bien posicionado.

—Per...

—¿Por qué no olvidamos todo este incidente y entramos a ver a Clitia?— dijo lady Darenthon interrumpiendo las nuevas disculpas de lady Lucinde, tratando de salvar la situación insalvable; sus ojos bailando de risa reprimida.

—¿Por qué tanto alboroto?— gritó Clitia con voz nasal desde su habitación.

—¡Hija! ¡Mi niña!— exclamó su tía corriendo hacia el lecho de Clitia— ¿cómo te sientes?

—Lo hizo a propósito— susurró Andrew a lady Lucinde mientras ingresaban a la habitación, quedándose junto a la ventana que dejaba entrar los cálidos rayos del sol primaveral, relativamente lejos de los entrometidos y agudos oídos de sus parientes femeninas.

La espalda de ella se tensó notablemente y entrecerró los ojos.

—No fue eso lo que dijo hace poco— siseó ella echando chispas.

Vaya que encendía con rapidez la jovencuela, pensó Andrew complacido.

—Lucy, Andrew— los llamó su tía desde el otro extremo del dormitorio —no se queden tan apartados, en especial tú Andrew que no has visto cómo se encuentra tu prima.

Andrew se acercó al lecho de su prima sintiéndose bastante satisfecho. No sabía por qué, pero el provocar a lady Lucinde le producía una agradable sensación de placer, un placer perverso que era bastante difícil que cualquiera lo estimulara.

Su prima era otro tema. La miró. La miró bien mirada que ni con un

monóculo podría haberlo hecho mejor, y lo único que pudo decir, a pesar de querer animarla fue:

—pareces un cadáver.

Pero Dios, jamás había sido bueno haciendo comparaciones. Cada vez que lo intentaba su boca y su cerebro entraban en total disonancia que al final siempre terminaba insultando la sensibilidad de alguien.

La adulación vacua sí que se le daba mejor (cuando era necesaria) como a cualquier miembro de la alta sociedad, pero éste desgraciadamente no era el caso.

Sin embargo, gracias al Cielo, Clitia no era el tipo de mujer que se resintiera por un comentario como ese; lo único que hizo fue mirarlo con guasa y decir un escueto gracias.

Conversaron durante unos largos minutos, pero Andrew al ver que las mujeres comenzaron a charlar, principalmente lady Lucinde y su tía, Clitia solo parecía escuchar a medias, sobre temas poco interesantes para él, se aisló discretamente y se instaló junto a la ventana contemplando y disfrutando del sereno y cálido día primaveral en el exterior.

—Ssiento... Zziento zer taaan mal edducada, pero me guzztaría que me dejaran zzzola— dijo Clitia repentinamente después de unos largos minutos, mirándolos con los ojos a medio cerrar, las mejillas sonrojadas y una sonrisa estúpida cruzándole el rostro— creo que el bre...zzí...— soltó una sonora carcajada —el bree...bbaa...jjjee— volvió a reír ¿qué carajos le había dado a su prima? —ya hizzzo effecc...

—¡Hija, por el amor de Dios!— exclamó lady Darenthon escandalizada levantándose de un salto como si le hubieran clavado una aguja, y acercándose con presteza a su hija —pero ¿qué te pasa querida? ¿Te sientes mal?— tomó el rostro de Clitia entre sus manos en busca de alguna pista que explicara su extraño comportamiento.

Andrew se acercó con cuidado, sintiéndose entre preocupado y divertido, ganando considerablemente en intensidad este último.

Apretó los labios tratando de no sonreír, sabiendo que su tía lo terminaría regañando por burlarse del precario estado de su prima, pero maldita sea, la muchacha parecía una gallina borracha.

Miró a lady Lucinde, quién le lanzó una mirada desaprobatoria.

Andrew tosió discretamente para disfrazar un acceso de risa. No lo podía evitar, todo se le hacía condenadamente divertido.

—Lucy querida, tú que estabas aquí ¿mi hija se tomó toda la tisana?— preguntó su tía sumamente preocupada, echándole una mirada por encima del hombro, con un ceño de inquietud surcando su grácil rostro.

—Sí, lady Darenton— afirmó la joven con una mueca de preocupación, mientras se movía inquieta por la habitación retorciéndose las manos— Disculpe que lo pregunte...— dijo rápidamente parándose en seco —¿qué tenía exactamente esa tisana?

—Tenía ajo, cebolla...— enumeró. Andrew hizo una mueca, detestaba el ajo, le producía ardor en el estómago—...miel, y ¡Ay Dios mío! No puede ser— su tía agitó las manos frenéticamente y perdió el poco color que le quedaba en las mejillas. Miró hacia todos lados hasta que sus ojos se posaron en el vaso y corrió hacia él acompañada del frufrú de su vestido, para luego tomarlo y olisquearlo— ¡Ooooooooooooooooooooooh Dios mío! ¡Oooooooooooooh Dios mío!— chilló —le dije a la cocinera que le vertiera unas gotas de la botella roja pero ella usó la azul...— miró a Clitia tragando saliva con dificultad— y... la azul... la azul contenía láudano— dijo con voz trémula.

Andrew miró a Clitia quien ahora desvariaba murmurando enojada algo sobre un perro verde que usaba lentes no la dejaba invertir en no sé qué por ser mujer. Alzó una ceja con desconcierto. Eso comprobaba que era cierto lo que había escuchado, que durante el delirio una persona era capaz de decir miles de estupideces.

—Será mejor dejar que duerma un poco— intervino Andrew aclarándose la garganta.

En situaciones con esa lo mejor era dejar que el enfermo descansara, o eso

había escuchado; además después de un par de horas el láudano haría su efecto adormeciéndola.

—Sí, tienes razón sobrino— lady Darenthon asintió con firmeza —dejaremos que se calme y dentro de poco estará de nuevo en sus cabales— pero luego se desinfló y volvió a componer una mueca de preocupación —¡pobre niña mía! ¡La hemos drogado!

—Lady Darenthon— la interrumpió lady Lucinde con voz apacible poniendo una amistosa mano en su hombro —¿por qué mejor no vamos a la salita y le pedimos a la cocinera que le prepare un té? Disculpe mi sinceridad, pero se ve bastante alterada.

—En verdad estoy algo alterada, pero luego se me pasará— dijo —. Y tú, querida, debes de sentirte ahogada de estar tanto tiempo al lado de mi pobre hija— agregó, tomando las manos de lady Lucinde entre las suyas.

—No se preocupe, ha sido un placer acompañar a Clitia— dijo sonriendo cálidamente, su mirada expresando todo el amor y cariño que sentía por su amiga —además, ya es tarde y tengo que volver a casa; tía Maggy quiere que la acompañe a ver a una de sus amigas.

—Está bien querida— asintió su tía, para luego lanzarle una fugaz mirada a él y decir:

— Andrew estará encantado de acompañarte ¿cierto querido?

—Por supuesto— dijo sonriendo ¿qué otra maldita cosa podría decir?

—¡Nooo!— soltó Lucy en un chillido aterrado, haciendo que lady Darenthon la mirara con extrañeza y el vizconde con una mirada socarrona —es decir, puedo ir sola— rectificó sonriendo con tensión —. No queda demasiado lejos y no me gustaría molestar a lord Torrington, además me acompaña mi doncella— añadió en tono triunfal. De seguro eso disuadiría a lady Darenthon.

—No es suficiente— rezongó lady Darenthon con firmeza, descartando su argumento fácilmente con un ademán de su delicada mano —. De todos modos,

no sería ninguna molestia para Andrew el escoltarte a casa ¿verdad?

—Por supuesto que no— volvió a decir él con una calma terriblemente fastidiosa, meciéndose sobre sus talones con las manos en la espalda.

—Entonces ¡No hay más que decir!— declaró complacida la buena señora con una alegre sonrisa, uniendo sus manos en un gesto de satisfacción, toda preocupación hacia su hija desvanecida.

El silencio era su mejor arma para hacer frente a lord Torrington, pensó Lucy mientras se adentraban a Berkeley Square.

Llevaban ya varios minutos desde que habían salido de la propiedad de lady Darenthon, y Lucy se había propuesto el tratar de interactuar lo menos posible con ese detestable hombre. Y hasta ahora lo había conseguido, a pesar de que el ambiente entre ellos se hacía más y más incómodo con cada segundo que pasaba.

Reprimió un suspiro y lanzó una rápida ojeada a su acompañante.

No entendía por qué, pero el vizconde la hacía sentir extraña. Había algo en él que la atraía de una manera sumamente confusa, que le provocaba algo como entre la excitación y el miedo y que no podía controlar por más que quisiera.

Nunca le había sucedido algo ni remotamente parecido, y ahora que lo experimentaba la hacía sentirse terriblemente perturbada.

¿Por qué tenía que ser tan endemoniadamente atractivo?

—Hace un día muy hermoso ¿no le parece?— comentó espontáneamente lord Torrington, sacándola de su ensueño.

Lucy murmuró un evasivo «mmm» como respuesta, sin querer hablar más, aunque mentalmente sí le diera la razón.

Hacía un día precioso, pudo apreciar Lucy, y los cálidos rayos del sol no hacían más que aumentar su exquisitez.

—No me diga que está molesta— dijo él —. Debería ser yo quien se sintiera disgustado por verse obligado a acompañarla.

Lucy sintió que se atragantaba con aire.

— Yo no...— comenzó, pero se detuvo abruptamente y giró la cabeza hacia él con los ojos entrecerrado.

«¡Oh santo cielo! ¿Por qué tiene que ser tan irritante?» pensó Lucy dándose cuenta de que inconscientemente había mordido el anzuelo.

—¿Por qué me mira así?— preguntó él, todo inocencia. Solo le faltaba la aureola.

—No se haga el tonto— bufó Lucy poniendo los ojos en blanco y cruzándose de brazos, tratando de no caer rendida ante ese encanto tan natural que parecía llamarla, y recordándose inútilmente que ese hombre era un completo libertino —. Sabe muy bien a lo que me refiero.

—¿Que quería picarla?— preguntó, sonriendo con aquel descaro que Lucy ya comenzaba a familiarizarse —Déjeme decirle, lady Lucinde, que usted activa una vena perversa que no sabía que tuviera— añadió en un tono bajo y ronco que la recorrió como una sensual caricia.

Lucy luchó por no estremecerse, en cambio le lanzó una mirada de lo que esperaba fuera un letal sarcasmo y dijo:

—Es un honor para mí milord— y se dispuso a hacer una elegante y sardónica reverencia en medio de la calle.

El vizconde soltó una sonora carcajada, atrayendo las curiosas miradas de quienes transitaban.

Lucy se sintió como la sangre se le subía a las mejillas.

—Por favor, pare— siseó Lucy mirándolo con ceño —. No sé usted, pero a mí no me gustan que la gente se ponga a cotillear sobre mi persona.

—Ah no, a mí tampoco— repuso con un ligero encogimiento de hombros, mirando alrededor sin perder su sonrisa—; pero a decir verdad, usted tiene una forma muy efectiva de hacerme reír.

—¿Quiere decir que soy su bufón personal? ¡Oh!— dijo poniendo sus manos una en cada mejilla y abriendo los ojos con fingido asombro —¡que halagador milord! ¡No siga o puede que se me suban a la cabeza sus lisonjas! — exclamó Lucy con exageración mientras seguía caminando, cada palabra carga de sarcasmo.

—No se enoje— repuso en tono condescendiente —, debería sentirse privilegiada de ser una de las pocas personas que me han hecho reír tanto.

—¿Sabe, milord?— dijo Lucy con voz especialmente empalagosa.

Él entrecerró los ojos.

—¿Sí?— preguntó con marcada desconfianza.

—Si no estuviéramos aquí— Lucy abarcó con un gesto del brazo todo Berkeley Square —tenga por seguro que ya no gozaría de tan perfecta salud— sonrió con frialdad, esperando verse aunque sea algo aterradora.

—Si no estuviéramos aquí, como tan bien usted manifestó— dijo lord Torrington con voz tersa y sedosa, inclinándose levemente hacia ella esbozando una sonrisa maliciosa— créame que estaría haciendo cosas mucho más placenteras.

Lucy apretó los labios con irritación, era eso o derretirse en un charco ¿por qué ese hombre se ensañaba tanto con ella? No es que ella hubiera sido demasiado amigable con él, pero cielos, él era un caballero, por lo tanto

debería ser amable, gentil, y todas esas cosas que se suponían que caracterizaban a un hombre de su posición.

—No se enoje lady Lucinde— dijo acercándose.

—¿Q-qué hace?— balbuceó Lucy dado un respingo cuando vio que sus manos de acercaban a su rostro. Dios, lo tenía demasiado cerca para su estabilidad mental.

—Solo trato de atar estas estúpidas cintas— masculló mientras acomodaba el listón que se había desatado sin que Lucy se diera cuenta.

—Dígame una cosa, milord— dijo Lucy tragando saliva con fuerza.

—Hmmm...— murmuró él con una mueca de concentración, enfrascado en su tarea.

—¿Por qué disfruta tanto al fastidiarme?— musitó Lucy. Sin darse cuenta había bajado la voz hasta convertirla en un simple murmullo.

Lord Torrington alzó sus ojos grises como la bruma y la miró con tal intensidad que le quitó el aliento, y luego esbozó una leve sonrisa diciendo:

—Usted es diferente.

Y con esas tres simples palabras lord Torrington desató algo dentro de Lucy; una emoción desconocida y abrasadora recorrió su cuerpo y llenó de un calorillo jamás antes sentido su corazón; era un sentimiento agradable y a la misma vez completamente aterrador, algo que la más absoluta lógica le gritara que se prohibiera albergar; pero ya era tarde y para Lucy no había vuelta atrás. Temía, con todo su corazón, estar perdida, porque quizá, sólo quizá, Lucy había comenzado a enamorarse inconscientemente del encantador vizconde de sonrisa descarada.

«¡Oooh, esto es malo!» se gritó mentalmente sintiendo la sangre huir de sus mejillas como caballos desbocados. No era posible que tan simples palabras la pusieran en tal estado.

—¿Se siente mal?— preguntó lord Torrington arrugando la frente con

mirada preocupada, aún con las cintas del sombrero en sus manos.

—No, no, estoy perfecta— negó Lucy tratando de sonreír con naturalidad, apartando las manos del vizconde de la misma forma en que apartaba sus nefastos pensamientos.

Andrew entrecerró los ojos.

—¿está segura?

—No se preocupe, le dije que estoy bien— dijo ella con voz trémula. Andrew no le creyó para nada. Estaba seguro de que algo le pasaba, su repentina palidez era muestra de ello —¿por qué no seguimos?

Andrew asintió con parquedad. Si ella no quería hablar del tema él no iba a insistir; pero diablos, sí que quería insistir ¿de dónde diantres había salido esa maldita regla de que un caballero no podía insistir en un tema del que una dama no quería hablar? Era malditamente engorroso, y a él no le gustaba ver a la jovencuela tan triste, porque aunque lo negara, Andrew sabía que ella sí lo estaba.

—Usted sabía que yo iba a ir a visitar a Clitia ¿cierto?— le preguntó luego de un rato, sólo para enfadarla. Por supuesto que él sabía que ella no tenía ni idea de su visita, ya que ni siquiera Clitia lo sabía.

—Claro que lo sabía ¿por qué cree que fui a casa de Clitia? ¿A visitarla a ella?— dijo lady Lucinde mirándolo de reojo.

Andrew sonrió sintiéndose estúpidamente aliviado y feliz; ese irónico y simple comentario le decía que ya había vuelto a la normalidad.

—Lo sospechaba— asintió con fingida seriedad y suficiencia —. Sabía que en el baile de los Richardson había quedado encantada.

—¡Sí, claro! con los pastelillos, déjeme decirle que estaban deliciosos— lady Lucinde sonrió, y esta vez fue con verdadera fruición, provocando en Andrew una tonta sensación de satisfacción y placidez. Diablos, no debería sentirse así.

—Estaba hablando de mi persona— repuso Andrew, mirándola con arrogancia.

—¿Entonces quedé encantada por usted milord?— preguntó lady Lucinde con fingida inocencia, batiendo las pestañas rápidamente —lo siento, pero no me había dado cuenta— dijo poniéndose una mano en el pecho con gran sentimiento.

Andrew rio divertido. Hace mucho tiempo que no lo pasaba tan bien en compañía de una joven. La mayoría solo hablaban sobre chucherías, moda, que este vestido es de mejor tela que aquel, que el sombrero es esto o aquello; pero con lady Lucinde todo era distinto; con ella se podía tener una charla animada; y no era la clase de mujer que actuara con artificio para agradarle, todo lo contrario, hacia siempre lo imposible por ser desagradable insultándolo con esa mordaz y tentadora boca.

Siguieron caminado bajo el agradable cielo soleado sin hacer ningún comentario, compartiendo un ameno silencio. Pero de pronto Andrew se sintió inquieto. Tenía ese mal presentimiento que siempre venía acompañado de ese detestable gusanillo cosquilloso que le atravesaba la columna. Estaba seguro de que alguna maldita cosa iba a suceder, y le preocupaba no saber quién sería la víctima en esta ocasión. Siempre era él o alguien cercano. Infiernos.

—¿Sucede algo?— lady Lucinde lo miró con una chispa de preocupación impresa en sus profundos ojos azules.

—No ¿por qué lo pregunta?— dijo Andrew sonriendo y arqueando una arrogante ceja.

—No sé, me pareció sentir que su humor cambiaba— se encogió de hombros, pensativa— extraño ¿no?

Demasiado, pensó Andrew ocultando su sorpresa. No estaba acostumbrado a que los demás repararan en sus cambios de humor ya que nunca los dejaba traslucir. Ni siquiera Rayne, quien lo conocía hace muchos años, era capaz de advertirlo tan rápidamente como lo había hecho lady Lucinde.

—¿cómo fue que...

"¡PUUUM!"

Andrew se estremeció. Eso había sonado como un disparo.

—¿Qué fue eso?!— chilló lady Lucinde dando un salto debido al susto que la hizo chocar contra él.

—Un disparo, o eso creo— masculló Andrew tirándola del brazo arrastrándola hacia unos árboles cercanos, donde podían quedar relativamente protegidos en caso de que viniera otro.

—Pero ¿quién dispararía en medio de Berkeley Square?— preguntó viéndose más enojada que atemorizada. Eso lo hizo sonreír a medias. Era una suerte que no fuera de esas jóvenes lloronas que se desmayaban por todo.

—Quédese tranquila aquí mientras voy a averiguar qué sucedió— dijo con voz pausada, sujetándole ambos brazos y mirándola a los ojos con seriedad.

—¡Oooh no! Ni se le ocurra dejarme sola— exigió lady Lucinde con entereza y los ojos abiertos como platos.

Ahora sí que se veía asustada. Adorablemente asustada, pensó Andrew para sí. Vaya que era hermosa la jovencita, hasta asustada se veía bien. Parecía un cervatillo.

—No pienso dejarla sola— dijo Andrew saliendo de sus pensamientos, acercando su cuerpo instintivamente al de ella, quedando separados por escasos centímetros.

—Pero...

—¡Santo infierno!— la interrumpió Andrew gruñendo con encono justo antes de tirarla al suelo sin ninguna consideración, con su cuerpo cubriendo el menudo de ella momentos antes de que un segundo disparo pasaba silbando por encima de sus cabezas.

Capítulo 5

Hablar con mucha cortesía a veces conquista y otras empalaga.

FRIEDRICH SCHILLER

Lucy estaba aturdida.

Y aturdida era quedarse corta.

También estaba sin aire, literalmente, y no podía llenar sus pulmones debido a que el pesado, duro y atractivo cuerpo de lord Torrington estaba encima del suyo.

Sí. Encima. Cubriéndola con todo su glorioso esplendor.

Nunca en su vida Lucy había imaginado que su primer contacto íntimo con un hombre iba a ser de esa manera; que la tiraran al suelo de golpe en medio de la calle y en medio de disparos. «*Bueno, no tan en medio de la calle, pero algo parecido*» pensó con una mueca.

—¿Se encuentra bien?— preguntó el vizconde, quien aún se encontraba sobre ella, con la voz enronquecida, después de lo que pareció una eternidad; con una mirada oscurecida clavada con intensidad en sus labios y su cuerpo irradiando un intenso calor que parecía traspasarla.

Sin saber por qué, Lucy sintió de repente la boca seca.

—Sí— logró decir con un jadeo, completamente sonrojada por la falta de aire y por la posición en la que se encontraban, dando gracias a Dios de que se hallaran en un lugar moderadamente oculto de las miradas curiosas —. Solo

necesito llenar mis pulmones con un poco de aire.

—Sí, sí claro— masculló lord Torrington poniéndose de pie rápidamente y con gran agilidad —envidiable agilidad— para luego tenderle una mano para ayudarla a levantarse.

Lucy dudó un momento. No quería tocarlo. Bueno, sí quería, pero ya la había dejado demasiado confundida con su anterior gran contacto.

—¿Pasa algo?— preguntó él, mirándola ceñudo. Su mano extendida a la espera.

Lucy tragó saliva azorada y negó rápidamente con un movimiento cabeza que hasta a ella le pareció exagerado.

—¿Entonces qué espera?— dijo impaciente, tomando súbitamente su mano y levantándola en vilo, lo que la hizo soltar un gritito ahogado cuando quedó nuevamente unida a él en lo que se podría decir casi un abrazo.

Lucy sintió recorrer un delicioso escalofrío unido a una especie de descarga eléctrica cuando su mano derecha quedó entrelazada con la del vizconde, y la izquierda en su amplio y duro pecho.

Era idílico, pensó casi soltando un suspiro.

Hasta que el vizconde la soltó con más brusquedad de la necesaria, arrojándola de lleno a la realidad.

Lucy le lanzó una mirada furibunda sin que él se diera cuenta, mientras se sacudía el polvo de su vestido de muselina amarilla con inusitada violencia. Dio gracias al cielo que hacía días que no había llovido en Londres, o de lo contrario su vestido habría quedado lleno de lodo.

No es que fuera una mujer con gran superficialidad, pero vamos, a nadie le gustaría que una multitud le viera a una toda enlodada. También tenía su poco de vanidad como cualquiera, y que la vieran toda sucia solo sería darle de comer a la chusma para que comenzaran con sus habladurías. No, gracias.

Miró de soslayo al vizconde, quien a su vez recorría los alrededores con

su grave y aterciopelada mirada gris.

—¿Se encuentra usted bien, milord?— preguntó aclarándose delicadamente la garganta mientras se sacaba una piedrecilla de la manga de su vestido.

—Sí— respondió— y usted ¿estás segura de que no la lastimé?

Lucy se movió en busca de alguna lesión, pero no encontró ninguna. Solo estaba algo magullada, como una manzana recién caída del árbol, y le dolía un poco el tobillo del pie derecho, pero no lo suficiente como para alamar al vizconde. Si caminaba con cuidado, de seguro que no le dolería.

—¿Su doncella no venía con usted?— preguntó el vizconde repentinamente, frunciendo el ceño.

—Eh... no— Lucy pestañeó desconcertada ¿a qué venía esa pregunta? —le di la tarde libre— se encogió de hombros—. No vi problema ya que usted me acompañaba.

Lord Torrington masculló algo que no logró entender.

—¡Santo Dios!— se escuchó la voz chillona de una mujer que se acercaba.

Lucy cerró los ojos con dolor. Era Charlotte Freeman, una mujer tan hermosa como desagradable a la cual no lograría soportar ni aunque la envolvieran en un manjar.

—¡Lady Lucinde!— gritó con aquella aguda voz haciendo que Lucy quisiera huir despavorida de Inglaterra para no tener que escucharla más —¿cómo se encuentra? La vimos desde lejos hace un momento acompañada de lord Torrington— dijo llegando a su lado, batiendo con coquetería sus espesas y oscuras pestañas en dirección del vizconde, dejando de lado a su acompañante, lord Francis, su fiel admirador y perrito de compañía que la adoraba como si fuese una diosa griega —, y cuando escuchamos los disparos nos preocupamos por usted, querida lady Lucinde ¿cierto querido Francis?— dijo al aludido con voz melosa dirigiendo ahora su azulina mirada hacia él.

—La señorita Charlotte está en lo cierto— asintió lord Francis como un autómatas, totalmente embobado con la belleza de su acompañante.

Lo único bueno del hombre, pensó con sarcasmo, era que tenía un lindo rostro, porque su cerebro parecía haber sido comido por gusanos. Si es que alguna vez tuvo alguno.

—¿Y usted, milord?— dijo Charlotte aferrándose al brazo del vizconde como si fuera un ancla, mirándolo con sus labios formando un perfecto y coqueto morro.

Lucy quiso poner los ojos en blanco, la hacía sentir vergüenza por su propio género. Era una casquivana de primer orden.

—no está herido ¿cierto?— agregó comenzando a palparle el cuerpo en busca de alguna lesión, o eso quiso creer la virtuosa mente de Lucy.

—No se preocupe, me encuentro bien— dijo el vizconde separándola de sí sin ninguna delicadeza para luego posar sus ojos en Lucy —. Mejor deberían de preocuparse por lady Lucinde, quien ha pasado por un gran susto ¿podrían encargarse de ella mientras voy a investigar?

—¡Ay! Sí, mi querida lady Lucinde— volvió a chillar la mujer con gran dramatismo, juntando sus manos sobre su pecho haciéndolo resaltar —. No se preocupe milord, que lord Francis y yo nos ocuparemos de ella. Vamos lady...

—¡Ayyyyyyyyyyy!— ahora fue el turno de Lucy de chillar cuando Charlotte la tiró de un brazo haciendo que trastabillara y se afirmara con demasiada fuerza en el tobillo lesionado.

—¿Le duele algo, lady Lucinde?— se apresuró a preguntar el vizconde acercándose a ella para sostenerla.

Lucy asintió mordiéndose el labio.

—Mi tobillo— gimió, haciendo una mueca de dolor. Ella no era quejumbrosa, pero Dios, sí que le dolía ahora.

—¿Por qué no lo dijo antes? Se lo pregunté y lo negó— susurró el

vizconde, notándose algo enojado, frunciendo los labios —. Lord Francis— alzó la voz y miró al hombre —¿podría ir a investigar de donde salieron esos disparos?

—Eh...— repuso el mencionado caballero, mirando hacia todos lados saliendo como de una especie de letargo —... ¿me habla a mí?— dijo pestañeando con ridiculez.

Lord Torrington lo miró impaciente.

—¿A quien más crees Francis!— chilló Charlotte dándole sin ningún disimulo un manotazo en el brazo.

Por un breve, muy breve momento, Lucy sintió simpatía por esa mujer.

—¡Ah! Sí, sí, por supuesto— asintió frenéticamente con la cabeza.

—Entonces que esperas ¡ve!— ordenó Charlotte con un espectacular ademán.

—¿A dónde?— preguntó confundido lord Francis, rascándose la frente.

Por lo general Lucy no se consideraba una persona violenta ni impulsiva (a excepción de cuando pisó al vizconde, pero esa vez él se lo había merecido) no obstante, en ese momento deseó serlo para darle unas cuantas patadas al hombre. Sí que le sobraba idiotez al pobre, que daban ganas de estrangularlo.

—¡Andrew!— gritó la voz de un hombre.

Lucy se giró y vio que era lord Richmond quien llegaba corriendo desde el otro extremo de la calle.

—¿Qué ocurrió?— fue lo primero que preguntó cuando llegó a donde se encontraban ellos.

—Disparos— respondió brevemente—. Por poco uno le da a lady Lucinde.

Lucy reprimió una sonrisa. Eso sí que era exagerado.

—Sí milord— chilló Charlotte, tomando el brazo de su nueva presa —me asusté muchísimo— añadió antes de desvanecerse en los brazos del conde, con demasiada elegancia para ser cierta.

El conde la dejó caer al suelo y Lucy tosió para disimular un acceso de risa que desesperaba por salir. Dios, ese hombre se merecía un aplauso. O un nuevo título.

Charlotte gimió en el suelo viéndose para nada contenta, y lord Francis la levantó en sus brazos para llevársela cuando le retorció las pantorrillas.

Luego, cuando quedaron solos los tres, lord Richmond se volteó hacia ellos y los observó con curiosidad y una elegante ceja arqueada, haciendo que Lucy cayera en la cuenta de que el vizconde le tenía sujeta demasiado cerca de su cuerpo de una manera nada decorosa. Se sonrojó escarlata.

—Lady Lucinde ¿le sucedió algo?— preguntó esbozando una insinuante media sonrisa.

—Se torció el tobillo— respondió el vizconde con sequedad, antes de que ella pudiera abrir la boca.

—¿En serio?— preguntó lentamente, con una mirada que decía que lo encontraba sumamente gracioso ¿cómo podía encontrar divertida una situación como esa? Sinceramente el hombre tenía una clase de humor muy extraño.

—Déjate de estupideces, Rayne— lord Torrington le lanzó una mirada de advertencia mientras separaba a Lucy lentamente de sí para ayudarla a afirmar con cuidado los pies en el suelo.

Lucy apretó los labios con fuerza para no gritar cuando su pie derecho hizo contacto con la tierra; en cambio apretó fuertemente el brazo del vizconde del cual se sujetaba, quien a su vez soltó un quejido para nada varonil.

—Mi tobillo. Duele— gimió cuando lord Torrington la miró molesto.

—Rayne— dijo el vizconde —¿andas en coche?— el conde asintió —Bien ¿podrías llevar a lady Lucinde a su casa?— preguntó mientras la

ayudaba a apoyarse en él.

Lord Richmond asintió nuevamente con parquedad.

—Bien, yo me quedaré a investigar ¿está de acuerdo lady Lucinde?— Lucy también asintió; de cualquier manera no le quedaba de otra.

—Entonces vamos, lady Lucinde— dijo el conde ayudándola a caminar, mientras el vizconde se dirigía en dirección contraria a la que ellos tomaban.

Unos cuantos minutos más tarde, Lucy ya se encontraba viajando en el carruaje del silencioso conde de camino a su casa, mientras lord Torrington investigaba sobre quién había sido el responsable de esos locos disparos.

Pero solo cuando se halló en su casa siendo atendida por una revoltosa lady Stamford, Lucy cayó en la cuenta de que tal vez, solo tal vez, el vizconde se había querido deshacer de ella enviándola a casa en compañía del conde.

Sentándose pesadamente en el diván de terciopelo color borgoña, y pasándose las manos por la cabeza con gesto cansado, Andrew llegó a la conclusión de que ese día bien podría titularse como de locos. O de perros.

—Una historia bastante singular— comentó Rayne con sequedad mientras llenaba dos copas con whisky junto al aparador.

Andrew murmuró su acuerdo.

Una vez que su amigo se hubiera llevado a lady Lucinde a su casa, Andrew

se enfrascó en la tarea de averiguar de dónde demonios provenían los disparos y quién había sido el idiota responsable.

No fue como él creyó, ni un atentado, ni un paciente de Bedlam suelto, ni tampoco una pelea doméstica. Simplemente a uno de los inútiles lacayos del conde de Dudley se le disparó el arma mientras la limpiaba; y luego, cuando la recargó para dejarla como estaba, volvió a apretar el gatillo accidentalmente.

Santo infierno, si era la situación más increíblemente descabellada y aberrante que había vivido. Y eso que tenía un largo historial tras la espalda.

Y él pensando que querían hacerle daño a lady Lucinde.

Si le hubiese pasado algo... ¡Dios! De solo pensarlo se sentía enfermo y comenzaban a sudarle las manos. No recordaba momento alguno de su vida en el que había sentido tanto miedo por alguien. Lady Lucinde acababa de quitarle diez años de vida. Si hasta se sentía ya más viejo.

—Pero lo bueno es que ya se resolvió todo— dijo Rayne sabiamente, acercándole el vaso para luego sentarse frente a él.

—Ajá— asintió Andrew con laconismo.

Ambos quedaron en silencio mientras bebían su licor.

—¿Cómo estaba lady Lucinde?— preguntó pasado unos minutos sin poder contenerse, esperando no haber sonado demasiado ansioso.

—Bien— fue se escueta respuesta.

Andrew soltó un gruñido molesto, y Rayne bebió un sonoro y pausado sorbo de whisky.

—Si quieres saber si habló sobre ti solo tienes que preguntar— sugirió mirándolo con pereza por debajo de las pestañas y con una de las esquinas de la boca elevada, estirando cómodamente las largas piernas.

Andrew guardó silencio y comenzó a tamborilear los dedos contra los brazos del sillón en un gesto de impaciencia.

—¿Lo hizo?— preguntó esquivo.

—No— respondió Rayne con placidez mientras sonreía y cerraba los ojos.

Andrew volvió a gruñir.

No sabía por qué, pero le molestaba que la joven no hubiera hablado de él ¿ni siquiera lo había nombrado? ¿Ni una sola vez maldita vez?

En cambio, él no había dejado de pensar en ella; en ese exquisito momento en que tuvo su delicado y pequeño cuerpo bajo el suyo, viéndose totalmente sonrojada y jadeante, y sus labios entreabiertos en una seductora invitación a probarlos. Maldición, si tan solo recordarlo le calentaba la sangre.

Se removió incómodo en el sillón. Si seguía alimentado de esa forma su imaginación iba a terminar con un grave problema.

—¿Por qué no admites de una vez que te gusta la muchacha?— dijo Rayne sacándolo de sus para nada honestos pensamientos.

Claro que le gustaba la joven —demasiado para su bien—, por eso había preferido que Rayne la llevara a su casa; porque si no mantenía las distancias con ella estaba seguro de que haría cosas que ningún caballero honrado haría con una dama a no ser que estuvieran ya casados. Y Andrew estaba más que seguro que él no podía ser ese hombre.

Porque si por alguna casualidad del destino llegaba a contraer matrimonio con lady Lucinde, estaba seguro de que la haría infeliz. Era algo que simplemente sabía; que lo llevaba en la sangre al igual que el bastardo su padre. Y Andrew lo que menos deseaba era parecerse a su padre.

No quería hacer infeliz a una mujer como lo había hecho el anterior vizconde con su esposa; y aunque no lo quisiera, él sabía —como le había escuchado decir su madre constantemente en su niñez— que en el fondo era idéntico a su progenitor.

Por ese motivo, Andrew había tomado la esplendorosa decisión de no casarse nunca. Había hecho la promesa de no cometer los mismos errores de

su padre; y si eso significaba tener que alejarse de la adorable y deseable lady Lucinde, pues bien, lo haría.

—Sí, me gusta— admitió asintiendo lentamente, tomando el último sorbo de whisky que quedaba en su vaso —, pero eso no cambia nada.

—Si yo fuera tú, comenzaría un cortejo rápidamente— Rayne chasqueó los dedos sin abrir los ojos, y apoyó cómodamente los brazos en las orejas del sillón.

Andrew lo miró incrédulo. Santo Dios ¿ahora también Rayne? ¿Qué les pasaba a todos con querer casarlo con lady Lucinde? El mundo se estaba volviendo loco.

—Es hermosa— continuó Rayne —, se ve que tiene inteligencia, está en posesión de una considerable dote, aunque bueno, tú no la necesitarías; y viene de una excelente familia, nada más y nada menos que la hija de un duque. Tiene todo lo que un hombre puede desear en una futura esposa.

—Entonces cortéjala tú— dijo Andrew con más brusquedad de la necesaria, sintiendo un pinchazo desagradable al ver que Rayne había advertido tan bien en las cualidades que poseía lady Lucinde.

—Podría intentarlo— murmuró Rayne pensativo.

—¿Qué dijiste?— Andrew entrecerró los ojos con cautela, apretando con inusitada fuerza la copa entre sus dedos.

—Dije que podría intentarlo ¿qué perdería?

—Rayne— dijo Andrew lentamente. Molesto.

—¿Sí?

—Cierra tu maldita boca o te molere el trasero a patadas.

Rayne sonrió satisfecho.

Diablos, sí que podía ser exasperante cuando se lo proponía el maldito

bastardo.

—Creo que mejor no me acerco a la joven— rectificó Rayne abriendo los ojos y pestañeando con fingida sorpresa —. No quiero salir lastimado y amo demasiado mi trasero, también no me gusta tanto como a ti —se encogió de hombros —. Además, no tendría ninguna posibilidad con ella, porque no soy tú— añadió mirándolo con una insistente fijeza —. Un pobre conde como yo no atrae la atención de tan bellas damas— añadió con burla-

Andrew bufó y desvió la mirada, para luego levantarse y dirigirse hacia las grandes ventanas fingiendo que miraba hacia afuera.

Sabía que le gustaba a la jovencita al igual como ella le gustaba a él, y no podía dejar pasar inadvertida la gran atracción que había entre ambos. Lo había visto en sus ojos cuando la tuvo en sus brazos en el momento en que la levantó del suelo, por eso se había separado tan bruscamente de ella.

Era eso o sucumbir a sus deseos insensatos de querer besarla hasta dejarla sin sentido.

Además, no quería que la joven albergara sentimientos hacia él, porque sabía que de cualquier forma iba a terminar haciéndole daño —algo que en verdad no quería— porque maldición, le agradaba. Sí, le agradaba. Y por esa misma razón era que tenía que alejarse de ella. No quería romperle el corazón cuando se diera cuenta que él no era el tipo de hombre con el que podría casarse.

—Me alejaré de ella— afirmó, y volteándose a mirar a Rayne volvió a repetir con una mueca de decisión— Sí, me alejaré de ella.

—No es a mí a quién debes decírselo— replicó Rayne levantándose con pereza de su asiento —, sino a tu propio cerebro y voluntad— añadió dirigiéndose hacia la puerta.

Andrew estaba seguro de que podría mantener las distancias con lady Lucinde. Solo tenía que evitar encontrarse con ella y existían muchas maneras de cómo eludir a dicha damita.

Quizás también debería buscarse una nueva amante que lo mantuviera ocupado. Eso sonaba como una buena idea.

—Antes de que se me olvide— dijo Rayne parándose junto a la puerta con el pomo en la mano—, recuerda que, como el caballero que eres, tendrás que ir a averiguar sobre el estado en que se encuentra lady Lucinde ¿no crees que sería mal visto que después del accidente que tuvo estando contigo, tú ni siquiera te intereses por su persona?— y sonrió de manera bastante satisfecha, cruzando el umbral de la puerta.

Andrew soltó una maldición y pateó la silla que tenía en frente, mientras escuchaba cómo Rayne soltaba una divertida carcajada al otro lado de la puerta.

La tarde siguiente al desastroso viaje de vuelta a casa, Lucy se encontraba cómodamente sentada en un suave sillón en el saloncito de tapiz melocotón, y con su pie torcido descansando plácidamente sobre un taburete, mientras disfrutaba de una apacible lectura y se devoraba un delicioso pastelillo relleno de natilla.

—Mmmm...— gimió de placer al darle una mordida justo en la zona de la crema, dejando de lado su ejemplar de *Áyax* para concentrarse mejor en su comida —Quién diría que torcerse un tobillo atraería cosas buenas— dijo en voz alta, pensando que era una suerte que no tuviera que acompañar nuevamente a su tía a la modista.

—¡Ay querida!— dijo lady Darenthon entrando como una tromba a la sala. Lucy se atragantó del susto, y se preguntó ociosamente de quién había heredado Clitia su pereza si la baronesa era tan enérgica —¡Siento tanto lo

que te sucedió!

Lucy se aclaró la garganta.

—No se preocupe, lady Darenthon— dijo sonriendo alegremente mientras la baronesa tomaba asiento con elegancia junto a ella —, ya me siento mucho mejor.

—Todo ha sido culpa mía— repuso apenada la buena mujer, mientras Lucy llamaba a una criada para pedir algunos bocadillos más —. Yo fui quien te detuvo demasiado tiempo en mi casa. Si te hubieras ido antes, nada de esto habría pasado— gimió dramáticamente, poniendo las manos sobre su pecho.

—No exagere, lady Darenthon— dijo Lucy afablemente, con la intención de tranquilizarla —, nada de lo que sucedió fue su culpa, simplemente fue casualidad. Además— sonrió con entusiasmo —, el médico dijo que solo era una leve contusión y que para mañana estaré como nueva.

—¡Ay, mi niña, eres tan amable al decir eso!— suspiró largamente —es una suerte que seas amiga de mi hija— añadió tomando su mano y dándole afectuosos golpecitos.

—Confío en que Clitia se encontrará bien— comentó mientras una criada entraba con una bandeja con bocadillos y limonadas. Lucy tomó una galleta pensando que era una lástima que su amiga no estuviera con ellas, pues estaría encantada con esos dulces.

—Está bastante mejor. Te manda sus buenos deseos ya que no puede venir. El médico le advirtió que aún no puede salir de casa cuando dijo que quería venir a verte— Lucy sonrió al imaginarse a su amiga, quien a veces podía ser bastante atolondrada —. También me dijo que el brebaje que le dimos es milagroso— dijo la baronesa con sonrisa ladina mientras bebía un sorbo de limonada.

—¿Sabe lo que contenía?— preguntó Lucy movida por la curiosidad.

—¡Nooo!— los ojos de lady Darenthon parecían querer salirse de sus órbitas — Puede que le haya quedado gustando la sensación que le provocó y

se interese por los licores ¡Dios me libre de tener una hija beoda!— dijo aterrada, apretando la mano que tenía sobre el pecho.

—No creo que Clitia se convierta en una bebedora empedernida— dijo Lucy tratando de calmar a la baronesa, sin poder reprimir una sonrisa divertida —, además usted la conoce, es su hija y sabe que una joven sensata.

—Sí, tienes razón— asintió exhalando un suspiro y tomando un pastelillo de la bandeja —, pero a veces no lo es tanto, por eso aún no consigue marido— dijo apenada y luego abrió los ojos y su boca formó una O perfecta al caer en la cuenta de que al decir eso también hacía referencia a ella.

—No se preocupe, lady Darenthon— dijo Lucy con sonrisa indulgente antes de que la baronesa pudiera decir palabra alguna —, estoy acostumbrada. Tía Maggy lleva cuatro años recriminándome por no haberme casado todavía.

—Discúlpame, querida— dijo lady Darenthon sentidamente dándole una pequeña mordida al pastelillo —. No me quise ser mal educada.

Lucy sonrió con comprensión. Sabía que la madre de su amiga no quería ofenderla; siendo como era poseedora de tan dulce carácter era imposible que lo hubiera hecho deliberadamente. Esa mujer no poseía ni un hueso malicioso.

—Lucy— dijo su tía entrando con paso majestuoso al saloncito —, Clown me acaba de avisar que Emily vino a visitarte.

La condesa de Stamford era de aquellas personas que el adjetivo imponente le quedaba como anillo al dedo. Esa era la única palabra que Lucy podía encontrar para describirla como era en realidad.

Lady Stamford era una mujer alta y voluptuosa que hace poco tiempo había cumplido los sesenta y cinco años de edad, pero que en su tiempo fue considerada uno de los diamantes de la aristocracia cuando fue presentada en sociedad. Tenía un abundante cabello gris, siendo castaño en su juventud; y unos chispeante e inteligentes ojos azules, característicos de los Aldridge, a excepción de Robert quien los tenía verdes como su difunta madre.

Lucy observó a su querida tía saludar efusivamente a la baronesa y eso la

hizo sonreír. La condesa de Stamford no era conocida por ser demasiado afable, pero cuando alguien se ganaba su cariño y respeto, podía llegar a ser tan cariñosa que llegaba a asfixiar (Lucy lo sabía por experiencia propia); y como veía, lady Darenthon formaba parte de ese reducido círculo.

—¿Cómo está tu pie?— le preguntó tomando asiento frente a ella para luego coger un trozo de salmón ahumado.

—Mejor, ya casi ni duele— respondió Lucy, moviendo el tobillo con cuidado para demostrarlo.

—Es una suerte que estuvieras con lord Torrington ¡estaría muerta si un disparo te hubiese dado!— exclamó su tía con melodrama.

—En realidad, la muerta sería yo— masculló Lucy dándole un mordisco a una galleta.

—No seas grosera, Lucinde— dijo su tía en tono agudo, dándole un pequeño golpe en la rodilla, por encima de la mesa, con uno de sus tantos abanicos— sabes a lo que me refiero.

Lucy bajó la cabeza para que su tía no viera su sonrisa, prefiriendo guardar silencio y seguir comiendo su galleta.

—Sí, tienes razón querida— dijo lady Darenthon —, es una suerte que mi sobrino estuviera con Lucy. Y hablando de él— añadió, terminado de comer su pastelillo con natilla y mirando la bandeja como sopesando si se comía otro o no —¿ha venido a visitarte?

Lucy abrió la boca para responder, pero fue interrumpida por un toque en la puerta por parte del mayordomo.

—¿Sí, Alfred?— preguntó aclarándose la garganta.

El mayordomo la miró con agradecimiento. Lucy era la única persona en toda esa casa que parecía recordar su nombre.

—Tiene visita— se le acercó y le entregó una pulcra tarjeta de visita—. Es lord Torrington, quien pregunta si puede pasar a verle.

«*Hablando del rey de Roma*» pensó Lucy con sarcasmo, acariciando la tarjeta.

—Dígale que pase, Clown— ordenó su tía antes de que ella pudiera contestar —, y por favor trae más bocadillos, lord Torrington querrá algunos.

Lucy arqueó ambas cejas con curiosidad y sorpresa ¿A qué venía tanto entusiasmo?

—Como ordene, milady— dijo el mayordomo con una inclinación antes de desaparecer detrás de la puerta dando paso poco después al vizconde.

—Lady Stamford, lady Darenthon— saludó lord Torrington haciendo una inclinación— y lady Lucinde.

Lucy sintió las piernas débiles cuando él posó sus preciosos ojos grises en ella con una letal intensidad, y dio gracias al cielo de que estuviera sentada, porque estaba segura que, de lo contrario, sus piernas no la habrían soportado.

—Lord Torrington— murmuró bajando los ojos.

—Tome asiento milord— dijo su tía en tono dulce, sonriendo con una amabilidad nada característica en ella. Lucy se estremeció. O su tía planeaba algo, o se había golpeado la cabeza —. Clown traerá más bocadillos.

—¿Clown?— preguntó el vizconde arqueando una ceja y tomando asiento, desgraciadamente, junto a ella, quedando Lucy entre medio de lady Darenthon y él.

—El mayordomo— respondió de modo escueto.

—Pobre hombre— murmuró.

—En realidad se llama Alfred— explicó, moviéndose incómoda— pero nadie recuerda su nombre aparte de mí.

—Una tarea encomiable— musitó el vizconde con seriedad mal simulada.

—Emily, querida— levantó la voz su tía por sobre la de ellos— ¿recuerdas que te había dicho que quería tener de esos tulipanes exóticos provenientes de Asia?

Una fugaz mirada de confusión pasó por el rostro de lady Darenthon antes de ser reemplazada por una mueca de entendimiento.

—Sí, claro— dijo sonriendo.

—Bueno, verás— su tía sonrió como un gato ante un plato de leche—, el jardinero se consiguió dos bulbos con el jardinero de la señora Martin, y ahora están comenzando a florecer ¿te gustaría darles una miradita?

La baronesa tosió discretamente.

— Por supuesto, estaría encantada

—Entonces vamos— dijo lady Stamford poniéndose de pie animadamente—. Lucy querida ¿podrías quedarte con lord Torrington un momento?

—Claro— *que no* terminó de decir en su mente. Como si pudiera negarse en la situación en la que se encontraba, pensó con sarcasmo, queriendo asesinar a su tía.

—Y tú, Andrew ¿podrías hacerle compañía a Lucy?— dijo lady Darenthon levantándose del sofá.

—Por supuesto— asintió y sonrió el vizconde mientras ambas mujeres salían por la puerta dejándola a medio cerrar —como era necesario para evitar habladurías—, cuchicheando acerca de los bulbos de la señora Martin.

Lucy pensó sin la más mínima gracia que no se había equivocado para nada al pensar que su tía planeaba algo.

Capítulo 6

Todos aquellos planes que no sean trazados plenamente según todas las disposiciones del género, tienen que fracasar.

FRIEDRICH VON HARDENBERG

Andrew sonrió con malicia al encontrarse solo en la habitación junto a lady Lucinde. Se notaba a millas que ella preferiría salir saltando en un pie antes que estar a solas con él; como también era muy notorio —demasiado notorio— que su tía y la condesa de Stamford querían emparejarlo con lady Lucinde; lo que en cierta medida le producía escalofríos ¿y a quién no? No cuando se juntaban dos renombradas matronas tratando de casarlo. Era algo completamente horroroso que le ponía la piel de gallina.

Pero había tenido que encontrarse en ese lugar por motivos de fuerza mayor. Al final, Andrew tuvo que reconocer muy a su maldito pesar que Rayne tenía razón, y que sería muy extraño y descortés que él no fuera a saber sobre el estado en que se encontraba lady Lucinde; por eso había decidido ir a visitarla lo antes posible —lo que lo llevaba a ese momento— dando por concluida todas las obligaciones que tenía con la joven, para luego tomar las distancias necesarias con ella.

Porque sí que las tomaría.

—¿Y cómo está su pie?— preguntó, ya cuando el silencio se hizo notar extremo.

—Mejor— fue la concisa y educada respuesta que le dio lady Lucinde para luego volver a guardar silencio y mirarse las manos con especial

atención.

—¿No va a preguntar cómo me encuentro yo?— preguntó Andrew con inocencia mientras cogía la última galleta que quedaba y se adelantaba a lady Lucinde, ganándose una mirada fulminante.

—Bien— bufó ella con los dientes apretados —¿Cómo se encuentra milord?— Andrew sonrió con diversión. Oh, cómo le gustaba picar a la joven, y no porque se había prometido alejarse de ella iba a negarse la bella satisfacción de molestarla mientras la tuviera cerca.

—Excelente, gracias por preguntar— hizo un gesto de conformidad con la cabeza —y dígame, lady Lucinde ¿por qué no acompañó a su tía a ver esos gladiolos?— preguntó acomodándose más cerca de muchacha, disfrutando perversamente de su incomodidad.

Ella soltó un gritito ahogado y Andrew tuvo que hacer grandes esfuerzos para no reír.

—Por si no se habrá dado cuenta— dijo con marcado sarcasmo y mirándolo como si quisiera lanzarse a su yugular —estoy lisiada. Y además, son tulipanes— añadió.

—¿Qué?— preguntó Andrew arqueando una ceja y mirando con especial interés la bandeja con bocadillos, haciéndosele agua la boca. No había comido en toda la mañana por estar enfrascado en un negocio que se traía entre manos, así que tenía un hambre voraz.

Se decidió por coger un trozo de salmón ahumado, y casi gimió de placer al darle la primera mordida, pensando que eran demasiado pequeños, y que otra mordida más ya se lo habría devorado todo.

—La flores. Son tulipanes.

—¿Y que dije yo?— dijo distraído, ahora cogiendo una loncha de queso. Le encantaba el queso; incluso a veces pensaba divertido que, si fuera un pagano, creería que en su vida pasada había sido un roedor.

Lady Lucinde bufó con impaciencia y Andrew la miró de reojo por un par de segundos.

—Que usted dijo gladiolos y son tulipanes.

—¿Y que hay con eso?— preguntó frunciendo el ceño confundido ¿de qué rayos era que estaban hablando?

La joven le lanzó una mirada incendiaria y exhaló un largo suspiro como tratando de calmarse.

—Que usted se equivocó; dijo que las flores eran gladiolos, pero son tulipanes— le explicó lentamente como si estuviera tratando con un niño. O un adulto con tendencia a la idiotez.

¿Qué le importaba a él si eran hortensias, begonias o lo que fueran? Andrew decidió en ese momento que nunca iba a lograr comprender la maldita línea de pensamiento del género femenino. Era un total misterio cómo eran capaces de molestarse por cosas tan condenadamente insustanciales. No podían pasar de la A a la B sin antes no haber tocados las X, Y, Z e incluso las letras griegas.

—Los bocadillos están exquisitos— dijo Andrew en cambio, sonriendo con su encanto natural.

Lucy trató fuertemente de no poner los ojos en blanco al escucharlo, pero no pudo ¿cómo era posible que ese hombre tan infantil, que perdía el tiempo fastidiando su existencia fuera un libertino? Quizá Marianne y las revistas de sociedad se habían equivocado de hombre, porque de seguro, en esos momentos, él no parecía uno.

—¿Sabe, milord?— dijo pensativa, ladeado la cabeza.

—¿Hummm?— repuso el con la boca llena de comida. Parece que el hombre había ido a su casa principalmente para llenarse el estómago.

—Tenía entendido que usted era un completo libertino— continuó, extrañada— pero déjeme decirle que no parece uno en lo absoluto— afirmó.

El vizconde se sacudió las manos con una servilleta y enderezó la espalda, girándose hacia ella con interés.

—Y dígame, lady Lucinde ¿qué tanto sabe usted sobre libertinos?— preguntó viéndose bastante intrigado.

—He conocido a varios— dijo Lucy con arrogancia, levantando levemente el mentón— y usted no pareciera tener las características de uno.

Y no estaba mintiendo. Durante esos cuatro años que llevaba en Londres más de un canalla se le había acercado con intención de hacerse con su dote, pero Lucy los había rechazado a todos.

—¿Ah, sí?— preguntó inclinándose ligeramente hacia ella esbozando una malvada sonrisa, y con un peculiar brillo en sus ojos grises.

Lucy abrió los ojos como platos, dándose cuenta tardíamente que había cometido un grave error al decir esas palabras.

— Eso...— amplió aún más su sonrisa —me suena a reto— susurró, su voz una caricia de seda.

—¡No!— chilló sonrojándose y tomando toda la distancia posible que le permitía su condición, sintiéndose mareada. Si seguía alejándose su pie de seguro se caería del taburete.

—A mí me lo pareció— dijo el vizconde acechándola, sus ojos grises llenos de determinación y malicia —, y no soy persona de dejar pasar un reto tan delicioso.

—Yo no lo he retado en ningún momento— ¿esa voz tan aguda era suya?

—Oh, por supuesto que fue un reto— se acercó más a Lucy, mirándola a los ojos con una intensidad abrumadora.

Lucy tragó saliva en seco.

Santo Dios ¿por qué se le ocurrió decir eso? Ahora se sentía tan estúpida por su anterior pensamiento. Por supuesto que él era un libertino.

—Lady Lucinde ¿sabe por qué se le dice libertino a un hombre?— inclinó su cuerpo otro poco más, haciendo que Lucy retrocediera aún más —No es quien logra seducir a más mujeres— continuó sin esperar respuesta de Lucy —, ni tampoco quien lo divulga; un libertino, un verdadero libertino, es aquel que saca a relucir los deseos ocultos de una mujer, todos aquellos anhelos que lleva guardados en el corazón. Despierta la lujuria... las pasiones prohibidas por Dios. Un libertino sabe complacer a una mujer; sabe lo que desea...— su voz se redujo a un murmullo seductor; tomando entre sus dedos un mechón de cabello dorado que se le había escapado de las horquillas, acariciándolo suavemente.

Lucy contuvo la respiración, abriendo más los ojos.

—y no necesita demostrarlo— dijo soltando su cabello y enderezándose, adquiriendo la misma postura desenfadada que tenía anteriormente—. Eso es un libertino, milady— añadió con burla, reclinándose en el sofá plácidamente.

Lucy soltó una respiración entrecortada y tragó saliva azorada. ¡Dios! Ese hombre era un gran peligro para ella.

¿Por qué tenía que ser tan endiabladamente atractivo? Era una letal y embriagadora combinación entre audacia y una fascinante belleza masculina.

¡Santo cielo! Si por un breve momento había pensado que la besaría, y lo peor de todo es que ella lo había deseado.

¿Por qué tenía que atraerle ese hombre? ¿Por qué tenía que gustarle él? Lucy nunca antes había sentido algo ni remotamente parecido a lo que el vizconde le hacía experimentar con tan solo una mirada.

Eso no podía seguir así, pensó tomando una profunda respiración, si quería conservar intacto su corazón y sus emociones lo mejor era alejarse de él antes de que fuera demasiado tarde.

Tratando de que su corazón volviera a latir a su ritmo normal Lucy se alejó del vizconde unos centímetros más hasta que su brazo derecho se topó contra las orejas del sofá.

—¡Ayyyyyy!— chilló de dolor cuando su pie cayó al suelo chocando con la dura superficie de mármol. Maldición ¿por qué todo lo malo le sucedía a ella? ¿por qué Dios la castigaba tanto? ¡Ella no era una pecadora!

—¡Por Dios, lady Lucinde!— exclamó el vizconde saltando de su asiento y arrodillándose frente a Lucy, tomando su pie con delicadeza— ¿le duele?— preguntó después de masajearlo con cuidado.

Lucy se aclaró la garganta.

— Solo un poco— dijo con la voz de repente ronca, sintiendo unas extrañas y desconocidas sensaciones recorrer su cuerpo.

—No debería ser tan imprudente— lord Torrington frunció el ceño —¿o es que quiere lastimar nuevamente su pie? Tenga por seguro que esta vez no me sentiré culpable ni le tendré compasión.

—Nunca lo he culpado, y no necesito de su compasión— replicó con saña tratando inútilmente de desprender su pie del agarre del vizconde, quien solo redobló su sujeción.

—No sea tan arisca lady Lucinde— murmuró el vizconde mirándola con los ojos oscurecidos como una tormenta gris, haciendo suaves y circulares masajes en su tobillo, provocándole un placentero estremecimiento que por poco la hace gemir.

—¿Podría soltar mi pie?— logró decir en un resuello, con la respiración acelerada y sintiéndose extrañamente acalorada y terriblemente avergonzada por su reacción.

¿Qué le había hecho ese maldito vizconde?

Para gran sorpresa de Lucy, lord Torrington consintió su petición situando con cuidado su pie nuevamente en el taburete, para luego volver a tomar asiento a su lado.

—Para ser una mujer que dice saber tanto sobre libertinos— comentó el vizconde suavemente, con mirada indolente— usted es muy inocente, lady

Lucinde.

—¿Qué quiere decir con eso?— preguntó Lucy vacilante, frunciendo el ceño delicadamente.

El vizconde estiró sus largas piernas, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos, con una sonrisa a medias cruzando su rostro.

—No sé por qué, pero en el fondo sabía que no se quedaría tranquila no sin antes preguntar— soltó un suspiro de resignación— quiero decir que usted...

Lucy miró sus labios con fijeza esperando que continuara, viendo cómo estos se movían de una manera brutalmente sensual al pronunciar cada palabra.

—...no tiene...

Tocaron la puerta. Lucy quiso maldecir, y de ser posible también golpear fuertemente el suelo con el pie que tenía bueno.

—Lady Lucinde— dijo el mayordomo asomando levemente la cabeza por la puerta.

¿Por qué tenía que interrumpir justo ahora?

—¿Sí, Alfred?— dijo de mala gana, soltando un suspiro.

—Lord Daryl pregunta por usted ¿le hago pasar?— preguntó parado junto al umbral.

Lucy tuvo ganas de gruñir ¿por qué Dios se ensañaba tanto con ella? Primero le enviaba a ese irresistible hombre con una capacidad natural para alterarle los nervios; y ahora le enviaba a lord Dary, a ese hombre tan estúpido que la mareaba como un barco.

—Si quiere puedo decir que no está, milady— ofreció Alfred con amabilidad—. Después de todo, usted es quien decide.

Lucy pensó seriamente en aceptar esa salida, pero no era tan malvada. Además, el pobre hombre se había tomado el tiempo para ir a visitarla; lo menos que se esperaba de ella era que lo recibiera ¿no?

—Hágalo pasar, Alfred— resopló con resignación, enderezando los hombros y tomando una extremadamente larga respiración.

—Como diga, lady Lucinde— dijo el mayordomo asintiendo.

—Pareciera que se prepara para una guerra, milady— dijo el vizconde con burla, toda su cara transformada por entero en una mueca divertida.

Lucy no se dignó a responderle.

—¡Lady Lucinde!— exclamó lord Daryl entrando aceleradamente, cayendo de rodillas junto a Lucy, con gran torpeza— ¿Cómo se encuentra la luz de mis ojos; el cielo de mi tierra; el sol de mi universo; la estre...

—Muy bien lord Daryl— contestó Lucy con aversión interrumpiendo su ferviente diatriba, mientras retiraba con rapidez su mano de entre las sudorosas palmas del lord, quien las besaba apasionadamente, dejándolas por completo húmedas.

«¡Aj!» Hizo una mueca de asco que el hombre no alcanzó a ver ¿Por qué tenía que hacer eso?

Lord Daryl era un hombre que sobrepasaba los treinta años; de estatura media, alcanzando una altura cercana a los cinco pies y medio; su contextura era delgada, siendo solo deformada en el vientre al ser este más abultado que el resto de su figura; y tenía un rostro gracioso con grandes ojos saltones, boca amplia que siempre sonreía mostrando unos grandes dientes de paletas con una gran separación entre ellos; una nariz aplastada y un cada vez más escaso cabello marrón.

—¡No sabe cuánto lamenté no haber estado a su lado cuando usted estuvo en tan peligrosa situación!— siguió sollozando el hombre, tratando de volver a coger la mano de Lucy, quien la puso a salvo detrás de su espalda— ¡pero no fue hasta ahora que me enteré de tan terrible suceso!

«*Bastante tarde*» pensó Lucy con sarcasmo. Pero bueno, era lord Daryl después de todo; un hombre lento, torpe, estúpido y... aún más lento. Si tuviera que elegir entre él y lord Francis, Lucy se quedaría con un asno.

—Levántate Daryl, pareces estúpido— dijo el vizconde tomándolo del brazo con considerable brusquedad, viéndose más que molesto.

Si Lucy hubiera sido dada al romanticismo creería que el vizconde era su héroe que venía en su rescate sacándola de entre las garras de esa babosa — una babosa increíblemente grande con paletas separadas—, pero como no lo era no lo creyó, además las babosas no tenían garras y sería algo incongruente ¿y por qué estaba pensando en babosas con garras? «*Sí que estoy mal si mis pensamientos ya comienzan a carecer de sentido*».

Lord Daryl se puso de pie con gran torpeza para luego sentarse en el sillón que estaba en el otro extremo, para gran alegría y alivio de Lucy; y el vizconde volvió a tomar asiento junto a ella, para su desgracia.

—¡Torrington!— exclamó lord Daryl esbozando su característica sonrisa boba, dejando ver el espacio entre sus dientes, por el que cabría una mosca —no sabía que estabas aquí.

El vizconde asintió levemente con la cabeza como respuesta; era evidente que no tenía muchos deseos de entablar conversación con el hombre ¿y quién no? Lucy no podía culpar al vizconde por querer conservar la cordura. Y es que lord Daryl era capaz de volver loco hasta a una planta.

—¡Lady Lucinde!— gritó de repente.

Lucy hizo una mueca de dolor.

—¿Recuerda que le dije que Platón no quería comer?— preguntó sin esperar respuesta. Nunca esperaba respuesta— Pues vera...

Lucy cerró los ojos ahogando un gemido. Oh Santo Dios, eso tenía para largo y tendido.

Andrew nunca había estado una hora completa en compañía de Daryl, y tras la experiencia estaba más que seguro de que no quería volver a repetir el plato.

Ahora entendía por qué lady Lucinde parecía prepararse para la guerra cuando dio su permiso de que entrara a verla.

El hombre parloteaba sin cesar de una manera asombrosa y Andrew al final tuvo que sacarlo a la rastra de la residencia de lady Lucinde cuando ya la joven parecía volverse loca.

Por Dios, si el hombre hablaba hasta por los codos, haciendo imaginar a Andrew que de verdad tendría más de una boca ya que las palabras le salían como tromba.

Pero lo bueno es que ya había logrado deshacerse del maldito bobo, pensó cuando se encontraba a pasos de su propiedad. Le había costado su querido oído izquierdo, pero lo consiguió al fin.

—Buenas tardes milord— saludó Griffin, su mayordomo, al abrir la puerta —, le aconsejaría un vaso de leche y unas galletitas— dijo con su peculiar voz apática cuando Andrew entró y vio su rostro. Parece que se veía igual o peor de cómo se sentía. Como un maldito trozo porquería.

Andrew no le hizo caso. Era costumbre que el mayordomo fuera tan malditamente descarado; después de todo estaba en su servicio hace más de quince años, y Andrew le tenía gran aprecio, además le causaban gracia los comentarios tan caustico de Griffin. Sin embargo en ese momento no se encontraba de muy buen ánimo —infiernos, eso era un eufemismo— como para apreciar su tosco humor.

Y menos si era dirigido a él.

—Dile a la cocinera— dijo en cambio, mientras cruzaba el vestíbulo— que me prepare uno de esos brebajes para... para...

—¿La cabeza milord?— sugirió Griffin servicial.

—Sí, eso mismo— Andrew se pasó una mano por el cabello, le dolía como un demonio la maldita cabeza— y tráeme un vaso de whisky.

—Por supuesto milord, el whisky es lo mejor para el dolor de cabeza— dijo el mayordomo con sarcasmo; sin embargo se dirigió hacia la biblioteca, donde Andrew manejaba guardado su mejor whisky escocés.

Mientras tanto, Andrew subió las escaleras con lentitud, y entró en su habitación tirándose de un salto a su monumental cama con doseles.

Infiernos, la cabeza le latía, pero aun así no podía dejar de pensar en lady Lucinde; en su mal genio, su rostro enojado y sus pequeños labios apretados en gesto de fastidio «*O entreabiertos, esperando ser besados*». Esa mujer era una malhumorada; pero una muy bella, que le calentaba la sangre como ninguna.

Unos cuantos golpes en la puerta lo sacaron de sus perversos pensamientos.

—Adelante— gritó.

Griffin entró portando una bandeja con el whisky y el brebaje.

—La cocinera dice que debe tomarlo todo— dijo, cuando Andrew se hubo sentado y tomado el vaso entre sus manos.

Andrew lo olisqueó e hizo un mal gesto; de seguro estaba tan asqueroso como siempre, pero debía beberlo si quería que se le pasara ese maldito dolor de cabeza.

Y por lo menos no contenía el bendito ajo.

—¿Delicioso como siempre, milord?— dijo Griffin, su rostro una máscara de seriedad, pero aun así sus ojos brillando de risa reprimida.

Andrew lo fulminó con la mirada. ¿Asesinar a mayordomos era considerado un crimen?

Una vez hubo terminado de beber el brebaje, le devolvió el vaso a Griffin, quien se fue de la habitación mascullando cosas sobre amos débiles y llorones.

Cuando Andrew de nuevo se vio solo, volvió a arrojarse sobre su cama sin siquiera quitarse las botas. Al Diablo con todo, pensó sin ningún ánimo, le importaba un pimiento si ensuciaba el edredón o no, y no creía que las sirvientas lo regañaran, no eran unas malditas descaradas como Griffin, además él era el amo y podía hacer lo que quisiera, pensó enfurruñado.

Soltó un gruñido y cerró los ojos. Y nuevamente ella estaba ahí.

Ella con su azulina mirada altanera; su bonito rostro; su sedoso y brillante cabello dorado, tan suave como la seda y que él tuvo el privilegio de tener entre sus manos; y esos labios pequeños y perfectos que Andrew quería besar hasta dejarlos magullados...

¡Dios! Esa mujer era una sirena que lo quería seducir con su canto embriagador. Pero él no iba a caer en eso. No iba a caer en esa mirada llena de inocencia que le provocaba sentimientos que no quería albergar; ni tampoco caería víctima de esa ingenuidad tan atrayente.

—Por supuesto que no— murmuró frunciendo el ceño, adormilado, siendo ese su último pensamiento antes de caer en los brazos de Morfeo producto del brebaje de la cocinera.

Dos semanas más tarde, Andrew se encontraba observando impasiblemente a los transeúntes de las calles de Saint James por una de las ventanas del White's, y disfrutando de una dulce y aromática copa de oporto en compañía de George y Rayne.

—¿Estás seguro de querer invertir en esas minas?— preguntó George balanceándose ligeramente en su silla y mirando el techo con aburrimiento, jugando distraídamente con su reloj de bolsillo.

Andrew resopló y se tomó el puente de la nariz. Por algo los había citado en ese lugar, porque no estaba seguro de si era conveniente hacer ese trato.

El señor Hardy le había hablado hace un par de meses sobre el hallazgo de un yacimiento de plata al sur de Devonshire, y ahora le había propuesto la inversión en su proyecto, asegurando que iban a sacar grandes ganancias, y que no se iba a arrepentir. Pero Andrew tenía sus dudas, a pesar de que también estuviera interesado.

—¿Y tú qué dices, Rayne?— preguntó mirando a su amigo, quien no le prestaba atención por estar leyendo el Times.

—Tendrías que consultarlo con Mr. Snoop— respondió de modo escueto, sin dejar de mirar el periódico.

Mr. Snoop era conocido como el terror de los timadores y truhanes, y el ángel vengador de aquellos incautos, que si no fuera por su ayuda habrían quedado en la calle.

Él parecía estar siempre informado sobre todos los negocios fraudulentos que se llevaban a cabo en Londres, y enviaba notas de advertencias a aquellos que estaban por cometer una locura sin saber que pondrían en peligro su familia y fortunas.

Nadie sabía quién era, ya que su identidad era un completo misterio, y todos teorizaban sobre quién podría ser.

Había varias hipótesis, pero ninguna parecía ser acertada.

Andrew pensaba que era muy sensato de su parte el seguir en el anonimato ya que había varios quienes querrían hacerle daño por haber arruinado sus negocios sucios, y a pesar de que él también sentía curiosidad por saber quién era, no estaba dispuesto a investigar.

No sería capaz de poner en riesgo a un personaje tan noble.

—Si supiera quién es— dijo calmadamente, haciéndole señas a un criado para que volviera a llenar los vasos— créeme que sería al primero que habría consultado.

—Gracias primo— dijo George lanzándole una mirada socarrona, haciendo girar su reloj en los dedos como tenía por costumbre— yo también confío en ti, no es necesario que lo demuestres tanto.

—No hay nada mejor que ver a una familia unida— comentó Rayne con sequedad pasando a otra página del periódico.

Andrew bufó.

—Ustedes son lo peor a la hora de pedir consejo— dijo, dando un sorbo de su copa.

—También te apreciamos— dijeron George y Rayne a una voz, de una manera tan cómica que ambos se miraron con extrañeza.

Andrew se atragantó con el oporto cuando se trató de reír, y George casi se cayó de lado tratando de que no lo rociara.

—¡Por Dios! Cálmate Clayton— dijo Rayne dejando el periódico de lado y dándole palmadas en la espalda cuando Andrew comenzó a toser.

—Si no llego a la vejez será por culpa de ustedes— carraspeó Andrew.

—Y agradécenos— dijo George esbozando una sonrisa desvergonzada—, serías recordado como el encantador vizconde muerto a manos de sus viles amigos— añadió con voz teatral.

—Ha pasado mucho tiempo con su madre— comentó Rayne volviendo a su

lectura.

—Hablando de mi madre— dijo George inclinándose hacia adelante en su asiento— me dijo que cuando te viera te dijera que...

«Oh no. Que no sea lo que pienso».

—...si la puedes acompañar a un baile esta próxima semana.

Andrew ahogó una maldición y mantuvo el rostro inexpresivo a pesar de que lo único que quería era negarse y huir de la perspicaz mirada de su primo.

Si aceptaba era condenarse a tener que volver a ver a lady Lucinde sí o sí —ya que siendo amiga de Clitia era indudable que se encontraría con ella—, pero si se negaba estaría actuando como un bastardo ingrato con su querida tía.

—¿Y qué excusa te inventaste ahora?— inquirió Andrew alzando una ceja.

—Yo no necesito de excusas— dijo George con una mueca desdeñosa, cruzándose de brazos— es solo que tengo que hacer un viaje fuera de Londres. Entonces ¿qué dices?— preguntó después de un breve silencio.

Andrew suspiró.

—Muy bien, las acompañaré— aceptó, ganándose una sonrisa burlona por parte de George, y una mirada de duda por parte de Rayne.

Andrew lo obsequió con un leve encogimiento de hombros. No podía hacer nada ni aunque quisiera.

—¿Qué tanto lees en ese periódico?— dijo George a Rayne arrebatándole las hojas de entre las manos— a ver, veamos qué hay de interesante— murmuró mientras lo hojeaba con rapidez, arrugando el ceño— hmmm... nada que me interese— dijo al terminar de examinarlo, devolviéndole el manoseado periódico a Rayne.

—Cuando quieras— masculló Rayne, extendiendo las arrugadas hojas antes muy lisas.

George no le prestó atención, y en cambio preguntó:

—¿Han leído esas hojas de sociedad?

—No— negaron Andrew y Rayne. A Andrew en particular no le gustaba el cotilleo, ya suficiente tenía con escuchar los rumores que esparcía sin piedad la chusma que conformaba la Alta Sociedad, así que menos le interesaban esas estúpidas hojas que escribían quién sabe qué ocioso.

—Bueno, pues yo sí...

—Reitero— interrumpió Rayne —, ha pasado mucho tiempo con su madre.

—...y me enteré— continuó George haciendo caso omiso del comentario del conde— que la marquesa de Torrenueva acaba de llegar de su viaje por el continente.

«*Así que Rosario estaba de vuelta*» pensó Andrew con un deje de interés, prestando un poco más de atención a lo que decía su primo.

La marquesa de Torrenueva era una mujer venida de los territorios españoles, asentada en Inglaterra desde hacía varios años. Había llegado a la comarca inglesa solo en posesión de unos cuantos objetos personales, y acompañada de una criada, diciendo que era la marquesa de Torrenueva y que su marido —el supuesto marqués de Torrenueva— había fallecido al frente de los aliados durante la batalla de Vitoria.

Por supuesto que nadie le creía, pero también nadie tenía el valor de contradecirla, y es que Rosario era conocida por ser una mujer muy vengativa, que no dejaba pasar ninguna afrenta. Además de hermosa, que más de alguno quería tener en su cama.

—Según le escuché decir a la señora Phillips...— continuó George, con rostro de sentirse realmente complacido al ser el emisor de tan succulento cotilleo.

Rayne tenía razón, pensó Andrew, su primo estaba pasando demasiado tiempo junto a su madre; quizás era buena idea que se alejara de Londres por

unos días.

—...se rumorea que durante su estancia en Italia— siguió diciendo George— conoció a un Emir de Catar, invitado del príncipe de Belmonte, con el que tuvo un romance.

Andrew no se sorprendió. Sabía que Rosario era una mujer a la cual le encantaba tener aventuras y presumir de sus múltiples conquistas, entre las cuales también se encontraba él.

Tiempo atrás había tenido un pequeño escarceo con la marquesa, pero luego ella había decidido que quería conocer mundo, emigrando hacia el continente en busca de nuevas experiencias.

Sin embargo, ahora que había regresado, Andrew tenía pensado en volver a reanudar su relación con la sibarita española. Solo esperaba que lo atrajera tanto como antes, y lo hiciera abandonar todo pensamiento relacionado con lady Lucinde.

Capítulo 7

El amor nace del recuerdo, vive de la inteligencia y muere por olvido.

RAMON LLULL

Ser maestra de danza no estaba dentro de los planes de Lucy, pero cuando Jilly les había confesado a sus amigas y a ella de que no sabía bailar el vals, Lucy no pudo evitar el querer ayudarla.

Por lo que ahora se encontraba en el salón de su casa londinense enseñándole los pasos del baile —sin mucho éxito— a una tímida y nerviosa Jilly, y haciendo nada más y nada menos que el papel del caballero.

—Solo déjate llevar— dijo como por decimoquinta vez, con toda la calma que pudo reunir y tratando de no hacer un mal gesto.

Jilly la miró con frustración.

—Es que no puedo— gimió.

—No te mires tanto los pies— sugirió Eleonora con su marcado acento americano, desde de su lugar junto a las ventanas.

Lucy exhaló un suspiro y asintió aprobadora a lo que dijo su amiga. Jilly no dejaba de mirarse los pies, y eso al final solo terminaba haciendo que se equivocara más al ejecutar los pasos.

Tal vez lo mejor sería pausar las clases por unos minutos, así que le sugirió a Jilly que descansaran, a lo que ella asintió y se fue a sentar junto a Clitia en el piano.

Lucy sonrió.

Nunca había tenido a todas sus amigas reunidas en su casa, y ahora que lo estaban, se dio cuenta de que eran un completo caos.

Eleonora Robinson —o Nora como la llamaban sus cercanos— estaba sentada junto a la ventana, mientras revisaba unas partituras del montón esparcidos por sobre una mesilla y otras tantas tiradas en el suelo.

Por otro lado se encontraba Jane Anderson, quien estaba acomodada con descuido en unos cuantos cojines de terciopelo junto al piano, limpiaba con especial atención las clavijas de un contrabajo.

Y luego se encontraba Suzanne Stevenson, quien parecía la más seria de las tres en ese momento —solo por el momento, porque Lucy sabía que podía ser igual o peor de loca como las otras—, sentada con recato en un enorme sillón, mientras leía apaciblemente unos versos de *"El Paraíso Perdido"*, con el que parecía estar obsesionada.

Las tres habían llegado hace pocos días a Londres, y Lucy estaba feliz de tenerlas nuevamente esa temporada con ellas.

A Nora y a Suzanne las había conocido durante su primera temporada, ya que habían sido presentadas el mismo año, y a Jane un año después, dando inicio al título de las Son, que era como se denominaban entre ellas debido a que el apellido de las tres tenía esa terminación.

Incluso tenían un lema: *"Las Son, lo mejor de le bon ton"* que surgió después de que Clitia les dijera como broma que en lugar de le bon ton ellas eran le bon Son.

A Lucy le causaba diversión, aunque también algunas veces un poco de vergüenza. En especial cuando les venían sus prontos de locura.

—¡Quiero comida!— se quejó Clitia con voz arrastrada desde su lugar frente al piano, su cabeza tendida con desaliño sobre las blanquecinas teclas.

Lucy hizo una pequeña mueca divertida. Clitia siempre tenía hambre, eso

ya todas lo sabían.

—Exprésalo con más delicadeza— repuso Suzanne con voz melindrosa, cerrando su libro con un fuerte golpe.

—*J'ai trop faim!*— dijo Clitia alzando las manos al cielo con exageración— ¿mejor?

—*Bravissimo*— aplaudió Jane, dejando el contrabajo en el suelo.

Suzanne soltó un bufido desdeñoso.

—Dije delicadeza, no en francés— dijo cruzándose de brazos.

—El francés es delicado, elegante— repuso Clitia con una sonrisa de suficiencia.

Suzanne frunció sus extrañas cejas oscuras y abrió la boca, pero Lucy la interrumpió antes de que pudiera hablar y que continuaran con esa estúpida discusión.

—Ya le dije a Alfred que trajera bocadillos.

—No creo que sea suficiente— oyó mascullar a Clitia, pero no le dio importancia. Nunca había comida suficiente para Clitia.

—¿Estás segura de que quieres seguir enseñándome?— preguntó Jilly mordiéndose el labio inferior con inquietud —si no quieres te comprendería— añadió bajando los ojos.

—Yo me cansé de solo verlas— exclamó Nora con tanto dramatismo como si fuera Edmund Kean interpretando una obra de Shakespeare.

—Descansa, descansa agitado espíritu— dijo Clitia con sorna, moviendo la cabeza sobre el piano y haciendo sonar algunas teclas.

—Por supuesto que quiero— dijo Lucy a Jilly con firmeza, por encima de las voces de sus amigas— y no se hable más del tema. Clitia— ordenó mientras se dirigían al centro del salón para comenzar el baile—, ya sabes que

hacer.

Clitia asintió, y Lucy oyó murmurar a Jane algo como «*Yo también quiero tocar*» haciendo que Lucy tuviera que reprimir un escalofrío.

A Jane le fascinaban los instrumentos y trataba de aprender a tocar cualquiera que tuviera a la mano, a pesar de que era terriblemente mala y ella misma lo reconociera. Ni siquiera con el triángulo podía seguirle el ritmo a alguien. Parecía tener dos manos izquierdas.

Era una suerte que el vals que estaban bailando fuera solo para piano.

Y también que el contrabajo estuviera sin cuerdas.

Lucy tomó una respiración profunda y se infundió de toda la calma que pudo reunir, mientras Clitia comenzaba a tocar los primeros acordes del mismo vals de Schubert que llevaba tocando toda la mañana.

—Relájate— le dijo con suavidad, tratando de que Jilly siguiera sus pasos— sigue el compás de la música. Un, dos, tres, un, dos, tres... ¿ves?— dijo, cuando comenzó a seguirle el ritmo.

Hasta que la pisó. Nuevamente.

—¡Lo siento!— chilló Jilly viéndose terriblemente mortificada.

Lucy hizo una mueca de dolor.

— No te preocupes— dijo restándole importancia, a pesar de que ese fuera cerca del centésimo pisotón que había sufrido ese día.

«*Todo con tal de que aprenda*» se dijo con una obstinación con la cual sus pies no estaban de acuerdo.

—¿Por qué no bailan Suzanne y Nora a modo de ejemplo?— propuso Clitia repentinamente, dejando de tocar y haciendo que Lucy y Jilly perdieran la poca coordinación que habían logrado alcanzar.

—¡Excelente idea!— dijo Jane sonriendo de oreja a oreja y aplaudiendo.

Jane tenía la fama de ser algo estrepitosa en ocasiones.

Nora también asintió, y se puso de pie con elegancia, aclarándose la garganta.

—Señorita Suzanne— dijo con una voz grave— ¿me concedería el honor de la siguiente pieza?

—No lo sé, señor *Noro*— dijo Suzanne con voz aguda, batiendo las pestañas con coquetería— mi padre me tiene prohibido bailar con libertinos.

—Primero debe pedir mi consentimiento— interrumpió Jane con solemnidad y alzando la nariz con altanería.

¿Y ahora qué bicho les había picado a sus amigas? Se preguntó Lucy parpadeando con consternación.

—¡Ay querido!— exclamó Clitia con voz nasal, desde su lugar en el piano— deja a la niña bailar con el señor, se ve que es una buena persona.

—Yo que usted no me fio— intervino Jilly con fingida frialdad, adquiriendo una postura estirada, parecida a la que había visto ejecutar a su hermano— he escuchado muchas cosas del señor *Noro* que no creo que le agraden.

Lucy no lo soportó y soltó una sonora carcajada, sorprendiendo a las otras muchachas.

— ¡Por favor paren!— resolló con falta de aire, desternillándose de risa.

—Querida— Clitia la miró con guasa y arrugando la nariz, utilizando aquella graciosa voz nasal —no seas tan escandalosa por favor, nos estás dejando en vergüenza.

Pero Lucy no podía parar de reír y las demás jóvenes al verla se unieron a sus risotadas, quedando las seis sin aire en los pulmones de tanto carcajearse.

—¡Ay muchachas!— dijo Jilly secándose las lágrimas, luego que se hubiesen calmado un poco —Me alegra tanto haberlas conocidos.

Y Lucy también se alegraba. Si no las tuviera a ellas en ese momento se encontraría quizá sola o en compañía de su tía Maggy.

No es que no quisiera a su tía, sencillamente conversar con ella no era lo mismo que hacerlo con personas de su edad. Los dolores de lumbago no eran su tema preferido.

Después de que se tranquilizaron lo suficiente, intentaron nuevamente enseñar a bailar a Jilly, con escaso pero innegable avance, hasta que por fin apareció Alfred con la comida con lo cual se dedicaron a la tarea de vaciar toda la bandeja mientras tomaban asiento todas juntas en los sillones.

—Clitia— dijo Jane repentinamente frunciendo el ceño, mientras se sacudía unas migajas de su vestido —, ahora que recuerdo ¿por qué no nos has presentado aún a tu primo el vizconde?

—Porque no estaban, queridas— dijo pestañeando con candor—. Solo se lo he presentado a Lucy.

Lucy quiso darse una palmada en la frente ¿Por qué Clitia tuvo que decirles eso? Ahora tres pares de ojos curiosos estaban sobre ella.

Jane fue la primera en preguntar.

—¿Y cómo es?

—¿Es guapo?— terció Suzanne.

—¿Es tan encantador como dicen?— dijo Nora uniéndose al interrogatorio.

—¿Eh?— preguntó Lucy haciéndose la desentendida mientras escondía los labios tras un vaso de limonada.

—Nunca entenderé porqué las mujeres se trastornan tanto por un simple hombre— oyó mascullar a Clitia.

—¡Tienes que presentárnoslo!— dijo Jane batiendo palmas con emoción.

—¿Es guapo?— dijo Suzanne volviendo al ataque.

«*Como el infierno*» pensó inconscientemente, pero en cambio dijo:

—Eeh... supongo que sí— y les obsequió un evasivo encogimiento de hombros.

—Pero descríbelo— dijo Nora con apremio mientras masticaba una galleta con excesiva rapidez. Parecía un conejo hambriento.

—Tienes los ojos grises y cabello marrón— respondió brevemente con la esperanza de que la dejaran en paz, aunque sabía que era un imposible.

— Descríbelo bien— dijo Jane agitando las manos —, sé más explícita.

—Sí— apoyó Nora con un movimiento de cabeza— di algo más emocionante como, por ejemplo: sus ojos eran tan brillantes al igual que dos luceros...— dijo con expresión soñadora.

—...Y su cabello tan castaño como la tierra húmeda después de la lluvia— continuó Jane con emotividad, haciendo florituras con las manos y brazos.

—Y su complexión similar a la de Dionisio— bufó Clitia con mirada socarrona.

—Prefiero Adonis, Dionisio es muy... morboso— Nora arrugó la nariz con recelo— ya sabes, con todo eso del vino y los excesos.

—Continúa, Lucy— insistió Jane, mirándola expectante— ¿qué más?

—Eh... ¿por qué no le preguntan a Clitia?— dijo Lucy sintiéndose desesperada. Dios, ¿es que acaso no la iban a dejar tranquila? No quería hablar sobre ese hombre irritante del que no había podido dejar de pensar.

¿Era mucho pedir?

Jane descartó su sugerencia con un gesto de la mano.

—Es su primo— dijo, como si eso lo explicara todo.

—Hmmm... tiene dientes parejos...— dijo Lucy fingiéndose pensativa, tratando de sonar objetiva—... sonrisa fácil... y... hmmm... ¿buen porte?

Nora resopló con fastidio.

—No sabes describir— dijo.

—¿Tú que dices?— preguntó Suzanne a Jilly, quien cuchicheaba con Clitia.

—¿Qué?— Jilly pestañeó confundida.

Lucy vio una luz, y dijo sin pensar:

—Jilly también lo conoce.

Ahora ocho pares se posaron en Jilly, incluyendo a Clitia.

—¿Por qué no nos dijiste nada?— cuestionó Nora entrecerrando los ojos con suspicacia.

Jilly se sonrojó intensamente ante la pregunta, haciendo que Lucy se preguntara si quizás a su nueva amiga le gustaba el vizconde.

Se le revolvió el estómago de una forma terriblemente espantosa de solo pensarlo ¡Dios! ¿Eso serían celos?

Pero Jilly no tuvo tiempo de contestar, ya que lady Stamford entró hecha un torbellino de seda roja para avisarle que tendría que ir pronto a la modista a comprar unos listones para su vestido color lima que tenía planeado usar para ir al baile organizado por lady Devon, y que esta vez ella no la podría acompañar.

Lucy suspiró. Justo en la ocasión en que ella sí quería ir a la modista a su tía le surgían otros asuntos.

Se encogió de hombros. Tendría que pedirle a Clitia que la acompañara, de seguro ella aceptaría.

Andrew no podía creer el haberse visto reducido por su tía a ir a buscar personalmente a madame Fiquet —la mejor modista de todo Londres— sólo para que le hiciera un maldito vestido a su prima. Claro, como que con un nuevo vestido Clitia iba a conseguir marido más fácilmente ¿por qué las mujeres eran tan frívolas en ocasiones?

Pero no había sido capaz de negarse a la petición de su tía; no cuando lo miraba con esos ambarinos ojos llenos de un profundo cariño ¿quién más lo había mirado así en toda su vida aparte de la Sra. Taylor? Por eso para Andrew había sido imposible decirle no a su querida tía Emily.

Infiernos, su tía era una manipuladora, pensó Andrew haciendo una mueca.

—Buenas tardes— saludó al entrar en las dependencias de la costurera —¿se encuentra madame Fiquet?— preguntó un par de jóvenes que parecían trabajar en la tienda.

Ambas lo miraron con una combinación de reserva y fascinación — bastante fascinación que lo hicieron hasta sentir desnudo— demorando más de lo necesario en contestar.

—Señor— dijo la que parecía más joven, dando un paso hacia adelante con cautela, pero aun así devorándolo con los ojos —, lo sentimos, pero madame Fiquet solo hace vestidos para damas.

—No seas idiota— siseó la muchacha dándole un manotazo en el brazo, en lo Andrew adivinó era un susurro, el susurro más fuerte que había escuchado en su vida —, de seguro quiere un vestido para alguien. Disculpe señor— se aclaró la garganta y alzó la voz en su dirección mientras le dedicaba una sonrisa avergonzada —, pero madame Fiquet en estos momentos se encuentra atendiendo a un cliente; si quiere yo puedo ayudarlo— se ofreció amablemente.

Andrew rechazó su oferta cortésmente. Él no era el interesado, era su tía. Así que se retiró rápidamente, no sin antes preguntar a qué hora estaría disponible la modista.

Soltó un suspiro cuando salió de la tienda. Tenía que esperar media hora más.

Oxford Street era un caos lleno de aristócratas pomposos en ese punto de la tarde, que circulaban de aquí para allá en la búsqueda de lo mejor y lo más novedoso para presumir delante de sus conocidos como los pavos reales que eran.

Era asqueroso.

Lo mejor que podría hacer de momento era dirigirse hacia donde estaba su pastelería favorita que quedaba a unos cuantos pasos en Regent Street, y disfrutar de uno de sus deliciosos bizcochos de chocolate rellenos de natilla.

Eso sonaba como una muy buena idea.

Pero luego de dar unos cuantos pasos se detuvo abruptamente frente a un aparador al ver unos listones de satén azules.

Era estúpido, pero sin saber muy bien el porqué, le recordaron a los ojos de lady Lucinde.

Estaba loco, decidió sacudiendo la cabeza con molestia. ¿Tan desesperado estaba por una mujer que hasta una simple cinta se la recordaba? Era vergonzoso. Y humillante, maldita sea.

No obstante, era una suerte que ya no tendría que pensar más en ella ahora que había vuelto a reanudar su antigua relación con la entusiasta marquesa de Torrenueva.

Andrew estaba seguro de que una vez que estuviera con ella dejaría de pensar en damitas menudas de cabellos dorados y labios tentadores.

Se dio una sacudida mental al darse cuenta de que sus pensamientos volvían a desviarse hacia ella, y se dispuso a continuar su camino, pero

cuando apenas había dado el primer paso, una voz condenadamente familiar dijo:

—¿Andrew?

Tenía que ser Clitia. Andrew se tragó una maldición y no contestó, quedándose paralizado y con la esperanza de que su prima pensara que se había equivocado de persona.

—¡Andrew!— exclamó cuando estuvo segura de que era él— ¡sé que eres tú así que no te hagas el tonto!

Andrew se giró lentamente y se plantó una gran sonrisa en el rostro.

—¡Clitia!— exclamó fingiendo sorpresa —No sabía que eras tú.

—Si claro— bufó su prima poniéndose las manos en las caderas— y pensaste que era una indigente.

—Algo parecido— mintió Andrew desvergonzadamente.

Clitia puso los ojos en blanco.

—Y una que sabía tu nombre— dijo.

Maldición; había salido pillado.

—No me des más excusas— dijo Clitia soltando un suspiro condescendiente —, mejor dime que haces aquí— añadió acercándose a Andrew y tomando su brazo.

—En realidad, es tu culpa que me encuentre aquí— frunció el ceño y le dirigió una mirada acusatoria— tía Emily me mandó a buscar a madame Fiquet para que te haga un nuevo vestido o algo así.

Clitia gimió.

—Por favor dime que no le hiciste caso— suplicó con verdadero pánico.

—Créeme que de lo contrario no me encontraría aquí— dijo Andrew sofocando una sonrisa —¿y tú que haces en este lugar?— preguntó cambiando de tema.

—Estoy acompañando a Lucy— dijo Clitia guiándolo hacia el interior de la tienda —. Quiere que la ayude a escoger unos listones para su vestido; aunque siendo sincera tengo un gusto algo extraño y no la he podido ayudar mucho.

—Clitia ¿qué dices?— dijo lady Lucinde desde una esquina de la tienda, de espaldas a ellos y sin percatarse de la presencia de Andrew— ¿listones azul o verde?

—Hmmm...— Clitia entrecerró los ojos con aire pensativo y luego lo miró a él— ¿qué dices Andrew?

Andrew creyó ser capaz de sentir cómo se crispó la espalda de lady Lucinde al escuchar su nombre.

—Creo que los azules— repuso Andrew con tratando de que su voz no reflejara su regocijo. Era perversamente gracioso saber que con tan solo escuchar su nombre ella se envaraba —, combinará con sus ojos.

—Llevaré el verde— resopló lady Lucinde volteándose con lentitud.

Andrew sonrió cálidamente.

—Lady Lucinde— saludó.

—Lord Torrington— dijo la joven con acritud.

—Señorita Fielding— llamó la dependienta desde detrás de una puerta al fondo de la tienda—, acabo de encontrar una muselina parecida a la que quería.

—¡Oh! Gracias— dijo Clitia sonriendo con satisfacción —¿me esperan un momento? Iré a ver la tela y vuelvo— dijo dirigiéndose hacia donde estaba dependienta, dando brincos de alegría en el camino.

—¿Cómo se encuentra, lady Lucinde?— preguntó Andrew una vez que se quedaron solos, recorriendo el lugar con su mirada.

—Bien milord, gracias por preguntar ¿y usted?— dijo ella con exagerada educación.

Andrew reprimió una sonrisilla. Oh, esto sí que era divertido.

—Muy bien— respondió, mirándola de reojo con disimulo.

Lady Lucinde se mordió el labio y guardó silencio, para luego dirigirse hacia donde estaba colgada una seda color borgoña.

Andrew la siguió, y ella frunció levemente el ceño.

—Y... ¿qué hace por estos lugares, milord?— preguntó aclarándose delicadamente la garganta, mirando con especial atención la tela que acariciaba entre sus manos.

Ella estaba incómoda, pensó Andrew alzando una ceja con malicia.

—Vine a buscar a madame Fiquet— dijo, ganándose un simple «mmm...» como respuesta, para después volver a guardar silencio.

—¿Piensa comprar el verde?— preguntó Andrew señalando los listones que lady Lucinde sostenía entre sus manos.

—Hmmm... no sé— musitó ella mirándolo y ladeando la cabeza de una manera muy mona, viéndose realmente adorable— ¿qué combina más con el amarillo lima? ¿verde o azul?

—Como dije con anterioridad— dijo Andrew con suavidad, tomando la tela que estaba al lado de la borgoña, una de color caoba— el azul combina con sus ojos, aunque nunca los igualará

—Quizá tenga razón— tarareó la joven con gesto pensativo.

Andrew alzó las cejas con sorpresa.

—Lady Lucinde ¿no me diga que se está ablandando?— si ella la daba la razón quería decir que estaba haciendo muy mal su trabajo de molestarla.

—Claro que no— dijo ella apretando los labios, viéndose claramente que trataba de reprimir una sonrisa —. Solo estaba pensando que quizás a sus mangas le haría bien unos cuantos encajes.

—Mmm... Puede ser— tarareó Andrew mientras se miraba las mangas con especulación —. Impondría una nueva moda y la gente se giraría para mirarme.

Lady Lucinde bufó.

—Usted milord, no necesita eso para que lo miren. Con solo entrar en un lugar todas las cabezas se voltean en su dirección.

—Excepto usted— dijo Andrew en tono inexpresivo, mirándola por el rabillo del ojo—. Incluso podría decir que me rehúye.

Ella se atragantó con aire y se sonrojó escarlata.

—¡E-eso es mentira!— tartamudeó enérgicamente.

Andrew sonrió. Sí que era condenadamente divertido el molestarla. Maldita sea, eso se le estaba volviendo una adicción.

—¡Ya volví!— graznó Clitia llegando de un salto junto a ellos.

—¿Y cómo te fue?— preguntó lady Lucinde recobrando la compostura.

—Mal— dijo Clitia haciendo una mueca— no era de la que buscaba ¿y tú? ¿Ya elegiste que listón piensas llevar?

—Llevaré el azul— dijo lady Lucinde agitando el dichoso listón en su mano derecha— creo que se verá mejor con el amarillo lima— añadió de mala gana, mirándolo de reojo.

Andrew sintió un pequeño pinchazo de satisfacción al saber que le había hecho caso.

—Entonces le diré a la dependienta que has escogido la azul— dijo Clitia desapareciendo nuevamente entre los montones de tela que rodeaban la estancia.

—¿Y para qué necesita a madame Fiquet?— preguntó la joven mientras seguía merodeando por la tienda, por lo que Andrew tuvo que seguirla— ¿sus gustos han cambiado y, como dijo hace un momento, desea imponer una nueva moda?— dijo en tono burlón, sus ojos azules brillando con travesura en ellos.

—Es para Clitia— dijo Andrew fingiéndose mortalmente ofendido—. Tía Emily quiere que le hagan un vestido.

—Pobre Clitia, debe de sentirse aterrada— dijo suspirando y meneando la cabeza compasión—. Detesta a las modistas; dice que le clavan demasiados alfileres y la dejan toda adolorida.

—¿Y a usted no le molesta?— preguntó picado por la curiosa.

—Ya no— se encogió de hombros con desenfado—. Con más de cuatro años de experiencia ya me considero toda una experta— añadió con una sonrisa de auto burla.

Andrew alzó las cejas. Así que era cierto que llevaba alrededor de cuatro años en Londres desde su presentación en sociedad ¿Cómo era que Andrew no la hubiese conocido antes? Bueno, era cierto que normalmente frecuentaba otros círculos más pintorescos en los cuales era imposible que se topara con damitas tan inocentes y delicadas como lady Lucinde; y además él solo había optado por cambiar de aires cuando falleció el antiguo vizconde de Torrington y Andrew se vio necesitado de apoyo durante su nuevo ingreso en la Cámara de los Lores.

Pero también surgía otra pregunta ¿por qué aún se encontraba soltera siendo tan bella y teniendo una más que excelente posición social? A veces esa joven era un completo misterio para Andrew.

—Ya está todo listo— dijo Clitia con satisfacción, volviendo junto a ellos y sacando a Andrew de sus cavilaciones —. Le dije a la señora dependienta que lo dejara en la cuenta de tu hermano.

—¡Clitia!— exclamó lady Lucinde sonando bastante escandalizada —Yo traigo dinero, no era necesario que lo añadieras a la cuenta de Robert.

—¿Y qué importa?— Clitia se encogió de hombros, restándole importancia —no creo que quede en la ruina por un par de chelines y peniques ¿tú te molestaría Andrew?

—Por supuesto que no— dijo Andrew con total sinceridad.

—¿Ves?— sonrió Clitia, triunfal— no creo que tu hermano se enoje por una nimiedad.

—No se trata de eso— masculló lady Lucinde apretando sus pequeños labios —. Es algo llamado orgullo fraternal.

—Vamos, no te enojés— dijo Clitia sonriendo ampliamente, tomándola del brazo —y mejor vámonos luego, tengo que estar en casa antes de que Andrew llegue con la modista.

¿Modista?

Andrew se tragó una maldición. Por encontrarse tan abstraído conversando con lady Lucinde se había olvidado por completo de porqué había ido a ese lugar en primer lugar.

Esa mujer siempre parecía hacerlo olvidar todo, incluso su decisión de alejarse de ella.

Así que, no quedándole de otra, se despidió rápidamente de su prima y lady Lucinde y se dirigió hacia el establecimiento de la modista que gracias al cielo quedaba relativamente cerca.

Luego de que Andrew por fin hubiera dejado a madame Fiquet en casa de su agradecida tía Emily, se dirigió de vuelta a su propia residencia —que no quedaba a más de unas cuantas cuadras— y el repentino sonido emitido por sus tripas le recordó que no había comprado los bizcochos de chocolate rellenos con natilla que tanto deseaba. Maldita sea, todo por culpa de lady Lucinde y su menuda figura que lo distraía de todo.

Sin embargo, eso no era lo peor.

Al entrar el coche por Curzon Street en dirección hacia donde quedaba su casa, Andrew atisbó el armazón de un carruaje que se le hacía vagamente familiar; y cuando se fue acercando sus sospechas se fueron confirmando poco a poco.

Ese carruaje solo podía pertenecer a una persona.

Y esa persona era lady Clarissa Torrington. Su madre.

Capítulo 8

Señor, quisiera saber quién fue el loco que inventó el beso.

JONATHAN SWIFT

Andrew no podía dar crédito a lo que sus ojos veían cuando bajó de un salto de su carruaje, aún antes de que este lograra frenar.

Los baúles de su madre estaban siendo sacados de su carruaje sin discriminación, mientras tanto Griffin observaba todo desde el pórtico con gesto abrumado, como si un caballo lo hubiese pateado y se estuviera recuperando de la conmoción.

—Por favor, que no sea lo que pienso— masculló Andrew frunciendo el ceño. La irritación haciéndose presente en cada línea de su cuerpo.

No entendía qué diantres estaría haciendo su madre en Londres justo ahora. Ella odiaba la ciudad y todo lo relacionado con ella, pero ahora parecía que iba a pasar una temporada ahí. Y si se miraban la cantidad de baúles que llevaba consigo, quería decir que sería por una muy larga temporada.

—¿Qué diablos pasa aquí?— preguntó a Griffin, tratando de mantener la calma, a pesar de que lo único que quería hacer en esos momentos era ir a buscar a lady Torrington y sacarla de su casa a como dé lugar. De ser necesario hasta arrastrarla.

—Buenas tardes, milord— saludó Griffin con una tensa inclinación, viéndose bastante encrespado —. Lady Clarissa nos concederá el honor de

pasar la temporada junto a nosotros; y ni siquiera nos avisó para tener una habitación lista para cuando llegara— dijo, confirmando su suposición.

Andrew tensó la mandíbula, soltando una serie de maldiciones que asombrarían hasta a un marinero, y se introdujo a grandes zancadas hacia el interior de la casa, dejando a un molesto mayordomo atrás.

Cómo detestaba a la malnacida de su madre. Siempre procuraba mantenerse lo más alejado posible de ella, y a pesar de no haberla visto desde el entierro de su padre, no había tenido una gran preocupación por ella.

Pero ahora aparecía de la nada, arruinando su humor, su servicio, y adueñándose de su casa. Maldita sea, la casa era suya.

—Madre— dijo con los dientes apretados cuando llegó al salón en donde ella se encontraba dando una serie de órdenes a unos lacayos. La mujer pareció no escucharlo— ¡Madre!— vociferó, logrando captar su atención.

—Andrew— dijo su madre volteándose y sonriéndole.

¿Sonriéndole? Andrew se sintió desconcertado.

—¿Cómo has estado, querido?— preguntó, sonriendo todavía.

Andrew se le tensó el espinazo y la miró con rabia. ¿A qué estaba jugando ahora esa mujer? En todos los años que llevaba de conocerla —«*toda una vida*» pensó con amargura— jamás había sonreído ni una maldita vez en su presencia, y mucho menos referirse a él con un apelativo tan cariñoso.

—¿Qué haces aquí?— dijo con rigidez, sin hacer caso a su anterior pregunta.

La mujer exhaló un suspiro.

—Vine a pasar la temporada con mi hijo— dijo tratando de sonar natural, y dedicándole una sonrisa tirante.

Andrew la miró fijamente por un buen momento, tratando de averiguar qué clase de broma estúpida era esa, pero su madre nunca había bromeado antes, y

no era probable que comenzara ahora.

—Yo no necesito tu compañía —dijo cortante—. Tal vez podrías haber aparecido años atrás... cuando era un mocoso— sonrió con crueldad, apretando los puños tras la espalda con furia —, pero no ahora, que no te necesito. Así que, por mí, puedes volver a Green Manor, a Escocia o a la India y olvidar que tienes un hijo.

Su madre apretó los labios, y una sombra de pesar pasó por sus ojos, siendo reemplazada rápidamente por una máscara de frialdad. Esa máscara que Andrew conocía de memoria.

—Pues verás, sigo siendo vizcondesa, y la casa en tanto tuya como mía— replicó con dureza, haciéndole señas al lacayo para que continuara con lo que hacía y no se quedara ahí parado escuchando como un chismoso —. Si no me soportas, pues bien, tendrás que acostumbrarte a mi presencia— dijo alzando el mentón con altanería.

Andrew la miró con fijeza, pensando.

—Está bien— aceptó tras unos cuantos segundos, sin alterarse—. Y ahora que estás aquí...— dijo lentamente —podremos arreglar lo de tu asignación mensual. He visto que has estado gastando mucho últimamente...— dijo con voz suave, disfrutando de la expresión de terror que por un momento cruzó el semblante de su madre —, y espero que me expliques qué significan todos esos pagarés que me han llegado— añadió dándose media vuelta, y sonriendo con una chispa de satisfacción al saber que si quería podía hacerle la vida imposible a la vizcondesa viuda de Torrington.

El vestíbulo de la residencia de la condesa de Devon estaba bordeado por una serie de macetas con grandes helechos, y Lucy se trató de convencer de que miraba esas plantas, y no porque quería ver el momento en que llegaría Clitia en compañía del vizconde. Y si estuviera esperando eso, también sería solamente por Clitia. Porque era su amiga, y no por el vizconde.

—Dicen que el hijo de la condesa no estará presente en el baile— repuso Jane a su lado, a modo de confidencia.

—¿Y de dónde sacaste eso?— preguntó sin mucho interés, observando cómo Nora y el anciano señor Marshall terminaban una contradanza.

—Me lo contó Suzanne— continuó Jane pareciendo comerse con los ojos a cada caballero que pasaba por delante de ella— y a Suzanne se lo contó Marianne.

—Hmmm...— murmuró Lucy entre tanto volvía a lanzar una mirada furtiva hacia la entrada.

—¿A quién buscas?— preguntó Jane con suspicacia, siguiendo su mirada.

Lucy dio un respingo.

—¿Eh? A nadie— dijo haciéndose la desentendida.

Jane le lanzó una mirada con la cual decía claramente que no le creía absolutamente nada, pero lo dejó pasar prefiriendo continuar con su cotilleo.

—También escuché que la vizcondesa viuda de Torrington está en la ciudad— dijo.

Eso sí logró captar la atención de Lucy. Nunca había escuchado hablar a Clitia sobre lady Torrington, y aún menos al vizconde.

—¿Y cómo supiste?— preguntó mirando hacia la periferia del salón, tratando de no sonar ansiosa.

—La señora Tamworth se lo contó a mamá...

«*Con razón*» pensó Lucy. La señora Tamworth era una de las mujeres más metomentodo que conocía Lucy; incluso peor que tía Maggy, y eso ya era mucho decir. Aunque no le ganaba a la señora Phillips.

—...dice que la vio cuando pasaba *casualmente*— continuó Jane con entusiasmo, haciendo hincapié en la última palabra— ¿entiendes porque digo *casualmente* no?

Lucy asintió tratando de reprimir una sonrisilla. A veces Jane podía ser muy exagerada.

—Bueno, como te decía— continuó su amiga— cuando pasaba...

—...casualmente— interrumpió Lucy sin poder contenerse. ¿Pero cómo no si Jane le servía la oportunidad de burlarse de ella en bandeja de plata?

—No seas mal educada— bufó Jane mirándola con cara de pocos amigos— como te decía...— siguió, no sin antes lanzarle una mirada de advertencia.

Lucy enseñó las palmas en señal de paz.

— No diré nada, lo prometo— dijo.

—Como te decía, cuando pasaba casualmente por Curzon Street vio a... ¡Clitia!

—¿Clitia?— Lucy pestañeó perpleja— pero si Clitia vive en...

—¿Cómo están, queridas mías?— dijo la voz risueña de Clitia justo frente a ellas.

Lucy la observó esperando verla en compañía del vizconde, pero se encontró a Clitia completamente sola.

No supo si sentir alivio o decepción.

—¿Por qué llegas tan tarde?— preguntó Jane frunciendo los labios y cruzándose de brazos.

Clitia le lanzó una mirada guasa.

—Estoy bien, gracias por preguntar.

—De nada— Jane esbozó una sonrisa angelical y se encogió de hombros tímidamente —. Madre siempre me dice que soy demasiado educada para mi bien.

Clitia puso los ojos en blanco y Lucy rio.

—¿Situación actual del baile?— dijo Clitia luego de una pausa, mientras observaba a las parejas del salón.

—Suzanne está en una entretenida charla con el señor Fleming— Jane señaló a Suzanne con un movimiento del mentón —. Nora acaba de terminar un baile con el señor Marshall y Jilly, pobre Jilly— suspiró con compasión negando con la cabeza —, está siendo exhibida por lady Richardson. ¡Ah! Y en cuanto a ti— añadió mirando a Clitia con desdén —, deja de hablar como si fueras un agente de Bow Street, que no te queda para nada bien.

—Quizá lo sea— dijo Robert sobresaltándolas— después de todo quién creó el cuerpo fue Henry Fielding.

Robert era de esa especie de hombres que parecieran carecer de defectos físicos. Era alto y esbelto, de cabello rubio ceniza, inteligentes ojos verdes y facciones armoniosas. Lo único que Lucy le reprochaba a su hermano era su excesiva seriedad, pero sabía que se debía a las grandes responsabilidades derivadas del título que ostentaba.

—Su excelencia— dijo Clitia con una inclinación, al igual que Jane —, su conjetura podría ser cierta, pero como verá— alzó las cejas con gesto socarrón —, nuestras líneas genealógicas no parecen coincidir, y de ser así, seguiría su camino literario, no el jurídico.

—Señorita Anderson— saludó su hermano —, y Señorita Fielding— dijo luego mirando a Clitia con el asomo de una sonrisa en sus labios— como siempre tan convincente. Lucy— se dirigió a ella sin mirarla después de una pausa en la que los cuatro parecieron observar a las parejas bailar— ¿ya te

presentaste ante nuestra anfitriona?

—Por supuesto— Lucy alzó el mentón con arrogancia —, fue lo primero que hice al llegar, no soy tan maleducada.

—Entonces Clitia...— dijo Jane cuando su hermano se giró a saludar a unos cuantos caballeros— ¿viniste con el vizconde?

«*Al fin*» pensó Lucy. Llevaba sus buenos minutos con aquella pregunta en la punta de la lengua, sin tener el valor suficiente para hacerla y con temor de sonar demasiado desesperada. Como ella no era así sonaría sumamente extraño, pero como la pregunta surgió de la boca de Jane sonaba totalmente normal. Después de todo, era Jane.

—Sí— dijo Clitia con acritud, apretando los labios en una firme y delgada línea —, pero me dejó aduciendo a que tenía que hablar con un tal señor Hardy ¿Saben quién es él?

—¿De verdad estás preguntando eso?— dijo Jane con incredulidad —Es ese señor de ojos pequeños y nariz grande de Devonshire.

—Vaya, creo que nunca he visto una nariz de Devonshire. Debe ser asombrosa— dijo Clitia apretando los labios.

Jane entrecerró los ojos con molestia.

—No la nariz. Él *es* de Devonshire. Quiero decir, viene de Devonshire, y su nariz es solo grande, pero destaca mucho.

Lucy ignoró su estúpida discusión, y en cambio dirigió una disimulada mirada por el salón tratando de avistar al vizconde; pero no lo vio por ningún lado, y eso la molestó en cierta medida. ¿Sería muy presuntuoso de su parte el pensar que él la estaba evitando? No lo quería creer, pero se le hacía extraño que después de haberse comportado como una persona tan amable con ella ni siquiera fuera a saludarla.

¿Lo habría ofendido de alguna forma durante su último encuentro? Tal vez no le había agradado su broma de las mangas...

Sacudió la cabeza tratando de librarse de esos pensamientos. Si el vizconde no se acercaba a ella era porque... tal vez no había podido.

Se encogió de hombros. Sí tenía que ser eso.

—Lady Lucinde— la sobresaltó la voz de un hombre. Era el señor Herbert, a quien había prometido un baile; uno de entre muchos— es el turno de nuestro baile— dijo extendiéndole su mano.

Lucy aceptó que el caballero la guiara hacia el centro del salón, dejando a sus amigas en compañía de Robert, quien había terminado su charla con los demás caballeros. El señor Herbert la miró con su particular gesto adusto, pero ella sabía que no lo hacía por intimidar; como también sabía que en el fondo era una buena persona y que en realidad se trataba de un sujeto con una notable falta de personalidad.

Se posicionaron en el centro del salón junto con las demás parejas para dar comienzo a una cuadrilla; y Lucy compuso una candorosa y simulada sonrisa, pensando sin mucho ánimo que no sería la última de aquella velada que se le tornaba cada vez más larga y tediosa.

Todo estaba saliendo tal y como la había planeado Andrew desde un principio.

Había conversado con el señor Hardy para concertar una reunión y discutir sobre su inversión en las minas de Devonshire. Había evitado exitosamente durante toda esa noche a lady Lucinde; y —lo mejor hasta ahora— había podido arrastrar a Rosario con él hacia el jardín de lady Devon; jardín que otorgaba la tranquilidad y privacidad idóneas con sus múltiples setos para un

encuentro como ese.

—¿Así que son verdad los rumores que milord no piensa casarse nunca?— preguntó Rosario con ese acento tan exótico que la caracterizaba, mirándolo por debajo de las pestañas espesas y dedicándole una sonrisa seductora —¿no teme perderse la oportunidad de tener una dulce esposa e hijos?— añadió haciendo girar con movimientos estudiados el vaso de champaña que había llevado con ella.

Andrew rio suavemente.

—Sabes muy bien que eso no va conmigo— dijo quitándole con delicadeza el vaso de champaña, para luego dejarlo sobre el banco en el que estaban sentados.

La marquesa posó sus pequeñas manos sobre el pecho de Andrew, y se inclinó ligeramente dejando ver el insinuante escote de su vestido.

—¿Y qué van con usted, milord?— susurró en un rico y sensual tono destinado a volver tonto a cualquier hombre.

Andrew sonrió con pereza. Sabía a qué estaba jugando la marquesa, pero ya estaba harto de tantos preliminares, y lo único que deseaba era desahogarse con el voluptuoso cuerpo de esa mujer.

Sabía que sonaba como un sinvergüenza, pero ella esperaba lo mismo de su parte, solamente disfrutar y divertirse; y por supuesto, uno que otro regalo de su parte.

—Ya sabes...— dijo volviendo a lo que estaba, inclinándose hacia ella y tomando en su mano un tirabuzón de su oscuro cabello azabache, comparándolo inconscientemente con la suavidad de uno mucho más claro y sedoso —cosas más divertidas— sonrió Andrew, y la besó con ardor, atrayéndola hacia él, esperando que su calidez y su tacto logran despertar su deseo por ella.

La marquesa gimió y lo tomó del cabello, devolviéndole el beso con mayor fervor, pero Andrew por más que quería no podía concentrarse lo

suficiente en lo que hacía.

Se sentía observado.

Diablos, no estaba seguro de si eran imaginaciones suyas productos de no haber dormido lo suficiente por haberse visto invadido constantemente por sueños que lo involucraban a él y a lady Lucinde en situaciones muy — demasiado— comprometedoras, o algo completamente inherente, pero sentía una persistente mirada clavada en el cráneo.

—¿Qué sucede milord?— preguntó Rosario en un quejido cuando Andrew se separó de ella.

Había escuchado unos ruidos provenientes de los arbustos que estaban al otro lado del jardín, y estaba seguro de que no había sido su imaginación.

—Chissss... Creo que alguien nos observa— susurró poniéndole un dedo sobre los labios cuando la marquesa comenzó a protestar —creo que vamos a tener que posponer nuestro encuentro para otra ocasión— añadió soltando un leve suspiro de decepción.

Rosario lo miró con furia.

—Si quiere otro encuentro— dijo apartando su mano con brusquedad, echando chispas por sus oscuros ojos —va a ser solo entre usted y sus excusas— se puso de pie y alisó su vestido— porque yo no soy una mujer a la que se puede rechazar de esta manera— añadió antes de dar media vuelta y caminar con toda la dignidad propia de una reina.

Andrew exhaló un suspiro y se mesó el pelo con fuerza, preguntándose si tal vez estaba loco por haber dejado ir tan rápidamente a una mujer como Rosario y ni siquiera sentirse apesadumbrado, sino todo lo contrario. Se sentía incluso un poco aliviado.

El crack de una rama al romperse le recordó a Andrew sobre el intruso que lo había estado observando.

Frunció el ceño con molestia y se puso de pie caminando con grandes

zancadas hacia el lugar de donde provenía el sonido, pensando en darle un buen escarmiento a quien fuera que estuviera espiándolo.

—Sé que está ahí, así que salga— ladró enojado, cruzándose de brazos, a la espera de saber quién era el intruso.

No hubo respuesta de parte del entrometido.

Andrew se estaba dentro de la categoría hombre bastante tranquilo, pero sinceramente su paciencia se estaba agotando más rápido que el agua de una botella rota.

—Si no sale por las buenas— amenazó mientras se acercaba y tiraba de lo primero que cogió su mano— tendrá que ser por la mala...

—¡Ayyy! ¡No sea tan brusco!

—¿Lady Lucinde?— dijo soltándola, preguntándose ociosamente por qué no le sorprendía para nada que fuera ella.

—La misma— dijo con un toque de molestia, sin mirarlo y sacudiéndose su vestido de muselina amarillo lima.

Andrew se tomó el puente de la nariz y cerró los ojos por un momento. ¿Qué diablos hacía ella ahí?

La miró fijamente por unos buenos segundos, mientras ella aún continuaba con la cabeza gacha, limpiando una mancha inexistente de su guante de terciopelo, hasta que Andrew la tomó de la muñeca y la tiró, llevándosela con él a un lugar más apartado.

Ella lo miró sobresaltada, y Andrew tuvo un vistazo de sus ojos llenos de terror y miedo. Muy bien, pensó con furia y sonriendo con crueldad.

—¿Qué diablos hacía ahí escondida?— preguntó lentamente disfrutando perversamente de la tensión de ella que parecía salir de ella en oleadas.

—S-solo salí a tomar aire— balbuceó tratando de zafarse de su agarre.

Andrew la soltó con brusquedad cuando llegaron a un lugar relativamente abandonado, donde parecía que no transitaban muy seguidamente.

—A mí me pareció que me estaba espiando— dijo con voz acerada.

Ella pareció saltar en su lugar.

— ¡Por supuesto que no!— exclamó con fuerza, apartándose un mechón de cabello que parecía haberse salido de entre las horquillas.

—¿Entonces qué hacía?— Andrew se cruzó de brazos y arqueó una ceja con incredulidad —No me diga que estaba buscando insectos.

—No, como ya le dije salí a tomar aire— siseó apretando los labios, con las mejillas sonrojadas —. No todo tiene que tener relación con usted.

—¿Y por qué estaba escondida?— insistió él.

«*Porque no quería interrumpir su agradable plática*», pensó Lucy con sarcasmo ¿Acaso el vizconde de verdad creía que ella lo estaba espiando? Bueno, tal vez tuviera un poco de razón, pero no lo había hecho a propósito. Simplemente había salido a tomar aire ya que no soportaba el ambiente tan caluroso y denso que reinaba dentro de la mansión de la condesa, además necesitaba estar un momento a solas lejos de tanto bullicio; y mientras caminaba y caminaba por el jardín con sigilo cuidando de que nadie se diera cuenta de que se encontraba sin compañía, oyó repentinamente la voz del vizconde y la de una mujer; la misma mujer con la que lo había visto salir del salón; así que lo primero que se le ocurrió fue ocultarse tras los primeros arbustos que encontró, para que no la vieran.

Sin embargo, cuando vio cómo el vizconde besaba a la marquesa de Torrenueva su corazón comenzó a latir dolorosamente, y cuando no soportó más la vista tuvo que moverse, pisando unas hojas secas en sus ansias por querer huir, lo que hizo que el vizconde detuviera su asqueroso beso.

A Lucy se le revolvía el estómago de solo acordarse de cómo se devoraban. Había sido asqueroso.

Pero además de asco también había sentido en el pecho una fea sensación; algo similar a como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón, y luego ese mismo cuchillo lo habían retorcido; tenía unas ganas inmensas de salir corriendo y que su mente olvidara todo aquel desagradable episodio, porque, aunque no quisiera reconocerlo, le dolía el ver al vizconde besar a otra mujer.

Había tratado de hacerse a la idea de que lo que sentía por lord Torrington no era más que un encaprichamiento pasajero, pero no podía eludir ese cosquilleo que sentía cada vez que lo tenía cerca, y aún menos esa terrible desazón que la abrumaba al verlo con otra mujer.

Sin siquiera darse cuenta, una parte de su corazón pareció quebrarse al presenciar aquella escena.

—¿Por qué estaba escondida?— repitió el vizconde mirándola con una gallarda ceja arqueada.

¿Qué le pasaba a ese hombre? Hace un momento se veía furioso y ahora todo lo opuesto ¿Tan voluble era su humor? Ni que fuera la señora fortuna.

—Porque no quería interrumpirlos— dijo, optando por decir la verdad.

—¿Desde hace cuánto que estaba ahí?

—Desde hace un momento— respondió brevemente, desviando la mirada.

—No sea mentirosa— dijo acercándose dando un paso hacia adelante, mirándola con ojos serios e intimidante.

Lucy tragó saliva con nerviosismo, sintiendo las manos sudorosas.

—Yo no miento— balbuceó—. Y es muy poco caballeroso decirle a una dama que está mintiendo.

Él esbozó una media sonrisa y dio otro paso hacia adelante.

—¿Incluso si la dama en cuestión en verdad está mintiendo?— preguntó con suavidad.

—Sí— admitió Lucy, retrocediendo —, pero no estamos en esa situación, porque no le he mentado.

—Entonces no vio con quien estaba— dijo el vizconde, acariciándose el mentón en gesto pensativo.

—No— mintió Lucy apretando los labios, sintiéndose atragantar con la palabra. Era obvio que lo había visto «*y escuchado*» pensó amargamente al recordar las risitas estúpidas de él y la marquesa.

—Lady Lucinde— dijo el vizconde con sonrisa torcida, sacándola de sus memorias desagradables —sinceramente, usted no sabe mentir.

Lucy guardó silencio, sintiendo el cuerpo tan tenso como las cuerdas de un violín, mientras que la sonrisa del vizconde se volvía más y más grande por momento.

Lucy se aclaró la garganta, incómoda.

—Será mejor que me vaya— dijo luego de un silencio que le pareció eterno.

—Pues vaya— dijo lord Torrington con mirada divertida.

¿Qué le hacía tanta gracia a ese hombre? Bueno, pensó encogiéndose de hombros, a ella no le importaba; lo único que quería era alejarse de él lo antes posible, ya bastante había tenido de él esa noche.

Sin embargo cuando quiso irse se dio cuenta de qué se reía: la había aprisionado de tal manera sin que ella se diera cuenta, entre unos matorrales desconcertantemente altos, y lo peor es que se encontraban demasiado cerca.

—¿Puede dejarme pasar?— dijo con los dientes apretados, sintiendo sus mejillas arder.

—No— dijo el vizconde con indolencia, volviéndose a cruzar de brazos con descuido y apoyando todo su peso en la pierna derecha.

Lucy lo miró con la mandíbula desencajada.

—¿Puede explicarme por qué?— dijo tomando aire, intentando calmar el nuevo nerviosismo que trataba de apoderarse de ella.

—Porque no quiero— respondió el vizconde encogiéndose de hombros.

—Por favor, déjese de juegos— dijo Lucy comenzando a impacientarse. Bien, era mejor la impaciencia que el nerviosismo.

—Está bien...

Lucy suspiró aliviada.

—...pero antes tendrá que darme una prenda.

Y hasta ahí llegaba su alivio.

Lucy lo miró por un largo momento sin entender a qué se refería.

—¿Qué clase de prenda?— preguntó al fin, sintiendo completa reticencia ante su actitud. Ese hombre no le había dado suficientes razones para confiarse en su presencia.

Él la miró de arriba abajo con descaro y Lucy deseó tener un mazo para así poder golpearlo en la cabeza.

—Su brazalete— dijo con pereza, asintiendo satisfecho.

—Está bien, tome— dijo Lucy mientras trataba de sacárselo. Si lo que quería era solo eso, bueno, se lo daría. Aunque no entendía para qué querría él un brazalete que ni siquiera podría usar.

—Oh no, milady— dijo meneado la cabeza e impidiéndole que se lo sacara—. Aún no he terminado.

—¿Qué más quiere? ¿Mi collar?— preguntó Lucy frunciendo el ceño.

—No— negó lord Torrington con un toque de diversión.

—¿Entonces qué?— dijo Lucy con irritación —Dígalo de una vez, que ya

me está cansando.

—Quiero el brazalete— el vizconde tomó su mano con delicadeza ignorando sus protestas, y se inclinó aún más hacia ella —, pero a mi manera— terminó en un seductor susurro, rozándole con su cálido liento el lóbulo de la oreja.

Lucy se quedó paralizada al ver cómo el vizconde avanzaba lentamente con sus largos dedos desde su palma hasta su muñeca para luego detenerse en ella, sin tomar el brazalete.

—Tiene unas manos muy pequeñas, Lucy— murmuró con voz ronca —, y unas muñecas muy suaves y delicadas ¿será por completo así?

Lucy tragó saliva repetidas veces, sintiendo el corazón golpearle como un tambor en el pecho y ni siquiera se molestó en corregir su insolencia, ya que lo que fuera que le estuviera haciendo el vizconde le producía sensaciones que la aturdíán. Al igual como aquella tarde en su casa, cuando le acarició el tobillo.

—Suélteme, ¿qué cree que está haciendo?— dijo Lucy casi en un chillido.

—Solo estoy tocando— dijo el vizconde alzando su oscurecida mirada, sin detener sus traviosos dedos.

—Si va a sacar el brazalete, hágalo de una vez— repuso Lucy con voz trémula y ronca, tratando inútilmente de no hacer caso a esas sensaciones estremecedoras.

El vizconde detuvo sus dedos y la miró fijamente con aquellos ojos grises que se veían negros en la oscuridad.

—Lucy ¿a usted la han besado alguna vez?— dijo observándola con ojos brillantes como quien mira a un caballo en exhibición.

—¿Por qué lo pregunta?— dijo Lucy con desconfianza, mientras se tomaba la muñeca del brazalete con la otra mano, tratando de que el vizconde no se diera cuenta de lo acelerado de su pulso.

—Solo responda— susurró suavemente pasando un dedo por su barbilla

con delicadeza y fascinación.

—Eso no es algo que deba a usted importarle— dijo Lucy con la voz temblorosa y un deje de vergüenza, apartando la mirada. A ella nunca la habían besado, pero no estaba dispuesta a admitirlo abiertamente frente a ese truhan.

—Y eso me parece un no— dijo el vizconde viéndose claramente satisfecho, un brillo perverso manifestándose en sus ojos.

Lucy quiso protestar, pero antes de que pudiera decir algo él la tomó desprevenidamente por los hombros para luego bajar su cabeza y juntar sus labios con los de ella en un arrebatador beso.

Capítulo 9

Disfrutar de todos los placeres es insensato; evitarlos, insensible.

PLUTARCO

Andrew sabía que lo que estaba haciendo era una estupidez, pero no había podido resistir la tentación.

Iba a dejar que se fuera, se había dicho, estaba seguro de que lo haría, tan sólo quería divertirse unos malditos minutos antes que ella se fuera. Pero cuando entró en contacto con su nívea piel y sintió sus estremecimientos y su acelerado pulso causados por su suave y deliberado toque, Andrew supo que no podía dejarla ir así como así. No señor, antes tenía que hacerle sentir el mismo grado de excitación que recorría su propio cuerpo, comenzando su dulce seducción con un beso.

Lucy se veía tan malditamente hermosa —aún más de lo que era— y tan apetecible bajo la tenue luz de la luna; su tacto era suave y delicado y ¡Oh Dios! su sabor era tan dulce como mil bizcochos de chocolate de su tienda preferida.

Su aroma lo embriagaba.

Rosas y Lucy; una mezcla que lo aturdió y que muy bien tendría que ser prohibida por la cámara de lores.

¿Cómo una mujer tan menuda podía encenderlo tanto y tan rápidamente? Él se transformaba en yesca cuando estaba a su lado; ardía con el más ligero toque.

Primero fue dándole pequeños besos y mordiscos por la comisura de sus pequeños labios, instándola con ese acto a que ella también se hiciera partícipe dentro de aquel delicioso juego; y en el instante en que ella hubo emitido un pequeño gemido Andrew se sintió tan alborozado como si hubiese vencido a una legión de espartanos.

Porque había vencido.

Y cuando Lucy separó los labios al emitir nuevamente un gemido algo irregular, Andrew aprovechó el momento para introducir su lengua y así profundizar aquel dulce beso.

Ella no se movía, pero su cuerpo había dejado aquella rígida postura y ahora era suave, maleable entre sus manos y Andrew se permitió acercarla un poco más mientras descansaba una traviesa mano por la curva de su trasero.

—¡Oh Lucy! ¡Oh Lucy!— se quejó en un gemido mientras separaba su boca de la de ella para luego ir dándole pequeños besos por el contorno de la mandíbula— Esto es una completa locura.

Lucy le respondió con un gemido desigual y Andrew continuó con su delicioso asalto.

Andrew sabía que ya había llegado demasiado lejos y que debía de parar aquella locura, pero demonios, su cuerpo se sentía tan enardecido, y tenerla a ella entre sus brazos se sentía tan...*tan bien*.

Había algo especial el aquel beso, porque era ella.

Lucy, la mujer que lo enloquecía, lo intrigaba y lo hacía desear cosas que sabría que nunca podría tener.

Lucy, una mujer que sencillamente era...era...

Era perfecta. Sí, perfecta.

La forma en la que se amoldaba a su cuerpo; su aroma tan exquisito, esa mezcla única de rosas y Lucy que lo enloquecía; y su sabor ¡Oh su sabor! Nunca en su vida había degustado manjar tan delicioso.

Todo en ella era perfecto en aquel momento.

—Oh Lucy usted es tan hermosa— susurró contra su oreja, mordiendo ligeramente su lóbulo.

—Torrington... deténgase....

—No hable— volvió a gemir Andrew sin prestar atención a lo que ella decía— no diga nada, solo sienta...

—¡Deténgase!—dijo esta vez con más vigor, mientras le daba un fuerte empujón que lo tomó por sorpresa y lo desestabilizó, haciendo que por poco diera de bruces contra el suelo.

Lucy se escabulló —con la respiración jadeante y las piernas tambaleantes — detrás de unas pequeñas plantas que estaban a su izquierda. No eran una gran protección, pero por lo menos había algo sólido que la separaba del vizconde, quien no se veía para nada contento. Dios, el hombre parecía un perro salido de las mismas llamas del infierno.

—¿Por qué hizo eso?— preguntó Lucy con voz trémula tocándose con manos temblorosas los labios, aún hinchados por sus besos.

—Porque quise— respondió el vizconde con un encogimiento de hombros, viéndose bastante molesto.

Lucy lo miró boquiabierta y apretó los puños a los costados con furia, sin dar crédito a sus palabras ¡Porque quiso! ¡Porque quiso! ¿Cómo podía responder eso? Algo que para ella resultaba tan complejo, tan difícil de procesar y él le salía con aquella respuesta tan malditamente simple. ¿A qué estaba jugando? ¿Por qué era así con ella?

Lucy tomó aire entrecortadamente para calmar la agitación que la azotaba y no caer presa de la abrumadora histeria que pugnaba por salir a gritos.

—Usted es... es... ¡es un cerdo!— dijo con la voz más desdeñosa que pudo encontrar, siendo arruinado el efecto con el temblor que aún no lograba mitigar.

El vizconde rio entre dientes y se acercó hacia ella con lentitud, con los movimientos propios de un felino.

—¿No se le ocurre ningún insulto algo más... hiriente?— la miró con una mueca de diversión, los labios alzados en una cínica sonrisa— vamos Lucy, yo sé que da para más.

—¡Usted es un sinvergüenza! ¡Un mujeriego! ¡Un granuja!— exclamó Lucy con rabia, apretando las manos contra su vientre en un intento por controlarse y no lanzarse sobre él y estrangularlo— ¡Un bri...

—Chissssst...— susurró el vizconde tapándole la boca con su mano y frunciendo el ceño— no hable tan fuerte que nos pueden descubrir.

Lucy le lanzó una mirada terriblemente feroz, deseando poder quemarlo y dejarlo hecho un mar de cenizas, para luego arrojarlos por el Támesis ¿cómo se atrevía a hacerla callar? Puede que él fuera un vizconde, pero ella era la hija de un duque. No tenía ningún derecho sobre ella.

—La dejaré hablar sólo si promete hacerlo con más moderación— dijo el vizconde con parsimonia— ¿Lo promete?

La joven asintió de mala gana y lord Torrington quitó su mano.

—Usted es un maldito bribón— terminó de decir Lucy esta vez con algo más de comedimiento, frunciendo los labios.

—Vamos Lucy— dijo el vizconde en tono mordaz— no creo que pensara eso mientras la besaba, después de todo me devolvió el beso y parecía bastante...

—¡Cállese!— siseó Lucy poniéndose colorada de la rabia y la vergüenza—Usted me besó a la fuerza.

Lord Torrington en cambio solo sonrió con satisfacción.

—Tal vez, pero no puede negar que lo disfrutó tanto como yo— dijo en tono lento y melifluido mientras rompía una ramita y se ponía a jugar con ella

entre las manos.

Lucy miró sus manos embobada.

El vizconde tenía razón, sí había disfrutado de aquel beso —y vaya que lo había hecho— y había sido perfecto porque ella había querido que la besara. Lo había estado deseando desde aquella visita que le hizo después de su accidente en el parque, pensando que tal vez nunca tendría la oportunidad de experimentar ser besada por alguien de quien creía estar enamorada. Porque Lucy no tenía la certeza de que lo amaba ¿y si solamente era un enamoramiento pasajero? No lo tenía claro, ya que nunca antes se había visto envuelta en tales revoltijos de sentimientos.

Incluso había llegado a pensar que aquel beso había sido tan especial para él como lo había sido para ella, pero luego recordó que unos minutos antes también había estado besuqueándose con la marquesa y que para él no significaba nada. «*Solo soy una conquista más en la larga lista de ese libertino*» pensó con amargura.

Y luego, para colmo, la había llamado *hermosa*.

Hermosa, el adjetivo más vacío y horrendo que Lucy había llegado a odiar de oírlo tanto salir de bocas zalameras y falsas.

—¿Por qué lo hizo?— volvió a preguntar esta vez en un susurro, mirándolo con confusión —Usted no me ama.

El vizconde guardó silencio por unos largos y eternos segundos, para luego suspirar y decir suavemente:

—No, no la amo, pero eso no impide que la desee. No es necesario amar a alguien para desearlo.

Lucy sintió otro pedazo de su corazón resquebrajarse esa noche ¿Cómo podían aquellas simples palabras dolerle tanto? El solo la deseaba, pensó con dolor tragando saliva con dificultad como si tuviera un bulto y sintiendo la picazón de las lágrimas en los bordes de los ojos.

Lucy había sabido desde un principio que el vizconde no la amaba, sabía que no sentía lo mismo que ella creía sentir por él, pero aun así dolía al escuchar esas palabras salidas de su boca con tanta facilidad.

—Lo hizo como venganza— acusó Lucy con un deje de tristeza y reproche en su voz que no pudo ocultar. Tenía ganas de lloriquear, pero lo único que la mantenía algo cabal era su orgullo.

No pensaba llorar delante de él.

—¿Venganza de qué?— preguntó el vizconde frunciendo el ceño haciéndose el desentendido.

—Por haberle arruinado su cita con la mar... con aquella mujer— se corrigió rápidamente, desviando la mirada acordándose de que le había dicho al vizconde que no había visto con quien estaba.

El vizconde, quien estaba al otro lado de las plantas llegó a su lado de un salto y la tomó por las muñecas con brusquedad.

—Cuando la besaba— susurró con ojos encendidos y llenos de seriedad, con su rostro peligrosamente cerca del suyo —sólo pensaba en usted. Y jamás haría tal canallada de la que me acusa— añadió apretando un poco más sus muñecas —, así que nunca vuelva a decir tal estupidez ¿Entendió?

Lucy asintió sintiéndose terriblemente asustada. Lord Torrington tenía una mirada casi iracunda, viéndose realmente amenazador como nunca lo había visto antes.

—Y esto— dijo tomando su mano izquierda, en la que tenía el brazalete —es mío— dijo sacandoselo.

Lucy permitió que se lo sacara sin siquiera reclamar. Ya no le importaba si se quedaba o no con el maldito, maldito y nuevamente maldito brazalete. Lo odiaba. Si no fuera por él no se encontraría en aquella situación.

Era mejor echarle la culpa a un brazalete que a sí misma.

—¿Me puede dejar ir?— dijo Lucy tragando saliva ¿esa voz tan

implorante era suya? ¡Por Dios! Jamás en la vida se había visto tan reducida como para suplicarle a alguien.

¿Acaso no pensaba ahorrarle ninguna humillación?

—Sí, sí— dijo el vizconde sorprendido, soltándola como si quemara —. Lo siento, no quise asustarla.

¿Tan obvia era? Pensó Lucy molesta con ella misma. No le gustaba que él pensara que la había asustado, la hacía sentir inferior.

—¿Está bien?— preguntó el vizconde viéndose preocupado. No, Lucy sacudió la cabeza, tenía que ser su imaginación; no era posible que un hombre como aquel después de haberla tratado como lo había hecho estuviera preocupado por ella.

Se aclaró la garganta.

—Estoy bien— respondió de todas formas. No quería iniciar nuevamente otra discusión con él.

—Bien, entonces vaya— dijo el vizconde apartándose para dejarla pasar, no sin antes haberla escudriñado muy bien con la mirada.

Lucy caminó con piernas temblorosas hacia la salida de esos condenados arbustos que habían sido cómplices del vizconde; tratando de que él no se diera cuenta de lo alterada que todavía estaba.

—Buenas noches, Lucy— le susurró suavemente cuando pasó por su lado; pero Lucy siguió sin siquiera dedicarle una última mirada, caminando con la cabeza el alto y con toda la arrogancia posible, mientras el vizconde se quedaba ahí, suponiendo, pensó Lucy, para no levantar sospechas y hacer creer al resto de la concurrencia que habían estado juntos.

Por lo menos tenía algo de tacto, pensó Lucy sarcástica. Y también pensó con enojo, que justo ahora que ya no estaba con el vizconde habían surgido su lado sarcástico. Era una lástima que siempre desapareciera cuando más lo necesitaba para defenderse.

Exhaló un largo y tembloroso suspiro. No quería entrar a la residencia de la condesa, pero sabía que si se quedaba más tiempo fuera su tía se volvería loca y sus amigas se preocuparían, ya que no era dada a ausentarse por demasiado tiempo y además había salido sin acompañante.

Eso era lo malo de ser tan rutinaria, todos se dan cuenta cuando haces algo irregular.

Así que decidió entrar, pero antes se paró detrás de las ventanas que daban al jardín. Tomó aire llenado sus pulmones de aquella refrescante brisa nocturna; cuadró los hombros y levantó la barbilla, componiendo su más encantadora sonrisa, con la esperanza de que nadie notara lo agitada que aún se sentía.

Andrew siempre había sospechado que era algo idiota, pero esa noche tuvo la confirmación. No sólo idiota, él era un redomado idiota.

¿Qué clase de demonio lo había poseído para cometer semejante locura? El demonio de la lujuria, el deseo insatisfecho, le susurró su conciencia.

Diablos, pero aun así no se arrepentía de haberla besado. Jamás se arrepentiría.

No obstante, no debería haberlo hecho. Se había prometido que se alejaría de ella, pero maldición, por más que quería no podía. Cada vez que lo intentaba avanzaba dos pasos lejos de ella, pero luego retrocedía cinco.

Lucy se estaba volviendo su obsesión. Durante cada nuevo encuentro quería algo más de ella, y si lo obtenía le era insuficiente.

Santo infierno, si la deseaba tanto que dolía. Si tan solo con un beso lo había dejado ardiendo de deseo con unas ansias inmensas de arrancarle todo ese bonito vestido amarillo y tenerla retorciéndose de placer bajo su cuerpo.

Se mesó el cabello con fuerza. Tenía que dejar de pensar en ella, o si no se iba a transformar en un completo imberbe e iba a terminar toda la noche ahí parado y con vergüenza.

Lanzó una mirada al cielo nocturno y esperó a que su ardor se aplacara con ayuda del frío aire que corría. Tenía que volver al baile pero lo haría dentro de unos minutos, no tenía prisa.

Tocó con cuidado el brazaletе que sostenía en la mano y sonrió con malicia.

Si no se le hubiera ocurrido todo aquel estúpido juego de la prenda, jamás habría pasado todo aquello. Todo era culpa de ese brazaletе, pensó Andrew mientras lo miraba con detenimiento.

Era pequeño y simple, carente de pedrerías y otros detalles; al igual que su dueña, de una exquisita elegancia.

Andrew siempre había pensado que en lo simple abundaba la elegancia. Nunca le había gustado que las mujeres llevaran demasiados adornos, les quitaba su verdadera belleza. Para él la belleza radicaba en lo simple y armónico.

Como Lucy. Aunque ella, se pusiera lo que se pusiera Andrew estaba seguro de que seguiría siendo igual de hermosa.

Y más aún si se lo quitaba todo. Diablos, se estaba volviendo un cerdo lujurioso.

Soltó un suspiro en el aire.

La había asustado. Sabía que lo había hecho aunque ella se lo hubiese negado. No lo hizo adrede, Dios sabía que no había tenido intenciones de asustarla, pero sin querer lo había hecho. Y es que ella había tenido la culpa

¿Cómo se le había ocurrido que lo había hecho por venganza? Era una completa estupidez. Una estupidez que lo puso fuera de sus casillas.

Andrew en ningún momento había pensado en Rosario, ni siquiera se había acordado de ella. Para él solo había existido Lucy.

Nadie más, maldita sea.

Pero quizá le debía una disculpa por su comportamiento después de todo, razonó Andrew con consideración. Sin embargo, no le entregaría aquel brazalete, pensó antes de guardárselo en el bolsillo; ahora le pertenecía y no tenía intenciones de deshacerse de él, convino antes de echarle una última mirada al cielo y dirigirse con paso apacible hacia la residencia del conde de Devon.

Lucy pasó la siguiente semana leyendo todo lo que encontraba a su paso, tratando de mantener la mente distraída y no acordarse de su desafortunado encuentro con el vizconde durante el baile de lady Devon.

Y ahora se encontraba nuevamente leyendo. Caramba.

Esta vez era el turno de una novela gótica *Los infortunios de lady Alzura y lord Apollon: Viaje por Francia* que le había recomendado Suzanne, y que Lucy sabía estaba causando furor últimamente entre las damas de la nobleza.

Era una novela muy entretenida, donde la protagonista, lady Alzura, una mujer muy sensata e inteligente se veía en la necesidad de huir de casa debido a que su padre la obligaba a casarse con un anciano decrepito que tenía fama de haber asesinado a sus cinco anteriores esposas. En su huida se encontraba

con lord Apollon, un hombre amable pero con falta de juicio y algo impulsivo, con el que se veía envuelta en una serie de dificultades en su lucha por ser libre.

Lucy no llevaba ni cinco capítulos y ya habían sido perseguidos por un conde loco a través de los subterráneos de un antiguo y abandonado castillo; luego apresados por un príncipe turco en las mazmorras de su palacio; y ahora, al parecer, lord Apollon estaba teniendo una encarnizada lucha con un esbirro del malvado anciano por salvar a Alzura.

Estaba muy interesante la historia, pero su concentración se había evaporado hace bastantes minutos y ya había avanzado casi cinco páginas sin siquiera entender lo que leía.

Todo por culpa del vizconde y ese beso.

Ya habían pasado más de siete días y aún no había podido sacárselo de la cabeza. Era como si en cada cosa estuviera él... y el beso.

El beso. Era como si tuviera vida propia; no podía llamarlo de otra forma que no fuera *el beso*.

Sacudió la cabeza con decisión para despejarse. Tal vez necesitaba aire.

Aire. Como el que corría la noche en que le dio el beso...

¡Caray! ¿Por qué justo cuando las necesitaba ninguna de sus amigas estaba presente? Le hacía falta su bulla.

—¡Lucy! ¡Lucy! ¡Lucyyyyyyyyy!— escuchó la voz cada vez más fuerte de Jane que se acercaba.

Lucy pestañeó sorprendida. Era como si con el simple pensamiento la hubiera invocado.

—¡A que no adivinas la estupenda noticia que te tengo!— soltó en un resuello, entrando de golpe en la habitación de Lucy y dando un traspié con la alfombra que por poco la hace caer.

Lucy no se sorprendió al verla llegar tan de improviso. Jane era así.

Pensándolo bien, todas sus amigas eran así: unas completas descaradas cuando entraban en confianza.

—¿Qué sucede?— preguntó Lucy mansamente, sabiendo que su amiga esperaba algún tipo de señal para continuar.

—Estaba en casa de Clitia conversando con ella cuando *repentinamente* llega lady Darenthon y hace el comentario de que Londres está algo tedioso estos días— dijo Jane sin siquiera tomar aire.

Lucy se preguntó cómo era posible hablar tanto sin ahogarse.

—Entonces yo le sugerí que sería *ideal* poder pasar algunos días lejos de tanto bullicio— continuó Jane —, y ella dijo que era una *estupenda* idea; entiendes porque digo estupenda ¿no?

Lucy asintió tratando de no sonreír.

—Y luego dijo que ella organizaría una fiesta campestre en su casa solariega en las afueras de Cambridge a la que nos invitará a todas ¡No es fantástico!— exclamó Jane batiendo palmas y esbozando una gran y perturbadora sonrisa alienada.

Lucy sonrió, pero con mucho menos entusiasmo. Sí que era una buena idea la de pasar unos días fuera de la ciudad. Ciertamente Londres se estaba volviendo algo tedioso, y sería idóneo el poder cambiar de aires por lo menos algunos días.

—¡Lucyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyy!— se escuchó el alarido a coro de sus otras amigas que al parecer venían corriendo por el pasillo— ¡Tenemos una... ¡Ooooooooooooooh!

"¡CRACK!"

Lucy se estremeció ante el fuerte ruido de algo al romperse que resonó en el pasillo.

—¡Te dije que tuvieras más cuidado Suzanne!— dijo la voz siseante se Nora.

—¡Cállate *Noro*! Si no te hubieras atravesado no habría votado ese jarrón.

—¡Lucy!— chillaron Nora y Suzanne tratando de entrar por la puerta las dos a la vez, maniobra que parecía imposible.

—¡Déjame entrar a mí primero!— Suzanne miró con saña a Nora mientras seguían con su encarnizada lucha por quién entraba primero.

—¡Yo llegué primero, así que tengo el derecho de pasar antes que tú!

Lucy miró al techo y trató de no poner los ojos en blanco. Cuando había pedido bulla, no se refería a ese tipo de bulla.

Parece que los dioses la habían malinterpretado.

—Si vienen a darle la noticia de la fiesta campestre— las interrumpió Jane con sonrisa extremadamente maliciosa —déjenme decirles que llegan demasiado tarde.

—¿Y para eso rompí un jarrón?— gimió Suzanne con un morro contrito, deslizándose ahora con bastante facilidad hacia el interior del cuarto.

Lucy rogó que por favor no fuera el jarrón preferido de su tía.

—¿Cómo te enteraste tan rápido?— dijo Nora con sus oscuros ojos brillando de expectación, entretanto se sentaba en la cama al otro lado de Jane.

—Hola Lucy— saludó Jilly entrando tímidamente en su habitación.

¿Así que ella también estaba en el grupo?

Lucy le sonrió cálidamente, pensando que para Jilly, una joven tan tranquila y tímida sería algo completamente extraño el hallarse con personas tan impulsivas como Nora y Suzanne. Unos torbellinos que arrasaban con todo a su paso.

—¡Escóndanme por favor!— susurró Jane abriendo los ojos de par en par con absoluto terror, tratando inútilmente de deslizarse bajo la cama.

—¡Sé que estás ahí!— volvió a vociferar Clitia.

—¡No le digan que estoy aquí!— chilló Jane agitando los brazos en el aire.

¿Y ahora de qué se había perdido?

—Jane— dijo Clitia esta vez con voz más tranquila, llegando junto a la puerta —, sal de donde estés y te aseguro que no te haré demasiado daño.

—La cuestión está en fijarse en que dijo "no demasiado"— murmuró Suzanne —. Felicidades, Jane, estas de suerte.

—No quiero— rezongó Jane con voz aguda desde debajo de la cama, si prestarle atención.

¿Cómo había sido capaz de meterse allí?

—Tú sabías que quería ser yo quien le contara a Lucy sobre la fiesta que organizará mamá— dijo Clitia con voz tersa como un sable, sonando aterradora.

Así que de eso venía todo ¿por qué, pensó Lucy divertida, le había tocado tener por amigas a unas mujeres tan extrañas?

—Y ustedes— miró a Suzanne y a Nora con los ojos entrecerrados, poniéndose las manos en las caderas —, no me digan que también vinieron de cotillas.

—No hemos dicho nada— dijo Nora enseñando las palmas.

—Nada de nada— agregó Suzanne pestañeando con inocencia.

—¡Mentirosas!— exclamó Jane sacando la cabeza de su escondite —, ustedes también venían a eso; incluso rompieron un jarrón— las acusó.

—Por favor, no me digan que Jilly también vino a cotillear— dijo Clitia fingiendo estar escandalizada, poniéndose una mano en el pecho con exagerado dramatismo.

—¡Sí!— soltaron Nora, Suzanne y Jane a coro, mientras la pobre Jilly abría los ojos con pánico.

—Ella nos incitó a venir— Suzanne con fingido pesar.

—Nos embrujó con su cadencioso caminar— dijo Nora con un marcado acento americano.

—¡Yo no he hecho nada de eso!— chilló Jilly mirándola en busca de ayuda.

—No les hagas caso— dijo Lucy compadeciéndose de ella —. Son unas locas que solamente buscan llamar la atención.

—Ellas serán locas— dijo Clitia ayudando a salir a Jane de debajo de la cama —, pero yo no. Lo que sí soy es hambrienta.

—Cuando no— bufó Jane sacudiéndose el vestido.

—¿Podrías pedirle a Alfred algunos bocadillos?— rogó Clitia con su mirada más suplicante —, el viaje me ha provocado hambre.

Lucy puso los ojos en blancos, sabiendo que con eso su amiga le daba a entender que tenía planeado quedarse bastante tiempo en su compañía.

Así que se puso de pie y tocó la campanilla para llamar al mayordomo, rogando al cielo el poder tener la paciencia suficiente para no volverse loca con las estupideces de sus amigas.

Capítulo 10

Cuando la situación es adversa y la esperanza poca, las determinaciones drásticas son las más seguras.

TITO LIVIO

Estar irritado no era uno de los pasatiempos preferidos de Andrew — maldita sea, no era el de nadie— pero últimamente ni siquiera él mismo se reconocía.

Pero desde su último encuentro con Lucy no había podido sacársela de la cabeza, y si antes creía que sus sueños con ella eran un problema, era porque no sabía que podían ser mucho, pero mucho peores. Diablos, si todas las noches despertaba con la temperatura del infierno.

Claramente esa menuda mujer iba a terminar por volverlo loco de atar si no dejaba de aparecer en cada sueño.

Frunció el ceño y miró con insistencia el vaso con licor que sostenía en la mano.

Ese también no era su único maldito problema.

También estaba su madre, que por lo que había descubierto hace un tiempo tenía grandes deudas de juego, algo que no podía dejar de desconcertarlo.

Era verdad que no había tenido noticias de ella por más de un año, pero no creyó que cambiaría tanto en un periodo tan corto y se volviera una perra jugadora empedernida. Pero ahora sabía de dónde había heredado su mala suerte en el juego.

Por otro lado, también estaba su nueva actitud que le provocaba repelús. Era como si su madre hubiese sido cambiada por otra mujer completamente diferente. Esta nueva mujer era amable, sonreía, y lo trataba de una forma que solo podría describirse como cálida.

Cálidamente escalofriante, como el abrazo de un oso.

Luego estaba aquella maldita nota de Mr. Snoop —o bendita, según el lado por donde se mirara— en la que le decía que sería un idiota de campeonato si invertía en aquellas minas.

No con aquellas palabras, pero el maldito significado vendría a ser el mismo.

Y él que estaba tan ansioso por invertir en aquel negocio del señor Hardy. Ni siquiera sabía que el muy bastardo estaba en la ruina, y si no hubiera sido por aquella nota lo más probable era que habría perdido cinco mil libras.

Sí que se tenía bien guardado su terrible estado financiero el señor Hardy, y gracias a Dios que había pospuesto el cierre del trato para cuando hubiese terminado la reunión campestre de su tía.

Oh, y para terminar también estaba aquella estúpida invitación.

Una invitación de su tía para una reunión campestre en Mantell Hall que se llevaría a cabo durante toda esa infernal semana.

Andrew no había querido asistir, pero con la invitación le había adjuntado una nota diciéndole que si no iba daría por hecho que ya no la quería como antes.

Chantaje en su esencia más pura. Ahora comprendía de dónde Clitia había sacado ese lado tan condenadamente manipulador.

Y por eso ahora se encontraba donde estaba, sentado en una de las butacas de la biblioteca de su primo en Mantell Hall.

Hace años que no iba y ciertamente no había cambiado para nada. Todo seguía exactamente igual a como lo recordaba.

Los mismos adoquines que adornaban el camino de entrada, la misma fachada estilo georgiano, y el mismo gigantesco y colorido jardín lleno de diversas flores como recordaba que le gustaba tanto a su tía y a Clitia.

Mantell Hall, el lugar donde pasó los mejores momentos de su infancia. Cada vez que recordaba una imagen agradable de su niñez ésta estaba acompañada del paisaje que rodeaba finca.

No es que no le gustara su casa solariega, pero Green Manor siempre había carecido de esa calidez que caracterizaba la casa de sus tíos.

—Hace años que no venías— comentó su primo mirando por la ventana hacia el colorido jardín.

Andrew asintió a pesar de que George no lo veía.

—¿Madre te chantajeó, cierto?— preguntó, y Andrew estaba seguro de que estaba sonriendo.

—Sí— asintió con sequedad, poniéndose de pie y se posicionándose junto a George —, dijo que si no venía daba por hecho que ya no la quería.

Su primo rio divertido y Andrew le golpeó la cabeza.

—Tu madre también vino— dijo George luego de un silencio, masajeándose el cráneo.

—Sí— volvió a decir Andrew, aunque estaba seguro de que no había sido una pregunta, más bien era una afirmación.

Su tía también había invitado a su encantadora madre a pesar de que apenas se conocían, y Andrew tuvo que ir en su compañía más de cuatro horas.

Podría haberse ido a caballo, pero realmente no estaba de ánimos para eso ¿Cuatro horas a caballo? Ni que fuera un maldito estúpido. Prefería estar cómodamente dentro de un carruaje en compañía de su silenciosa madre y si era posible dormir un poco (algo que por suerte logró hacer la mayor parte del trayecto).

—Madre invitó a demasiada gente— dijo George frunciendo el ceño, pareciendo ligeramente irritado— y además tendré que soportar a las amigas de Clitia. No es que me molesten— explicó rápidamente, aunque Andrew ni siquiera había abierto la boca para hablar— pero esa señorita Anderson es demasiado habladora, y debo decir que en una ocasión me llegó a marear con una de sus tantas y apasionadas pláticas— dijo con un escalofrío —. Podría competir con la hija de lady Richardson, pero al menos ella no es idiota.

Andrew no había tenido el privilegio de tener una conversación con la señorita Jane, solo la había saludado rápidamente al igual que a todas las demás amigas de su prima, pero si era amiga de Clitia, estaba claro que no era estúpida. O al menos eso quería creer él.

Aunque ciertamente todas eran muy distintas. Una tan tímida como una liebre, la otra tan habladora como un fervoroso obispo, una era americana como los pieles rojas y la otra... bueno, de la otra no tenía nada que decir, solo que sus cejas eran demasiado oscuras para el tono de su cabello.

Y por supuesto también estaba Lucy, de la cual podría decir muchas cosas.

Miró por la ventana al igual que su primo, y lo primero que vio fue una serie de rosas.

Rosas y Lucy.

Tenía que disculparse con ella, pero lo haría una vez que todo aquel tumulto causado por la llegada de los invitados pasara, y luego, cuando todo estuviera más calmado la buscaría.

Después de todo, él era un caballero, y actuaría como tal.

—...por favor has el esfuerzo de comportarte esta vez— dijo Robert mirándola con reproche desde una esquina del carruaje —, y si por casualidad te encuentras con lady Hawkins recuerda saludarla con respeto; ya bastantes problemas me causaste con lo de la peluca.

Lucy asintió nuevamente, como llevaba haciendo la mayor parte del viaje mientras su hermano la sermonaba; aunque pensaba que era improbable que se encontrara con la mujer, ya que ella había escondido la cabeza como una tortuga desde el incidente. Tal vez estuviera cultivando orquídeas en el campo.

Había tratado de disuadir a su tía para que no fueran a esa fiesta campestre; incluso se había fingido penosamente estar enferma, pero lastimosamente nada le resultó. Fue una completa pérdida de tiempo. Por eso ahora se encontraba ahí, con la espalda recta mientras escuchaba a su hermano, y con el trasero adolorido. Si seguía en aquel carruaje otros diez minutos más, de seguro terminaría con el trasero completamente plano como una tabla.

—También trata de socializar con los caballeros— añadió su tía, quien estaba sentada junto a Robert y frente a ella, hablando por primera vez desde que su hermano había comenzado a sermonearla —. Recuerda que vamos principalmente para eso, para que consigas esposo.

Lucy volvió a asentir tratando de no poner los ojos en blanco.

—Ya tienes veintidós años...

—Lo sé— bufó Lucy sin poder reprimirse. ¡Pero santo Dios! Por supuesto que ella sabía que tenía veintidós. No tenían para qué recordárselo.

—No seas mal educada, Lucinde— dijo lady Stamford dándole una mirada de reproche —. Y tampoco bufes, no es atractivo en una dama. Como te decía— continuó su tía —, ya tienes veintidós años y deberías casarte pronto.

Lucy gimió. Oh, cómo odiaba esto.

—Deja en paz a la muchacha— interfirió su tío con aire soñoliento, quien iba sentado a su lado —, cuando encuentre a la persona correcta se casará, no

antes. El amor no es algo que se deba forzar.

Lord Stamford era un hombre ya bastante mayor, rondando los setenta y cinco años; alto pero algo encorvado debido a la edad, de contextura esbelta, cabello completamente blanco, ojos marrones y un rostro surcado de arrugas; en especial alrededor de los ojos y la boca, ya que era un hombre muy propenso a la risa.

Lucy quiso lanzarse encima de su tío y abrazarlo por haberla defendido de la boca lanza fuegos de su tía, pero no podía porque podría caerse debido al traqueteo del coche, sin embargo le dio un suave apretón en el brazo como forma de agradecimiento. En cambio, su tía no parecía muy contenta, más bien parecía querer golpear a su esposo con su abanico.

—Si sigues diciéndole siempre lo mismo, de seguro jamás se casará— protestó su tía apretando los labios en una delgada línea.

—Entonces también dile a tu sobrino que busque esposa— repuso su tío sin abrir los ojos, cruzándose cómodamente de brazos —. No es justo que solo regañes a Lucy.

—En eso tienes razón...— lady Stamford asintió con fervor, dirigiéndole una mirada ceñuda a su sobrino.

Lucy miró divertida a su hermano, quien parecía querer saltar hacia el exterior del carruaje y huir hacia Francia.

Robert podría ser un hombre muy serio, pero cuando se trataba de tía Maggy, siempre se transformaba en un niño.

A veces, Lucy deseaba que su hermano fuera más cariñoso; deseaba tener una relación como la que tenía Clitia con su hermano, una de esas donde peleas por estupideces, se ponen sobrenombres y se mofan los unos de los otros.

Ella, que se llevaba tan solo dos años de diferencia con su hermano, jamás había tenido una relación así de estrecha, en cambio Clitia, quien se diferenciaba con su hermano por más de siete años, sí la tenía.

Ciertamente, aunque le doliera admitirlo, a veces envidiaba a su amiga.

—...Tú también deberías buscarte una esposa, ya va siendo hora de asentar cabeza y de tener un heredero— continuó diciendo su tía —. Eres un duque y es tu responsabilidad.

—Tengo veinticuatro años, puedo esperar unos años más— dijo Robert con aspereza, mirando por la ventanilla.

«*Y yo tengo veintidós, también podría esperar más*», pensó Lucy con sarcasmo, pero no lo dijo o de seguro su tía la regañaría. De nuevo.

—¿Por qué no te casas con Clitia?— dijo lord Stamford con su voz algo temblorosa debido a la edad, pero aun así llena de picardía —es una chiquilla bonita e inteligente.

Su tío siempre que podía atacaba a Robert para que buscara esposa, poniéndole como referencia a Clitia tan sólo para molestarlo.

Era extraño, pero su tío tenía una singular afinidad con su amiga. Desde que se conocieron lord Stamford le tomó tal cariño como si fuera una más de la familia. Incluso Clitia se daba el tiempo de ir a leerle una vez a la semana.

—¿Por qué no te casas tú con ella?— dijo Robert en tono inexpresivo, siguiendo el camino con la mirada.

—Porque tu tía aún está viva— contestó lord Stamford con desfachatez, encogiéndose de hombros —, o si no créeme que lo haría.

Lucy miró a su tía con horror pensando que estaría terriblemente enfadada, pero con lo que se encontró fue con una lady Stamford que a todas luces estaba tratando de sofocar la risa.

—Ya estamos llegando— dijo su tía recobrando su seriedad, mientras trataba de alisarse un poco los fuelles de su para nada arrugado vestido —, así que recuerda comportarte— volvió a decir.

Lucy ni siquiera trató de alisar su más que arrugado vestido, sabiendo de antemano que no conseguiría nada, en cambio miró a través de la ventanilla y

observó la majestuosa fachada de la casa de la familia de su amiga.

Era preciosa, no demasiado grande y tampoco se comparaba con la de su familia, pero en verdad era muy bonita.

Los adoquines eran de un color grisáceo y la entrada, de una gran extensión, estaba adornada con una hilera de arbustos intercalados con figuras redondeadas de piedras a cada lado del camino.

Una vez que el coche se detuvo, un lacayo fue al instante a abrirles la puerta para ayudarlas, a su tía y a ella, a apearse.

—Recuerda comportarte— volvió nuevamente a recordarle su tía —. No porque Emily sea mi amiga voy a aceptar que me dejes en vergüenza.

Lucy quiso tirarse al suelo y ponerse a chillar como un ratón pateado para que su tía y su hermano tuvieran razones suficientes para amonestarla tanto. Pero no lo hizo. En cambio respiró largamente, deleitándose con la suave y cálida briza que le desordenaba el cabello.

—No sé ustedes— dijo su tío desperezándose como un gato —, pero creo que en estas situaciones hay que entrar a saludar a los anfitriones.

Lucy miró a su tío divertida y luego se le acercó y lo tomó del brazo para ingresar con él a aquella desconocida casa.

—¡Margareth, Lucy!— las saludó lady Darenthon con efusividad cuando hubieron llegado a la entrada donde ella y Clitia estaban recibiendo a los invitados.

—Lucy— susurró su amiga, sonriéndole ampliamente —, que bueno que ya llegaste ¿te gustó el lugar?

—Es precioso— dijo Lucy con sinceridad, apartándose un poco de sus tíos quienes conversaban animadamente con lady Darenthon, y de su hermano quien miraba todo con su acostumbrada indiferencia.

—Y deberías ver los jardines— continuó Clitia, emocionada —, hay begonias, camelias, magnolias, orquídeas, entre otras.

—No sabía que te gustara la jardinería— dijo Lucy arqueando las cejas con asombro. En verdad que no conocía esa faceta de su amiga.

—Hay muchas cosas que me gustan, pero la jardinería tiene algo especial— las mejillas de Clitia se tiñeron de un suave rosa —. También era una de mis pasiones cuando era pequeña, al igual que otras cosas, pero se volvió muy complicado para mi pobre mente— dijo sonriendo y encogiéndose de hombros, burlándose de sí misma —, así que lo dejé.

—Entonces tendrás que enseñarme todas esas magníficas flores.

—Ahora sería ideal ya que aún no han llegado demasiados invitados, pero madre no me dejará ir— dijo Clitia con pesar, frunciendo los labios —. Dice que tengo que saludar a los invitados— arrugó la nariz con picardía —; no sé para qué, si ya los he saludado miles de veces.

Lucy rio sin poder evitarlo, ganándose una mirada de Robert y de sus tíos. A veces era asombroso lo desquiciados que llegaban a ser los comentarios de Clitia. Ella era una persona realmente divertida y era una lástima que no muchos caballeros se dieran a la tarea de conocerla.

—Entonces tendré que pedirle a Robert que me acompañe— dijo Lucy una vez que hubo parado de reír.

—Lucy, querida— dijo lady Darenthon dirigiendo de ambarina mirada en su dirección —¿Qué tal estuvo el viaje?

—¡Oh! Fue encantador— mintió Lucy con una sonrisa. En realidad, había sido bastante incomodo pero no pensaba decirlo.

—Qué suerte tienes— dijo Clitia con una mueca —yo por poco quedo sin trase...

—¡Clitia!— dijo lady Darenthon escandalizada y completamente ruborizada. Ruborizada era poco, la buena señora estaba púrpura.

Clitia pestañeó repetidas veces con desconcierto y Lucy quiso reír, sin embargo apretó los labios para no hacerlo.

—¿Pero qué dije de malo? Solo iba a decir tra...

Robert hizo un sonido demasiado parecido a una risita.

—¡Por favor Clitia, compórtate!— exclamó lady Darenthon a quien parecía que le iba a dar una apoplejía en cualquier momento.

—No exagere querida Emily— intervino su tío —, la niña no ha dicho nada que nosotros no hayamos dicho o pensado antes.

—¿De verdad es tan malo decir trasero en público?— le preguntó Clitia en un susurro incrédulo.

—Por lo que veo sí— respondió Lucy también en un susurró entrecortado.

—Lucinde ¿Por qué mejor no vamos a ver la habitación que nos asignó Emily?— dijo su tía mirándola intencionadamente, por lo visto tratando de salvar la situación de ya por sí insalvable.

Así que Lucy asintió y dejó que una criada la guiara, junto a su tía, a la estancia que sería su habitación por toda aquella semana, mientras dejaba a una temerosa Clitia en espera de su reprimenda.

«Está tal como la recordaba» pensó Andrew mientras andaba el camino de regreso hacia Mantell Hall a paso lento, disfrutando de la agradable tarde.

Había salido a caminar un momento para recordar los buenos momentos y averiguar si su primo habría hecho grandes cambios en todo ese tiempo, pero repentinamente se acordó de la pequeña cabaña en la que vivía el antiguo y ya

fallecido jardinero, así que decidió ir a echarle un vistazo, pensando que probablemente estaría toda derruida.

Pero para su sorpresa la encontró en perfecto estado.

Tal vez a George también le traía buenos recuerdos y había decidido conservarla.

Se encogió de hombros pensativo, pero un fuerte golpe en el pecho que le quitó el aire lo sacó de su ensueño.

—¡Ooooooh! ¡Disculpe señor! Iba algo distraída y no me fije y... ¿Torrington?

—Lucy— dijo Andrew cálidamente, sonriendo de lado.

Tenía que ser Lucy, pensó negando con la cabeza.

—¿Qué hace aquí?— preguntó ella con brusquedad.

Ni siquiera un «*buenas tardes Torrington, como le va Torrington*». No, ella solo lo miraba con un ceño como si Andrew hubiera cometido un horrendo crimen que mereciera el encierro en mazmorras oscuras y lúgubres.

—Buenas tardes, Lucy ¿Cómo se encuentra?— dijo Andrew intencionadamente.

Ella al menos tuvo la decencia de sonrojarse y parecer avergonzada.

—Oh, muy bien...— dijo aclarándose la garganta —hasta hace apenas un momento— añadió con aire inocente.

—Entonces supongo que ahora se encuentra excelente— dijo Andrew alzando ambas cejas, dándole a entender que no iba a dar el gusto de hacerlo enfadar.

—¿Qué hace aquí?— preguntó Lucy nuevamente, pero esta vez con más moderación.

—Salí a dar un paseo— Andrew le hizo un gesto para que continuaran caminando —¿Y usted?

—Quería conocer los jardines de lady Darenthon— dijo Lucy poniendo sus manos tras la espalda.

Andrew observó su delicado perfil.

—¿Entonces por qué estaba tan alejada de la casa?

Ella se sonrojó nuevamente.

—¡Oh!... Eh... por nada— balbuceó.

—Vamos Lucy— la picó Andrew con voz risueña, dándole un ligero codazo —, me tiene en ascuas— y en cierto modo era verdad, lo tenía lleno de curiosidad.

—Si se lo cuento se burlará— resopló ella delicadamente.

—Prometo no emitir ni la más ligera sonrisa— Andrew alzó las manos y le enseñó las palmas para indicar que no mentía.

Lucy entrecerró los ojos.

—¿Palabra de Torrington?— preguntó con marcada desconfiada.

—Palabra de Torrington— dijo Andrew con aire solemne.

—Está bien, además no es la gran cosa— suspiró ella con resignación, alzando los ojos al cielo —. Como le dije salí a recorrer el jardín...

Andrew asintió para que continuara.

—...pero luego vi a un conejo, quise atraparlo, corrí tras él, me perdí y fin de la historia— dijo rápidamente.

Andrew parpadeó tratando de descifrar lo que había dicho, y cuando lo hizo sintió que una sonrisa divertida se extendía por sus labios.

—¿Quiere decir que cuando chocó conmigo estaba perdida?— preguntó tratando de sofocar la risa.

—¡Prometió que no se reiría!— lo acusó Lucy, mirándolo con sus ojos llenos de reproche y las mejillas teñidas de un favorecedor arrebol rosa.

—No me estoy riendo— dijo Andrew con una esquina de sus labios levantadas inconscientemente.

—No sea mentiroso— los ojos de Lucy se redujeron a dos pequeñas rendijas y se detuvo frente a él, apuntándolo con un dedo acusatorio.

—No estoy mintiendo— se defendió Andrew, pero su voz llena de risa contenida lo desmentía.

Y no era que le diera risa el suceso en sí, sino que la forma en que lo miraba Lucy, su rostro una mueca entre enojo y diversión, la cual iba alternando por segundos.

Se veía condenadamente graciosa y Andrew no soportó más y calló influjo de una hilarante risa, que lo hizo partirse el estómago.

—¿Ya terminó?— preguntó Lucy cruzada de brazos y con las cejas arqueadas una vez que Andrew se hubo calmado un poco.

—Déjeme verificar— dijo Andrew con los últimos espasmos de risa, mirándola detalladamente, y pensando que aquella mujer tendría que tener algún tipo de pacto diabólico para verse cada día más hermosa.

Lucy levantó aún más las cejas y su boca comenzó a formar una sonrisa divertida, y Andrew terminó soltando otra carcajada.

—En realidad, no comprendo qué le causa tanta gracia— dijo ella mirándolo con una mueca de extrañeza.

—Déjeme decirle, Lucy— Andrew sonrió, mostrando una hilera de perfectos dientes, quitándole el aliento— que usted es una mujer muy divertida.

—Me han llamado de variadas maneras ¿sabe?— dijo Lucy pensativa, con un dedo sobre su mejilla— pero jamás divertida.

—Entonces todos son unos idiotas por no ver tan maravillosa virtud— dijo el vizconde mirándola aún con su magnífica sonrisa.

Lucy no dijo nada en respuesta, así continuaron caminando en un agradable silencio.

No se había dado cuenta de lejos que había llegado por perseguir a ese bonito y malvado conejo, pero por todo el tiempo que llevaban caminando era de notar que había avanzado mucho. Si no hubiese chocado que el vizconde quizá habría estado perdida por horas dando vueltas sin sentido.

Por primera vez desde que conoció al vizconde podía llamar oportuno el haberse encontrado con él.

—Quería disculparme por lo de la otra noche— dijo el vizconde interrumpiendo aquel cómodo silencio.

Lucy se tensó y no dijo nada por unos cuantos segundos.

—¿Por el beso?— preguntó al fin, sin hacerse la desentendida ¿de qué rayos le serviría de todas maneras?

—En realidad no— dijo el vizconde lentamente —, sino por haberla asustado.

Lucy se giró para mirarlo.

—¿Y no por el beso?— preguntó vacilante, mirándolo por debajo de las pestañas, mordiéndose los labios.

—No— el vizconde se paró en seco —. Tal vez debería, pero no me arrepiento— dijo mirándola con una intensidad abrumadora —. Jamás me arrepentiría por haberla besado.

—¡Oh!— fue lo único que pudo decir Lucy mientras sus mejillas se tornaban rosa sin poder evitarlo.

Sabía que era incorrecto, pero en cierto modo se sentía alagada y también sentía una leve ¡qué leve! Sentía una gran satisfacción al saber que él no se arrepentía, de lo contrario se habría sentido ofendida.

No era que fuera vanidosa (bueno, puede que sí lo fuera, le susurró una pequeña voz) pero que un hombre le dijera que se arrepentía de haberla besado le habría hecho pensar que era muy mala en eso para haberse arrepentido.

—Entonces ¿me disculpa?— dijo el vizconde con mirada suplicante, viéndose como un niño pidiendo un dulce.

Lucy exhaló un suspiro con resignación.

—Está bien— dijo moviendo la cabeza. No podía negarse cuando la miraba así.

¿Quién habría pensado que un libertino usaría ese tipo de tácticas tan bajas para salirse con la suya?

—¿Quiere decir que somos amigos?— preguntó el vizconde con aquella sonrisa tan encantadora que le quitaba el aliento y le aceleraba el pulso.

—Amigos— asintió Lucy, sin poder evitar el devolverle la sonrisa.

—Muy bien— suspiró el vizconde satisfecho —. Entonces, con todo ya resuelto, es mejor que volvamos con los demás— declaró, dedicándole otra sonrisa para luego continuar el camino de vuelta hacia la casa.

Lucy asintió y caminó junto a él en completa armonía, deseando el poder sentirse tan satisfecha como el vizconde, y que sus sentimientos estuvieran tan resueltos como los asuntos de él.

Pero no era así. Con cada minuto que pasaba al lado del vizconde, Lucy estaba más y más convencida de que lo que sentía por aquel hombre fastidioso, bribón y pícaro de lord Torrington era amor.

Y le dolía, porque sabía que él no sentía lo mismo por ella. Pero... ¿y si ella intentaba enamorallo?

Abrió los ojos con sorpresa. Nunca había intentado nada parecido, pero también nunca le había gustado alguien tanto como el vizconde, y mucho menos se había enamorado; mas si se daba a la tarea, quizás, solo quizás, el vizconde llegara a enamorarse de ella.

Lo miró de soslayo y él le sonrió de lado.

Hay sonrisas que hieren como puñaladas, había leído por algún lado, y ciertamente Lucy le daba la razón al autor al ver la sonrisa despreocupada e inconsciente del vizconde.

Pero no siempre será así, se dijo Lucy con una mueca de determinación, porque ella estaba decidida a enamorar al vizconde y que las siguientes sonrisas que le dedicara no fueran aquellas que le dedicaba a cualquiera.

No, cuando a ella le sonriera serían únicas y especiales y Lucy estaba resuelta a conseguirlo a toda costa.

El vizconde sí o sí llegaría a amarla.

Con ese pensamiento en mente continuó caminado, tratando de encontrar las maneras de hacer que él se enamorara de ella y cómo poder proceder en el futuro.

Capítulo 11

*No preguntemos si estamos plenamente de acuerdo, sino tan sólo si
marchamos por el mismo camino.*

GOETHE

Lucy abrió con lentitud la puerta de la que era su habitación temporal y miró furtivamente hacia ambos lados.

Bien, no había ningún pájaro a la vista.

Había tratado de evitar a casi todos los invitados —claro, a excepción de sus pocas amigas y familiares— que la asediaban sólo con el propósito de granjearse el favor del duque.

Frunció el ceño molesta, y soltó un resoplido lleno de exasperación. Como si ella tuviera mucha influencia en el altanero de su hermano.

Caminó con rapidez por el amplio pasillo cuidando de que nadie la viera salir, y bajó las escaleras lo más silenciosa posible, tratando de que sus pies tocaran con la máxima suavidad cada escalón. «*Parece que estoy volando*», pensó cuando por fin se encontró en el otro piso y pudo respirar con algo de tranquilidad.

Pero aún quedaba una parte sumamente difícil: atravesar el salón verde en donde estaban algunas damas y unos cuantos caballeros escuchando leer a Charlotte Freeman desde hace más de media hora.

¿Cómo rayos podían escucharla tanto tiempo? Teniendo, como Lucy sabía, una voz tan chillona y molesta como la de un cerdo siendo torturado.

Se estremeció. Tal vez era cierto eso que decían de que la belleza eclipsa otros defectos; pero gran Dios, esa voz no la eclipsaría ni un trueno.

Tomó una gran bocanada de aire para prepararse y puso una mano sobre el pomo de la puerta, abriéndola lo más delicadamente para que su entrada pasara desapercibida.

—Lucy— susurró alguien a sus espaldas haciendo que diera un salto.

—¡Ay, madre de Dios! ¡No sea estúpido!— siseo Lucy cuando se dio cuenta de que era el vizconde —Por poco me provoca una apoplejía— añadió, poniéndose una mano en el corazón, que le latía apresuradamente.

El vizconde rio quedamente junto a su oreja, provocándole un ligero estremecimiento. Lucy tuvo que esforzarse para no tratar de alejarse. O acercarse más.

—Es demasiado joven para que le den esa clase de ataques— sonrió con picardía y se apartó para dejarla retroceder —, y además ¿qué hacía entrando con tanto sigilo?— preguntó levantando las cejas en un arco perfecto.

—No quería que me vieran— suspiró y se apoyó en la pared, tratando de que él no se diera cuenta de lo mucho que le afectaba su presencia y cercanía —; pero gracias a usted hasta el estúpido bocazas de lord Francis se habrá dado cuenta de mi presencia.

—Lady Lucinde, su vocabulario me asombra— dijo el vizconde fingiendo estar escandalizado.

—No me diga que usted ha visto algo de intelecto en ese hombre— Lucy lo miró arqueando una ceja con incredulidad —, porque por mi parte solo le he escuchado decir sandeces. Tiene tanto cerebro como una piedra.

—No ofenda a las piedras— repuso el vizconde riendo encantado, y Lucy decidió en ese momento que le gustaba su risa —. Como le dije anteriormente— continuó, mirándola con aquella sonrisa que parecía ser permanente en él, y un persistente brillo de humor en sus ojos grises— usted es una mujer muy divertida.

Lucy quiso decirle que él era el divertido, pero se lo pensó mejor, y decidió que halagar a alguien como él no sería muy buena idea.

Así que luego de aquel comentario ambos guardaron silencio, escuchado solamente la voz de Charlotte proveniente del salón verde.

Con paredes y puertas de por medio Lucy decidió que no era tan molesta.

—¿Por qué no me acompaña a dar una vuelta al jardín?— preguntó el vizconde extendiéndole el brazo, sonriéndole afablemente.

Lucy se mordió el labio inferior y lo miró por debajo de las pestañas. Ciertamente quería salir de ese lugar, pero no creía que haciéndolo con el vizconde fuera lo más conveniente; además, su tía la estaba esperando en la otra sala donde las matronas se encontraban tejiendo, y sus amigas no estaban porque habían decidido ir al pueblo en compañía de otras damas y caballeros para comprar algunas cintas y encajes.

Mentirosas. Era solo una excusa barata para pasar un tiempo a solas con los caballeros, sin la intervención de sus molestas carabinas.

Pero era culpa de ella misma el encontrarse en esa situación por haber rechazado el acompañarlas excusándose tras un falso dolor de cabeza.

—¿Qué dice?— inquirió el vizconde.

Lucy aún titubeaba. Era cierto que ese sería una excelente oportunidad para iniciar su plan de conquista, pero aún no se sentía preparada. Por otro lado, no quería estar con un grupo de ancianas que hablarían solamente de sus dolores de lumbago y contarían las verrugas que le salían Dios sabe dónde.

—Vamos, Lucy— insistió él dándole un pequeño codazo y mirándola con complicidad —; yo sé que no quiere entrar ahí— apuntó con un movimiento del mentón la puerta del salón verde.

Lucy fue incapaz de negarse al ver tales opciones, así que aceptó tomando el brazo del vizconde con suavidad.

—No me importaría que me apretara más el brazo— dijo lord Torrington

con ligereza —, después de todo, no soy de porcelana.

Él era más bien hierro, pensó Lucy apretando los labios sin saber por qué estaba tratando de reprimir aquella sonrisa que pugnaba por salir.

—Ya que usted es tan astuto milord— dijo Lucy en son de burla —¿por dónde se supone que vamos a salir de aquí?— lo retó mirándolo con las cejas arqueadas.

—Pues como verá— el vizconde la miró con una gran cantidad de arrogancia —, sé de una salida secreta que sólo conocemos tres personas; y ahora con usted— dijo mientras la guiaba por el pasillo —serán cuatro; así que debe de agradecer el privilegio que le concedo.

—¡Oh, milord!— exclamó Lucy con exageración— no encuentro palabras para expresar lo honrada que me siento.

—Así me gusta— dijo el vizconde pasando por alto su sarcasmo —. Vamos, siga agradeciendo.

Lucy siguió al vizconde aún tomada de su brazo, mientras tanto él la arrastraba de un pasillo a otro hasta que llegaron a una pequeña habitación que más bien podría describirse como una despensa. Tal vez llena de ratas.

—¿Es por aquí?— preguntó Lucy con desconfianza.

El vizconde asintió lentamente.

—Al fondo de esta habitación hay una puerta que conecta con un túnel que llega al lado menos concurrido del jardín, donde hay una rosaleda— le explicó mientras se introducían en aquella despensa, cuidando de que nadie los viera entrar.

—¿Y nadie viene por aquí?—preguntó Lucy con algo de miedo, apretando inconscientemente un poco más el brazo del vizconde. El túnel estaba completamente oscuro y a ella no le agradaban demasiado los lugares así; además olía a humedad y otras cosas desagradables, era demasiado estrecho, y por donde apoyara sus manos parecía haber verdín. No sabía si tener que

pasar por ahí valiera la pena, pero tenía que reconocer que la compañía del vizconde hacía todo más llevadero.

—No— respondió el vizconde —, solo lo usábamos George, Rayne y yo cuando éramos niños; nadie más se atrevía a entrar por temor a los ruidos que se escuchaban, y creo que aún nadie lo ha hecho.

Por el aspecto de las cosas, Lucy le daba la razón.

—¿Qué clase de ruidos?— quiso saber, tragando saliva con nerviosismo. Ahora que lo pensaba mejor, no le resulta tan malo el quedarse tejiendo con las matronas.

—No se asuste, Lucy— indicó el vizconde tomando su mano con suavidad y dándole un leve apretón —; o me hará creer que es una miedosa— agregó con una sonrisa que más bien sintió que vio, ya que con esa oscuridad se hacía casi imposible distinguir algo.

—No estoy asustada— mintió Lucy levantando el mentón, a pesar de que sabía que el vizconde no la vería.

—Entonces no le asustará que le diga que aquí se encuentra encerrado el espíritu de un antiguo conde que se volvió loco— susurró lord Torrington con voz siniestra.

—No me diga que ha estado leyendo *Los infortunios de lady Alzura y lord Apollon: viaje por Francia*— dijo con una mezcla de sarcasmo e incredulidad por igual partes.

Lucy sintió cómo el vizconde daba un traspié y se atragantaba con aire.

—Sólo las primera cinco páginas— carraspeo el hombre.

—No sea mentiroso— bufó Lucy justo cuando lord Torrington se detenía frente a una pared, que supuso sería la bendita puerta que daba al jardín— eso pasa en el capítulo tres.

—Tengo que reconocer que es un libro muy atrapante— dijo el vizconde soltando su brazo para luego empujar la puerta. Estaba algo atascada, por lo

que tuvo que darle otro empujón aún más fuerte, logrando por fin abrirla y salir de aquel desagradable túnel. Casi se cae el vizconde en el proceso, pero salieron.

—La próxima vez que me diga que conoce una salida secreta— dijo Lucy con un escalofrío saliendo del pasadizo y dándole el sol de lleno en el rostro —créame que preferiré escuchar leer a Charlotte.

—Si prefiere eso— repuso el vizconde mirando hacia los alrededores —, créame que dudaré de su buen juicio.

Lucy también fijó la vista hacia las proximidades, y sus ojos se deleitaron con la imagen de una hermosa rosaeda que bordeaba un pequeño sendero, lo que le sacó una sonrisa placentera.

Había rosas de todos colores, pero las que más llamaban la atención de Lucy eran las amarillas. Si había una flor que en verdad le gustaba eran las de ese color; le parecían sencillas, y vivas, ya que el amarillo le resultaba un color de lo más animado. No le importaba que Madame de La Tour dijera que significaba infidelidad.

Andrew miró hacia los alrededores tratando de recordar dónde estaba ese rinconcito en donde había enterrado aquella pequeña caja de ébano con una figurilla de la diosa Afrodita dentro, que le había regalado su tío Evans años atrás; y que no sabía muy bien las razones, pero quería enseñársela a Lucy.

Su tío había sido un hombre muy erudito y un apasionado por la mitología griega, por esa razón coleccionaba objetos relacionados con la antigua Grecia.

Un día, había logrado dar con una figura de la diosa Afrodita, pero cuando se dio cuenta de que era una copia y no la verdadera, se la regaló a él. En realidad la lanzó lejos en su furia, pero luego Andrew la recogió y su tío le dijo que podía quedarse con ella.

Andrew la aceptó feliz, ya que recibir uno de aquellos objetos tan preciados por su tío (aunque realmente no lo era) para él significaba mucho. Pero tuvo que esconderlo, porque si por alguna razón George se llegaba a enterar de que lord Darenthon le había dado la figura a él, de seguro se la

pediría y la terminaría rompiendo.

De eso ya eran bastantes años; solo esperaba que la caja estuviera en buenas condiciones.

Recorrió nuevamente el lugar con la mirada, hasta que sus ojos por fin dieron con lo que buscaba: un templete oculto rodeado de follaje que hacía casi imposible poder distinguirlo de entre tanta espesura.

Miró a Lucy para decirle que lo siguiera, pero en cuanto sus ojos se posaron en su rostro Andrew quedó hipnotizado.

Lucy estaba tan hermosa que no existían palabras para poder describirlo. Diablos, debería ser pecado que una mujer fuera tan hermosa.

El sol le daba en su rostro haciendo que sus mejillas adquirieran un delicado arrebol; sus labios estaban curvados en una casi imperceptible sonrisa, y sus ojos reflejaban el más puro placer. No del carnal al cual él estaba acostumbrado. No; era un placer inocente, nacido de la alegría que le provocaba la vista del lugar.

Andrew sintió un poco de envidia de aquellas flores que lograban arrancarle esa mirada. Pero sólo un poco.

—Las rosas amarillas son mis favoritas— dijo ella con una sonrisa avergonzada cuando se dio cuenta de que Andrew la había estado mirando.

—Ya me di cuenta— masculló Andrew sin poder ocultar el fastidio que se reflejaba en su voz. Maldita sea, parecía un niño enojándose por estupideces.

Lucy ladeo la cabeza y lo miró perpleja, pero Andrew se hizo el tonto, como si no se hubiera dado cuenta.

—Vamos— dijo en cambio, tomando su pequeña mano y poniéndosela en el brazo— quiero mostrarle algo.

—No tiene por qué arrastrarme— dijo Lucy con los dientes apretados. Bien, había cumplido con su objetivo: hacerla rabiar.

Sabía que era poco caballeroso, pero diablos, si él estaba enojado no era justo que ella estuviera feliz. Era completamente injusto y él lo único que hacía era equiparar sus estados de ánimos. Nada más.

—¿Qué quiere mostrarme?— preguntó Lucy mirando con algo de aprensión el templete con forma de L cuando hubieron llegado junto a él.

—¿Ve esa roca con forma de mirlo?— le dijo Andrew señalando una roca de más de diez pulgadas de amplitud que estaba apoyada en una esquina de la base del templete.

Ella ladeo la cabeza y entrecerró los ojos ligeramente con expresión pensativa.

—Más bien parece una rana— dijo finalmente.

—Por supuesto que no es una rana— Andrew miró la roca y arrugó la frente —, ahí se ve claramente a un mirlo que está tumbado; ahí está el pico— señaló un minúsculo relieve— y esas son las alas— dijo asintiendo satisfecho.

—No— ella negó con la cabeza, haciendo que algunos mechones se desprendieran de su peinado— es una rana. Eso que dijo que era el pico es la hendidura que tiene entre los ojos, y eso— dijo señalando las alas — son las ancas.

Andrew frunció el ceño. Llevaba toda la maldita vida creyendo que esa roca parecía un mirlo, y ahora llegaba ella y arruinaba todas sus creencias de la infancia.

—Es un mirlo— dijo de todos modos con obstinación. Después de todo, él seguía viéndolo.

—No lo es— respondió Lucy apretando los labios, claramente tratando de no reír, sus ojos bailando de risa reprimida.

—Sí lo es— insistió Andrew. Sabía que se estaba comportando como un niño, pero vaya, era condenadamente divertido.

—Está bien, está bien— dijo Lucy alzando la cabeza hacia el cielo y

poniendo los ojos en blanco — dejémoslo en algo que combine los dos, como un raro, o mirna, o como prefiera, pero muéstreme luego lo que me iba a enseñar.

Andrew sonrió y se arrodilló junto a la controvertida roca, para luego moverla y exponer una abertura un poco más pequeña que la susodicha roca.

—Tenga cuidado— dijo Lucy mirándolo con una ligera mueca de preocupación desde su lugar frente al templete, mientras daba pequeños golpes con el pie derecho sobre el suelo — puede haber arañas.

Era gracioso que ella se preocupara por eso, pensó Andrew mientras introducía las manos en el agujero, tocando con ellas una lisa textura, para luego sacar una pequeña caja de ébano con una "C" labrada en la cubierta.

—¿Qué es eso?— preguntó Lucy acercándose y mirando la caja con ojos curiosos.

Andrew sacó un pañuelo de su chaqueta y comenzó a limpiar con fervor el objeto.

—Es una caja— respondió indicando lo obvio. Sí que le gustaba molestarla, le producía un placer perverso que solo con ella podía experimentar.

—No sea mal educado— Lucy frunció los labios, y le dedicó una mirada desaprobatoria —, sabe a lo que me refiero.

—No sea impaciente— dijo Andrew guiándola hacia el interior del templete —; recuerde que la impaciencia mató al gato.

—Fue la curiosidad— bufó la joven de forma desdeñosa, mientras observaba el reducido interior y luego sacudía el polvo de una banca para sentarse en ella.

—Pues también debería ser la impaciencia— declaró Andrew con vehemencia, tomando asiento junto a la joven.

Lucy lo miró con exasperación y Andrew reprimió una sonrisilla.

Oh Dios, esa mujer era endiabladamente divertida ¿Por qué no la había conocido antes?

—Esta estatuilla— dijo mientras la sacaba de la caja con sumo cuidado —representa a Afrodita, la diosa del amor y la fertilidad.

La figura representaba a una mujer que poseía una postura llena de sensualidad; cubierta con una sábana desde la cintura hacia abajo.

—Es muy bonita— musitó la joven mirándola con admiración. Andrew sin saber por qué sintió como un agradable calor le recorrió el cuerpo.

—Según lo que me contó el tío Evans...

—¿El padre de Clitia?

—Sí— asintió Andrew con un ligero movimiento de cabeza —, él fue quien me la regaló. En un principio creyó que era una figurilla de terracota— explicó Andrew mientras Lucy lo miraba con sus ojos azules brillando de expectación —, pero la imagen estaba demasiado bien tallada así que pensó que tal vez podría ser de algún escultor famoso como Praxíteles— hizo una breve pausa y luego continuó—; sin embargo, al final descubrió que solo era falsa así que me la regaló— terminó de narrar Andrew soltando un suspiro.

—Oh— dijo Lucy pestañeando con desconcierto y algo parecido a la decepción —, es una historia bastante... peculiar.

—Sí— asintió Andrew sonriendo con descaro, mientras guardaba con cuidado la figura en la caja —; y eso que es solo una de tantas.

—Ni me imagino cómo serán las demás— dijo Lucy con mirada guasona.

Andrew amplió aún más su sonrisa y luego ambos se sumieron en un agradable silencio sólo interrumpido por el movimiento del follaje a causa del viento.

—¿Y cómo fue que logró desentenderse del paseo hacia el pueblo, milord? — preguntó Lucy con curiosidad, pasado unos minutos. Llevaba bastante rato

masticando esa pregunta.

—En realidad fue muy fácil— dijo el vizconde con simplicidad, encogiéndose de hombros —. Las parejas estaban impares y un caballero salía sobrando; así que como soy un hombre tan bondadoso...

Lucy se abstuvo de soltar un resoplido desdeñoso. Bondadoso como Cromwell querría decir.

—...le di mi lugar a lord Daryl para que acompañara a la señorita Richardson— terminó de decir el vizconde —¿y usted?— preguntó mirándola con las cejas alzadas —¿Cómo lo evadió?

—Dije que me sentía indispuesta— dijo Lucy uniendo sus manos con recato por sobre su vestido.

Y en cierto modo estaba diciendo la verdad ¿O acaso quién, en su sano juicio, no se sentiría indispueto al saber que lo más probable era que pasarías toda una tarde en compañía del parlanchín y poco inteligente lord Daryl? El solo pensarlo la ponía enferma.

—Pues yo no la veo para nada indispueto— repuso lord Torrington con mirada socarrona —¿no me diga que mintió?

—Una dama nunca miente— dijo Lucy alzando el mentón con fingido desdén —ya se lo dije anteriormente— añadió con aire admonitorio, meneando la cabeza —¿Acaso no recuerda?

Pero luego cayó en la cuenta de lo que había dicho. Fue unos minutos antes de ese devastador beso cuando le dijo que ella no mentía.

Volteó la cabeza para mirar al vizconde, y lo que vio en sus ojos casi la hizo dar un salto.

Ya no tenían aquel brillo socarrón, sino que se habían oscurecido por completo, adquiriendo una mirada abrazadora que le aceleraba el pulso sin poder evitarlo.

—Claro que me acuerdo— dijo el vizconde en un susurro ronco —. Me

acuerdo perfectamente— añadió con lentitud.

Lucy deseó ser el tipo de mujer con el aplomo suficiente para alivianar el ambiente con una frase ligera.

También deseo tener uno de esos abanicos de su tía, ya que de pronto sintió un inmenso calor azotarle todo el rostro.

—¿Y hasta qué página del libro de Lady Alzura ha leído?— preguntó Lucy rápidamente y con la voz un tanto chillona, tratando de salir de aquella situación. Sabía que era una pregunta que no venía al caso, incluso que era estúpida, pero era lo primero que se le había ocurrido.

—¿Qué le sucede, Lucy?— dijo el vizconde sin caer en su astucia; mientras enarcaba una ceja y una comisura de sus labios, la izquierda, se curvaba hacia arriba con malicia —¿está nerviosa?

—Claro que no— dijo Lucy pasándose la lengua por los labios inconscientemente.

—¿Sabe que se ve más hermosa de lo que es cuando se pone nerviosa?— susurró Andrew mirándola con intensidad.

Lucy en cambio se puso rígida y le lanzó una mirada cargada de frialdad.

Andrew frunció el ceño y la miró con detenimiento ¿Por qué cada vez que le decía lo hermosa que era ella se enojaba? Esta ya era la tercera vez y sinceramente se estaba volviendo engorroso.

—No diga estupideces— reprochó ella en tono molesto y poniéndose de pie con algo de brusquedad, un feo ceño arruinando sus lisas cejas —. Y si ya terminó, lo mejor será que volvamos adentro.

Andrew también se puso de pie.

—No he acabado— dijo, tomando una de las muñecas de Lucy, mientras que en la otra aun sostenía la caja con la figurilla en las manos —. Y tampoco digo estupideces.

La joven apretó los labios y bajó los ojos hacia la muñeca que él sostenía, lanzándole una mirada de disgusto.

—Pues acaba de decir una— repuso, pero sin hacer ningún intento por desprenderse de él

—Usted es hermosa— dijo Andrew, soltándola y acercándose un paso para alcanzar a levantarle el mentón con suavidad con el dedo índice, para que ella lo mirara —; es condenadamente hermosa— repitió para que Lucy entendiera que hablaba completamente en serio — y no lo digo sólo por su aspecto físico— dijo con suavidad, mirando intensamente sus preciosos ojos azules como dos topacios —, sino también por su interior— hizo una pausa y continuó—. Es inteligente, con un ingenio agudo, amable con todos a pesar de que no siempre se lo merezcan, a pesar de que su posición no la obliga. Todo lo contrario, si quisiera podría despreciar a todo el mundo y nadie podría acusarla. Pero usted no lo hace porque posee un corazón bondadoso. Su belleza trasciende mucho más allá del plano físico... Y estoy cansado de que cada vez que le digo lo hermosa que es... déjeme terminar— dijo cuándo Lucy abrió la boca para hablar —...me miré con enojo y se ponga arisca.

—Yo no soy arisca— se quejó Lucy en un murmullo.

—No lo es; pero en esos momentos, como el reciente, actúa tan arisca como un gato mojado— le dijo sonriendo y en tono risueño.

Lucy le sonrió tímidamente y la vista de Andrew se clavó en sus labios. En aquellos labios rosados, pequeños, delicados, y muy... *besables*; y él, Dios lo perdonara, quería besarla. Quería besarla como aquella noche en el jardín de lady Devon.

Levantó la mirada y vio que ella también se lo había quedado mirando, y cuando sus ojos se cruzaron Andrew detectó en ellos el mismo deseo que fluía por sus venas.

Sabía que Lucy no era consciente de lo que sus ojos reflejaban, ni tampoco de lo que el simple tacto de su piel en sus dedos causaba en él; pero a pesar de saber que era una completa ignorante en lo concerniente a la pasión, Andrew no soportó más y tuvo que volver a probar sus labios.

Ni la misma llegada de los Jinetes del Apocalipsis habría podido detenerlo.

Ella lo aceptó con un pequeño gemido ronco su asalto y posó una mano con delicadeza en su torso, provocando una euforia desconocida en Andrew hasta ahora.

Su sabor era el mismo que recordaba y que lo atormentaba cada noche a la hora de dormir. Era ese sabor a bizcocho; dulce, delicioso y adictivo.

Diablos, quería tocarla, acariciarla por todos lados, pero la maldita caja se lo impedía ¿Por qué no la había dejado en la banca cuando se puso de pie? Y no podía llegar y tirarla al suelo como si nada, tenía demasiado valor sentimental para él, a pesar de haberla dejado abandonada por años; pero tampoco quería interrumpir el beso, porque sabía que si lo hacía no podría volver a besarla, su conciencia no se lo permitiría.

Así que siguió sumergido en aquella danza ancestral de labios y lenguas, estando en contacto con ella sólo a través de la mano que sujetaba su mentón, hasta que sintió que Lucy lo apartaba con brusquedad.

Y de vuelta a la realidad.

—Usted es un completo libertino y aprovechado— dijo la joven con la respiración agitada. No fue una acusación, más bien fue una afirmación.

—Y usted tan tentadora como la manzana del Edén— dijo Andrew con voz sosegada. Y de verdad que era una tentación; con sus labios hinchados por sus besos; sus mejillas sonrojadas y su mirada febril; si con tan solo verla ardía con deseos de volverla a besar.

—Tengo que volver— dijo ella ahora más calmada. Andrew asintió —; tía Maggy debe estar esperándome.

Andrew no dijo nada, y la joven, dedicándole una última mirada, se dirigió a la salida del pequeño templo.

—Ahora estamos a mano— dijo deteniéndose en la grada —. Prenda por

prenda— añadió para luego irse y dejarlo sólo en aquel lugar.

Sólo en ese momento Andrew cayó en la cuenta de que ya no tenía la caja de ébano en las manos.

—Te la han jugado Andrew— se dijo así mismo negando con la cabeza con incredulidad, para luego lanzar una carcajada que reverberó en el templete.

Eso no se quedaría así, pensó esbozando una sonrisa en extremo maliciosa, lady Lucinde Aldridge de seguro se las pagaría.

Capítulo 12

El mayor espectáculo es un hombre esforzado luchando contra la adversidad; pero hay otro aún más grande: ver a otro hombre lanzarse en su ayuda.

OLIVER GOLDSMITH

Lucy aún sentía el corazón desbocado a pesar de que ya habían pasado sus buenos minutos desde que había llegado a su habitación y dejado al vizconde abandonado en ese viejo y polvoriento templete, pero no podía dejar de recordar lo que le había dicho a lord Torrington.

«*Prenda por prenda*» pensó sonriendo ligeramente, sentada sobre el borde de su cama temporal y acariciando suavemente la pequeña caja de ébano.

No había planeado en ningún momento quitarle la caja, pero cuando en medio de aquel devastador beso sintió cómo el objeto rozaba su vientre se le ocurrió la idea.

No había hecho nada malo ¿cierto? Después de todo, el vizconde también le había quitado algo, y ahora estaban a mano.

Suspiró y se tiró de espaldas sobre la cama, mirando hacia el techo con insistencia.

—¿Por qué tiene que gustarme tanto?— murmuró pesarosa, sin poder comprenderse ni ella misma.

—¿Quién te gusta tanto?— preguntó una regia voz desde la entrada.

Lucy escondió rápidamente la cajita bajo los volantes de su vestido, para luego girarse con lentitud —ya que estaba de espaldas a la puerta— y dar con la distinguida imagen de una lady Stamford que la miraba con una ceja arqueada, exudando curiosidad.

Lucy maldijo su mala suerte ¿Cómo no se dio cuenta en qué momento entró? Eso le pasaba por estar tan distraída pensando en el vizconde y sus besos.

—Hablaba de la tarta de melaza de la cena de ayer— inventó rápidamente desviando la mirada, mientras su tía cerraba con cuidado la puerta para luego sentarse con elegancia junto a ella en el borde de la cama.

—¿Y por qué sonabas tan afligida, querida?— insistió su tía diciéndole con la mirada que le creía poco. O tal vez nada.

—Porque me provocó dolor de estómago— mintió Lucy tocándose el abdomen para sonar algo más realista —y ahora no podré comer más— añadió suspirando con pesar.

En realidad sí sentía pesar, pero no por las razones que le dio a entender a su tía, sino más bien porque por culpa de su pequeña mentira no podría comer tarta de melaza por el resto de su estancia en Mantell Hall. Y eso que era la primera vez que le gustaba tanto una. Era una lástima.

La mirada azulina de su tía, ajena a sus pensamientos, pasó de la curiosidad a la preocupación y Lucy se sintió la peor sobrina del mundo por provocarle tales clases de sentimientos.

—Pero ahora me siento mejor— repuso rápidamente poniendo con recato sus manos sobre sus piernas; tratando de no sonar tan alegre, pero tampoco apenada, de lo contrario su tía sospecharía. Era una mujer muy perspicaz.

—¿Estas segura querida?— preguntó lady Stamford frunciendo las cejas con duda.

—Sí, tía— asintió Lucy con un ligero movimiento de cabeza, sonriendo—, no se preocupe. Ahora dígame— ahora fue el turno de Lucy tocándole de mirar

a lady Stamford con curiosidad— ¿a qué se debe su presencia?

—Como no te presentaste a hacerme compañía junto a las demás damas— dijo su tía en aquel tono de reproche que Lucy conocía a la perfección —, pensé que aún estarías con dolor de cabeza ¿De verdad te sientes bien?— volvió a insistir —, porque si no es así podemos irnos...

—¡No!— soltó Lucy con demasiado ímpetu, ganándose por parte de lady Stamford una mirada de sorpresa —es decir, me siento bien— enmendó azorada, agitando las manos —, y no creo que sea necesario llegar a ese extremo por un simple dolor de cabeza.

¿Cómo se iba a ir justo ahora que estaba llevando a cabo su plan? Un plan de lo más imprudente y descabellado que consistía en seducir al vizconde.

Sabía que al vizconde le gustaba y estaba más que segura de que él le gustaba a ella. Eso tenía que ser suficiente ¿cierto?

Pero el vacío extremadamente grande de su plan era que no tenía ni la menor idea de cómo seducirlo ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Besarlo? Ya lo había hecho en dos ocasiones ¿Tentarlo? Y de ser así ¿De qué forma? Él, además, ya le había dicho que era una tentación; entonces ¿Qué más podía hacer? Señor, a veces era tan idiota e ignorante que causaba pena.

—Pero no solo ha sido un dolor de cabeza— dijo su tía volviendo con el tema ¿Por qué no podía dejarlo estar y ya? —, también has estado indispuesta del estómago.

—Solo necesitaba un pequeño descanso— dijo Lucy con paciencia, tratando de no hacer una mueca —, pero ahora ya me encuentro mejor; además— añadió antes de que su tía pudiera interrumpirla —, si nos fuéramos lady Darenton se sentiría muy mal; y no queremos que pase eso ¿cierto?

Lady Stamford dudó un momento, pero Lucy, utilizando los mismos métodos de persuasión que venía utilizando desde hace años en su tía, logró que ésta por fin cesara en su idea de irse; pudiendo finalmente poder respirar con algo de alivio.

—Entonces, como dices que te encuentras bien— dijo su tía en tono sugestivo, levantándose con gracia del suave edredón —te estaré esperando dentro de dos horas para que bajemos juntas a cenar— añadió antes de salir y dejar la puerta cerrada.

Una vez sola, Lucy sacó al exterior la pequeña caja que tenía debajo de su vestido y que afortunadamente su tía no vio, o de lo contrario habrían surgido una sucesión de preguntas por su parte, preguntas que Lucy no estaba dispuesta a responder.

—Por poco y lo arruinas todo, Lucy— se dijo exhalando un largo suspiro, tirándose nuevamente de espalda sobre la cama y con la caja de ébano comprimida contra su pecho.

Pero por suerte, al final todo había salido bien, y ni su tía ni ella se irían de Mantell Hall hasta que la reunión diera término.

Volvió a suspirar, pero esta vez fue un suspiro soñador, salido desde lo más profundo de su ser al pensar que dentro de un par de horas volvería a ver al vizconde, y quien sabe, podría disfrutar de otro beso furtivo.

«Mal, mal, mal y mal. Todo estaba malditamente mal» pensó Andrew paseándose con irritación por su habitación, pasándose con fuerza las manos por el cabello.

¿En qué diablos estaba pensando al momento de besarla?

Ese era el problema, que no pensó.

No pensaba ni utilizaba la cabeza cuando estaba cerca de ella, sino que se dejaba llevar por aquel frenesí que Lucy le provocaba con su tan sola presencia.

¿Cómo aquella mujer tan menuda e ingenua podía calentarle tanto la sangre y desencadenar ese inmenso deseo en él sin siquiera proponérselo?

Y él, Andrew Clayton, que era incapaz de cumplir su promesa de alejarse de ella.

Lucy era como una flor, y él... él parecía ser la abeja que andaba tras su néctar. Era una comparación ridícula, pero era la más acertada que podía llegar a hacer por ahora.

Se detuvo frente a una de las paredes y metió las manos en los bolsillos, rozando con ellas la pulsera que le había arrebatado durante su primer beso, la cual, desde ese día, siempre llevaba con él.

La soltó de golpe como si fuera un hierro incandescente y apretó los puños con frustración.

No quería estar cerca de ella porque sabía que si la besaba de nuevo no sería capaz de parar; pero tampoco quería mantenerse malditamente lejos.

¿Qué hacer en semejante situación?

Por otro lado, estaba la cuestión de la prenda. Aún tenía que cobrarle su jugada a Lucy.

Se acercó al buró y vació en una copa un poco de whisky de la garrafa que había cogido de la biblioteca de su primo el día anterior.

—Contempla las contrariedades con resignación y serenidad— citó, dándole un sorbo a su bebida, tratando de recordar uno de los tantos libros que le hicieron leer cuando estaba en Cambridge —. O algo así— añadió frunciendo el ceño y encogiéndose de hombros, tomándose el resto de un solo trago.

Dejó el vaso sobre el escritorio y caminó hasta llegar al otro extremo en

donde había una ventana.

Se afirmó en el marco y se pasó las manos nuevamente por el cabello con energía. A ese paso iba a terminar calvo como Daryl.

La habitación era la misma que utilizaba cuando era un niño e iba de visita. Las ventanas, que eran dos de grandes proporciones, daban a las caballerizas, y Andrew recordaba que le encantaba porque le resultaba fácil escabullirse por las noches a través de ellas sin que nadie se diera cuenta.

Sonrió al evocar tales recuerdos, pero su sonrisa se desvaneció rápidamente al acordarse de los problemas presentes.

Maldición. Y aparte de todo lo relacionado con Lucy también estaba el tema de su madre. Su madre a quien no sabía qué diablos le sucedía.

¿Por qué se comportaba de aquella manera tan condenadamente extraña?

Santo cielo, lo ponía nervioso con esa nueva personalidad.

Aún no podía entender qué había sucedido con la perra fría y poco amable lady Torrington; porque claramente esa mujer con algo de cordialidad y que además sonreía —¡espantosamente sonreía!— más de una vez a la semana no era su madre.

O quizás era una tía desconocida que había intercambiado de identidad con lady Torrington.

Soltó un resoplido burlándose de sí mismo. Dios, leer a *lady Alzura* y *lord Apollon* estaban teniendo consecuencias, pero diablos, la trama lo había atrapado cuando estaba débil por el aburrimiento.

—Paciencia, paciencia— dijo inspirando lentamente y dándole un ligero tirón a los puños de su camisa, citando una frase que siempre decía tío Evans —, todo lo malo pasa, lo bueno queda.

Algo de verdad tendría que tener aquella frase, o de lo contrario su tío no la habría citado con tanta frecuencia cuando estuvo en vida; lo que también hacía que se preguntara para qué requería tanta paciencia.

Dejando eso de lado, desearía que estuviera vivo para pedirle consejo.

No. De seguro le diría que se casara con Lucy o algo parecido.

Caminó nuevamente hacia el escritorio y volvió a vaciar un poco de licor en su vaso.

Con gusto se casaría con la joven, pero ¿Y si la hacía infeliz? ¿Si no la cuidaba como ella se lo merecía?

Jamás podría perdonárselo, y de seguro no quería llegar a un punto en el que ella terminara por odiarlo como lo había hecho su madre con su padre.

Pero, por otro lado, se llevaban bien. Qué bien, más que bien; y Andrew estaba seguro de que ciertamente le tenía cariño, su compañía era refrescante, y además la deseaba. Mucho.

Ése debería ser un buen comienzo para un matrimonio ¿No?

Levantó el vaso para beberse un sorbo, pero lo detuvo en seco al estar a cinco centímetros de su boca.

¿Y si ella no quería casarse con él? Nunca se había detenido a pensar en si ella estaría dispuesta o no a aceptar un matrimonio con él.

¿Y si estaba enamorada de otro hombre?

Apretó el vaso inconscientemente.

¡Maldición! Ella no podía querer a otro hombre que no fuera él ¡No podía!

—Yo fui quien le dio su primer beso— dijo en voz alta tratando de autoconvencerse de que lo que decía era cierto —, eso quiere decir que me quiere... y me desea— añadió asintiendo con la cabeza, más animado.

Sí. Tenía que ser así, o de lo contrario no habría dejado que la besara. Lucy no era una de esas jovencitas de cascos ligeros que dejaría que cualquiera la besara.

Se bebió todo el whisky que vertió en el vaso de un solo trago, disfrutando del ardor que le provocaba al deslizarse por su garganta, haciendo que por unos escasos segundos se olvidara de todo a su alrededor.

Miró el ocaso a través de la ventana, pensando con algo de flojedad que dentro de unos minutos tendría que bajar para la cena, y representar su papel de buen hijo acompañando a lady Torrington como se suponía que debía hacer.

Se suponía, como también se suponía que ella debería de haber sido una buena madre y no una insensible, pensó con ironía. Sí que se suponen muchas cosas en el mundo.

Se estiró con algo de pereza y miró su atuendo.

No estaba mal, sólo tendría que arreglar un poco el nudo de su corbata que se había desecho al tironearlo un poco al entrar en su habitación, pero lo demás todo estaba en su lugar.

Suspiró y luego compuso aquella sonrisa encantadora con una dosis de descaro que acostumbraba a llevar, preparándose mentalmente para lo que venía.

—¿Y por qué...

—Suzanne— intervino Lucy en tono de advertencia.

—...invitaste a la peste de Chastity Sutherland a la reunión?— continuó Suzanne en un siseo, no sin antes lanzarle una mirada molesta por haberla interrumpido.

—Ya te he dicho que yo no la invité— protesto Clitia moviendo un pie con impaciencia —, fue madre; y además— continuó, frunciendo el ceño —había mandado recado excusándose de que no podría venir.

—Debería de haberse quedado en Londres— masculló Suzanne con cara de pocos amigos.

Lucy también estaba de acuerdo, pero se abstuvo de expresarlo por miedo a que la involucraran en una conversación de la cual no quería participar.

Chastity Sutherland era uno de los diamantes de la sociedad; sin embargo, sus padres no eran dueños de un título y, según los rumores que circulaban por la chusma, también se encontraban en una situación financiera que podría definirse como deplorable, siendo aquello el quid de que fuera presentada en sociedad el año anterior con apenas diecisiete años. Aunque ciertamente no había conseguido marido aún, su condición se veía atenuada al ser poseedora de una belleza etérea con aquel cabello rubio claro y ojos azules, que todavía se conservaba intacta.

Podría decirse que hasta se parecía a ella, pero Lucy era por mucho más baja y su temperamento al igual mucho más afable.

Si le pidieran a Lucy describirla en pocas palabras, claramente la acertadas serían cruel y odiosa como una pulga. No existían otros adjetivos que pudieran describir su personalidad y actitud tan maliciosa.

Disfrutaba humillando a los demás, y siempre acometía contra los menos favorecidos.

Con ella, gracias al cielo, nunca se había metido.

Una de las ventajas de ser la hermana del duque de Ruthford.

Pero a quien tenía entendido que había importunado era a la tímida de Jilly, a la cual había avergonzado delante de todos en una velada realizada por la condesa de Nortcliffe el año anterior.

Según lo que le había relatado Jane (quien siempre parecía saberlo todo

mientras se tratara de chismes), Jilly se encontraba comiendo un pastelillo cuando de un momento a otro llega a escasos metros de ella Chastity con lord Murphy, un reconocido dandy; y Chastity expresa en voz alta la frase «*Ahora sabemos a qué se debe su complexión, ¿qué opina milord?*» Dejando a Jilly en vergüenza delante de todos los invitados, la mayoría de los cuales se quedaron en silencio, mientras otros soltaban risitas crueles y miradas maliciosas.

Lucy no había sabido de aquella escena hasta hace unos pocos días atrás, cuando Jane lo comentó por casualidad.

Lanzó una mirada de reojo a Jilly quien se encontraba, al igual que todas ellas, en un rincón del salón, la cual observaba su alrededor con una mirada que bien podría describirse como la de un temeroso ratón.

—Muchachas— dijo Lucy mirando con reproche a Clitia y a Suzanne quienes seguían disputando —basta— añadió en tono firme, ganándose por parte de sus amigas idénticas miradas de sorpresa.

—¿Lucy? ¿Eres tú?— inquirió Suzanne con los ojos bien abiertos, poniéndose una mano en el pecho.

—Por supuesto que es Lucy— bufó Clitia meneando la cabeza —, nadie más que ella frunce de aquella manera los labios.

Lucy hizo una mueca; indudablemente Clitia tenía una manera muy particular de hacerle ver sus actos involuntarios.

—Ahí viene— dijo Jilly en un susurro casi inaudible, que nadie más, aparte de ella, fue capaz de oír.

Lucy la miró y advirtió que se había puesto totalmente pálida y sus ojos reflejaban el más profundo pánico.

Volteó la mirada hacia donde Jilly tenía sus ojos posados y supo a qué se debía su miedo.

A metros de ellas se encontraba Chastity Sutherland con uno de sus tantos

admiradores que formaban parte de su séquito, quien se dirigía a paso grácil y decidido hacia ellas.

—Viene a insultarme como siempre lo hace— susurró Jilly pasándose la lengua por los labios, nerviosa.

—¿Qué?— preguntó Suzanne con su acostumbrada insolencia, sin darse cuenta de cómo se encontraba Jilly.

—Tranquila— dijo Lucy a su más reciente amiga, sin prestar atención a Suzanne —no pasará nada.

Jilly la miró dándole a entender que no le creía para nada, pero que agradecía su intento por calmarla.

—Lady Lucinde— saludó Chastity con aquella voz tersa y fría, deteniéndose justo en frente de ella —, y señorita Jolianne— añadió mirándola con gesto despectivo.

—Chastity— dijo Lucy sin añadir ninguna formalidad, obteniendo de parte de Chastity una mirada colérica, pero que supo controlar con rapidez.

Lucy supuso que tal vez había recordado que con quien hablaba era la hermana de su excelencia el duque de Ruthford, un hombre con la influencia suficiente para hundir a su familia en un abrir y cerrar de ojos.

—Así que ha decidido cambiar de círculos— continuó Chastity dirigiéndose esta vez exclusivamente a Jilly — ¿Qué se siente, señorita Creig, el relacionarse con personas tan destacadas como lady Lucinde?

Lucy vio cómo Jilly apretaba los nudillos con impotencia ante tal insolencia, y cómo el acompañante de Chastity, quien parecía ser solo un muchacho de no más de dieciocho años, reía sin disimulo alguno.

Era cierto que su amiga era sobrina de los Richardson, pero siempre había sido vista por la sociedad como la pariente pobre y falta de distinción.

¿Por qué la sociedad tenía que ser tan frívola que sólo se fijaba en cosas insustanciales como en la situación de una joven que por lo general pasaba

desapercibida? Era por completo injusto y absurdo. La mayoría se comportaba peor que ratas de cloacas.

—¿Cómo les fue a sus padres en su viaje a Leicester?— interfirió Lucy con una sonrisa y con aquel tono gélido que había escuchado emplear a su hermano, antes de que Chastity siguiera con su cruel entretenimiento.

Chastity Sutherland apretó la mandíbula y la miró echando chispas por sus ojos azules.

Todos sabían que sus padres estaban pasando por una difícil situación económica y que habían tenido que recurrir a la ayuda del anciano conde de Derby, un pariente más bien lejano; pero para todos era un tema vetado, y que sólo se rumoreaba en contadas ocasiones. O espaldas de esa familia.

Al parecer, Lucy era la primera en tocar aquel tema tan delicado, pero gracias a su posición podía permitirse tales atrevimientos.

No es que fuera una persona que disfrutaba humillando a sus congéneres, es más, lo odiaba y la hacía sentir terriblemente mal hacer algo siquiera parecido, pero Chastity había cruzado la línea al inmiscuirse en temas que no eran de su atribución.

Jilly era su amiga y no iba a permitir que la siguieran insultando delante de ella mientras podía hacer algo al respecto.

—Muy bien, lady Lucinde— respondió Chastity con una inclinación de cabeza, recuperando su natural aplomo. Lucy no pudo menos que admirarla por recomponerse tan rápidamente.

—¿Sucede algo, hermanita?— susurró Robert a su izquierda, llegando de la nada.

—Acompaña a Jilly— le respondió Lucy también en un susurro para que nadie más la oyera.

—Su excelencia— dijo Chastity en tono moderado y una estudiada sonrisa no exenta de coquetería, mientras realizaba una elegante venia.

—Señorita Sutherland— dijo Robert con voz fría y con la más leve inclinación, para luego centrar toda su atención en Jilly —. Señorita Creig— dijo obsequiándola con su más encantadora sonrisa, esa que Lucy lo había visto utilizar en contadas ocasiones —¿Me haría el honor de acompañarme al comedor?— dijo ofreciéndole el brazo.

Jilly asintió en un murmullo, y Lucy vio cómo sus ojos rebozaban de agradecimiento y admiración, mientras tanto Chastity observaba dando patadas al piso y hecha una completa furia cómo se retiraban de su presencia sin siquiera prestarle atención.

De seguro Lucy jamás olvidaría su rostro todo desfigurado ante tal afrenta.

—Creo que tu hermano acaba de ganarse mis más sinceros respetos— comentó Clitia lentamente, situándose a su lado y siguiendo con mirada fascinada la retirada airosa de Jilly y Robert.

A Lucy no le sorprendía para nada la actuación de su hermano. Era cierto que normalmente se comportaba con frialdad, pero ella sabía que en el fondo era un buen hombre y que siempre ayudaría a quienes lo necesitaran.

Exhaló un suspiro y alzó levemente los ojos al cielo, pidiendo una poco sentida disculpa por haber disfrutado el humillar a Chastity.

Andrew apoyó el cuerpo sobre la pared y se cruzó de brazos, sonriendo sin poder ocultar su asombro y admiración.

Indudablemente Lucy le acababa de mostrar una faceta de la cual él no tenía la más mínima idea de que poseía. Una que le gustaba más de lo que

debería.

Pero en verdad que estaba asombrado.

Había observado todo aquel encuentro desde su conveniente posición detrás de las hojas de los helechos de su tía, los cuales lo ocultaban de las miradas indiscretas.

Lucy había actuado como una verdadera leona defendiendo a sus cachorros y Andrew no podía más que admirarla.

Sabía que a la joven no le gustaba interferir en problemas ajenos, y que aún menos le gustaba el agraviar a alguien, pero Andrew estaba de acuerdo en que ciertamente Chastity se lo merecía.

La mujer era la zorra más astuta, vil, despreciable y desagradable de lengua viperina que Inglaterra tuvo la desgracia de producir.

Andrew no podía negar que también era una de las mujeres más bellas de Londres, pero eso no desmerecía su poca valía como persona.

Miró en dirección hacia donde se encontraba Lucy y observó cómo el señor Herbert se le acercaba y le decía algunas palabras, a las cuales Lucy respondió con una cortés sonrisa.

A Andrew no le agradaba para nada aquel hombre. Más bien no le agradaba la actitud tan zalamera que tenía con Lucy.

Era evidente que el hombre estaba enamorado de ella ¿Acaso la muchacha era tan condenadamente inocente que no se daba cuenta de esa mirada de cachorro enfermo de amor?

Apretó la mandíbula al ver cómo se la llevaba con él en dirección al comedor.

Ese debería ser él.

Él debería ser quien le sacaba aquella radiante sonrisa que ahora exhibía, maldita sea.

Apretó las manos formando dos puños hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

Abrió los ojos con atónito.

¡Dios! ¿Aquello que sentía eran... eran *celos*?

Respiró hondo tratando de calmar su temperamento; hasta que por fin se tranquilizó lo suficiente para poder salir de detrás de aquellas plantas e ir a buscar a su madre para acompañarla a la cena como el buen hijo que se suponía que era.

No sabía por qué lo hacía; ella ciertamente no se lo merecía, pero aun así Andrew no podía hacerle tal desplante de dejarla sola.

Llámesse estupidez o lo que fuera; lo único que sabía es que si actuaba de otra manera sólo caería en las mismas faltas de ella, y él no era así, no era un ser insensible.

Con esos pensamientos y con su mente y su cuerpo un poco más calmados, Andrew se atrevió a salir de su lugar, y se dirigió al otro lado del salón en donde se encontraba lady Torrington con un grupo de señoras estiradas.

Era hora de comenzar con la pantomima del buen hijo.

Capítulo 13

Los celos son los hermanos del amor, como el diablo es hermano de los ángeles.

STANISLAS DE BOUFFLERS

La cena transcurría con total normalidad y a pesar de que Lucy estaba sentada junto al señor Herbert, debía de admitir que no lo estaba pasando tan mal como esperaba, y que su compañía era bastante divertida.

No extraordinariamente divertida, más bien la palabra correcta sería amena; pero lo esencial era que resultaba sumamente agradable su compañía en todo ese tiempo desde que comenzó la cena; y más aún después de aquel suceso tan desagradable acontecido con la reina arpía de Chastity Sutherland.

Lady Darenthon había organizado los puestos de manera bastante informal para de esa forma lograr conformar parejas, por lo que ha Lucy le había correspondido como compañero el señor Herbert.

En un principio creyó que podría ser una cena algo aburrida —el señor Herbert tendía a dar esa impresión— pero caballero se había estado comportando de una manera que sólo podría describirse de inusual, haciéndola reír con sus comentarios y observaciones sarcásticas.

Se tenía muy bien guardada esa faceta tan guasa detrás de ese acostumbrado gesto adusto.

Pero a pesar de que el caballero en cuestión fuera una agradable compañía, con sinceridad— y aunque sonara terriblemente mal educado de su

parte— Lucy preferiría estar sentada junto a otra persona.

Tal vez una de brumosos ojos grises y sonrisa llana, pensó Lucy soltando un pequeño suspiro y dejando vagar su mirada por los alrededores de la mesa, observando a los comensales.

Frente a ella estaba sentada Clitia junto a un anciano ¿era el señor Wilkinson o sir Lindsay? Se encogió de hombros con despreocupación sin poder decidirse de quien se trataba ya que ambos caballeros se parecían demasiado —con su calvicie, sus cuerpos enjutos y larguiruchos, y sus estrechos ojos negros— a pesar de que Lucy estaba más que segura de que ni siquiera pertenecían a la misma familia.

En la otra esquina de la mesa estaba Jilly sentada junto con el hace poco llegado lord Richmond, quienes parecían estar separados por una pared invisible, por lo ajenos que eran a su mutua presencia.

Y por otro lado estaba el vizconde quien estaba emparejado con Charlotte Freeman, y además le lanzaba dagas con la mirada a Lucy, como si ella hubiese sido la responsable de su suerte.

¿Acaso el vizconde pensaría que ella tenía algo que ver con la asignación de los puestos? Lucy negó levemente con la cabeza, divertida. De ser así, tendría que estar loco porque ella nada tenía que ver con las organizaciones de la madre de su amiga.

Pero en cierta forma también sentía cierta pequeña *minúscula* cantidad de simpatía por el vizconde; además ¿qué persona con algo de cordura querría perder su oído a una edad tan temprana? Porque con la voz tan horrorosamente poco armoniosa de Charlotte era de esperarse que de aquella reunión campestre saliera más de uno con sordera.

Sintió un escalofrío recorrer su columna sólo al imaginarse en la misma espantosa situación del vizconde.

—¿Se siente bien, lady Lucinde?— le preguntó el señor Herbert mirándola un leve brillo de preocupación en sus ojos oscuros.

—No se preocupe, estoy perfecta— repuso Lucy esbozando una pequeña sonrisa de agradecimiento —solo sentí un poco de frío— se excusó de manera algo torpe.

El señor Herbert la miró alzando las cejas con curiosidad. Lucy tenía que reconocer que era extraño que sintiera frío en un lugar tan atestado y caluroso como lo era el comedor, pero como el caballero que era no insistió en el tema —no como otros, pensó mirando de reojo al vizconde— y siguió disfrutando de su cena tranquilamente, haciendo uno que otro súbito comentario los cuales le sacaron más de una sonrisa y unas cuantas horrorizadas risitas.

—Deja de rechinar los dientes, pareces caballo— dijo Rayne con parsimonia mientras se reclinaba con pereza en una de las sillas de la biblioteca de George.

Andrew soltó un gruñido.

—Y deja de caminar tanto o dejarás un agujero en el suelo— volvió a hablar Rayne, soltando un resoplido.

Andrew se detuvo en seco en medio de la biblioteca y se volteó en dirección a su amigo, lanzándole una mirada fulminante que lo habría amedrentado de no ser porque estaba con los ojos cerrados.

Volvió a gruñir. Estaba de un humor de los mil demonios y toda la culpa la tenía Herbert.

No, Lucy era la culpable.

Ella era la culpable por comportarse de esa forma tan extremadamente

amistosa con ese hombre.

¿Por qué tenía que sonreírle de aquella manera tan malditamente afable? ¿Por qué se reía con él? ¿Por qué lo miraba a los ojos? *¿Por qué diablos hablaba con él?*

Sabía que el tamaño de su estupidez estaba llegando hasta el otro condado, sin embargo no lo podía evitar; menos cuando ella parecía haberlo estado pasando de lo mejor durante la cena sin siquiera dedicarle una sola pequeña y mísera mirada; y él, él que no podía soportar la irritación que le provocaba semejante escena.

¿Por qué le sonreía de aquella forma tan malditamente radiante? No era necesario. Lo más de bien que podría haberle dedicado una que otra palabra y alguna sonrisa educada de vez en cuando.

Pero no, ella tenía que flirtear con él y tratarlo con tanta confianza como si fueran tan amigos.

Era indignante el solo verlos juntos.

—¡Por el amor de Dios, Andrew!— exclamó Rayne sentándose recto en su silla y mirándolo con el ceño fruncido —¡Cálmate de una vez por todas! ¡Me desesperas!

Andrew se detuvo nuevamente. No se había dado cuenta de que de nuevo había comenzado a pasearse por la habitación. Se abstuvo de proferir un nuevo gruñido, y en cambio apretó las manos formando dos puños a los costados.

—¿Te vas a decidir a decirme qué te sucede sí o no?— preguntó Rayne con una mueca de impaciencia.

Andrew se quedó callado.

—Entonces deja de gruñir y tranquilízate— añadió, al darse cuenta de que no tenía pensado hablar.

Andrew soltó su vigésimo octavo gruñido de esa tarde como respuesta

ganándose una mirada aún más ceñuda por parte de su amigo.

Por supuesto que no le diría que le sucedía. Lo más probable era que Rayne se riera de él por ser tan ridículo.

Si hasta él se reiría de sí mismo de no ser porque estaba demasiado furioso y molesto para hacerlo.

Lo mejor era quedarse callado.

—Si vas a seguir gruñendo como un perro rabioso sin decir qué te sucede, lo mejor será que me vaya— dijo el conde soltando un bufido y poniéndose de pie, meneado la cabeza —. Estás inaguantable y lo único que quiero es un poco de paz, deseo que no es muy probable que se vea cumplido estando en compañía de tan cautivante presencia— añadió con voz cargada de sarcasmo.

«*Con amigos como éste para qué quiero enemigos*» pensó Andrew esbozando una sonrisa agria ¿No se suponía que los amigos estaban para apoyarte en las buenas y en las malas? Al parecer, al suyo se le había olvidado ese pequeño particular.

—El que se va soy yo— masculló Andrew dirigiéndose a largos pasos hacia la puerta de salida, sintiéndose indignado.

—Sí que te pones dramático cuando te vienen tus momentos de enfado— suspiró Rayne con un toque de burla, volviendo a tomar asiento—. Espero que con un poco de aire se te pase el mal genio— fue lo último que escuchó decir a su amigo una vez se encontró en el pasillo.

Una vez fuera enfocó sus pasos hacia el jardín cuidando de que nadie lo viera y no tener que responder preguntas acerca de su mal humor.

Sabía que si alguien le hacía esa pregunta lo más seguro era que terminaría ladrándole alguna respuesta nada cortes, incidente que daría paso a más y más preguntas ya que él no era dado a tener esos arranques tan repentinos de mal genio.

Ni siquiera él mismo recordaba haber tenido uno anteriormente, y lo más

probable era que ni Rayne lo había visto en ese estado con precedencia, por lo cual le sorprendía que su amigo no se hubiese asombrado de su inusual comportamiento. Aunque, pensándolo bien, el conde no era dado a dar muchas muestras emocionales que no fueran la irritación o la burla, era más bien reservado.

Siguió caminado y disfrutando de la agradable brisa nocturna, pensando a regañadientes que Rayne tenía razón, el aire fresco había amainado su mal genio en cierta medida.

Pero aún seguía algo molesto.

Fijó la vista en su periferia, dándose cuenta de que sus pasos lo habían llevado tan lejos que ahora se encontraba cerca del templete en donde había tenido su más reciente encuentro con Lucy.

«*¡Siga caminando, siga caminando!*» gritó Lucy mentalmente, encogiéndose lo más que podía en una de las esquinas del templete para evitar que así la viera el vizconde, deseando poder ser uno con la pared.

¿Cuándo iba a imaginar que un simple y secreto paseo nocturno la llevaría a esa terrible situación?

¡Dios! Ella solo quería tomar algo de aire fresco y despejar un poco la mente, tal vez incluso meditar, pero ahora se encontraba metida dentro de aquella sucia construcción sin poder salir.

Había ido a dar un paseo al jardín con la esperanza de no encontrarse con nadie, además, estaba muy anochecido ¿Quién más andaría por ahí?

Sabía que era arriesgado el salir a sola y más aun siendo de noche, pero no había podido soportar la tentación de escurrirse por en medio de los corredores, y menos aún al ver lo tranquilo y hermoso que lucía el cielo nocturno, que la tentaba como una tarta recién horneada.

Dio unas cuantas vueltas a través de los senderos llenos de narcisos y arándanos, mientras pensaba sobre todo lo que le había pasado ese día —en

especial en el beso que le había dado el vizconde— y sin darse cuenta sus pasos la habían llevado a aquella hermosa rosalada de flores amarillas que antes había llamado su atención, y se quedó absorta observándolas.

Hasta que escuchó el resonar de pasos que se acercaban y lo primero que se le ocurrió fue ocultarse en lo primero que vio: el templete que le había enseñado el vizconde.

Y para su mala suerte se trataba del mismísimo lord Torrington.

Ni que se hubiesen puesto de acuerdo, pensó con algo de sarcasmo, viendo cómo el vizconde se paraba junto a la entrada, provocando que Lucy se encogiera más aún en su reducido escondite.

«*¡Váyase, váyase!*» volvió a gritar en su mente, con la esperanza de poder meter sus propios pensamientos dentro de la cabeza del vizconde.

En ese momento Lucy pensaba seriamente en la idea de convertirse en pitonisa, tal vez de esa manera podría evitar meterse en tantas situaciones poco atractivas.

¿Y por qué ahora pensaba en eso? Sacudió la cabeza para despejarse. Sí que estaba desesperada para que tal idea surgiera.

Siguió con la mirada al vizconde, quien dio media vuelta, dándole la espalda. Esa hermosa y amplia espalda digna de un dios del Olimpo.

«*Sigue así, sigue así*» le ordenó Lucy mentalmente, pensando que quizá no se le daría tan mal después de todo la profesión de pitonisa, aunque no creía a su familia le agradara mucho.

Pero lord Torrington no le hizo caso, sino que nuevamente volteó en dirección a la entrada del templete e ingresó en él.

«*¿Por qué a mí?*» gimió Lucy desesperada ¿Por qué a ella tenían que pasarle esas cosas?

Tragó saliva en seco, cerrando los ojos, preparándose para una de las peores humillaciones que a una dama de su categoría le podría suceder: que la

viera en una situación tan denigrante y se burlara de ella.

Sin embargo, parecía que aún le quedaba algo de suerte, porque el vizconde no pareció darse cuenta de su presencia.

Tal vez era porque todavía no se acostumbraba a la oscuridad del lugar; no como ella, que ya hace unos buenos minutos que se encontraba ahí y podía distinguir casi perfectamente las siluetas de los pilares y bancas.

Lord Torrington se sentó frente a ella con algo de dificultad debido a la negrura que lo rodeaba, y luego suspiró pesadamente.

«¿Y ahora qué hago?» se dijo Lucy desesperada, queriendo agitar las manos, pero obviamente no lo hizo —no era tan estúpida— de lo contrario el vizconde se daría cuenta de que estaba ahí.

No obstante, ya tenía las piernas agarrotadas y le dolía la espalda y otros lugares que le avergonzaba nombrar debido a la posición poco acostumbrada, y si no se movía pronto iba a quedar tan tiesa que de seguro luego no podría salir.

El vizconde estiró sus largas piernas y Lucy dio un respingo al sentir cómo sus botas chocaban contra su costado, a lo que lord Torrington se quedó quieto y masculló algo, mientras Lucy aguantaba la respiración, rogando internamente a los dioses que por favor le concedieran una prerrogativa.

Lucy sintió cómo lord Torrington olfateaba el aire —pareciendo un labrador en su opinión, pero uno muy atractivo que no le importaría que la lamiera— mientras seguía mascullando palabras que ella no lograba entender.

Después de un rato volvió a mover las piernas, pero esta vez con más fuerza haciendo que Lucy soltara un quejido.

—¿Quién anda ahí?— preguntó el vizconde.

Lucy guardó silencio, apretando los labios con fuerza.

—¿Un animal? ¿Eres un perro?— continuó diciendo lord Torrington.

Lucy soltó inconscientemente un gruñido, sintiéndose insultada de que la comparara con un perro. Él era el que olfateaba el aire como uno, no ella.

—Pareces ser un cachorro por la forma en que gruñes— dijo el vizconde con la voz cargada de risa.

Lucy abrió los ojos como platos y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no caerse de costado ¿acaso se había dado cuenta de que era ella?

Hizo una pequeña pero fervorosa oración rogando para que no fuera eso, quedándose aún más estática de lo que ya estaba y conteniendo la respiración, tratando de calmar los desenfrenados latidos de su corazón que parecía un tambor en pleno concierto.

—Ya sé que es usted— bufó el vizconde, con una voz totalmente distinta a la anterior, pareciendo estar enojado. Lucy tragó saliva —, así que mejor salga de ahí.

La joven no se movió, orando esta vez por desaparecer o morir, pero por lo que sabía nadie había muerto de vergüenza. Pero Andrew se levantó rápidamente de su asiento y se acercó a ella para luego tomarla de un brazo y tirarla.

—¡Ayyyy!— chilló haciendo una mueca de dolor. Andrew aflojó un poco su sujeción al escucharla. Él no creía estar haciéndole daño ¿cierto?

—¿La lastimé?— preguntó sin sonar muy compasivo.

—No— negó ella con lentitud, apretando los labios en una recta línea, sus mejillas sonrojadas como un tomate —, es solo que tengo las piernas algo acalambradas.

—¿Qué hacía escondida ahí?— preguntó frunciendo el ceño. Lucy lo miró con una mueca sarcástica —Olvídelo— añadió cuando se dio cuenta de lo estúpida de su pregunta —¿Qué hace aquí?

Lucy estiró el cuerpo y luego sacudió su vestido mientras aún estaba bajo el agarre de Andrew.

—No creo que sea de su atribución— repuso con un descaro que no le conocía, ladeando la cabeza. Andrew entrecerró los ojos y clavó su mirada en ella hasta que le hizo apartar la vista. Claro que era de su atribución, ya que por su culpa se había llevado un no muy agradable susto.

Había ido a ese lugar con la intención de despejar su mente y sacarse a esa mujer de la cabeza, pero lo primero que pasa al entrar a ese templo era que se vio invadido por ese incitante aroma a rosas.

En un principio pensó que su mente se había aliado con su olfato para gastarle una mala, pésima y horrible broma; pero luego recordó que estaba cerca de una rosaeda, lo cual explicaría en parte aquel aroma.

Sin embargo. sabía que era distinto.

Esa esencia que inundaba sus fosas nasales tenía algo singular; algo que él sabía que no provenía de aquellas rosas, sino que era propio de esa bendita mujer.

Y cuando estiró las piernas y éstas se encontraron con algo blando lo supo.

Supo que se trataba de ella a pesar de que aún no la podía ver debido a que sus ojos todavía no se acostumbraban a la oscuridad.

Pero lo sabía, y aunque por un momento le había causado gracia, cuando la burbuja de la hilaridad se rompió, dio paso a una gran irritabilidad, haciéndole recordar el *por qué* y a causa de *quién* se encontraba ahí, siendo precisamente ella, tan solo *ella* la persona que había provocado en él todo ese estúpido mal genio.

—Responda— le ordenó soltándola y cruzándose de brazos mientras se apoyaba, con una calma que no sentía, en una de las columnas que formaba parte de la construcción.

—Solo vine a dar un paseo— respondió ella al fin, soltando un suspiro resignado.

Andrew la miró arqueando una ceja con incredulidad. No sabía si la joven

lo veía, pero supuso que sí lo hizo ya que él si podía ver cómo apretaba los labios.

—Y no quería que nadie me viera— añadió al ver que él aún esperaba.

—Además, vino sola— repuso Andrew más como una afirmación que como pregunta.

La joven asintió con reticencia, apretando sus delgados y sensuales labios.

— ¿acaso tiene idea— continuó luego de una pausa, en tono bajo y terso —de lo que podría sucederle por andar sola en medio de la noche?— dijo, sin darse cuenta de que había alzado la voz en cada palabra que decía.

Ella lo miró abriendo los ojos de forma desmesurada y Andrew se encontró a sí mismo a escasos centímetros de ella mientras la sujetaba por los hombros con rudeza.

Estaba enojado, pero más que nada turbado por haberse alterado tanto al advertir que ella andaba sola y quién diablos sabía qué le podía pasar.

¿Cómo no pensar que cualquier otra persona podría andar por ahí rondando? Y Andrew sabía que más de algún bastardo no se lo pesaría dos veces para hacerle daño, si incluso hasta los mismos invitados de su tía podrían tomar la oportunidad de deshonrarla y obligarla a un matrimonio. Dios sabía lo tentadora que podía ser ella, y más aún si se le añadía la considerable dote que ella poseía.

Maldito infierno ¿Es que acaso no pensaba?

—Suélteme por favor...— susurró la joven con una mueca de dolor — me... me lastima.

—Lo siento— dijo Andrew abriendo los ojos con sorpresa y soltándola como si su contacto le quemara —, no era mi intención lastimarla— añadió con la voz enronquecida, alejándose unos cuantos pasos, todo lo posible que le permitía el reducido espacio.

Lucy asintió con la cabeza y tragó saliva mientras retrocedía hasta que su

espalda dio contra uno de los pilares, impidiéndole seguir.

Andrew trató de calmarse y la miró detenidamente, dándose cuenta de que había asustado otra vez a la joven, quien seguía mirándolo con aquellos grandes ojos azules; esos ojos que en cierta medida lo hipnotizaban, y que parecían dos topacios brillantes en medio de la oscuridad.

El silencio se hizo presente de forma abrupta entre ellos, un silencio que estaba claro para Andrew que no era muy cómodo para la joven.

Rió para sus adentros con malicia. La haría sufrir un poco.

—Y...— dijo Lucy mordiéndose el labio, buscando una forma de romper aquel silencio que se le estaba volviendo embarazoso— ¿Qué tal le pareció la velada milord?

Lord Torrington la miró y arqueó una ceja, volviendo a su anterior posición de brazos cruzados, viéndose terriblemente relajado. Daban ganas de golpearlo.

—Estuvo... interesante— respondió con educación, ladeando la cabeza con una mueca maliciosa.

Lucy lo miró con curiosidad y molestia, preguntándose cómo era posible ese hombre pudiera ser tan atractivo y fastidioso a la vez. Dios no debería permitir tales combinaciones en un solo ser.

Por otro lado ¿A qué se refería con interesante?

Maldición, en momentos como esos es que le gustaría ser como Jane y decir lo que en verdad deseaba y dejar de lado toda esa educación y cortesía que le implantaron desde la cuna.

—Y... hmmm... ¿fue agradable su compañía?— le preguntó luego de otros segundos de silencio, a lo que el vizconde respondió con un gruñido y lanzándole una mirada hostil.

Lucy tosió disimulando una risita.

—Lo fue— dijo el vizconde contradiciendo lo que decía su lenguaje corporal —, pero no creo que tanto como la suya— añadió mirándola con reproche, sus ojos formando dos rendijas.

Lucy tragó saliva, incómoda ante esa mirada, preguntándose qué había hecho ahora para que el vizconde la observara así.

—¿He... he hecho algo que lo molestó, milord?— le preguntó frunciendo el ceño, titubeante, sin saber por qué sentía la perturbadora necesidad de disculparse con él, sea por lo que sea que se haya enojado esta vez.

El vizconde solo la miró con gesto impasible, algo extraño en él en opinión de Lucy, y luego se acercó con paso deliberadamente lento.

Oh, esto era malo.

—¿Qué piensa usted...— le preguntó en un murmullo acorralándola con sus brazos contra el pilar en que ella estaba afirmada — que me molestó, Lucy?

Lucy abrió los ojos como plato sin poder apartarlos de los de él y boqueó un par de veces, sin saber qué responder, mientras afirmaba sus manos sudorosas sobre el sucio edificio.

—¿Sería por cómo hablaba tan amistosamente con Herbert? ¿O por cómo le sonreía a cada momento?

Ella lo miró con los ojos bien abiertos mientras lord Torrington le dedicaba una mirada entrecerrada, acercando cada vez más su rostro al de ella, llegando a acariciarle la mejilla con su cálido aliento.

«¿Acaso él está...»

—¿Está celoso?— susurró Lucy con sorpresa.

El vizconde se enderezó tensándose visiblemente y la miró con fastidio.

—Por supuesto que no— bufó con gesto desdeñoso.

Ahora fue el turno de Lucy de entrecerrar los ojos.

—¿Entonces por qué le molesta el que le haya sonreído al señor Herbert?
— le preguntó armándose de valor, mirándolo a los ojos —¿Qué tiene de malo?

Andrew apretó los labios sintiéndose atrapado. En verdad él no tendría por qué molestarse con lo que sea que ella hiciera.

Pero de todas formas lo hacía, maldita sea.

—Es de mala educación que lo haga justo después de haberse besado conmigo— repuso mirándola con intensidad, tratando de ponerla nerviosa al mencionar su anterior encuentro.

Pero para su sorpresa, eso en vez de alterarla como había esperado, lo único que hizo fue irritarla.

—¡Cómo se atreve!— siseó con ímpetu, haciendo que él echara la cabeza para atrás de la sorpresa —¡Cómo se atreve a mencionar el beso cuando la primera vez que me besó acababa de estar con otra mujer!— exclamó con los dientes apretados echando chispas por sus ojos azules —¡Usted no tiene derecho de reclamarme nada!

Y Andrew quedó mudo y no porque ella estuviera diciendo algo que era cierto, sino porque no podía concebir que Lucy, incluso furiosa, se viera tan, pero tan bella.

Ella era extraordinaria, que aún con los ojos cargados de ira y las facciones endurecidas por la furia, para él era lo más hermoso que había visto en toda su vida, que incluso se le hacía difícil el no tomarla del rostro y besarla con todo el deseo que solo ella parecía despertar, hasta dejarla sin aliento. Diablos ¿qué le estaba pasando con esa mujer?

Así que para no volver a cometer una imprudencia y caer bajo sus insanos deseos, se quedó inmóvil y en silencio.

—¡¿Ve como no niega nada?!— exclamó Lucy pareciendo enfurecerse aún más con su silencio, apretando los puños a sus costados, pareciendo que pronto se le lanzaría al cuello —¡¿Ve cómo me da la ra...

Sin embargo ,antes de que terminara de hablar, Andrew la aprisionó con su cuerpo contra los pilares sacándole un jadeo.

—Silencio, viene alguien— susurró rozando su mejilla con su aliento, provocándole sin querer un escalofrío recorrerle el cuerpo.

—¿Sabe quién?— preguntó tensándose, llenándose de miedo con la perspectiva de que alguien la encontrara junto con el vizconde en una posición tan comprometedoras ¿Qué diría la chusma? ¿Y su tía y Robert? ¡Dios! ¡Quedaría arruinada ante los ojos de la sociedad! ¡Y ni siquiera había hecho algo indebido! ¡Era tan injusto! «*tal vez debería darles razones*» Pensó comenzando a hiperventilarse.

—¿Lucy? ¿Está bien?— preguntó el vizconde mirándola a los ojos con preocupación.

Ella asintió con la cabeza, saliendo de su estupor.

—Creo que no, he estado llamándola durante bastante tiempo, además de que está tan pálida que parece un cadáver.

—Gracias milord, sus lisonjas no tienen comparación— dijo Lucy con sequedad, pensando en cuando la confundió con un perro. Ese hombre parecía carecer de sensibilidad.

—Creo que era Sir Lindsay— continuó Andrew sin prestarle atención a su comentario, separándose de ella y mirando por los alrededores con gesto adusto —. Lo mejor será que vuelva a su habitación. La acompañaré— añadió está vez mirándola a la espera de una respuesta, a lo que Lucy asintió con reticencia —. Tendremos que entrar por el túnel que le mostré anteriormente, y luego tratar de que no la vean o podría provocarle problemas ¿Alguien sabe que salió?

Lucy negó con la cabeza, era lo único que podía hacer de momento, ya que él hablaba tan rápido que no la dejaba proferir palabra alguna.

—bien, eso lo hace menos complicado— declaró antes de que ambos salieran silenciosamente del oscuro templo al refrescante jardín que solo era

alumbrado por la tenue luz de la luna, cada cual con diferentes pensamientos y emociones sobre lo que había pasado recientemente.

Capítulo 14

Comprender es el principio de aprobar.

BARUCH SPINOZA

La mañana era cálida y el sol brillaba en todo su esplendor, con deseos de que todo ser viviente admirara su luminosidad, y las aves entonaban hermosos cantos de cortejo, pero para Lucy era una mañana tétrica y lo único que deseaba en ese momento era volver a meterse bajo las sábanas y dormir hasta que Jane aprendiera a tocar bien un instrumento, o hasta que Clitia dejara su obsesión por los dulces.

Es decir nunca. A no ser que fueran milagros que concedieran los santos.

—Ya deberías de levantarte, Lucy— dijo su tía con tono admonitorio, abriendo las cortinas de par en par —. En una hora se servirá el desayuno, y no sería adecuado que una dama de tu índole se quedara durmiendo. Dime ¿Qué crees que pensarán los caballeros de ti? Ninguno querrá casarse contigo— añadió en un tono agudo y escandalizado, mirándola con reproche.

Lucy soltó un gruñido cuando la luz del sol le llegó a los ojos y se volteó dándole la espalda a la ventana.

—Y no gruñas. Es de mala educación— dijo tía Maggy arrancándole las sábanas —. Además, Emily tiene planeado organizar un juego de búsqueda en parejas después del desayuno, así que lo mejor será que te arregles lo mejor que puedas— añadió sentándose con delicadeza en la cama, a lo que Lucy se la imaginó frunciendo los labios, ya que se negaba a abrir los ojos nuevamente los ojos luego de que la luz tratara de dejarla ciega.

—No quiero levantarme— se quejó Lucy aññadamente con la voz amortiguada por la almohada.

Señor Santo, no lo quería por nada del mundo. La noche anterior la había pasado desvelada mirando al techo y pensando en el vizconde y su encuentro; y aunque por más y más ovejas que contó le fue imposible quitárselo de la cabeza y quedarse dormida, por lo que ahora se sentía terriblemente irritada al no poder descansar bien.

Contar ovejas era una farsa total.

Por otro lado, ese sol sonriente no hacía nada por mitigar su irritabilidad, sino que la aumentaba. Parecía burlarse de ella con todo aquel brillo.

—¿Te sientes mal? ¿Te duele la cabeza? ¿Tienes cólicos?— su tía se puso de pie rápidamente como movida por un resorte, pasando del modus tía autoritaria a tía maniaca —Fiebre no es— dijo descartándolo con un ademán luego de poner su mano sobre su frente.

Lucy puso los ojos en blanco por detrás de los párpados. Su tía era tan terriblemente exagerada.

Pero de todas formas la quería. Era eso o detestarla por su preocupación sin fin, pero para Lucy era imposible detestarla. Después de todo era su tía, y lo más parecido a una madre que jamás tendría.

—No se preocupe tía Maggy, estoy bien— Lucy suspiró sentándose con resignación, tratando de que lady Stamford no se alterada más de lo acostumbrado, ya que cuando se trataba de su salud se volvía la mamá gallina que la cuidaba en exceso.

Era escalofriante.

—¿Estás segura? Recuerda que ayer te sentiste mal— insistió su tía dando vueltas alrededor de ella todo lo que podía, moviendo las manos por todos lados buscando signos de alguna enfermedad que en opinión de Lucy era completamente inexistente.

Como decía, su tía era muy exagerada.

—Me siento bien— dijo Lucy tratando de esbozar una sonrisa, que a su opinión parecería más una mueca —, solo tuve una mala noche— añadió sacando las piernas con lentitud de debajo de las suaves sabanas, añorando al instante su agradable calidez.

Lady Stamford detuvo enseguida su examen y fijó su mirada azulina en ella con la agudeza de un águila.

—¿Se podría saber, Lucinde— preguntó la condesa con la comisura de los labios arqueadas, cruzando con elegancia sus brazos haciendo destacar más sus ya destacados atributos — qué es lo que rondaba por tu cabeza que te impedía dormir?

Lucy tragó saliva. En ocasiones como esta era consciente de porqué su tía era considerada una de las damas más inteligentes de Londres. Su perspicacia era legendaria.

—Solo fue insomnio— respondió Lucy con nerviosismo, mirando con atención los patrones de la cortina. No se había dado cuenta, pero eran muy atractivos en ese momento —. Creo que fue debido a que ayer descanse demasiado durante el día— inventó mientras retorció entre sus manos las mangas de su camisola, y veía por el rabillo del ojo a su tía.

—Hmmm...— susurró lady Margareth estrechando los ojos con especulación, abriendo la boca con toda la intención de comenzar un interrogatorio, pero Lucy la interrumpió antes de que pudiera arruinar aún más su tétrica mañana con sus preguntas.

—¿Qué vestido cree que debo ponerme hoy?— preguntó rápidamente, tratando de desviar la conversación de sus problemas de insomnio.

—¡Oh, claro! ¡El vestido!— exclamó su tía dando un gracioso saltito, haciendo que Lucy se preguntara cómo es que podía hacer todo de manera tan elegante —Te pondrás el verde— dijo mientras husmeaba en su baúl —. Escuché decir a Prudence, durante el baile de lady Devon, que es el color favorito de lord Richmond y del señor Herbert. No sé cómo se enteró

Prudence, esa mujer siempre sabe todo— añadió con tono frustrado, como si lamentara horriblemente no ser ella.

Lucy soltó un suspiro casi imperceptible y asintió con la cabeza dándole la razón a su tía. Por algo la señora Prudence Tamworth era considerada una de las mujeres con la nariz más metomentodo de Londres.

Pero luego de que su cerebro logró registrar todo lo que lady Stamford había dicho, abrió los ojos como plato y su boca se abrió formando una pequeña O.

¿Acaso su tía planeaba emparejarla con el mejor amigo del Vizconde?

Lucy se aclaró la garganta.

—Pensé que querías emparejarme con lord Torrington— comentó con voz lenta y mesurada, tomando con reticencia el vestido que le extendía su tía.

Lady Margareth la miró con ojos chispeantes y sonrisa traviesa, haciéndola parecer muchos años más joven de lo que era.

—Querida Lucy, no seas ingenua— dijo arqueando las cejas con extrema arrogancia —siempre hay que tener opciones. Además, el conde es un excelente partido— juntó las manos por debajo del mentón —. Deberías de mirar esos ojos, son tan oscuros e intensos que parecen que traspasan el alma...— añadió con un suspiro, pareciéndose en nada a la altiva lady Stamford —. Pero dejemos de hablar sobre caballeros...

Lucy reprimió un bufido y alzó los ojos mirando hacia el techo. Ella no era la que estaba hablando como una debutante melosa.

—...y mejor te ayudo a poner el vestido. Te verás hermosa y todos recordarán lo magnífica que luces. Recuerda que una dama nunca está tan bien vestida como cuando no se puede recordar lo que ella lleva— citó lady Margaret frunciendo los labios y mirándola con ojo crítico, para luego sonreír y seguir parlotando sobre cómo este era su año de suerte y por fin conseguiría que se casara.

Lucy suspiró cansada, pensando que ese día no vaticinaba nada bueno.

Para Andrew la noche anterior había sido un maldito tormento.

Luego de haber dejado a Lucy a unos cuantos pasos de su habitación y despedirse de ella con un simple asentimiento de cabeza —reprimiendo sus deseos insensatos de querer besarla— dirigió sus pasos de nuevo hacia el jardín, ya que dudaba de que pudiera dormir después de todo lo que había pasado anteriormente.

¿Cómo era posible que esa mujer tan menuda se le hubiese metido bajo la piel de forma tan rápida? Porque la conocía de apenas unas cuantas semanas —tal vez poco más de un mes— pero aun así había logrado colarse en su mente como nadie lo había hecho antes.

Como en ese mismo momento, que tenía que hacer grandes y terribles esfuerzos para no mirarla a cada instante y devorarla con los ojos.

—Espero no tener que ser pareja de Clitia— comentó George mirando a su hermana con algo similar al terror —. Sé que podríamos ganarles a todos si estamos juntos, pero deseo poder pasar un momento agradable con alguna dama que no sea parte de mi familia. Es tedioso— añadió fingiendo un escalofrío.

Andrew fijó los en su tía viéndola agitar un sombrero —en el que tenía los nombres de todos los caballeros— con un gran ímpetu que le dio un golpe con el codo a otra dama que estaba a su espalda

—Cualquier dama sería una excelente compañía— sonrió en respuesta al

comentario de su primo, cruzándose de brazos —, incluso si es mi prima— añadió, ganándose un resoplido de incredulidad por parte de George.

—Tienes labia de sobra— repuso George dándole una palmada en el hombro, sonriendo con guasa —, deberías de darnos un poco a Saymour y a mí. Así por lo menos lograríamos atraer a unas cuantas damitas y que tú no te lleves toda la atención— añadió en tono apesadumbrado, suspirando pesadamente.

—Dilo por ti— gruñó el conde con sequedad, mirando hacia nadie en particular —, yo no requiero atención.

—Bien, la primera pareja es la señorita Charlotte Freeman con...— exclamó lady Darenthon haciendo que todos guardaran silencio y la miraran expectantes —el señor Herbert.

—Gracias a Dios no soy yo— suspiró George en tono tan bajo que solo el vizconde logró oírlo.

Andrew reprimió una sonrisilla de alivio, estando de acuerdo interiormente con su primo. Se sentía tan bien el saber que no sería él quien perdería un oído ese día. Porque a pesar de que había dicho que cualquier dama sería una agradable compañía, tenía que reconocer que la señorita Freeman con su horrenda voz no cabía muy bien dentro de los estándares. Ya había tenido suficiente de ella durante la cena de la noche anterior.

Estiró los dedos con pereza por detrás de la espalda, y siguió prestando solamente la atención necesaria a lo que decía lady Darenthon, esperando con algo de impaciencia a que su nombre saliera en una de esas tarjetas, hasta que llegó el turno de Lucy.

—Lady Lucinde estará emparejada con...— dijo la baronesa viuda desdoblado el papel que contenía el nombre, demorándose más de lo normal en opinión de Andrew —lord Darenthon.

Andrew lanzó una mirada de soslayo a su primo, quien se dirigía hacia Lucy con una sonrisa pícaro.

Apretó los dientes, tratando de convencerse que solo se sentía ligeramente decepcionado, y para nada molesto, maldita sea.

Lucy estaba frustrada.

Sinceramente, ella había esperado tener como pareja al vizconde, pero al parecer Dios, la suerte y el azar no estaban de acuerdo con ella y sus planes, por lo que decidió que era mejor el hermano de su amiga.

No era que lord Darenthon fuera una persona desagradable, es más, Lucy lo consideraba alguien muy divertido y ameno, e incluso algo bufón, pero se había ilusionado con la idea de que el vizconde sería su compañero.

Además ¿Cómo se suponía que iba a conquistar a lord Torrington si ni siquiera podía pasar tiempo con él?

Frunció el ceño, molesta, y exhaló un suspiro. Nada parecía salirle bien.

—Lady Lucinde, si sigue frunciendo el ceño pensaré que no le agrada mi compañía— dijo lord Darenthon poniendo una mano sobre su pecho con aire dramático.

Lucy sintió cómo se sonrojaba.

—¡Nooo! ¡Por supuesto que me agrada su compañía!— exclamó rápidamente en un balbuceo, dando un salto hacia atrás sin querer —Es solo que estaba pensando— se excusó aun sintiendo las mejillas calientes por la vergüenza —. Siento haber sido grosera— musitó.

—No se preocupe, solo bromeaba— dijo el barón restándole importancia con un ademán, mirándola de reojo y esbozando una sonrisa divertida.

Lucy tenía que reconocer que sonreía de igual manera que Clitia. Si no supiera que eran hermanos, de seguro con verlos a ambos sonreír se daría cuenta del parentesco. Eran diabólicos.

—Así que... Lady Lucinde...— comenzó a decir lord Darenthon guiándola hacia una parte del jardín desconocida para ella —ese jardín parecía no tener fin—, donde se suponía estaba un de las pistas del tesoro— ¿qué opina sobre mi primo Andrew?

Lucy perdió el equilibrio, y no fue para nada elegante. Si no fuera porque estaba sujeta al brazo de lord Darenthon de seguro se habría dado de bruces contra el suelo.

—¿Por qué lo pregunta?— farfulló desviando la mirada, sintiendo como se sonrojaba nuevamente. El rostro de ardía como si estuviera frente a una chimenea.

¿Por qué tenía que ser tan pálida? Su piel no ayudaba en nada para ocultar su rubor.

—Solo por curiosidad— dijo el barón sin inmutarse ante su tropiezo, mirando hacia un pájaro volar y haciéndose el desentendido —. Como usted es amiga de Clitia y Andrew es nuestro primo... me gustaría saber lo que piensa de otro miembro de nuestra familia.

—Lord Torrington es alguien... agradable— dijo Lucy con tiento, mordiéndose el labio inferior con saña.

—¿Agradable? ¿Solo agradable?— el barón la miró con una ceja arqueada y el cabello desordenado por el viento viéndose bastante atractivo, pero no tanto como el vizconde, en opinión de Lucy —¿Nada de es sumamente encantador y ha robado mi corazón? Creo que Andrew estará desconsolado cuando se lo platique. Eso quiere decir que estaba en lo cierto— murmuró ladeando la cabeza y pasándose una mano por la barbilla con gesto sumamente pensativo.

Lucy frunció los labios, tratando de averiguar sobre qué era de lo que estaba hablando lord Darenthon, pero por vida de ella que no tenía ni idea.

Y luego decían que ellas eran las complicadas.

Soltó un suspiro casi imperceptible y miró hacia el cielo, dándose cuenta de que estaba parcialmente anubarrado.

Tal vez más tarde llovería, pensó encogiéndose de hombros. Con lo inconstante que era el clima inglés no sería para nada extraño.

—¿Sabe? Es sorprendente que Andrew sea tan agradable después de la infancia que vivió— comentó de repente el barón con una seriedad poco característica en él, disminuyendo el ritmo de la caminata—. Cualquiera otra persona en su situación habría desarrollado algún tipo de choque emocional.

—¿Qué quiere decir con eso?— preguntó Lucy lentamente y con voz suave, esperando que el barón le contestara, y así poder descubrir un poco más acerca de lord Torrington y saciar su curiosidad.

—Para decirlo de manera suave, los padres de Andrew no fueron los mejores— esbozó una sonrisa irónica, y Lucy tomó nota de la frialdad con que se refería a sus tíos—. Ellos solamente velaban por la educación de mi primo, pero en cuanto a las otras necesidades que podría tener un niño, eran completamente carentes. Su madre lo delegó al ama de llaves cuando apenas tenía dos años, y su padre siempre estaba ausente. Los dos eran unos per... es decir, unas personas realmente frías.

«*Unos perros bastardos con corazón de hielo, querrá decir*» pensó Lucy guardando silencio y sintiéndose indignada y desconcertada, tratando de imaginarse a lord Torrington como un niño necesitado de afecto. La sola imagen le provocó inmensas ganas de buscarlo para ir a abrazarlo.

¿Cómo una madre podía abandonar a su hijo?

—¿Es por eso que parece tan... eh... alejado de su madre?— preguntó con cautela, sintiendo una especie de fascinación morbosa al querer saber más sobre las relaciones familiares del vizconde, y reprimiendo sus malos deseos

hacia la vizcondesa viuda.

Lord Darenthon asintió lentamente con la cabeza.

—Lady Torrington nunca ha sido una mujer cariñosa— frunció los labios mientras pateaba un guijarro con el pie —; y eso acompañado del mal carácter que tenía el anterior vizconde...— añadió bajando la voz progresivamente — No sería extraño que después del desastroso matrimonio que tuvieron sus padres Andrew lo rehuyera con tanta firmeza— hizo un breve pausa—. Sin embargo— continuó luego de unos cuantos segundos —, tengo fe en que cuando encuentre a la mujer adecuada lo más probable es que cambie de parecer. Andrew puede ser muchas cosas, pero cuando quiere algo no para hasta conseguirlo— dijo mirándola con picardía y perspicacia, si es que esa combinación era posible.

Lucy volvió a tropezar. No sabía si ese día había amanecido torpe o es que el suelo estaba demasiado desnivelado.

Quiso creer lo segundo para no sentirse tan ridícula.

Se aclaró la garganta con delicadeza.

—¿Por qué me cuenta todo esto?— preguntó al fin, mirándolo con las cejas arqueada y tratando de no demostrar lo alterada que de sentía interiormente. Ese hombre era perspicaz, aunque a simple vista no lo pareciera.

—Tengo un secreto lady Lucinde— dijo en tono confidencial, acercándose a ella y mirándola con ojos traviosos, despertando la curiosidad de Lucy, como también su reserva.

—¿Y se podría saber cuál es ese secreto?— preguntó siguiendo su juego, reprimiendo una sonrisa al darse cuenta lo dramático que podía ser ese hombre.

El barón hizo una pausa, en la cual Lucy lo miró atentamente.

—Adoro el sonido de mi voz, por eso me gusta hablar tanto— dijo

esbozando una sonrisa de oreja a oreja —. Tengo una voz fascinante— añadió con suficiencia, guiñándole un ojo.

Lucy pestañeó un par de veces desconcertada, y luego soltó una horrorizada carcajada sin poder evitarlo, ya que sinceramente no se esperaba ese tipo de confesión —o evasiva en este caso; una gran evasiva— pero no podía negar que estaba realmente agradecida con lord Darenthon, porque ciertamente necesitaba un poco de distracción.

Aunque nunca pensó que vendría de parte del hermano de Clitia.

—Le aseguro que su secreto está a salvo conmigo— le dijo con voz risueña una vez que pudo hablar —. Mis labios están completamente sellados.

—Gracias lady Lucinde. Necesitaba contarle esto a alguien— dijo soltando un largo suspiro de alivio, a lo que Lucy no pudo hacer otra cosa que sonreír, reafirmando su opinión de que era un melodramático —, y sabía que podía contar con usted— añadió asintiendo con la cabeza —. Bien ¿ahora qué es lo que debemos hacer?— preguntó mirándola expectante.

Lucy soltó otra carcajada, preguntándose seriamente cómo era posible que durante todo el tiempo que llevaba de conocerlo no hubiera hablado más de unas cuantas simples frases de cortesía con él.

Era terriblemente desconcertante.

—Tenemos que encontrar las pistas— informó Lucy con voz divertida —. Recuerde que estamos en la búsqueda del tesoro.

—¡Cierto! ¡Tenemos que ganarle a Clitia!— exclamó el barón con ímpetu dándose una palmada en la pierna, a lo que Lucy solo negó con la cabeza, sabiendo de antemano que cuando se trataba de competencias, los Fielding eran los peores.

«*Caminar, caminar, caminar... no hay nada mejor que caminar*» pensaba Andrew tarareando mentalmente mientras miraba hacia todos lados en busca de una distracción.

Sinceramente, estaba *mortalmente* aburrido.

Sabía que exageraba, pero su acompañante no hacía mucho por mitigar su hastío, a pesar de que era muy inteligente a la hora de descifrar las pistas.

—Y... hmm... ¿Le gustan los perros?— preguntó Andrew tratando de volver a crear un tema de conversación. Ya habían pasado por el renombrado tiempo, la lectura y el paisaje adyacente, pero solo lograba sacarle a su acompañante unas cortas y suaves respuestas.

Ciertamente, la señorita Jolianne no tenía aptitudes para la conversación, aunque fuera insustancial.

—Son muy bonitos— respondió la joven en un murmullo (que Andrew con una gran cantidad de suerte logró escuchar) y sonrojándose.

Otra cosa de lo que se había dado cuenta es que la señorita Creig se sonrojaba por todo. Andrew estaba casi seguro de que si le hacía algún elogio lo más probable es que se desmayara.

Estaba tentado a experimentar, pero se abstuvo. Aún su maldad no estaba por completo desarrollada. Tal vez en un par de años, si es que volvía a quedar a solas con ella.

—¿Y a usted le gustan?— tartamudeó la joven retorciéndose las manos y mirándolo de reojo con sumo nerviosismo.

—Me gustan los beagles— dijo con vigor y sonriendo con entusiasmo, tratando de ignorar la incomodidad de su acompañante—. Son alegres y también decididos. Me encantan sus orejas, los hacen parecer adorables— dijo, haciendo que la señorita Creig lo mirara con extrañeza —...y claro, también porque son buenos rastreadores y cazadores— añadió con ímpetu, aclarándose la garganta al darse cuenta de que había calificado a un perro de adorable ¿En qué diablos estaba pensando? —¿Y usted? ¿Cuál es su raza

predilecta?— preguntó sonriéndole de la manera más encantadora posible, con la esperanza de que ese tema de conversación durara más que lo anteriores.

— Los collies son mis favoritos— respondió en un susurro, sin mirarlo y sonrojándose nuevamente, a la vez que se mordía el labio inferior—, aunque en casa de mis padres tengo un mastín.

Andrew alzó las cejas con sorpresa. Ciertamente había pensado que preferiría a algún caniche o bichón, ya que coincidían mejor con su aspecto... delicado.

—Creí que a las damas le gustaban los perros más pequeños— murmuró frunciendo los labios con gesto pensativo, recordando las variadas veces que había visto a diferentes damas con esos perros en miniatura en sus bolsos.

Bien, pensó encogiéndose de hombros, era mejor eso que ser parte del resto de la chusma. Al menos la señorita Jolianne se dejaba llevar por sus propios gustos ante que por la moda imperante.

Alzó los ojos y frunció el ceño al ver el cielo surcado de nubes grises. Parecía que pronto llovería. Lo mejor sería regresar.

—Creo que lloverá— murmuró la señorita Creig retorciéndose las manos, y estremeciéndose cuando una ráfaga especialmente fuerte de viento los azotó.

Andrew Frunció aún más el ceño al caer en la cuenta de que su acompañante no iba lo suficientemente abrigada. Si no volvían antes de que la lluvia comenzara a caer, lo más probable es que terminara con una damita resfriada.

—Tendremos que regresar— dijo Andrew chasqueando la lengua y meneando la cabeza. Por más que quisiera tener la satisfacción de ganar ese estúpido juego, su prioridad en ese momento era la salud de la señorita Jolianne. No era tan vil como para arrastrarla bajo la lluvia por un tonto juego.

Suspiró con resignación y se dispuso a dar media vuelta para recorrer nuevamente el camino del bosque de vuelta a casa, cuando un trueno retumbó y las primeras gotas de lluvia dieron sobre su rostro.

Se tragó una maldición, y también unas cuantas gotas de agua. Ahora tendrían que buscar un lugar en el cual resguardarse de la lluvia, o de lo contrario quedarían completamente empapados, ya que la lluvia que caía no era para nada suave.

—Iremos a la cabaña del jardinero— dijo con decisión cuando recordó de dicho lugar, volteándose a ver a la señorita Creig que ya estaba casi totalmente empapada —. Queda más cerca que Mantell Hall— añadió levantando la voz para que se escuchara por sobre la lluvia, a lo que ella asintió mientras su cuerpo temblaba y le castañeaban los dientes.

Una vez que llegaron a la cabaña —que por suerte su primo parecía mantener abierta— Andrew se quitó el abrigo, y luego se dirigió hacia la chimenea y se arrodilló, dispuesto a iniciar un fuego, mientras que la señorita Jolianne se quedaba a un costado.

—¡Bien!— exclamó con euforia cuando por fin logró encender una pequeña fogata, ganándose una mirada de desconcierto de parte de su acompañante —No me haga caso— masculló restándole importancia, sintiéndose algo tonto, y cuidando de que no se le apagara su recién avivado fuego —. Esperaremos aquí hasta que la lluvia cese— dijo levantándose de su lugar junto a la chimenea y sacudiéndose las manos mientras observaba el lugar con ojo crítico.

La cabaña era pequeña —ya que el jardinero había vivido solo— con solamente dos habitaciones, una el dormitorio, y la otra, en la que estaban, hacía de cocina y sala.

Un lugar bastante reducido, pero acogedor a pesar de estar abandonado. Y lo mejor es que parecía no tener arañas.

Lanzó una mirada de reojo a la señorita Jolianne, y se dio cuenta de que la pobre dama temblaba como una hoja. Su ropa destilaba, e incluso ya había mojado gran parte del suelo.

—Lo mejor será que se quite esa pelliza... o como se llame— dijo Andrew caminando hacia ella a grandes zancadas, ganándose un grito y una mirada escandalizada de parte de su acompañante, que retrocedía a trompicones.

Frunció los labios, se pasó las manos por el pelo y chasqueó la lengua con irritación. No era como que le hubiese dicho que se desnudara y posara para un cuadro.

—Es para que seque su ropa más rápido— se explicó con cansancio. Sin embargo, la mujer lo seguía mirando con desconfianza —, o de lo contrario lo más probable es que enferme.

—¡Eso es indecoroso!— exclamó la joven completamente ruborizada, y Andrew se percató de que por primera vez parecía no tartamudear.

Suspiró cansado. La lluvia siempre le producía jaqueca, y ese día no era una excepción. Y ella que no quería hacer las cosas fáciles, maldita sea.

—Mire, si la hace sentir mejor, yo estaré en la habitación del lado mientras usted seca su ropa— dijo masajeándose las cienes.

La señorita Creig frunció los labios mientras lo miraba con tanta aprensión que Andrew ya comenzaba a sentirse el ser más vil y depravado de Inglaterra, que incluso ya estaba pensando en entregarse a las autoridades.

—¿No sería peligroso?— susurró la joven mirando sus pies y retorciendo las manos.

Andrew alzó las cejas. Él claramente no había pensado en eso. La maldita jaqueca le impedía razonar adecuadamente.

—No creo que nadie se atreva a venir con esta lluvia— dijo con ironía. Solamente alguien estúpido se adentraría en medio del bosque bajo ese aguacero de los mil demonios.

La joven guardó un silencio ridículamente largo, en el cual Andrew se impacientaba más y más, deseando poder estrangular a alguien.

—¿Promete que se quedará en la otra habitación?—preguntó la señorita Jolianne, mirándolo por debajo de las pestañas.

—Soy un caballero— bufó Andrew con sequedad, sintiéndose insultado, a lo que ella lo miró con vergüenza y remordimiento.

—Bien— asintió la joven con las mejillas sonrosadas semejante a un rábano demasiado maduro, que hacían juego con su cabellera.

Andrew también asintió con parquedad, dirigiéndose hacia la otra habitación con el ceño fruncido y una extraña sensación de aprensión.

Cerró la puerta de la habitación, sintiendo cómo un escalofrío recorría su espina dorsal.

«*¡Oh no! ¡Maldita sea!*» Fue el último pensamiento de Andrew justo antes escuchar un barullo al otro lado de la habitación.

Y en ese momento se desató el infierno, y Andrew supo que estaba perdido.

Capítulo 15

El dolor silencioso es el más funesto.

JEAN-BAPTISTE RACINE

Lucy no Había visto al vizconde desde que se habían escogido las parejas para el juego de búsqueda —juego que al final nadie gana debido a la malnacida lluvia que lo arruinó todo— y ciertamente se sentía algo ansiosa ante la expectativa de volver a verlo. Sin embargo, en el momento en que sus ojos se posaron en él cuando llegó la hora de la cena y todos estaban reunidos a la espera, supo que algo andaba terriblemente mal.

Se notaba en su postura demasiado rígida, poco natural en él; en aquel gesto adusto nada característico en su rostro; y en aquella mirada llena de resignación lacerante que le helaba la sangre como nunca.

Siendo honesta, le provocó un inmenso terror el verlo de aquella manera, y aunque quería acercarse y preguntarle qué era lo que andaba mal, no podía con sus amigas encima, y, por otro lado, él tampoco parecía querer su compañía, ya que cada vez que sentía su pesada mirada taladrándole la cabeza y ella volteaba en su dirección, el vizconde desviaba la mirada de tal manera haciéndose el desentendido.

Era completamente frustrante ¿A qué estaba jugando?

—Lady Richardson ha estado actuando extraño esta tarde— comentó Suzanne con especulación, entrecerrando los ojos y mirando a dicha dama.

—Tienes razón— asintió Jane dándose golpecitos en la mejilla con un

dedo —¿Qué crees que habrá pasado? Ella y Marianne parecen demasiado felices, y por demasiado quiero decir que parecieran flotar en una nube de dicha. Aunque no comprendo bien cómo una nube podría sostener a lady Richardson.

Lucy asintió para sus adentros, aceptando que era imposible eso sucediera con lo esférica que era la madre de Marianne, a no ser que estuviera llena de aire, algo que era muy poco probable.

—¿Y dónde está Jilly?— preguntó Nora mirando hacia todos lados, tratando de buscarla de entre la gente.

—Está con su tía, quien no la ha dejado sola en ningún momento— contestó Suzanne frunciendo sus oscuras cejas—. No sé cómo Jilly puede soportar a esa mujer. Si yo estuviera en su lugar, que gracias a Dios no estoy, hace tiempo que me habría fugado —añadió con remilgo, como si recitara una lección a su institutriz.

—Debe ser emocionante fugarse— dijo Nora esbozando una soñadora sonrisa, tomando un mechón de su cabello y comenzando a jugar con él —¿Te imaginas huir con el amor de tu vida hacia Gretna Green para casarse? Siempre he querido vivir algo así— soltó un dramático suspiro, juntando las manos sobre su pecho —¿Qué dices Lucy?

—¿Eh?— dijo Lucy pestañeando confundida. La verdad es que no les estaba prestando mucha atención a sus amigas, ya que su mente parecía estar plagada de pensamientos sobre el vizconde.

—¿Te fugarías con el amor de tu vida si él te lo pidiera?— repitió Nora siendo secundada por un movimiento de cabeza por parte de Jane y Suzanne.

«*Si lord Torrington me lo pidiera... ¡Despierta Lucy!*» se regañó sacudiendo la cabeza mentalmente.

¿De dónde dioses habían salido esos ridículos pensamientos? Lucy tenía más que claro que el vizconde jamás le pediría algo así, además de que él no la amaba.

Sintió su ánimo decaer por los suelos ante ese pensamiento.

—No—respondió con firmeza, casi ladrando la palabra, lo que le valió miradas de sorpresa por parte de sus amigas —. Un hombre que de verdad me amara no me pediría eso— balbuceó tratando de explicarse, sintiéndose extrañamente nerviosa, y más aún por la forma en que la miraban sus amigas —. Sabría que mi familia es lo más importante para mí y que jamás podría hacerles eso. Él haría las cosas de la manera correcta— terminó de decir, frunciendo los labios con inusitada dureza en el proceso. «*Aunque si yo lo amara, sería capaz de aceptar algo incorrecto*», pensó para sí.

Sus amigas se quedaron en un solemne silencio y la miraron asombro y extrañeza en igual cantidades.

—¡Bravo!— exclamó Jane de repente haciéndola saltar, batiendo palmas y sonriendo de oreja a oreja, haciendo que varios de los presentes se giraran a mirarlas con curiosidad y comenzaran a cuchichear, pero a ella, como siempre, le importó un pimiento —Ya sabía que de todas nosotras siempre has sido la más sensata— Lucy no supo si sentirse alagada o insultada —. Y hablando de sensatez...— añadió mirando a las otras dos jóvenes, cruzándose de brazos — recuerden que me deben mis treinta libras.

Lucy se preguntó qué clase de relación tenía su sensatez con el dinero. Y además ¿por qué le debían dinero las muchachas?

Alzó las cejas, curiosa.

—¿Y qué tiene que ver lo uno con lo otro?— preguntó Suzanne arqueando las cejas con indolencia.

Jane alzó la nariz mosqueada, y miró a Suzanne con arrogancia para luego mirarla a ella.

Lucy se guardó cualquier tipo de expresión y esperó a que Jane hablara, viendo cómo lord Darenthon parecía caminar directo hacia ella.

—Las muchachas y yo estábamos apostando...— comenzó a explicar con excitación y sin ningún tipo de pudor, a lo que Lucy la miró escandalizada,

pero Jane no le prestó atención —quién sería la última en llegar después del juego de búsqueda del tesoro, y Suzanne decía que serías tú, pero yo le dije que no y te defendí ¿escuchaste bien? Te defendí— recalcó sin siquiera tomar aire, levantando un dedo, a lo que Lucy la miró pestañeando aturdida ante su apresurado parloteo, mientras el que el barón ya había llegado junto a ellas y saludaba a sus amigas —porque sé que eres alguien sensata y no estarías bajo la lluvia, pero entonces *Noro* comenzó a apoyar a Suzanne, sin embargo la hice callar diciéndole que no me gustaba su acento, entonces ella rio y Suzanne también, y luego llegó Clitia...

—Buenas tardes, señorita Anderson— dijo el barón interrumpiendo el monólogo de su amiga.

Jane se giró y ladeó la cabeza frunciendo el ceño con molestia, a lo que Lucy sintió unas ganas tremendas de reír, pero no lo hizo ya que de lo contrario sería algo muy maleducado, y ella no era capaz de hacer semejante atrocidad.

Bueno, no de manera consciente. Siempre había tratado de ser una persona muy recta. Hasta que conoció al vizconde.

Maldito hombre que siempre se embutía en su mente, pensó arrugando el entrecejo.

—Buenas tardes lord Darenthon— saludó Jane parquedad, mirando al barón con una chispa de antipatía en los ojos —. Por si no se habrá dado cuenta milord, estaba en medio de una importante conversación.

El barón miró a su amiga arqueando una ceja, con aquel brillo pícaro característico de él en la mirada, a lo que Jane frunció aún más el ceño, dispuesta a decir cualquier otra cosa, pero Lucy la interrumpió antes de que cometiera una indiscreción que estaba segura podría traerle problemas a su amiga.

—Buenas tardes, milord— se apresuró a decir sonriendo con algo de tirantez y las manos sudorosas, rogando en su interior que Jane no comenzara una discusión con el barón como solía hacer la mayoría de las veces que estaban cercar.

—Buenas tardes, lady Lucinde— dijo el barón esbozando una sonrisa sesgada —. Espero que la anterior lluvia no la haya afectado y que se encuentre bien.

—No se preocupe, lord Darenthon— respondió Lucy ladeando la cabeza, restándole importancia con un gesto de la mano —, me siento de lo mejor.

Siendo sincera consigo misma, Lucy tenía que reconocer que no se sentía tan bien, ya que cuando habían regresado a Mantell Hall esa tarde ella había llegado algo húmeda, lo cual parecía querer afectar su salud.

Su tía casi se había vuelto loca al verla, ya que su salud era un tema muy delicado para lady Stamford, algo que a Lucy le constaba comprender muy bien el porqué.

Incluso a veces se preguntaba, con algo de consternación, qué pasaría si ella se casaba (algo que Lucy comenzaba a dudar seriamente ante las perspectivas que se le presentaban) y luego se enfermara con tía Maggy lejos. Lucy estaba segura de que lady Stamford sería capaz de cruzar toda Inglaterra para llegar a ella, y lo más probable es que su marido (hipotético futuro marido) terminaría pagando las consecuencias, llevándose consigo algunos (o varios) abanicazos y reprimendas de parte de la condesa.

Sacudió la cabeza para librarse de sus ridículos pensamientos, y miró a lord Darenthon quien la contemplaba con un extraño brillo en los ojos.

Lucy reprimió un escalofrío.

Parecía como si él supiera algo que Lucy desconocía; algo que podría causarle algún tipo de malestar.

—¿Sucede algo?— preguntó tentativa, a lo que el barón le dedicó una sonrisa algo melancólica.

Se removió incómoda. Por los dioses que no entendía nada.

—En ocasiones un caballero debe hacer cosas que no quiere solo por honor— murmuró lord Darenthon tan despacio que Lucy no sabía si había

entendido bien, por lo que estaba por preguntarle al barón, pero no pudo ya que el conde de Richmond apareció y se lo llevó antes de que pudiera.

¿Qué habría querido decir?

Se encogió de hombros con desenfado, pensando que tal vez eran solo imaginaciones suyas.

—La cena parece estar atrasándose— comentó Nora frunciendo los labios, recorriendo con sus oscuros ojos almendrados a todos los invitados.

—¡Ya sé!— exclamó Jane levantando el dedo índice en el aire, asustando a Suzanne, quien dio un salto y soltó un pequeño chillido —La cocina de lady Darenthon fue invadida por Clitia, quien se comió todo, y ahora los cocineros tuvieron que volver a preparar todo de nuevo— dijo rápidamente moviendo las manos de un lado para otro —¡Oh, miren! ¡y ahí viene Jilly y Clitia! ¡Por aquí Clitia!— añadió alzando una mano y haciéndole señas de saludo con exageración.

—¡Ay Dios mío!— gimió Suzanne dándose una palmada en la frente, haciendo que sus claros rizos se menearan de un lado para otro —Y luego nos preguntamos por qué ningún caballero quiere acercarse a nosotras.

—Es porque somos las Son— dijo Jane con sonrisa guasa, haciendo una exagerada floritura con los brazos.

—lo mejor de la bon ton— añadió Nora asintiendo con la cabeza, también sonriendo.

—Y no tenemos comparación ¿cierto?— masculló Suzanne poniendo los ojos en blanco, negando con la cabeza, como si pidiera paciencia a un ser superior.

—Pues no, somos únicas en este mundo— dijo Jane sorbiendo por la nariz.

Lucy las observaba mientras discutían, sintiéndose fuera de lugar.

Eran sus amigas, sí, pero en ese momento sentía que no encajaba con ellas;

sentía que desde que había conocido al vizconde ella había cambiado, algo dentro de su ser que parecía haber estado adormecido había cobrado vida desde que Andrew la había besado.

Andrew. Sonaba bien en su mente.

Exhaló un pesado suspiro. No se había dado cuenta, pero inconscientemente ponía barreras entre ella y el vizconde.

—¿Sucede algo?— preguntó Clitia llegando a su lado sin que ella se diera cuenta, sorprendiéndola.

Aunque ya debería estar acostumbrada, era una de las habilidades de Clitia.

—No, para nada—dijo Lucy sonriéndole a su amiga. Desde el día anterior que no la veía, y ciertamente la había extrañado.

Clitia la miró con agudeza y frunció los labios, como sopesando si su respuesta era sincera, pero Jane la interrumpió al comenzar a hablar.

Bendita y parlanchina lengua de Jane.

—Escuché que te comiste toda la comida, por eso aún no cenamos— susurró Jane en tono conspirador, lanzando miradas furtivas hacia todos lados.

Lucy rio por lo bajo. A veces Jane decía unas estupideces tan grandes que era imposible saber de dónde salían.

—No seas tonta— bufó Clitia con sequedad, mirándola con desdén —. Madre no me deja ir a la cocina, le tiene prohibido a los cocineros dejarme entrar— soltó un suspiro melancólico, cerrando los ojos con pesar.

—¿Entonces a qué se debe tanto retraso?— preguntó Jane sin poder reprimir su curiosidad, acercándose todo lo que podía a Clitia.

Las otras jóvenes también se acercaron, incluida Lucy, quien lo hizo de manera más disimulada que el resto, pero igual de curiosa que sus amigas, con terribles ganas de saber qué estaba pasando.

Además, todo eso era sumamente extraño. Lady Darenton siempre había sido una persona conocida por no soportar las dilaciones.

—Madre no me quiso decir...— dijo Clitia chasqueando la lengua con molestia, arrugando su pecosa nariz.

Suzanne soltó un bufido y Lucy hizo una mueca.

—Pero creo— prosiguió lanzándole una mirada mordaz a Suzanne —que tiene que ver con un anuncio que darán.

—¿Qué anuncio?— preguntó Nora levantando ambas cejas.

—Les dije que madre no quiso decirme— dijo Clitia cruzándose de brazos y encogiéndose de hombros, enfurruñada.

Jane abrió la boca para volver a preguntar algo, pero Clitia se le adelantó.

—No utilicé tus métodos. Lo supe por casualidad— dijo dándole una mirada desdeñosa por sobre la nariz.

—Mis métodos no tienen nada...— comenzó a decir Jane, pero fue interrumpida cuando una serie de lacayos entró en el salón portando cada uno bandejas con copas de champan para entregar a los invitados.

Lucy miró de reojo a Clitia, quien fruncía el ceño con violencia.

—Señoras y señores— dijo lord Darenton en el centro del salón alzando la voz, una vez que todos los lacayos se hubieron retirado, su tono fuerte y claro resonando por todo el lugar, llegando a cada rincón—, sé que todos están esperando ansiosos la cena, porque yo también lo hago— dijo con solaz, alzando los labios en una sonrisa sesgada, ganándose varias risas amistosas por parte de la multitud. Lucy sonrió ligeramente, pensando que tenía grandes dones para hablar en público —. Pero antes de que pasemos al comedor— continuó con vivacidad —nuestra querida lady Richardson quiere dar un importante anuncio, así que por favor préstenle atención a esta encantadora dama— dijo haciendo que la mujer que estaba a unos cuantos pasos de él se sonrojara de placer —. La dejo con ustedes.

—Gracias a todos por darme este precioso momento— comenzó a decir lady Richardson con gran algarabía, una vez asentada en el lugar que estuvo anteriormente el barón —. Para mí es un enorme...—

«*Como usted*» murmuró alguien por lo bajo (Lucy quiso creer que *no fue* su tío), pero la mujer no prestó atención y siguió con lo suyo, su felicidad era demasiado grande para sentirse insultada.

—...placer anunciarles a todos ustedes...— hizo una pausa dramática juntando las manos sobre su abultado ser, disfrutando de la atención que todos los presentes le prestaban, mientras Jane mascullaba un maleducado «*hable ya*» que Lucy sospechaba que la mayoría tenía en la punta de la lengua.

Incluyéndola a ella.

—...que mi hija Marianne está comprometida ¡con lord Daryl!— exclamó con euforia, sin poder ocultar su regocijo, saltando como una adolescente.

Todos en el cuarto guardaron silencio sepulcral para luego alzar sus copas en un brindis y prorrumpir en una ronda de aplausos y felicitaciones a dicho caballero, quien se encontraba casi escondido detrás de su futura esposa.

—Eso no me lo esperaba— murmuró Jane aturdida a su lado, con la mandíbula desencajada.

Lucy sintió cómo la comisura de sus labios se arqueaba involuntariamente. Siempre había tenido la impresión de que esos dos harían una buena pareja, ya que ambos tendían a pensar de igual manera. Si es que pensaban, realmente.

Y por fin lord Daryl dejaría de importunarla. Que gran alivio para sus oídos.

—También hay otra noticia que quiero dar a conocer— exclamó lady Richardson una vez que los invitados se tranquilizaron, viéndose aún más eufórica que antes, sus ojos tan abiertos que parecían querer salir de sus cuencas —. Mi amada sobrina Jolianne...— dijo la mujer tomando de la muñeca a Jilly y arrastrándola a su lado, quien miraba hacia el suelo como esperando que se la tragara la tierra —se casará dentro de dos semanas

con...— se oyó un jadeo colectivo de sorpresa, mientras lady Richardson observaba a la concurrencia con una clara mirada de triunfo.

«¿Qué? ¿Jilly Se casaba? ¿Pero con quién?» se preguntó Lucy abriendo los ojos de par en par debido a la sorpresa, y mirando a Jilly buscando algún signo que le dijera que era cierto, pero su amiga aún seguía mirando el suelo mientras apretaba los puños a los costados.

—...¡Lord Torrington!

Lucy sintió cómo la sangre se le iba del rostro, las manos comenzaban a temblarle y el mundo le daba vueltas.

Eso no podía ser verdad, pensó aturdida y desesperada, sin dar crédito a lo que había escuchado; el vizconde no podía casarse, no después de todo lo que había pasado entre ellos.

Giró la cabeza bruscamente hacia donde estaba el vizconde, con la esperanza de que él lo negara, que dijera que no era cierto, que lady Richardson mentía; pero cuando lo vio dirigirse hacia Jilly y tomar su mano para darle un beso Lucy supo que por más que deseara que todo eso fuera un engaño, la realidad le decía todo lo contrario.

Los murmullos no se hicieron esperar, pero Lucy no se sentía capaz de prestar atención a nada, y en su cabeza solo podía repetir con angustia «*El vizconde se casará con Jilly...el vizconde se casará con Jilly...*»

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo es eso posible?!— dijo Chastity dando un grito enfurecido, abriéndose paso entre la gente quienes no paraban de murmurar, logrando sacar un poco a Lucy de su estado de abstracción —¡Usted no puede casarse con ella!— exclamó diciendo la última palabra cargada de desprecio, apuntando a Jilly con un tembloroso dedo.

Lucy vio cómo la comisura de los labios del vizconde parecía tensarse.

—Señorita Sutherland— dijo mirándola con frialdad, su voz como un témpano de hielo —, le sugeriría que no se dirija de esa a forma a mi prometida, la futura vizcondesa de Torrington— añadió tomando una de las

manos de Jilly.

Lucy tragó saliva, sabía que estaba bien que la defendiera ¡Dios! por supuesto que sabía que estaba bien, pero eso no evitaba que doliera terriblemente, que cada palabra se le clavara como un puñal filoso en el corazón.

El salón se quedó en completo silencio, un silencio tan tenso que parecía crepitar.

—Le ruego que disculpe mi imprudencia— dijo Chastity luego de unos segundos tras haber recuperado la compostura, dando una inclinación de cabeza con rigidez, sus ojos cerúleos cargados de irritación y afrenta —. Siento haber dicho lo anterior— añadió antes de dar un elegante giro y retirarse, apareciendo al instante un joven para acompañarla, el mismo que la había estado acompañando la tarde anterior.

—Muy bien, señoras y señores— alzó la voz lady Darenthon aclarándose la garganta, haciéndose notar por encima del cuchichear de la gente —, les pido que por favor olviden lo anterior y pasen al comedor, que la cena los espera— dijo esbozando una cálida sonrisa, sonrisa a la cual nadie podía no hacer caso.

Todos estuvieron de acuerdo ya que todos estaban hambrientos después del dichoso juego, y rápidamente comenzaron a dirigirse hacia el comedor.

Lucy se mordió el labio inferior con demasiado vigor sin importarle si sangraba, y tomó una respiración temblorosa apretando los puños con fuerza, sintiendo los ojos arder con las ganas inmensas de querer llorar que la azotaban.

Se sentía histérica, y su corazón parecía estar sufriendo una colosal indigestión.

Miró al vizconde y desvió los ojos rápidamente al darse cuenta de que él también parecía observarla.

¿Cómo lord Torrington podía haberle hecho eso? ¡Era un maldito canalla!

¡Dios! No quería estar más ahí. Lo único que de momento deseaba era desaparecer del salón, de Inglaterra, del planeta si era posible, pensó angustiada.

—¡Oh, Dios mío!— exclamó Jane con aire sorprendido. Lucy miró a sus amigas por el rabillo del ojo, sintiéndose incapaz de mirarlas de frente, temiendo el ponerse a llorar en cualquier momento —¡Jilly se casa y no nos había dicho nada! ¿Qué clase de amiga es esa?— dijo con tono dolido, poniendo una mano sobre su pecho y sorbiendo por la nariz.

Suzanne se aclaró la garganta.

—Creo que tendrá sus razones— dijo tratando de apaciguar a Jane —. Tal vez su tía no la dejó que hablara. Recuerda que además estuvo toda la tarde con ella— añadió con una mueca comprensiva.

—Lo mejor será ir a felicitarla— añadió Nora esbozando una gran sonrisa —¡Mira que será la primera en casarse de nosotras!— aplaudió con entusiasmo, mirando hacia el horizonte con ojos soñadores.

Lucy sintió cómo un nudo del porte una nuez se le formaba en la garganta. Ella no podía hacer eso. No ahora, no cuando el dolor y la angustia era tan reciente. En el mejor de los casos lo más probable es que cuando tuviera de frente al vizconde se pusiera a llorar como una Magdalena, o en el peor puede que lo golpeará.

Tal vez así podría sacarse un poco de la terrible tristeza y rabia que la carcomían como un gusano desde el interior.

¿Pero cómo podría salir de ahí sin que fuera sospechoso?

Dio un salto nervioso cuando sintió una mano posarse en su antebrazo. Era Clitia.

—Vayan ustedes— dijo Clitia apretando los labios, dirigiéndose a Suzanne, Jane y Nora —. Yo no me siento muy bien, así que iré a descansar a mi habitación.

Jane boqueó un par de veces, frunciendo el ceño.

—¿Y tú, Lucy?— preguntó al fin.

Lucy abrió la boca sin saber bien qué contestar, pero Clitia se le adelantó:

—Ella me acompañará— respondió, dándole un pequeño apretón a su brazo —¿No te molesta cierto?— preguntó luego de una pausa, dándole una mirada interrogativa.

Lucy negó con la cabeza. Dios parecía estarse apiadando de ella en ese momento, dándole la oportunidad perfecta para poder retirarse, y no tenía pensado cuestionar su conmiseración.

—Bien, entonces ustedes vayan, antes de que queden sin acompañantes— dijo Clitia sacudiendo su mano desocupada.

—Qué acompañantes, si Jane los espantó ya a todos— murmuró Suzanne con sarcasmo meneando lo cabeza con frustración, antes de alejarse acompañado de las otras dos jóvenes.

Suspiró con cansancio una vez que se quedó sola con Clitia.

—¿Te sientes muy mal?— le preguntó con preocupación, porque a pesar de que ella se encontraba emocionalmente de lo peor, como si la hubiese pateado una manada de caballos, no podía dejar de preocuparse por su mejor amiga.

Clitia se la quedó mirando con insistencia por un buen tiempo sin decir nada, y Lucy desvió la mirada hacia una planta cercana, incómoda y aún más nerviosa de lo que ya estaba con anterioridad, pero luego de un momento Clitia habló:

—Solo me duele un poco la cabeza— dijo lentamente, sin dejar de mirarla —. Ve a tu habitación mientras le aviso a madre que no estaré en la cena. Ella le dirá a tu tía— le sugirió estirándose con pereza —. Después te paso a buscar y vamos a mi cuarto.

Lucy asintió con reticencia y frunció los labios. Eso no tenía sentido, su

habitación quedaba más lejos que la de Clitia.

Suspiró y se encogió de hombros con más cansancio del que nunca había parecido sentir. Clitia era Clitia, y siempre tendría sus extrañezas, eran lo que la hacían ser la persona que era.

—Y Lucy...— volvió a hablar Clitia, esta vez con una suavidad que pocas veces le había escuchado emplear. Lucy la miró con duda —Sabes que eres como mi hermana, y que haría lo posible por verte feliz— dijo mirándola con un inmenso cariño plasmado en sus castaños ojos, y luego, para su consternación, le dio un abrazo como nunca antes se lo había dado.

Lucy sintió aún más ganas de llorar de las que ya tenía. A ese paso pronto se transformaría en una regadera antes de se diera cuenta.

—¿Por qué me dices todo esto?— le preguntó con la voz entrecortada por la emoción, haciendo esfuerzos garrafales para que las lágrimas no cayeran de sus ojos.

Clitia se separó de ella y la miró esbozando una sonrisa.

—Solo para que lo sepas. Siempre estaré a tu lado— dijo, y luego esbozó una sonrisa guasa, esa sonrisa tan Clitia que tenía, y la miró con picardía guiñándole un ojo—, pero no te aproveches de mí— añadió para luego darse media vuelta e irse, dejándola sola en ese salón, únicamente en compañía de todos sus horribles y tumultuosos sentimientos.

Y al fin a solas, Lucy se permitió soltar las primeras lágrimas provocadas por un corazón roto.

Capítulo 16

Nuestras ilusiones no tienen límites; probamos mil veces la amargura del cáliz y, sin embargo, volvemos a arrimar nuestros labios a su borde.

RENÉ DE CHATEAUBRIAND

Los minutos se le hacían horriblemente eternos esa noche y a pesar de que no lloraba desde hace más de dos horas —toda una marca para Lucy— aún se encontraba triste, destrozada, y sentía su corazón como una esponja que una vez estuvo cargada de agua, y luego la estrujaron cruelmente con una fuerza descomunal dejándola seca, sin una sola mísera gota en su ser.

El llanto no le hacía para nada bien, pensó con sarcasmo, y lo más probable es que en ese momento se pareciera a ese monstruo de la novela gótica de esa tal Mary Shelley, del que tanto hablaba Nora; y Lucy sabía que si se miraba a un espejo terminaría deprimiéndose más de lo que ya estaba.

Suspiró con pesadez y se removió entre las sabanas para luego mirar al techo con apatía, escuchando el repiqueteo de la lluvia en los cristales de la ventana.

Al final, Clitia no se había aparecido en su cuarto, y en su lugar había enviado recado con una doncella excusándose, diciendo que prefería ir directo a su habitación y descansar, y que la disculpara por haberla dejado sin poder asistir a la cena. A veces, Clitia era más perceptiva de lo que dejaba ver.

Lucy no podía sentirse más que aliviada de poder estar sola y no tener que dar explicaciones sobre lo irritado que estaban sus ojos. Y su nariz. O ella en general.

Y por la cena no se preocupaba, ya que sabía que su estómago no sería capaz de recibirle nada, ni siquiera esa tarta de melaza.

Tía Maggy había ido a verla, pero Lucy se hizo la dormida (a pesar de que se sentía sumamente mal por engañar a su tía). Era eso o dar explicaciones, y no estaba de ánimos para lo segundo.

En realidad, no estaba de ánimos para nada, lo único que quería era esconderse bajo una roca y no salir más.

Había reflexionado mucho durante todo ese tiempo, desde que Clitia la había dejado sola en el salón hasta ese momento, y llegó a la amarga conclusión de que el vizconde solo jugó con ella.

Y ella fue tan terriblemente idiota que cayó en sus enredos a pesar de lo que le habían contado y oído sobre él.

Pero es que él había sido tan distinto de todos los hombres que había conocido antes; con aquel aire entre misterioso y travieso, con esos ojos brumosos que la miraban como nadie lo había hecho, con una intensidad tal que la dejaba sin aire y le debilitaba las rodillas, y con una sonrisa ¡cómo olvidar esa sonrisa! que le aceleraba el corazón cada vez que la veía.

Él la hacía sonreír como ninguno, y no era una mera elevación de labios que se daban solo por educación. No, él la hacía sonreír de tal manera que las mejillas le llegaban a arder.

—Y para qué hablar de sus besos...— murmuró sintiéndose sonrojar de tan solo recordar las sensaciones que le provocaba.

No podía negarlo, se había enamorado terrible, irremediabilmente del vizconde. A pesar de que era irritante y que parecía siempre encontrar alguna forma de burlarse de ella, también era amable y poseía una alegría contagiosa pese a las desdichas que había padecido de niño.

Y ahora él se casaría con una de sus amigas. Qué ironía. No sabía si reír como loca o volver a llorar como una condenada.

Se sentía tan pero tan, tan, tan estúpida que, aunque ella no se consideraba una mujer violenta, tenía unos inmensos deseos de golpear a alguien.

De ser posible al mismo vizconde. Y plantarle un puño en ese atractivo rostro le parecía su mejor opción. Desfigurarle para que no volviera a sonreír.

Exhaló un suspiro largo y tembloroso. ¿Por qué le hacía eso? ¿Qué, en nombre de todo lo que era sagrado, había hecho para merecerlo?

—Te odio, Andrew Clayton— masculló girándose en la cama con una rabia inmensa, ahora de frente hacia las cortinas que ni siquiera tuvo ánimos de cerrar, fulminándolas con la mirada a falta de alguien más—. ¡A quién quiero engañar!— gimió tapándose la cabeza con las sábanas— Si yo... yo te quiero para mí— susurró con un suspiro entrecortado y la voz ahogada debajo de la ropa de cama sintiendo sus ojos humedecer y un terrible bulto instalándosele en la garganta, reconociendo por primera vez en voz alta sus sentimientos por el vizconde, pero sabiendo que ya de nada servía.

—El honor es un maldito asco— masculló Andrew caminando con pesadez por entre los corredores de Mantell Hall que llevaban hacia su habitación—. Bueno, solo a veces— recapituló deteniéndose y frunciendo los labios con fuerza, alzando su mano izquierda en la que llevaba una botella de whisky a medio llenar y mirando el líquido color ámbar con terquedad —. Y tú eres una porquería, una excelente porquería— dijo con voz arrastrada, entrecerrando los ojos —, y creo que me pasé de copas.

Suspiró y afirmó la espalda contra la pared, soltando un gruñido y pasándose la mano desocupada por el pelo con fuerza.

Había pasado gran parte de la noche encerrado en la biblioteca de George,

bebiendo y pensando —principalmente lo primero— preguntándose cómo se había visto metido en semejante embrollo, y sin poder creer que se casaba.

Se casaba, por un demonio.

Con una mujer que apenas conocía, que no quería, que no le atraía ni lo más mínimo, y que ni siquiera sabía si le agradaba.

Todo lo contrario a esa irritable damita de rizos dorados y ojos color topacio.

Lucy. Cómo desearía poder besarla en ese mismo momento, y poder olvidar el inmenso dolor que vio reflejado en esos hermosos ojos azules, pero ni siquiera el alcohol parecía querer ayudarlo.

Incluso parecía haber hecho todo lo contrario. Maldito infierno.

Andrew sabía que él no era la mejor persona —diablos, sabía que usualmente podía ser un imbécil si se lo proponía, e incluso sin proponérselo — pero nunca creyó que caería tan bajo como para convertirse en un maldito bastardo hijo de una gran ramera.

Era el bastardo más maldito de todo Londres ¡Qué Londres! Del mundo por haberle hecho daño a una mujer como Lucy de una manera tan horriblemente espantosa.

A Lucy, quien solo debería sonreír y mostrar al mundo su inmensa belleza, no sufrir por sus necesidades.

—Maldito sea el infierno y sus demonios— murmuró chasqueando la lengua con amargura, para luego empujar la botella de licor y continuar su camino murmurando maldiciones dignas de un marinero.

Andrew no podía dejar de ver la ironía contenida en todo lo pasado.

Él, que había prometido que no se casaría para no cometer los errores del bastardo de su padre, acababa de ser comprometido a una mujer que parecía temerle.

¡Oh, que hermoso futuro le esperaba! Pensó con sarcasmo, esbozando una sonrisa cruel de auto burla.

Era inconcebible cómo su vida había cambiado de manera tan drástica en menos de veinticuatro horas.

Por otro lado, estaba también su orgullo.

Su magullado orgullo que había quedado por los suelos y aplastado y pisoteado por la encantadora lady Richardson.

Estúpido George, que se le ocurría decir semejante locura. Esa mujer tenía lo de encantadora lo que él tenía de... francés. Sí, de francés.

—Redonda es un apelativo más adecuado— farfulló deteniéndose delante de la puerta de la que era su habitación y acercando la mano al pomo para tirar de él.

Suspiró y dio un suave tirón. Luego otro y otro. Y otro más.

—Que le pasa a esta maldita puerta— gruñó tirando de ella otra vez, pero con fuerza —¡Demonios! ¡Se quedó trabada!

Bajó la mano y frunció el ceño. Lo único que quería era tirarse a dormir como un tronco. Sabía que mañana sería un día tedioso y quería por lo menos descansar un poco para poder soportar a lady Richardson.

Esa mujer cansaba a cualquiera.

—Esa cosa no tenía llaves ¿O sí?— se preguntó rascándose la frente y arrugándola con confusión —Tiene, pero no la utilizo— dijo en voz pastosa, negando con la cabeza y volviendo a dar un tirón a la puerta, hasta que esta se abrió emitiendo un áspero chirrido.

Dio unos cuantos pasos adentrándose, y siéndole difícil el ver debido a la oscuridad, ya que el pasillo estaba iluminado por algunos faroles y sus ojos no estaban preparados para un cambio tan radical.

Pestañeó unas cuantas veces y frunció el ceño bien fruncido cuando

comenzó a ver con algo más de claridad ¿Cuándo fue que cambiaron de lugar sus cosas? Por otro lado, no sabía si era su imaginación o qué, pero por lo que recordaba su habitación era más grande.

Mucho más grande.

Carajo, no podía estar tan ebrio, si solo se había bebido una botella de whisky. Bueno, casi dos, pensó mirando la que aún llevaba en la mano.

Se encogió de hombros y estaba por girarse y cerrar la puerta, pero un golpe seco en la espalda lo hizo caer al suelo de sopetón con un ruido sordo, con botella en mano incluida.

—¡Santos demonios del infierno!— gruñó adolorido dándose vuelta en el suelo tratando de pararse con torpeza— ¡Maldi...

—¿Torrington?— susurró una voz suave detrás de él.

Andrew se quedó quieto, paralizado, y luego de unos segundos resopló con molestia.

— Y ahora hasta alucino con ella, ¿Qué diablos le añade George al whisky?— refunfuñó sacudiéndose la ropa y mirando los cristales rotos y esparcidos. Que él supiera no estaba tan borracho si pudo llegar hasta allí sin caerse ninguna vez.

—¿Torrington? ¿Es usted?— volvió a escuchar la voz, y esta vez se giró quedándose sorprendido al ver a Lucy con un candelabro en la mano.

¿Ella fue quién lo había golpeado? ¿y con eso? Vaya, por eso que había dolido tanto, pensó aturdido y los ojos agrandados por la sorpresa, sin darle mucha importancia y dándose una sacudida mental.

—¿Qué hace en mi habitación?— Andrew arqueó una ceja y la contempló de pies a cabeza descaradamente, delineando con su mirada su pequeña figura cubierta con un virginal camisón blanco.

No sabía si era a causa del alcohol, el golpe y la caída, o la combinación de esos tres santos, pero creía que tenía cierto derecho a disfrutar de esa

atractiva vista que tenía frente a él. Después de todo, ella lo había golpeado. Y con nada menos que un candelabro. Y diablos, sí que había dolido.

Lucy se aclaró la garganta delicadamente sin darse cuenta de su escrutinio, y lo miró por debajo de sus largas pestañas con los ojos entornados, apretando los labios en una delgada, firme y grave línea.

—Siento contradecirlo— dijo en tono cortante —, pero esta es mi habitación— esta vez fue ella quien arqueó las cejas.

«*¡Oh! Ahora todo tiene algo más de sentido*» pensó Andrew asintiendo en su mente «*¿Pero qué rayos hago aquí?*»

Frunció el ceño, pensando de manera superficial que esa noche parecía hacerlo mucho, y repitió la pregunta, pero esta vez en voz alta.

Lucy lo miró con una mueca extremadamente sarcástica.

—Eso debería preguntarlo yo— dijo con acritud, entrecerrando los ojos y acomodando el candelabro entre manos.

«*Buen punto*» acepto Andrew internamente, pero sin decir nada. Ya se sentía demasiado tonto de momento, así que mirando de forma acusatoria al candelabro preguntó con resentimiento:

—¿Y por qué me golpeó con eso?— dijo apuntado el objeto, sintiendo resentidos sus omóplatos.

Ella agrandó los ojos y abrió la boca formando una pequeña y perfecta O, mirándolo con extrema incredulidad, como si le hubiese salido otra cabeza.

—Entra a mi habitación en medio de la noche como un ladrón— siseó con furia y los dientes apretados —¿Qué quería que hiciera?— continuó Lucy lanzando chispas de irritación por los ojos, cambiando el peso de una pierna a otra —Además está ebrio— declaró con una mueca de desagrado.

Andrew no supo bien porqué, pero le dieron ganas de reír al verla de aquella forma. Nunca antes lo había mirado así y en verdad que era condenadamente gracioso. Con ella no iban ese tipo de expresiones, incluso se

veía adorable en lugar de molesto.

Hizo un sonido ahogado, tratando de no reír, ganándose una mirada confundida de Lucy.

—¿Qué le pasa?— Lucy lo miró con recelo —¿Se... se está burlando de mí? ¡Oh por el amor de...! ¡Se está burlando de mí!— exclamó alzando las manos al cielo —todavía sosteniendo el candelabro— como si no diera crédito a lo que sus ojos veían y lo que sus oídos escuchaban —¿Es que acaso no se cansa de burlarse de mí? ¿De humillarme? ¿Vino aquí solo para eso?— preguntó con notable amargura, quebrándosele la voz en la última pregunta.

Andrew se tensó visiblemente y endureció la mandíbula, toda su diversión anterior desvanecida rápidamente.

¿De verdad ella pensaba que había ido a burlarse de ella? ¿A molestarla? ¿Por qué clase de persona lo tenía?

Andrew sabía que hasta ahora se había comportado como un completo bastardo, pero él jamás se atrevería hacer semejante canallada, y menos a ella, a ella que...

Apretó los puños tratando de controlarse para no acercarse a Lucy y tomarla por los hombros para zarandearla y explicarle cómo había sucedido todo, cómo se había visto obligado a comprometerse con otra mujer, que él nunca había tocado a la señorita Creig... pero no podía.

En cambio, se quedó mirando fijamente su forma etérea siendo alumbrada tenuemente por el brillo de la luna, dándose cuenta de que ella temblaba y que sus ojos normalmente lozanos estaban hinchados y enrojecidos.

Ella había llorado, llorado por su culpa, pensó sintiendo como si le hubiesen dado una patada en el estómago dejándolo sin aire.

—¿A qué vino, lord Torrington?— preguntó la joven en un doloroso susurro.

—Yo...— dijo con la voz ronca, sintiendo un nudo en la garganta, y sin

saber qué decir. Era ridículo que le dijera que estaba ahí porque se había equivocado de habitación, ya que él inconscientemente quería verla, quería estar a su lado —yo...— repitió, alzando una mano y dejándola caer al instante, sin poder decir nada.

Un desolador silencio se hizo entre ellos, en el que solo se escuchaba el hondo y reverente repiquetear de la lluvia chocando contra las ventanas.

—Entiendo...— dijo Lucy con voz estrangulada, tragando sonoramente saliva y desviando la mirada.

—¡No, maldita sea! ¡Usted no entiende!— gruñó Andrew estando junto a ella de un salto y tomándola por los hombros con fuerza, obligándola a mirarlo con sus ojos aguados —¡Usted no entiende!— añadió con ímpetu, en tono abrasador.

—Entonces explíqueme— repuso ella en un calmo susurro, sin apartar sus hermosos ojos azules de los de él.

Andrew detalló intensamente cada línea de su rostro, preguntándose porqué era tan imbécil, porqué había aceptado un compromiso con la señorita Creig, y por qué no le contaba toda la verdad, cómo lady Richardson lo había acorralado de tal manera que la única opción para que el honor de la joven no se viera mancillado había sido a través de ese maldito compromiso.

Había querido negarse, Dios estaba de testigo que lo único que quería era huir de toda obligación y no tener que casarse con esa mujer que le temía como si fuera el mismo diablo; pero no podía, ya había sido lo suficientemente bastardo con Lucy como para arruinar a una dama inocente que se vio metida en ese enredo por azares del destino; y si por alguna razón se le ocurriera desprenderse del compromiso, sabía que Lucy lo odiaría aún más por arruinarle la reputación a una de sus amigas.

Quería, no, deseaba, necesitaba tan profundamente decirle tantas cosas...

—No puedo...— dijo al fin, soltando las palabras en una dura exhalación y endureciendo la mandíbula, sin querer soltarla ni alejarse de ella.

La joven recorrió su rostro con los ojos quemándole la piel por donde pasaba, hasta volver a clavarlos en su mirada y dar un asentimiento con un leve movimiento de cabeza, que a Andrew se le hizo tan brutal, tan desgarradoramente juicioso.

—Será mejor que se vaya— musito desprendiéndose de su agarre y dando un paso hacia atrás, dejando el candelabro en una pequeña mesa junto a la entrada.

Él dejó los brazos caer hacia los costados como un peso muerto, y Lucy lo miró a esos insondables ojos grises que no la dejaban, aquellos ojos que parecían una tormenta, librando una batalla que ella no tenía el valor suficiente para querer descifrar.

¿Por qué todo tenía que ser tan horriblemente complicado? ¿Por qué justo cuando por fin había encontrado al hombre perfecto que desestabilizaba su mundo como nunca había imaginado, él tenía que casarse con otra mujer, que además era una de sus amigas?

Cómo deseaba tan ardientemente poder odiarlo, pero no podía, porque al mirar su rostro, sus ojos, lo único que sentía era un inmenso amor que la desbordaba, que le rogaba por su cercanía, y que le producía un agudo dolor en el corazón.

Lucy soltó un tembloroso suspiro, sintiendo cómo las lágrimas se le acumulaban en la comisura de los ojos, pestañeando rápidamente para alejarlas, y sorbiendo por la nariz brusca y sonoramente.

—Será mejor que...— volvió a decir, siendo interrumpida por el vizconde que nuevamente estaba sobre ella tomándola con fuerza de los hombros y mirándola con una intensidad tan abrumadora, tan apabullante que le quitaba el aliento.

—Lucy...— susurró roncamente, una serie de emociones que Lucy no alcanzó a descifrar pasaron rápidamente por sus ojos oscuros —Lucy— reiteró como si de una súplica se tratara, alzando una mano desenguantada para luego acariciarle la mejilla con tanta delicadeza que Lucy quiso llorar.

—¿Qué es lo que quiere de mí?— preguntó en un trémulo susurro, casi un sollozo, dejando que viera en sus ojos toda la confusión que sentía, toda su frustración.

Él no dijo nada por unos instantes, solo mirándola a los ojos, hasta que bajó ligeramente su mirada clavándola en sus labios y Lucy agrandó los ojos cuando la besó.

La besó de forma suave, pausada y tan dulce que Lucy soltó un sollozo en medio del beso sin poder evitarlo.

¿Por qué le hacía eso?

En cambio, el vizconde aumentó la intensidad del beso, volviéndose ávido, hambriento, y Lucy se dejó llevar sin reclamo, dando la bienvenida a sus ansiosos labios y abriéndose para él, dejando que la guiara; y sintiendo cómo un agradable calor comenzaba a avivarle la sangre, el cuerpo y el corazón, recorriéndola como un torrente de fuego líquido por sus venas.

Sentía el cuerpo liviano, parecía flotar, y lo único que Lucy deseaba era prolongar esa sensación por siempre.

Él se alejó ligeramente de ella y susurró su nombre, para luego volver a tomar sus labios con urgencia; y sin que Lucy se diera cuenta, y sin que le importara realmente cómo, el vizconde había logrado atraerla hacia él y sus brazos la rodeaban por completo en un abrazo íntimo, abrumador.

Lucy posó sus manos en su cuello y se arqueó contra él sintiendo crecer el calor en su interior.

Ese beso era completo y totalmente diferente a los anteriores. Había un tipo de desesperación en ello, como si él tratara de decirle a través de sus caricias algo que Lucy estaba lejos de entender.

Era como si quisiera fundirse con ella a través de ese abrazo. Y ella... que Dios la perdonara, pero ella lo deseaba.

Deseaba todo lo que Andrew le hacía sentir, deseaba que sus manos la

acariciaran por todas partes, deseaba... deseaba tantas cosas...

Deseaba que no tuviera fin.

Finalmente él separó sus labios de los suyos solo para comenzar un reguero de húmedos besos a través su mandíbula hasta llegar a su cuello y volver a susurrar su nombre como si fuera una plegaria.

—Andrew...— suspiró Lucy sin poder evitarlo, sintiendo que si no decía su nombre se ahogaría con él.

Andrew detuvo su recorrido y alzó la cabeza con brusquedad, sus ojos grises —tan brumosos que parecían negro en la oscuridad— posándose en los de ella con tanta intensidad que le traspasaba el alma, que la quemaban.

—Repítelo— susurró con la voz enronquecida, haciéndola estremecer —di mi nombre de nuevo— pidió apasionadamente.

—Andrew— susurró trémulamente Lucy sin poder apartar los ojos de los suyos, sin poder y sin querer negarse a su petición, vertiendo en esa palabra todos sus sentimientos, todo su corazón, todo lo que ella era.

El vizconde la miró por un instante más, y sus ojos adquirieron un brillo depredador, pareciendo surgir llamas plateadas de ellos, y luego la volvió a besar tan ardorosamente, pasando sus manos por toda su espalda con caricias de fuego que la derretían.

¿Era posible morir en medio de un beso? Porque Lucy estaba completamente segura de que podría desfallecer en ese instante y muy bien no darse cuenta.

Lucy gimió y pasó sus manos por su cabello, arqueándose más contra él, necesitando con urgencia aumentar el contacto entre ellos y, como si Andrew hubiese podido leer sus pensamientos, la atrajo más hacia su cuerpo, haciéndola sentir la dureza de su cuerpo contra su vientre.

Y Lucy se tensó dándose cuenta de qué era lo que estaba haciendo, no siendo tan ingenua ni ignorante como para no saber lo que significaba ese

bulto.

¿Cómo podía estar besándose tan desvergonzadamente con el vizconde? Un hombre que estaba comprometido, y lo peor que con una de sus amigas.

Andrew se separó ligeramente de ella al sentir su tensión haciendo uso de una voluntad y autocontrol que no sabía que poseía, sabiendo que debía parar y que todo eso ya había ido demasiado lejos, a pesar de que lo único que quería en esos momentos era quitarle esa discreta camisola y hacerla suya.

Pero por más que lo deseaba sabía que no podía.

Puso los ojos en Lucy, quien retrocedió hasta chocar con la puerta entreabriendo sus hinchados y magullados labios y dando una brusca exhalación.

—S-soy de lo peor...— susurró con voz trémula.

Se llevó una mano a la boca y sus ojos se agrandaron dejando ver el más profundo horror.

—¡Oh por Dios! ¡Soy de lo peor!— gimió con desesperación —Usted es el prometido de Jilly... y usted y yo... ¡Oh Dios!— exclamó, como si no pudiera creer todo lo que decía y lo que había pasado.

—¡No diga estupideces!— gruñó Andrew antes de que se diera cuenta, sorprendiéndola a ella y hasta a él mismo —Si alguien tiene la culpa de todo esto soy yo.

Ella lo miró con sus grandes y profundos ojos azules llenos de angustia que parecía desbordarla, una angustia que hasta a él lo traspasaba como nunca nada lo había hecho.

Se veía tan pequeña, tan frágil y desolada que Andrew se sintió una oleada de autodesprecio por ser él el causante de todo eso.

El silencio se hizo presente de repente retorciéndole las entrañas, y la atmósfera era tan pesada que parecía crepitar.

Lucy dio una respiración que estremeció todo su menudo cuerpo.

—Por favor, váyase— dijo mirándolo con súplica.

Andrew no dijo nada, solo apretó los puños a los costados, su cuerpo un manojito de tensión.

—Por favor...— volvió a decir ella en un murmullo apenas audible que Andrew sintió quebrarse en su interior una parte de algo que no supo identificar.

La miró una última vez para luego dar un lento y rígido asentimiento, para luego avanzar hacia la puerta que ella le abrió con cuidado.

—Mañana hablaremos— dijo al pasar por su lado, conteniéndose para no cometer otra locura como la anterior.

Lucy no dijo nada, solo apretó los labios y bajo los ojos a la espera de que él saliera.

Una vez que se encontró afuera Lucy cerró la puerta y Andrew se pasó las manos por el pelo con fuerza.

—¡Maldición! ¿Por qué tengo que ser tan idiota?— se preguntó en un cansado suspiro, un suspiro que fue ahogado por el sonido producido por la lluvia, la cual solo parecía aumentar y simpatizar con su tormentoso estado anímico.

Capítulo 17

*¡Oh amor poderoso! Que a veces hace de una bestia un hombre, y otras,
de un hombre una bestia.*

WILLIAM SHAKESPEARE

La lluvia no había menguado hasta ya pasada la madrugada, pero en ese momento el cielo estaba tan despejado y el sol era tan luminoso como si nunca hubiese llovido.

Estaba espléndido.

Todo lo contrario a Lucy, quien podía asegurar que si uno de sus admiradores la viera en esos momentos lo más probable es que saliera arrancando más rápidos que perdices con rumbos desconocidos.

Se sentía tan mal. Fatal. Horrible.

Parecía que la caladura de la tarde anterior había tenido su efecto en ella, y ahora su cuerpo se veía resentido. Pero a pesar de ello el dolor de su corazón no parecía ser atenuado ni con eso.

No había logrado pegar un ojo en toda la noche, y ahora se sentía tan agotada, tan triste, y tan desgraciada que solo quería llorar, pero ni lágrimas le quedaban.

Suspiró dando una vez más una vuelta en su cama (no sabía cuántas veces lo había hecho ya), sintiendo un inmenso frío recorrerle el cuerpo. Era de esperarse que a esas horas estuviera tan fresco, después de todo, los días calurosos luego de una lluvia siempre tendían a amanecer con una temperatura

así de baja.

—Soy la peor amiga que existe— sollozó, apretando las manos con fuerza contra la almohada —. Merezco ir al cadalso por traicionera.

¿Cómo podía haber estado besándose de esa forma tan descarada con Andrew? «*Es lord Torrington Lucy, entiéndelo*» Se regañó dándose una bofetada mental.

—Al menos me desquité con el candelabro— murmuró sintiéndose un poco mejor, y sintiendo surgir una pequeña risa en la garganta.

Sabía que el golpe que le había dado al vizconde no había sido para nada suave, y lo más probable es que ese día amanecería con la espalda amoratada y adolorida.

—Pero se lo merecía.

Cerró y abrió sus hinchados y cansados ojos repetidas veces y se acomodó en la cama hasta quedar sentada, soltando un amplio bostezo.

Hizo una mueca al mirar la alfombra turca y ver el desastre en que se había convertido al absorber el licor que contenía esa botella ahora rota que había llevado el vizconde la noche anterior.

¿Cómo iba a limpiar todo eso? De seguro que quedaría una marca horrible, aunque la restregara con vinagre. Y ni siquiera tenía a mano.

Otra cosa más que adjuntarle a ese hombre.

—Es un bas...— hizo un ruidito estrangulado tratando de controlar su lengua y no blasfemar. No caería tan bajo —Perdón Dios— murmuró alzando los ojos hacia el techo en una falsa plegaria, y juntado las manos sobre el pecho —, pero de alguna forma tengo que desahogarme, y las maldiciones son la opción más sana. No quiero tener que estrangularlo cuando lo vea.

Sacudió la cabeza. Realmente la falta de sueño la estaba volviendo loca, solo le faltaba soltar una risa histérica.

Se levantó con dificultad de la cama, y caminó hacia donde estaban los vidrios rotos de la botella, hincándose junto a ella y mirándolos largamente, sin saber realmente qué hacer.

Andrew le había dicho antes de irse que quería hablar con ella «*Más bien me ordenó*» pensó dando un resoplido, juntando los pedazos de la botella en un solo lugar.

Lucy tenía sentimientos encontrados. Por un lado, no quería por nada del mundo volver a verlo, ya se sentía lo suficientemente herida y maltrecha de momento, y verlo y tenerlo cerca solo aumentaría su malestar. Pero por otro lado anhelaba su compañía, deseaba perderse en sus ojos y ver esa sonrisa tan atractiva en su rostro.

¿Por qué el amor tenía que ser tan complejo? ¿Y por qué, por qué, *por qué* tuvo la desgracia de enamorarse precisamente de ese hombre y no de otro? Como por ejemplo el señor Herbert. El señor Herbert parecía una buena opción. Era agradable, sumamente respetuoso, con una reputación intachable, y parecía gustar de ella. «*Y también es atractivo*» pensó Lucy meneando la cabeza.

—Pero no sonrío como ese estúpido vizconde— suspiró con desgana, poniendo los ojos en blanco ante su estupidez.

Nadie nunca a ojos de Lucy podría superar esa sonrisa tan descarada. Era mágica. Cada vez que ella la veía el cielo parecía despejarse y el sol brillaba aún más. Hasta las aves cantaban melodías más bellas.

¿Podía existir algo más hermoso que su sonrisa?

Para Lucy era un rotundo no. Tal vez era porque ella lo amaba y sabía que no podía ser objetiva, pero le daba igual. Era una sonrisa hermosa y ya, pensó encogiéndose de hombros.

Suspiró y tomó un trozo de vidrio entre sus manos, mirando a través de él, y cuidando de no cortarse los dedos, pensando que parecía representarla a la perfección: destrozados y maltratados, al igual que ella. Solo faltaba que la tiraran a un tarro de basura como pronto haría con esos vidrios.

En el otro extremo también se encontraba Jilly. Sabía que estaba mal sentir resentimiento hacia ella, porque Jilly no sabía sobre sus sentimientos hacia el vizconde, pero a pesar de ser consciente de ello no podía evitarlo.

No quería verla, no quería tener que sonreírle falsamente y felicitarla por su inminente matrimonio con hipocresía, y mientras tanto por dentro detestándola con amargura.

—Soy una mala persona— susurró por enésima vez en menos de una hora, pensando que tal vez el recriminarse pudiera ser un buen escarmiento y librarla de la ira de Dios por tan impuros pensamientos.

Se aclaró la garganta e hizo una mueca de dolor. La sentía inflamada, y la nariz también la tenía irritada. Lo más probable es que si hablaba en voz alta la voz le saldría gangosa.

Reprimió un escalofrío. Oh por Dios, iba a hablar como Charlotte.

Pero tal vez no fuera tan malo que estuviera resfriada, pensó dando un cabeceo. Esa sería la excusa perfecta para salir de esa casa de una vez por todas, y así librarse de la horrible y desgarradora tarea de tener que hablar con Andrew.

—No tengo que volver a verlo— susurró cerrando los ojos y suspirando largamente con pesadez—. Eso será lo mejor— dijo tristemente, volviendo a mirar los trozos de vidrio, tratando inútilmente de hallar una manera de limpiar la alfombra y no arruinarla más en el proceso.

La cabeza le latía horrores como si una caballada le hubiese pasado por encima, y sus ojos parecían haber tragado arena. Si es que los ojos pudieran tragar, claro.

A largo de todos sus años, Andrew, como todo hombre que se precie de

serlo, había atravesado una multitud de distintas resacas, la mayoría de las cuales eran luego de alguna noche de juergas en algún garito de mala reputación; pero nunca ninguna lo había dejado en tal deplorable estado como la actual.

Había perdido la cuenta de todo lo que había bebido después de dejar la habitación de Lucy, pero sabía con certeza que no había bebido tanto alcohol desde que tenía... no sé... ¿unos dieciocho años tal vez?

Bufó molesto, pero hasta eso aumentaba el latido en su cabeza.

—Maldita sea— gimió roncamente, dándose vuelta en la cama y poniéndose una almohada sobre la cabeza, apretándola con fuerza.

No sabía cómo, pero de alguna milagrosa manera había logrado llegar a su habitación y tirarse sobre la cama.

Dando tumbos seguramente, pero había llegado.

Trató de abrir los ojos, pero le dolían tanto que tuvo que volver a cerrarlo.

—Dios santo, qué infierno— masculló, sintiendo la voz pastosa y tragando saliva repetidas veces.

No quería hacer nada ese día. Solo dormir y que se le pasara esa maldita resaca que tenía encima. «*Y tal vez darme un baño*» pensó haciendo una mueca de asco al aspirar su olor.

Apestaba como un burdel, solo le faltaba el perfume barato. Era como si le hubiera caído un balde lleno de alcohol encima.

Lo único que lo hacía sentir un poco mejor era saber que no tendría a Griffin sobre él riéndose y burlándose de su estado con sus sarcasmos mal velados.

Mayordomo insolente. Tendría que dar gracias de que él era un amo indulgente y que le tuviera su dosis de aprecio. Porque de otro modo ya hace tiempo que estaría de patitas en la calle.

Suspiró cansado, retirando con una patada mental la imagen de Griffin de sus pensamientos.

En esos momentos se sentía como Atlas, con todo el peso del mundo sobre los hombros. Honestamente, lady Richardson podía contar como un mundo, con lo esférica que era.

Cómo deseaba estrangular a la mujer odiosa y verla retorciéndose implorando un poco de aire. Oh, cómo lo disfrutaría.

Andrew se sentó en la cama con una lentitud martirizante, sacando el rostro de lady Richardson de su mente, que solo parecía agriarle más la mañana.

Se estiró, e hizo una mueca de dolor, y habría podido jurar que oyó el chirrido protestante que hacían sus articulaciones debido al movimiento.

Esa pícara de Lucy por poco lo deja inválido con ese golpe. Y pensar que tan menuda y con tanta fuerza.

Tenía que hablar con ella, pensó Andrew peinándose el pelo con los dedos.

No sabía qué era lo que tenía que decirle, pero de una u otra forma tenía que hablar con ella.

Se pasó las manos por la cara con gesto cansado.

Dios ¿Cómo iba a salir de ese embrollo? Se sentía agobiado, y su vida parecía estar atravesando arenas movedizas en las que se hundía más y más con cada segundo que pasaba.

¿Cómo era posible que solo por querer realizar una buena acción para que la señorita Creig no se enfermara ahora se casaba?

«*Debe casarse con ella*» aún recordaba la odiosa voz de esa vieja bruja y sus ojos llenos de avidez cuando los encontró en la cabaña del jardinero «*Su reputación se ha visto comprometida. Tiene que casarse*».

Mujer del demonio.

Si no hubiese sido porque estaba en compañía del tonto de Daryl y la cabeza hueca de la señorita Marianne, Andrew estaba seguro de que se habría podido librar de ese compromiso, pero estando esas dos bocas sueltas presentes, no podía hacer otra cosa que tragarse la bilis y aceptar estoicamente un destino para nada alentador.

¿Tener a lady Richardson como familia? A Andrew no se le ocurría nada mejor.

—Preferiría una serpiente— dijo, ejercitando sus músculos adoloridos.

Tenía que encontrar alguna manera de desatenderse de ese compromiso, pero por más que pensaba y pensaba no se le ocurría nada. Y maldición, ese dolor de cabeza tampoco ayudaba mucho. Hasta el momento solo le había sobrevenido la idea de huir. O fingir su muerte. Pero ninguna de esas dos opciones parecía ser alguna solución viable.

Por otro lado, huir era demasiado de un cobarde, y Andrew no se consideraba uno. También era demasiado bajo y no se encontraba capaz de hacerlo, además de que algún tío, primo, hermano —o lo que tuviera la señorita Creig— lo perseguiría por todo el globo terráqueo hasta darle caza y retarlo a duelo. Diablos, si hasta él haría lo mismo si le hicieran algo parecido a Clitia. Incluso lo empalaría en la plaza pública y lo despellejaría. Vivo.

Se acomodó mejor en su posición y se pasó las manos por el cuello, desabrochando los botones de su camisa, y luego miró hacia todos lados buscando su corbata, encontrándola tirada en un rincón de la habitación.

Arrugó el entrecejo y se levantó tomando una botella del suelo que aún contenía whisky, y la abrió para luego empinársela y acabarse todo lo que aún tenía, esperando que con eso se le despejara un poco la cabeza.

No lo había pensado antes, pero ¿Quiénes eran los padres de la señorita Creig? ¿Qué otros parientes tenía? Porque Andrew solo le conocía al tropel de los Richardson.

Tampoco era que le importara mucho, pensó encogiéndose de hombros y chasqueando la lengua cuando la espalda le protestó, de todas formas, ya estaba comprometido con la muchacha. Solo esperaba que no tuviera hermanas, no quería hacerse cargo de la presentación en sociedad de unas mocosas. Suficiente tenía con asistir a bailes.

Tomó una respiración profunda, y resopló con asco cuando su nauseabundo olor le llegó a la nariz.

Tendría que tomar un baño pronto, decidió tirando la botella sobre la cama, o de lo contrario terminaría vomitando sobre sí mismo. Además, pensó mirando el reloj junto al armario, tenía que encontrar una forma de hablar con Lucy antes de que se encontrara con *su futura tía*.

Para Lucy fue más fácil de lo que pensó en un principio convencer a su tía de retirarse de esa reunión campestre que parecía ir en decadencia. Incluso parecía más entusiasta que ella por querer irse, haciéndole querer preguntar las razones a su tía, pero finalmente decidió no profundizar en ello y conformarse con que ya pronto se irían.

Así que en esos momentos se encontraba despidiéndose de sus anfitriones, sintiéndose mal por sentirse alegre de al fin salir de ahí.

Qué complicado.

—¡Ay querida!— sollozó lady Darenthon con marcado pesar y sonándose la nariz delicadamente con un pañuelo, mientras que los lacayos subían los baúles en el carruaje —. Siento tanto que por mi culpa te hayas enfermado. Si no fuera porque yo organicé ese juego nada de todo este desastre habría

sucedido.

—No es su culpa— dijo Lucy forzando una sonrisa, teniendo la espantosa impresión de que la baronesa no se refería solamente a su resfriado —. Nadie podía predecir que llovería.

—En realidad, yo sí le advertí que llovería— rezongó Clitia, estirando los brazos y mirando con interés sus guantes —. Como sabes, cada vez que va a llover lo siento.

—Estos huesos no mienten— dijo el barón detrás de su hermana, zarandeándola por los hombros e imitando la voz temblorosa de un anciano.

—No seas impertinente, Clitia— regañó lady Darenthon frunciendo los labios.

—No es impertinencia, es discrepancia— dijo Clitia con una media sonrisa —¡Y George, deja de molestar! ¡Madre!

Lucy tosió disimulando una risa al ver a su mejor amiga pelear con su hermano mientras su madre parecía estar orando, pensando que parecía ser la primera risa que soltaba en años. Siglos tal vez.

Exhaló con fuerza y miró de reojo a su hermano, quien revisaba y acariciaba las crines de los caballos mientras hablaba con el cochero.

Volvió a mirar a su amiga y se mordió la mejilla. Cómo desearía que Robert fuera aunque sea solo una pulgada parecido a como era el barón.

La envidia, decidió Lucy, parecía ser el pan de su día.

—Creo que ya es hora de irnos— lord Stamford se aclaró la garganta por sobre las voces de los demás —. Hay que volar antes de que mi sobrina muera— dijo con un toque burlón.

—Tienes razón querido— afirmó lady Stamford pasando por alto su broma, posando una mano de largos dedos en el antebrazo de su marido —. Es una lástima que tengamos que irnos tan pronto, pero tenemos que velar por la salud de nuestra sobrina, y en Londres estará mucho mejor.

—Debería de darle láudano, hace maravillas. Lo digo por experiencia— afirmó Clitia.

Lady Darenthon jadeó y sus ojos parecían querer salir de sus órbitas.

Su tío se atragantó y creyó oírle decir entre toses un «*Por eso adoro a esta jovencita*».

—¡Clitia!— logró decir— ¿Acaso tú... tú...?

—¿Si acaso sabía que lo que me dio la vez pasada contenía láudano?— suplió Clitia, servicial, inclinando la cabeza hacia un lado.

La baronesa asintió frenéticamente.

—Por supuesto que sabía, madre— Clitia esbozó una sonrisa diabólicamente angelical. Lucy sintió un escalofrío recorrer su espada —. A veces pareciera que olvidaras que también poseo mi poco de inteligencia y curiosidad— añadió sorbiendo por la nariz con gesto ofendido.

—Nadie lo olvida hermanita— dijo el barón esbozando la misma sonrisa de su amiga. Lucy pensó que era aterrador lo que podían parecerse esos dos en algunos momentos —. Solo que en ocasiones te comportas tan indiscriminadamente estúpida que se puede llegar a dudar de tu intelecto, pero nunca olvidarse de él; y tu curiosidad siempre se despierta en las ocasiones más inapropiadas que no puede pasar desapercibido. Te aseguro que no puede— declaró, ganándose un codazo en las costillas por parte de Clitia.

—¡Ay Dios mío!— gimió lady Darenthon alzando implorante sus ojos ámbar al cielo —¡Dame paciencia! Si estos dos se siguen comportando como niños, a este paso jamás conseguiré nietos.

—Ni que lo digas— repuso la condesa girando bruscamente la cabeza hacia ella y entrecerrando los ojos con reproche —. Los cerdos volarán antes de que estos jóvenes se casen.

Lucy desvió la mirada y fingió toser, esperando que su tía se compadeciera de su estado, no pasando ni dos segundos antes de que ya estuviera junto a ella

tocando su frente, comprobando su temperatura.

—Creo que deberías de abrigarte más, Lucy querida— sugirió lady Stamford. Un ceño arruinando su hermoso rostro.

«*Tengo como quince libras de ropa encima*» pensó Lucy mirando su chal y todas las mantas que tenía sobre los hombros, que parecían hundirla. Si se abrigaba más terminaría como un pato asado, ayudada de ese intenso sol.

Puso los ojos en blanco. Era eso o bufar, y Lucy no quería ganarse un regaño por parte de su tía.

Se aclaró la garganta.

—Estoy bien así— apretó las mantas contra su cuerpo —. Pero pienso que deberíamos irnos pronto— dijo suavemente —. Los baúles parecen haber sido todos cargados.

Se sentía terrible por manipular a su tía de esa forma, pero quería, *necesitaba* salir de ese lugar. Había logrado casi de milagro el no encontrarse con Jilly y ninguna de sus otras amigas esa mañana, pero no quería tentar a la suerte. Ya le había prestado demasiado, lo cual la alarmaba.

—¡Oh sí! ¡Por supuesto!— saltó su tía —Emily, querida...

Lucy la observó despedirse de lady Darenton, sollozando como si un aluvión las separaría para siempre, y no podrían volverse a ver.

Sonrió levemente y se dirigió a Clitia, quien la miraba con la cabeza inclinada hacia la izquierda.

—No hemos tenido tiempo para hablar— comenzó Clitia —, así que quería disculparme por haberte pedido ayer inútilmente tu compañía.

Lucy alzó las cejas. Viendo que ella no parecía para nada arrepentida.

Se aclaró la garganta.

—¿Quieres decir que mi compañía es inútil?

—El pedido fue inútil— rectificó Clitia ladeando la cabeza hacia el otro lado, y luego se quedó en silencio.

Pasaron cerca de diez segundos antes de que Lucy se decidiera por romperlo.

—Bien, te perdono— dijo, pensando que en realidad debería de estarle agradecida por darle la oportunidad de poder escapar de la cena la noche anterior.

Pero no diría nada.

Confiaba en Clitia más que en cualquier otra persona, pero no quería agobiarla con sus problemas.

Además, ¿cómo le explicaría sus sentimientos por el vizconde? «*Oh, y Clitia ¿Sabías que amo a tu primo? Incluso nos hemos besado, y lo hace fenomenal; también me visitó anoche en mi habitación, por si te interesa*». Hasta el diablo se reiría.

—Sabía que lo harías— dijo Clitia arrastrándola a la realidad.

—¿Eh...? ¿Saber qué?— preguntó sintiéndose perdida.

Su amiga alzó una ceja.

—Que me perdonarías. ¿O acaso debo saber otra cosa?— preguntó estrechando los ojos con suspicacia.

Lucy tragó saliva.

—Claro que no— dijo agitando la mano con fingida despreocupación.

Clitia pestañeó, y volvió a cambiar el ángulo de su cabeza.

—Oh, bien— aceptó mansamente. *Extraño* —. Entonces...— dijo alargando la palabra con una respiración profunda —te veré en cuanto vuelva a Londres, aunque las chicas y yo te enviaremos cartas y misivas. Y trata de descansar, tus ojos parecen el trasero de un mandril. Gracias a Dios que no

están tan colorados.

Lucy hizo una mueca. Qué mejor halago para subirle el ánimo, pensó con sarcasmo.

—¡Clitia!— chilló lady Darenthon escandalizada, sus cinco metros lejos de ellas —¡Esas no son palabras de una señorita!

—Hmmm.. Así que a cinco metros aún puede escucharme— dijo Clitia pensativa, dándose golpes en la mejilla con un dedo —. Creo que tendré que medir bien la distancia la próxima vez. Madre tiene un oído muy agudo...— comentó, alzando ambas cejas con picardía —a pesar de la edad.

—¡Te escuché, Clitia!— dijo lady Darenthon, interrumpiendo nuevamente su charla con su tía.

—Lo sé— repuso su amiga —¿Ves? ¿Qué te dije?

Lucy bufó, dando gracias al cielo de que su tía no tuviera ese sentido tan desarrollado como la madre de su amiga.

Andrew había estado buscando a Lucy desde que se había adecentado lo suficiente como para salir de su habitación, pero a pesar de que recorrió todo Mantell hall —con mucho cuidado para no encontrarse con la *gran* precursora de sus debacles— no la encontraba. La muchacha parecía haber sido tragada por las paredes.

Maldijo entre dientes. Necesitaba encontrarla. Algo le decía que, si no lo hacía pronto, luego sería demasiado tarde.

Aún andaba masticando lo que tenía que decirle, sin haber logrado hilvanar ninguna frase con algo de sentido, pero sabía que cuando la tuviera frente a él las palabras le saldrían solas.

O eso quería creer él.

Maldijo nuevamente, y se encaminó hacia el exterior, ocurriéndosele tardíamente que la joven podría estar en el jardín.

¿Dónde diablos tenía metida la cabeza? Supuso que se debía a la falta de comida. Esa mujer debería sentirse honrada de que se saltara su sagrado desayuno solo por ella.

Salió por el ala de servicio, ganándose miradas sorprendidas por parte del personal que comenzó a murmurar como si en eso les llevara la vida, pero le restó importancia. Ese era el lugar más seguro por donde salir sin que lo sorprendiera su *encantadora tía-a-ser*.

Una vez que llegó al exterior se decidió por empezar por el frontis de la propiedad, dirigiéndose hacia él a grandes zancadas, pensando que era más inteligente de su parte empezar por los sectores más vistos, y luego por el jardín, que era inmenso y le quitaría más tiempo.

Pero cuando estaba a tan solo unos metros de llegar se detuvo en seco al ver a Lucy subirse a un carruaje.

¿Acaso la muchacha se iba? ¿No le había ordenado él que tenían que conversar?

—¡Maldición!— gruñó con los dientes apretados —¡Muchacha del demonio! ¡Le dije...!

Aplastó el puño contra la pared más cercana con frustración.

¿Qué iba a hacer ahora? ¡Carajo! Cómo deseaba ir hacia ella y sacarla de ese carruaje a rastras si era necesario, y llevarla a un lugar apartado para decirle...

Pero no podía armar un escándalo, eso solo haría que lo odiara.

Tensó la mandíbula y volvió a golpear la pared con los puños, haciéndose heridas en el proceso, pero sin importarle.

—¡Demonios, demonios, demonios!— maldijo con rabia, con cada palabra que decía un nuevo golpe daba, desgarrando aún más la piel de sus nudillos.

Debería haber previsto algo así por parte de ella después de lo desecha que se veía la noche anterior, pero Andrew había estado intoxicado con alcohol, y en su necedad no había pensado bien. Maldita sea, últimamente parecía que el cerebro no le funcionaba bien ¿Dónde diablos se había escapado su raciocinio?

Apretó los puños a los costados, y luego levanto una mano y se mesó el pelo con fuerza, arrancándose algunos cabellos en el proceso, mientras tanto veía cómo el cochero del duque de Ruthford azotaba a los caballos bayos y se alejaban de la propiedad.

Ahora entendía lo que tenía que decirle a Lucy.

Había sido demasiado estúpido y tan ciego que no se había dado cuenta antes de lo que tenía frente a sus ojos ahora que parecía ser malditamente tarde.

—¡El diablo que lo parió!— gruñó dando un golpe especialmente fuerte en el adoquín, sintiendo crujir los dedos de su mano.

Había sido tan completamente imbécil, que solo ahora que veía el carruaje perderse a la vista, se daba cuenta que lo tenía que decirle tan necesariamente a Lucy era que la amaba.

Capítulo 18

Una de las alegrías de la amistad es saber en quien confiar.

ALESSANDRO MANZONI

Darse cuenta de la profundidad de sus sentimientos por Lucy lo dejó sin aire y con el estómago en la garganta, pero Andrew no tuvo el tiempo para poder reflexionar sobre su reciente descubrimiento debido a que se vio interrumpido por una de las personas que menos deseaba ver en esos momentos:

Su madre.

¿Qué carajos quería ahora esa mujer? Fue el primer pensamiento que pasó por la mente de Andrew, maldiciendo su funesta suerte.

—¿Andrew?— dijo ella detrás de él, aclarándose la garganta con delicadeza —¿Te encuentras bien? Vi que tenías... eh... algunos problemas con el adoquín.

—Vete— gruñó Andrew con molestia, sin voltearse a mirarla.

Quería estar solo. No necesitaba la estorbosa presencia de lady Clarissa, ni sus falsas muestras de preocupación. Ya suficiente tenía con estar soportándola todos los malditos días desde que había puesto los pies en Londres, como para que además ahora viniese a dárselas de la madre del siglo.

Abrió y cerró las manos reiteradas veces, haciendo una mueca cuando la mano izquierda produjo un grotesco crujido, causándole un dolor que prefirió

ignorar.

Sintió removerse a su madre detrás de él, y Andrew honestamente esperaba que lady Clarissa se hubiese dado cuenta de que no estaba de humor para sus paroxismos.

Ella volvió a aclararse la garganta.

—Lo siento, pero necesitamos hablar...— Andrew abrió la boca para volver a decirle que se fuera, pero ella se le adelantó —Es sobre tu casamiento.

—Si lady Richardson te mandó a buscarme— dijo Andrew bruscamente, volteándose finalmente y reprimiendo el impulso de pasarse las manos por el rostro. O de estrangularla, que también se le hacía tentador —dile a esa mujer que más tarde iré a verla. Ahora estoy ocupado— y se dispuso a alejarse de ella.

—No vengo de parte de lady Richardson— suspiró su madre —. Es... es sobre tu prometida...— titubeó —Creo... creo que no deberías casarte con ella.

Andrew se detuvo en seco y entrecerró los ojos, girándose hasta quedar nuevamente frente a frente con su madre.

—¿Qué quieres decir con eso?— preguntó lentamente, sus manos cerrándose en dos puños a los costados.

Estaba agotado, se sentía confundido, y le dolía la cabeza. Lo único que quería de momento era estar solo para poder pensar con claridad.

Su madre miró furtivamente hacia todos lados antes de hablar, asegurándose de que nadie estuviera cerca y pudiera escucharlos.

—Esa jovencita no es buena para ti— dijo.

—Escucha bien lo que te voy a decir, *madre* —dijo con sarcasmo y los dientes apretados, estallando al fin toda la frustración, rabia y mal genio que se le había acumulado —. Tú no eres quién para opinar por sobre lo que hago.

Si quisiera podría casarme hasta con la hija del deshollinador y tú no podría hacer nada para impedirlo— escupió.

—Solo deseo lo mejor para ti— balbuceó, tensándose visiblemente —. Me preocupa que cometas una estupidez.

Andrew soltó una risa carente de humor.

—¿Tú? ¿preocuparte por mí?— esbozó una sonrisa cruel —¿Desde cuándo la impasible lady Torrington muestra preocupación por su hijo? ¿Acaso tienes más deudas de juego que necesitas pagar y decidiste que al hacer el papel de la buena y cariñosa madre podría ayudar a que te diera el dinero con más facilidad?

Lady Clarissa retrocedió un paso como si la hubiese abofeteado.

A Andrew no le importó. Estaba harto de ella, de su presencia, de verla fingirse ser una madre amorosa y no la perra que siempre había sido todos los años anteriores, rechazándolo, despreciándolo y recriminándolo por cosas que él ni siquiera sabía. Estaba harto de sus cambios de actitud tan extraños, de no poder ser indiferente frente a ella ni poder vengarse por todo el daño que le había hecho, ni tampoco odiarla como se merecía. Estaba cansado de tener que ocultar detrás de una sonrisa su impotencia tras haberse visto comprometido con una mujer que no quería, que le temía; y estaba que no daba más ante su frustración por darse cuenta de sus verdaderos sentimientos por Lucy y no poder hacer nada al respecto.

—¡No puedes casarte con ella!— exclamó su madre alzando las manos con apremio —¡Serás infeliz! ¡Harás infeliz a esa joven! ¡Terminarás convirtiéndote en lo que fue tu padre!

Andrew tensó la mandíbula.

—Según tú, ya era como él desde que nací —dijo con amargura, recordando todas las miradas de repulsión que le daba ella, cuando no eran de absoluta frialdad.

—Estaba equivocada— reconoció con rigidez, su mirada suavizándose —.

Nunca has sido como tu padre— Andrew apretó los labios, sin creerse nada de lo que ella decía —. Sabes que Gregory se casó conmigo por conveniencia— continuó luego de una pequeña pausa, el dolor reflejado en sus ojos grises —. Yo lo amé, pero él nunca me quiso porque estaba enamorado de otra mujer— Andrew abrió los ojos con sorpresa, pero ella no pareció darse cuenta de su reacción y continuó —. Gregory me despreciaba por no ser ella, y por más que traté y traté de ser la esposa perfecta, de cumplir todos sus deseos, de darle hasta lo último que tenía, él jamás me vio como nada más que la mujer que le arruinó la vida— lady Clarissa rio con amargura — ¡Yo arruinarle la vida! ¡Si fue él quien pidió mi mano...!

Andrew la miró con un deje de tristeza. En todos sus años de vida nunca había visto a su madre tan descompuesta. Puede que fuese una perra de corazón frío, pero Andrew sí tenía corazón.

Lady Clarissa siempre había sido una mujer elegante, que cuidaba en demasía su exterior, con un rostro impertérrito que no dejaba ver nada más que una indiferencia inamovible, o en contadas ocasiones la más fría de las cortesías.

Por eso le sorprendía verla así, y aunque Andrew sentía que se encendía una chispa de simpatía en su interior la aplastó despiadadamente antes de que se hiciera más grande. Esa mujer no la merecía, pensó endureciendo la mirada, lo único que merecía era su odio y resentimiento por nunca haber sido la madre que él necesitó, y nunca haber estado presente en los momentos más importantes de su vida.

Ella no era la que estuvo junto a él cuando aprendió a escribir, fue el ama de llaves, recordó Andrew. Su madre tampoco estuvo cuando él ingresó a Eton, fue su tío Evans y su tía Emily, quienes lo apoyaron y animaron dándole seguridad de que todo estaría bien. No ella. Y nuevamente fueron sus tíos quienes estuvieron ahí para él cuando se sintió perdido luego de ingresar a Cambridge, cuando creía que no valía la pena seguir si al final terminaría al igual que su padre; ellos lo apoyaron y lo aconsejaron encaminándolo como lo harían con su propio hijo.

Nunca era ella o su padre. Ella no era quien lo cuidaba cuando enfermaba ¡Por supuesto que no! Lady Clarissa jamás movería un solo dedo por su único

hijo, como también jamás pondría un solo pie en la habitación de un enfermo. Antes muerta que cometer semejante locura.

Su madre no era quien se preocupaba de su bienestar, no era quien vigilaba que él se alimentara correctamente, quien parchaba sus rodillas de pequeño cuando se caía.

Por eso sentía rabia. Sentía rabia porque a pesar de todo lo que ella había hecho —o no había hecho en su caso— aun así era capaz de provocar su simpatía.

Apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos, y las uñas se le clavaron en las palmas.

—Cuando naciste, pensé que las cosas podrían cambiar— continuó su madre con voz trémula, la mirada vacía —, pensé que Gregory por fin se daría cuenta de que yo era su mujer, que era yo la que le había dado un hijo, su heredero... pero no. Él continuó despreciándome, dejándome sola en esa enorme finca mientras él salía de viaje a Londres como siempre, abandonándome... Fue ahí cuando me di cuenta de que no valía la pena que yo lo amara, por eso preferí odiarlo, odiarlo por hacerme sentir insuficiente, por humillarme tantas veces... Luego tú comenzaste a crecer... yo te amaba porque eras mi hijo... ¡Por supuesto que te amaba! pero cada día te parecías más y más a Gregory ¡Y yo no sabía que hacer!— Exclamó desesperada, sobresaltándolo— ¡No quería que te parecieras a él! pero cada vez que te veía me lo recordabas. Por eso prefería alejarme de ti, preferí delegarte a la señora Taylor... Pensé que serías igual que tu padre; y ahora me doy cuenta de que cometí un grave error. Tú nunca has sido como Gregory— afirmó mirándolo con fiereza, sorprendiendo a Andrew ante la convicción impresa en sus palabras —y fui una idiota al decirte tantas veces que sería igual a él. Gregory era frío, déspota, un bastardo que incluso en ocasiones podía llegar a ser cruel. En cambio tú...— su mirada se suavizó como nunca lo había hecho —tu corazón es cálido, tu mirada siempre parece tener una chispa de alegría; y eres un hombre justo como pocos se ven, que podría asegurar que jamás cometerías una injusticia y dejarías que otros la cometieran si está en tus manos el poder hacer algo al respecto. Eres un gran hombre Andrew, que incluso después de todo lo que te he hecho sigues llamándome madre a pesar de que yo sé que no lo merezco— hizo ademán de querer acercarse, pero se

arrepintió rápidamente. Andrew tragó saliva, sin saber realmente cómo sentirse —. Reconozco que me di cuenta de mis errores demasiado tarde; que solamente cuando salí de Green Manor y oí lo que decían los demás de ti recién comprendí que eras lo completamente opuesto a tu padre; cuando las otras damas me felicitaban por tener la dicha de contar con un hijo tan encantador, tan amable y carismático... Me sentí tan estúpida por no haberlo visto hasta que otros me lo hicieron ver, por haber sido tan ciega respecto a mi propio hijo... y eso me hizo sentirme aún más sola de lo que ya estaba. Por eso me refugié en el juego y en las amistades que conseguí con ello. Era lo único que parecía encender aunque sea una chispa de emoción en mi interior, era lo único que me salvaba de volverme loca. Pero después de un tiempo entendí que eso no me llevaría a ninguna parte, me di cuenta de que solo terminaba endeudándome cada día más y más... y... ¡Y no sabía qué hacer!... estaba desesperada... — dijo viéndose desgastada, notándosele más que nunca todos los años que habían pasado sobre ella —Quería verte, pero tenía miedo, temía que me rechazaras. Por eso me sorprendió que me aceptaras tan fácilmente en tu casa, a pesar de que sabía que si querías podrías enviarme de vuelta a Green Manor con un chasquear de dedos; pero tú me aceptaste, y lo único que hiciste fue regular mi mensualidad ¡Si hasta pagaste mis deudas! ¡E incluso fingiste tener una buena relación conmigo frente a los otros miembros de la sociedad, cuando los dos sabíamos que si querías podrías haberme ignorado y despreciado frente a los demás!

Andrew no tenía qué decir a eso, porque sabía que era verdad, que si quería podría haberla humillado sin sentirse culpable; y aunque el pensamiento había pasado más de una vez por su cabeza, él sabía que no podía hacerle eso a su madre, porque en el fondo, a pesar de todo lo que le había hecho y ser una perra inescrupulosa de la que creía no tenía corazón, Andrew aún la consideraba su madre, y en contra de todo lo que le dictaba la razón, aún la quería.

—Reconozco que he cometido muchos errores— suspiró lady Clarissa, desviando la mirada y apretando la mano en un puño junto a su pecho —, y también sé que no merezco tu perdón, por eso no te lo pediré; pero no puedo quedarme callada cuando veo que estás por cometer una garrafal estupidez al planear casarte con esa muchacha— volvió a clavar su mirada en él con firmeza —. Tú no la quieres, y no estoy segura de cómo pasaron las cosas,

pero sé con certeza que lady Richardson te enredó de alguna manera... Esa mujer siempre ha codiciado un título para sus hijas— continuó, la molestia haciéndose presente. Andrew pensó que tal vez le recordaba a su propia madre —, pero como todas ellas son unas sosas que solo lograron atraer a zoquetes, no le quedó más opción que jugársela con la sobrina. No tengo nada en contra de esa joven— añadió rápidamente —, porque apenas la conozco; pero ella no es la mujer adecuada para ti, y ambos serán infelices si continúan con esto. Sé de lo que hablo.

Andrew guardó silencio cerca de un minuto antes de volver a hablar.

—Si no me caso con ella su reputación quedará arruinada; la condenaría al ostracismo— dijo evasivamente, aclarándose la garganta —. Y como has dicho, no soy hombre de cometer injusticias, así que como ves no puedo hacerle algo así a una persona inocente. Ella no tiene la culpa de nada de lo que ha sucedido...— cerró los ojos con pesar y soltó el aire lentamente, para luego volver a abrirlos y mirar fijamente a su madre con firmeza —Así que por favor te pido que no insistas con esto. Sé cuál es mi deber, y he dado mi palabra. Lo que me pides va en contra de mi honor.

Andrew sabía que casarse con la señorita Creig era una de las peores cosas que haría, pero no había sido su decisión y estaba de manos atadas, y lo único que podría salvarlo sería un milagro.

—Y si ya terminaste de decir todo lo que querías, me voy— dijo mirando las nubes con calma y guardando las manos en los bolsillos de su pantalón, sintiendo viejo, cansado —. Tengo otras cosas que hacer— suspiró dándole una última mirada a su madre, para luego darse media vuelta y dejarla sola; llevándose consigo un montón de cosas en las cuales tendría que pensar.

¿Por qué ese sabroso pescado con salsa de langosta no lograba abrirle el apetito? Esa era una de las tantas preguntas que pasaban por la cabeza de Lucy dos días después de haber dejado la reunión campestre de lady Darenthon.

Era increíble cómo de un tiempo para otro sus sentimientos y emociones habían descontrolado tanto su vida poniéndola de cabeza, que en esos momentos parecía no tener ni idea de en dónde se encontraba exactamente.

Su mundo como lo conocía parecía haber sido azotado por un ciclón desde que ese descarado vizconde había llegado a perturbar su vida.

Jugó con la comida con los cubiertos y reprimió un suspiro, pensando que el destino podía ser muy injusto cuando quería.

«*La vida me detesta*» pensó haciendo una mueca y volviendo a reprimir otro suspiro.

—¿Te sientes mal, querida?— preguntó su tía del otro lado de la mesa.

Lucy alzó la mirada saliendo de su distracción, recordando que estaba en el comedor junto a sus tíos y su hermano, y no sola en su habitación.

—Eh, no— farfulló forzando una sonrisa.

—Qué bueno, aunque no te ves muy bien— comentó Robert mirándola con una ceja arqueada —. Sin embargo, te ves mejor que ayer. Tus ojeras disminuyen.

—No seas maleducado, Robert— lo regañó lady Stamford, frunciendo los labios con reproche —. Tu hermana ha estado muy enferma y tú solo te burlas en lugar de preocuparte y tratar de ayudarla.

—No soy médico, tía— dijo Robert secamente, volviendo su atención a la comida.

—Y demos gracias a Dios por ello— repuso lord Stamford engullendo con determinación una porción de pudín.

Su tía soltó algo muy parecido a un resoplido.

—Si quieres, puedes retirarte a tu habitación a descansar— sugirió suavemente.

Lucy asintió sintiéndose aliviada de poder salir de ahí. No es que se sintiera mal, pero realmente necesitaba estar a solas, y no tenía planeado contradecir a su tía cuando le daba la oportunidad perfecta para escapar.

Así que se levantó de su asiento y se dispuso a retirarse, no sin antes dedicarle una mirada de desdén por encima del hombro a Robert por no preocuparse lo suficiente por ella.

—Como dijo tío Timothy— dijo Lucy aún con los ojos clavados en su hermano —, es una suerte que no seas médico, de lo contrario te morirías de hambre. Para todo recetarías sangrías.

—A ti no hermanita— replicó Robert alzando nuevamente una de sus irritantes y aristocráticas cejas rubias —. Lo que te daría sería cantarella, así pondría fin a la gran agonía que tía Maggy parece ver en ti.

Lucy bufó molesta y siguió su camino hacia su habitación, mientras escuchaba cómo su tía volvía a regañar a Robert.

Sonrió satisfecha. Al menos su hermano se llevaría su castigo.

Una vez que llegó a su habitación se dirigió a su tocador, pensando que tal vez debería de enviarles alguna nota a sus amigas, ya que ellas ya habían enviado unas cuantas y ella ninguna, lo que sería preocupante. Pero antes de eso se dispuso a sacar de la gaveta una pequeña caja de ébano que estaba escondida bajo montones de papeles y un par de libros, para poder admirarla un poco.

—¿Por qué la "C"?— se preguntó acariciando la cubierta y acomodándose en el centro de su cama —Tiene que ser por Clayton— musitó abriéndola, pero antes de poder sacar la estatuilla tocaron la puerta.

Lucy aspiró con fuerza.

—¿Sí?— dijo aclarándose la garganta y apretando la caja entre sus manos

con nerviosismo.

—Lady Lucinde— dijo Alfred del otro lado de la puerta —, siento molestarla, pero la señorita Clitia vino a visitarla y pregunta si usted prefiere bajar a reunirse con ella o si debe subir a su habitación.

Lucy cerró los ojos con pesar, pensando que Dios ni siquiera parecía querer concederle un momento a solas.

—Dile que suba— respondió a regañadientes.

—Como diga milady— dijo Alfred.

Lucy se quedó en sentada hasta que los pasos del mayordomo se perdieron, y luego se puso de pie de un salto y guardó con premura la caja en donde estaba anteriormente.

No podía dejar que Clitia la viera, o de lo contrario haría demasiadas preguntas.

—Me interrogaría como un corredor de Bow Street. No, esa sería Jane— murmuró paseándose por el cuarto y mordiéndose el labio con nerviosismo.

La noche anterior Lucy había tomado la sabia decisión de contarle a su amiga sobre sus sentimientos por el vizconde. Aunque nunca pensó que sería tan pronto.

Pero era lo mejor que podría hacer, porque de otra forma seguiría sintiéndose una traidora, una farsante por ocultarle algo tan importante a su mejor amiga. Además, sabía que Clitia era una persona de confianza —por algo era su mejor amiga— y no tendría que temer el que lo divulgara por ahí dejando esparcidos en jirones su reputación. Por otro lado, Lucy necesitaba hablar con alguien, o de lo contrario terminaría en cualquier momento explotando como un ganso con demasiado relleno.

Arrugó la nariz. No quería para nada parecerse a un ganso.

—Y ya estoy pensando estupideces nuevamente— murmuró sacudiendo la cabeza y dando pequeños saltos hacia la puerta cuando sintió pasos acercarse.

De seguro era Clitia, pensó Lucy alisando su vestido de muselina color cereza con nerviosismo.

—¡Clitia!— dijo abriendo la puerta, con una voz que pareció un graznido más que cualquier otra cosa. Un graznido muy entusiasta.

Clitia pestañeó un par de veces con la mano levantada en un puño listo para tocar.

—Eh... hola— dijo aturdida, bajando la mano adentrándose en la habitación. Lucy cerró la puerta —. Y... hummm... ¿Cómo has estado?— preguntó al fin, frunciendo el entrecejo.

—Oh... bien, mucho mejor.

¿Por qué todo de repente se le hacía tan incómodo? Pensó Lucy sentándose en su cama y haciéndole señas a su amiga para que hiciera lo mismo.

—Eso es bueno— tarareó Clitia tomando asiento junto a ella —. Madre, las chicas y yo quedamos muy preocupadas por ti.

Lucy hizo una mueca sintiéndose culpable al recordar que ni siquiera se había despedido de sus otras amigas.

—Creo que tendré que disculparme con ellas— suspiró.

—Y bien que harías— repuso Clitia alzando las cejas y juntando las manos sobre su regazo —. Suzanne se puso de los nervios cuando le dije que te habías enfermado. Parecía estar lista para interpretar el papel de una Euménide.

—¿Y se vengaría de quién en este caso?— preguntó Lucy sonriendo levemente al imaginarse a Suzanne.

—No sé, supongo que del clima— dijo Clitia encogiéndose de hombros y sonriendo con diversión.

Las dos guardaron silencio después de eso, y Lucy se removió en su lugar

y comenzó a jugar con las borlas de uno de sus almohadones.

Oh Dios, eso era condenadamente incómodo; y era extraño, porque era Clitia, y con Clitia no debería sentirse incómoda porque era su mejor amiga.

Ni siquiera cuando se conocieron había sido tan embarazoso.

Clitia tosió y Lucy la miró de reojo.

—¿Sucede algo?— preguntó su amiga segundos después, ladeando la cabeza.

Lucy hizo un torpe y confuso movimiento de cabeza.

—¿Eso es un sí o es un no?— dijo Clitia frunciendo las cejas, la comisura de sus labios arqueándose levemente, como si no supiera si debía sonreír o no.

—Es un sí— suspiró Lucy retorciéndose las manos.

—¿Y me dirás qué es?— preguntó Clitia acomodándose mejor en la cama, y mirándola con ojos expectantes, obviamente esperando a que ella le diera un asentimiento.

«Tal vez no le digo nada, y la dejo con la intriga» pensó Lucy con malicia, pero desechó tal pensamiento rápidamente. Necesitaba contárselo.

Nuevamente suspiró.

—Oh Dios, esto parece ser algo grande— musitó Clitia, agrandando ligeramente los ojos con sorpresa y curiosidad.

—Tengo que confesarte algo muy importante— comenzó, escogiendo con sumo cuidado las palabras. Era mejor irse con paso lento, decidió.

El rostro de Clitia se tornó apacible, pero sus ojos tenían un brillo indescifrable, y su frente se arrugó como si estuviera conjeturando algo. No sabía qué, pero era algo.

—¿Te acuerdas de aquella vez en que te dije que todos los hombres eran

unos zopencos?

—¿Cuál de todas las veces?— dijo Clitia amablemente.

Lucy la miró sintiéndose impotente. Clitia no se lo estaba poniendo para nada fácil.

Su amiga pareció darse cuenta de eso, porque dijo:

—Sí, recuerdo. Ahora si quieres puedes continuar— añadió suavemente.

Lucy abrió y cerró la boca con torpeza unas cuantas veces sin saber cómo dioses continuar.

—Creo que encontré una excepción a la regla— dijo al fin, tragando saliva y mirándola por debajo de las pestañas con algo de aprensión, sabiendo que su amiga entendería a qué se refería.

Clitia asintió lentamente —demostrándole que estaba en lo cierto— y estrechó los ojos. Solo un poco. Pero sí lo suficiente para que ella se diera cuenta.

—¿Y se puede saber quién es el espécimen?— preguntó sin perder su apacible fachada.

Oh, está era la parte difícil y que la ponía enferma del estómago.

—Es...

Volvió a tragar saliva y bajó los ojos notando los labios temblorosos; y no supo realmente porqué, pero sintió unas ganas inmensas de ponerse a llorar. Pero las reprimió con fuerza. Ya lloraría más tarde, pero ese no era el momento.

Así que tomó una agitada respiración y soltó de sopetón:

—Es Andrew Clayton, vizconde de Torrington, y tu primo.

El silencio se hizo dueño de la habitación, y Lucy alzó los ojos con

reticencia cuando se dio cuenta de que parecía que Clitia no haría ningún tipo de escena.

Lucy honestamente esperaba que Clitia soltara siquiera un grito que amenazara con romperle los tímpanos, pero ella solo la miraba con los labios fruncidos y pestañeando lentamente cada unos cuantos segundos.

—Un espécimen bastante atractivo— comentó Clitia ecuánimemente, ladeando la cabeza —, pero a mi parecer, también algo zopenco.

Lucy boqueó un par de veces, y abrió los ojos como un pez.

—¿N-No estás sorprendida?— tartamudeó— ¿O enojada?

Clitia negó agitó la cabeza lentamente, negando.

—En realidad, me lo esperaba— confesó, sus ojos adoptando un destello de arrepentimiento. Lucy la miró boquiabierta —. Cuando los presenté tenía el presentimiento de que podrían congeniar— continuó Clitia, desviando la mirada y dando golpecitos con un dedo medio en la cama —; y la idea era que ustedes terminaran juntos, así tú podrías ser oficialmente mi hermana, bueno, mi prima— se corrigió —. Siempre había deseado que fuéramos familia, pero sabía que George no... ¿cómo decirlo...?— arrugó la nariz como si hubiese olisqueado algo en mal estado —George es mi hermano y lo quiero, de verdad lo quiero, *y mucho*— insistió—, pero considero que aún es demasiado inmaduro como para mantener una familia; además de que te volvería loca. Es agradable y muy encantador —eso no puedo negarlo— pero estar cada día de cada semana en su compañía puede ser un martirio si no se sabe cómo tratarlo— se estremeció ligeramente —. En cambio, Andrew tiene un aire de mayor seriedad, es... más oscuro, sin embargo, eso no le quita que pueda ser infantil. Y no sé realmente porqué— se encogió de hombros evasivamente, aumentando el ritmo de los golpes en el edredón —pero creí que podrías ser tú quien lo hiciera asentar cabeza. Eres la estabilidad que él necesita. No obstante, todo salió mal, y ahora mira: Andrew se casará con Jilly— suspiró largamente con frustración.

Lucy no sabía realmente cómo sentirse. Si enternecida por sus nobles intenciones; si divertida por lo que acababa de decir sobre el barón; o si

confundida o enojada por darse cuenta de que Clitia había armado un plan para que el vizconde y ella se enamoraran entre sí.

Así que lo mejor que podía hacer de momento era guardar silencio.

Clitia se removió en su posición, y luego de diez segundos en el que solo se escuchaban sus respiraciones y el tic tac de un reloj en la pared, se decidió a hablar.

—¿Estás enojada?— le preguntó con tiento, como si tuviera miedo de la respuesta.

—No— dijo Lucy pausadamente —, no estoy enojada.

Y era cierto, porque honestamente Clitia no tenía la culpa de nada. Lo único que había hecho era presentarle a Andrew, pero además de eso no había interferido en nada más. Era ella sola quien había terminado enamorándose del vizconde.

—¿Estás segura?— Clitia entrecerró los ojos con desconfianza —porque no te culparía por estarlo.

—No estoy enojada— repitió mirándola a los ojos para que comprendiera que lo decía en serio —. Solo... triste por lo que está pasando— dijo soltando un suspiro tembloroso, sintiendo los ojos humedecerse.

—¡Ooooh!— exclamó Clitia abriendo los ojos como platos y posicionándose de un ágil salto más cerca de ella, casi botándola de la cama— ¡Y yo aquí y mi boca insensible hablándote de cosas que te ponen más tristes! ¡Qué clase de amiga soy!— chilló sacudiendo las manos de un lado para otro y mordiéndose el labio inferior —¡Dios! ¿Qué tengo que hacer en este caso? Porque te confieso que no sé consolar. Nunca sé qué decir.

Lucy hizo un ruidito asfixiado. Y luego otro más fuerte.

—¡Oh por el amor del Cielo! ¡Dime que no estás llorando! ¡No sé qué hacer cuando lloran! ¡Mamá no me enseñó!

Y Lucy no soportó más y prorrumpió en carcajadas sintiendo el cuerpo

estremecer.

—¿Eh? ¿Te... te estás riendo?— preguntó Clitia, toda confusión —¿Eso es una risa, cierto?

—¡Ay Clitia! ¡Eres la mejor!— dijo Lucy entre risas —¡Incluso sin proponértelo me has arreglado el día!

—Oh, eso está bien— dijo Clitia con una sonrisa guasa —. No me gusta que se rían de mí, pero prefiero eso antes de verte llorar. Además, creo que me lo merezco— reconoció.

Lucy esbozó su primera sonrisa verdadera en días. Cómo quería a Clitia, que ni aunque fueran hermanas la podría querer más de lo que ya hacía.

—Te quiero, Clitia— le dijo dándole un abrazo, sin dejar de sonreír.

—Y bien que haces, porque no sé qué sería de tu vida sin mí. Ah, y para que lo sepas, yo también te quiero— dijo correspondiéndole el abrazo —. No sé cómo pasaron las cosas entre tú y Andrew, ni qué ha pasado realmente, y honestamente tampoco deseo saberlo— dijo estremeciéndose —, pero ten por seguro que cuando lo vea le daré su merecido a ese cretino.

Lucy volvió a reír dentro del abrazo. Oh, cómo le gustaría ver eso.

Capítulo 19

*Por mala senda en tenebrosa noche
sin saber a dónde voy, camino a ciegas,
ignorante a la par de dónde vengo.*

ALPHONSE DE LAMARTINE

Pensar era considerado comúnmente como algo simple, quizá banal, pero para Andrew últimamente parecía ser lo más difícil que le había tocado hacer en la vida. Incluso peor que aprenderse las declinaciones latinas, y eso sí que le había costado.

Pero su mente estaba nublada, y lo único que podía distinguir de entre todo ese enturbiamiento era la nítida imagen de Lucy que no lo abandonaba ni aunque cerrara los ojos.

Y no era que le molestara el tenerla en la mente, porque era mejor ella a que lo invadieran la figura redondeada de lady Richardson y sus perturbadores ojos... también redondos.

El día anterior ya se había anunciado formalmente en el *London Times* su inminente matrimonio, y con cada segundo que pasaba Andrew se acercaba más y más a su desafortunado destino.

Lady Richardson estaba exuberante —y cómo no estarlo, si había orquestado el matrimonio de la temporada— y Andrew trataba de evitarla todo lo que podía. Era eso o tener que reprimir sus ansias de tirársele al cuello cada vez que la tenía frente a él. Deseaba tanto y con cada fibra de su

ser poder estrangularla.

Últimamente sus instintos asesinos estaban al borde, y Andrew estaba agradecido de que su madre se hubiese ofrecido a ayudar con los preparativos de la boda (sin que él se lo pidiera, porque bueno, él jamás le pediría algo a ella si podía evitarlo) que se realizaría en tan solo unos cuantos días.

Suspiró con cansancio y cerró los ojos, dejando por un momento de lado todo ese abominable papeleo que lo torturaba. Ya había trabajado suficiente, y de momento necesitaba un descanso.

Y tal vez también un secretario.

Se mesó el cabello con fuerza y le lanzó una mirada a George y Rayne quienes habían llegado hace cerca de una hora, y se habían instalado en su biblioteca y ahora se encontraban sentados con total comodidad en los sillones, a pesar de que él había dado órdenes expresas a Griffin para que no dejara entrar a nadie.

Pero como siempre, su descarado mayordomo parecía olvidar sus órdenes y los había dejado entrar. A veces, Andrew pensaba que quizá Griffin de verdad quería que lo despidiera.

Bufó molesto, no debería estar pensando en Griffin, sino más bien en cómo salir de ese cieno en el que se encontraba hundido.

—¡Dios! ¡Esto parece un funeral!— exclamó George dándose una palmada en la rodilla —¿Qué dices tú, Rayne?— preguntó mirando al conde.

Rayne farfulló algo ininteligible y continuó leyendo el periódico.

—Mejor me hubiese quedado en casa ayudando a madre con su bordado— murmuró George parándose y dirigiéndose al aparador para servirse una copa de whisky.

Andrew alzó las cejas y afirmó los codos sobre su escritorio, cruzando las manos por debajo del mentón. Que él supiera, no recordaba haber invitado a su primo como para que se estuviera quejando como una vieja.

—Saben que esto de ser el tipo alegre es cansador cuando nadie aporta su ayuda— refunfuñó el barón volviendo a su sillón.

Andrew no le prestó atención y cerró los ojos, viéndose invadido al instante por la imagen de Lucy.

Habían pasado solo dos días desde que se había dado cuenta de la verdadera naturaleza de sus sentimientos por la joven —misma tarde en que su querida tía Emily había dado por finalizada su reunión campestre— y todo lo que había pasado de ahí en adelante era una completa bruma de parloteo incesante por parte de lady Richardson y asentimientos por su lado.

También en ese tiempo había tratado de aclarar su corazón y redefinir su sentir, pero la conclusión no podía ser más que otra: estaba enamorado hasta el cuello.

Era verdad lo que decían, que lo que hoy siente tu corazón mañana lo entenderá tu cabeza, pensó apretando los párpados.

En un principio había sido difícil de asimilar, pero una vez que lo aceptó ya no podía dar marcha atrás. Amaba a la joven. Amaba su sonrisa, sus ojos, su voz, su aroma a rosas y Lucy que lo embriagaba, la forma en que fruncía los labios cuando él se burlaba de ella o la forma adorable en que agrandaba los ojos cuando estaba sorprendida.

Anhelaba su compañía, admiraba su infinita lealtad, y lo cautivaba su sencillez. Y para qué hablar de los deseos para nada castos que despertaba en él.

Lucy se había convertido, sin que él se diera cuenta, en esa mitad que tanto necesitaba pero que nunca había echado en falta hasta que la conoció a ella.

Maldición. Mil veces maldición.

—¿Alguna vez se han enamorado?— preguntó repentinamente, sintiendo una enfermiza curiosidad azotarle.

George, que había dado un sorbo de whisky especialmente largo, lo

escupió por completo, rociando a Rayne, quien se alcanzó a cubrir con el periódico.

—¡Diablos, no!— resolló George dando un manotazo en el aire —No tengo nada en contra de enamorarme, e incluso si algún día me caso prefiero que sea por amor y tener un matrimonio como el de mis padres, pero no tengo planeado que suceda aún. Tal vez después de los treinta.

Andrew pestañeó. Jamás se le había pasado por la cabeza que su primo tuviera una vena romántica.

—¿Y tú Rayne?— preguntó alzando una ceja hacia el conde.

—No he sido golpeado con tal dicha— dijo con sequedad, sin levantar la vista de su húmedo periódico que aún trataba de secar.

—Y cuando te golpee va a ser con un mazo particularmente grueso— comentó George con burla, ya por completo repuesto.

Rayne lo miró por encima del periódico, y alzó ostensiblemente una oscura ceja.

—No dije que no estaría dispuesto a recibir el golpe— repuso, y volvió a su lectura.

—¿Y tú, mi querido Andrew, has sido herido por el infame Eros?— preguntó su primo con presteza.

El conde levantó la cabeza con la rapidez de una bala, y lo miró con una curiosidad que era imposible de pasar por alto.

Era cierto que su amigo sabía que él se sentía atraído por Lucy, pero más allá de eso no habían hablado involucrando sentimientos más profundos.

Andrew guardó silencio deliberadamente y sonrió para sus adentros. Aunque lo negara, Rayne podía ser tan cotilla como George llegado el caso. Bueno, no tanto como George, su primo quien sabía hasta cuándo una rata había muerto.

Abrió la boca para asentir, aunque no estaba dispuesto a decir quién era la mujer por la que había perdido la cabeza —prefería dejar que ellos especularan y se dieran cabezazos— pero se vio interrumpido por un toque en la puerta y la voz de su mayordomo.

—Milord, la señorita Clitia solicita su presencia.

Andrew resopló. Ese día había planeado estar solo, pero su familia y amigos parecían no querer darle tregua. Andrew sabía que debería de estar agradecido por estar rodeado de personas que lo quisieran y se preocuparan lo suficiente por él como para ir a visitarlo, pero rayos, ese día honestamente se le hacían como una espina especialmente gruesa clavada en el trasero.

—Dile... dile que estoy ocupado— dijo tomándose el puente de la nariz.

Griffin carraspeó al otro lado de la puerta.

—Ya escuchó, señorita Clitia, el vizconde se encuentra ocupado— dijo el mayordomo con un muy claro toque de burla impresa en la voz.

Andrew agrandó los ojos y maldijo entre dientes.

—¡Ooooh, pero no creo que lo esté tanto como para negarme la entrada!— exclamó Clitia exageradamente, con un ligero matiz de irritación.

—Estás en problemas, primito— canturreó George estirando las piernas.

Andrew le lanzó una mirada fulminante, y George esbozó una sonrisa descarada.

—Está bien, puedes entrar— suspiró.

—Buenas tarde, Andrew— saludó Clitia animadamente mientras ingresaba—. Lord Richmond, George— añadió inclinando la cabeza hacia los otros hombres. Ellos hicieron lo mismo; se conocían demasiado como para andarse con más formalidades—. Gracias por traerme hasta aquí, Griffin, eres un encanto. Espero que Andrew sepa valorarte.

—Milord hace lo que puede, señorita Clitia— dijo el mayordomo con voz

melindrosa —. Pero puede ser bastante generoso cuando quiere.

—Y dejaré de serlo si sigues desobedeciendo mis órdenes— ladró Andrew, haciendo chirriar los dientes y sintiendo un nada sano latido en la cabeza.

Griffin se irguió por completo y alzó la nariz.

—Por eso dije "*cuando quiere*", milord— añadió antes desaparecer tras la puerta, murmurando como siempre.

—Lo vuelvo a decir, es un encanto ¿No?— musitó Clitia con una media sonrisa guasa.

Andrew suspiró y luego tomó una profunda respiración para calmarse.

—¿A qué has venido? ¿Sucedio algo?— preguntó haciéndole señas para que tomara asiento.

Clitia no le hizo caso, en cambio bajó los párpados, inclinó la cabeza hacia la derecha, y tomó con la mano izquierda la otra por la muñeca, comenzando a inspeccionar su guante con atención.

Pasó cerca de un minuto en absoluto silencio mientras ella consideraba su pregunta, poniendo a prueba la poca cordura que parecía quedarle, hasta que levantó la vista lentamente, dedicándole una mirada de ojos entrecerrados.

—¡Oh Diablos! ¿Qué hiciste Andrew?— murmuró George por lo bajo —¡Te está dando la mirada! ¡Podría reconocerla a cien kilómetros! ¡La heredó de madre!

Andrew sintió un sudor frío correrle por la espalda. Él también reconocía la mirada a pesar de no haber sido el destinatario de ella en años.

Era una mirada que mezclaba una pizca de irritación, otra pizca de decepción, y mucho pero mucho reproche.

Condenación.

Parecía estar gritándole una cantidad monstruosa de maldiciones a través de los ojos, a pesar de que Andrew sabía que su prima no maldecía.

Demonios, la mocosa podía dar mucho miedo cuando se lo proponía.

—Necesitamos hablar. Los dos. Solos— dijo al fin Clitia, con un tono terso. Demasiado terso.

Andrew asintió, y les dio a Rayne y a George una intencionada mirada para que se retiraran. Ninguno de ellos se hizo de rogar, sin embargo, su primo antes de cerrar la puerta le dedicó un fingido estremecimiento.

Esa tarde, decidió Andrew, iba a terminar asesinando a alguien.

Una vez que los otros hombres salieron, Andrew abrió la boca para hablar, pero fue interrumpido por Clitia, quien corrió hacia la puerta, abriéndola lentamente.

—Pensarás que estoy siendo paranoica— dijo mirando hacia ambos lados del corredor —, pero con mi hermano nunca se sabe. George puede ser igual o más intruso que mano de comadrona.

Andrew se atragantó.

—¿Y qué sabes tú de las comadronas?— preguntó con voz sofocada.

Clitia cerró la puerta, se volteó y pestañeó con dulzura.

—Que sus manos llegan a lugares que madre me tiene prohibido nombrar.

«*Y bien que hace*» pensó Andrew escandalizado, a pesar de que él ya se conocía de memoria la anatomía femenina.

—Bien— dijo con mansedumbre luego de algunos segundos —¿qué se te ofrece, querida prima?

Clitia de nuevo fingió sordera prematura, y comenzó a pasearse por la habitación, haciendo muecas y moviendo las manos, como si buscara una forma fácil de decir lo que sea que rondara por esa sibilina cabeza. Andrew

podría haber jurado oír el crujir de los engranajes dándole vueltas.

Chasqueó los dedos. Infiernos, sentía que el cuello de la camisa le apretaba; la muchacha lo estaba poniendo nervioso con su silencio.

—Estuve todo el camino planeando lo que iba a decirte— comenzó, frunciendo los labios —, pero...— hizo una breve pausa —pero no encontré palabras suaves, así que te diré todo lo más claro posible.

Andrew asintió y la vio tomar una profunda respiración y mirarlo fijamente:

—Eres un sinvergüenza, tunante, granuja, miserable, caradura, golfo y bribón que me ha decepcionado grandemente— recitó con rapidez, sin siquiera tomar aire.

Andrew pestañeó, descolocado. Sí que había sido clara.

¿Pero a qué se debía toda esa retahíla de sinónimos? ¿Qué había hecho él para que lo llamara así? ¿Y golfo? Andrew se sintió herido en su orgullo. Podría ser todo lo demás en ocasiones, pero maldita sea, un golfo jamás.

Y además ¿de dónde carajos había aprendido su prima esa clase de palabras?

Volvió a pestañear.

—¿Por qué...

—Yo te tenía por un hombre honrado...— lo interrumpió Clitia, avanzando un paso hacia el escritorio —te tenía como arquetipo de comparación con los demás caballeros, pero tú...— alzó la voz una octava, dando otro paso hacia adelante —tú me has decepcionado como nunca.

Decir que Andrew estaba mudo era quedarse corto. Clitia, su prima, la Clitia que conocía desde que era un bebé y que lo había vomitado sin pudor alguno, lo estaba regañando de una forma que ni siquiera su propia madre se había atrevido a hacerlo.

—Aún no puedo creer lo que has hecho...

«¿Y qué demonios hice?» Que Dios lo ayudara y el Diablo se confesara, porque Andrew no tenía ni la más mínima idea de qué era por lo que Clitia lo acusaba.

—... no puedo creer que jugaras de una manera tan vil con Lucy y luego hayas decidido casarte con Jilly— terminó su prima casi en un grito incrédulo.

Andrew se tensó por completo detrás de su escritorio.

—¿De qué estás hablando?— preguntó con brusquedad, levantándose rápidamente de su asiento.

—¿De qué crees que estoy hablando, maldita sea?— exclamó Clitia cruzándose de brazos. Andrew descubrió que su prima sí podía maldecir —¿De tus faldas ligeras, por supuesto!

—No uso faldas como para que digas que las tengo ligeras— replicó Andrew, rodeando el escritorio y se afirmándose en él, quedando frente a Clitia.

Su prima golpeó impacientemente el suelo con un pie y le lanzó una mirada irritada.

—No me estés cambiando el tema Andrew, sabes a lo que me refiero— gruñó.

Andrew suspiró sintiendo que el latido en su cabeza aumentaba garrafalmente su ritmo. Por el amor del cielo, la muchacha era más insistente que una mosca.

—Para que sepas, yo no he jugado con nadie, y... — alzó la voz cuando vio que Clitia lo quería interrumpir —quiero que me digas de dónde fue que sacaste esa idea tan absurda.

—Eso es lo de menos— dijo Clitia con voz desdeñosa —. Lo importante es que lo que dije es cierto, tú...— alzó un dedo y se lo clavó con fuerza en el pecho —jugaste con los sentimientos de mi mejor amiga...— con cada palabra

que daba le clavaba con más fuerza el dedo —enamorándola vilmente para después romperle en mil pedazos su inocente corazón ¡Eres despreciable!

Andrew la miró con la mandíbula desencajada, sin dar crédito a sus palabras ¿Enamorándola? ¿Eso... eso quería decir que Lucy lo amaba?

—¿Qué fue lo que dijiste?— preguntó con urgencia, tomándola por los hombros.

Clitia frunció los labios.

—Que eres despreciable.

Andrew chasqueó la lengua con molestia.

—No, la otra parte.

—¿Cuál? ¿La parte en que dije que le rompiste el corazón en mil pedazos?
— dijo Clitia con acidez.

—¡No, maldición!— gruñó soltándola y pasándose las manos por el pelo
—¡Lo que dijiste de que se enamoró de mí!

Su prima lo miró en silencio unos cuantos segundos que le parecieron eternos.

—No sé para qué preguntas si ya sabías lo que había dicho— replicó en tono agudo.

Andrew sintió afluir su instinto asesino. La iba a matar. Iba a matar a su prima por mucho que la quisiera. Se dijo que lo haría rápido, para que no sufriera. No demasiado.

Clitia retrocedió un paso, como si hubiese leído sus pensamientos.

—¿Amas a Jilly?— preguntó sin rodeos, luego de un incómodo silencio.

Andrew tensó la mandíbula.

—¿La amas?— insistió la muchacha.

Andrew cerró los ojos y respiró profundo, intentado calmarse. Diablos, él no quería matarla, pero Clitia parecía estar pidiéndolo a gritos.

—Lo único que te puedo decir— comenzó, teniendo la extraña impresión de ya haber tenido esa conversación— es que si no me caso con ella quedará arruinada para siempre.

Clitia inclinó la cabeza hacia un lado y luego asintió lentamente.

—Bien— dijo, como si hubiese llegado a una clase de conclusión.

Él también asintió, queriéndole preguntar en qué estaba pensando, pero se arrepintió rápidamente. Lo que sea que estuviera pasando por esa cabeza era mucho mejor no saberlo.

—Estás en graves problemas, primito— declaró la joven después de una pausa, alzando las cejas y pareciendo haber olvidado su anterior sed de venganza. Andrew creyó oír una reminiscencia.

Se cruzó de brazos y resopló. Él ya sabía que estaba más hundido que Nerón frente al senado romano, no había para qué recordárselo.

—Entonces ¿terminaste con tus reclamos?

Su prima puso los ojos en blanco, y le dio una mirada como diciéndole claramente que él era un gran estúpido.

—Por ahora— suspiró meneando la cabeza —. Así que ya me iré, pero antes...— hizo una pequeña pausa y sus ojos se volvieron serios —Deberías de hablar con Lucy y decirle lo que sientes. Sé que te casarás con Jilly, pero...— volvió a suspirar y desvió la mirada —no deberías guardártelo. Creo que es mejor andar con la verdad por delante, además— se encogió de hombros —ya tienes suficientes problemas, y uno más no creo que haga la diferencia.

Andrew tarareó sus dudas. No creía que hacer lo que decía Clitia fuera lo correcto, solo sería añadirle más sal a la herida, pero de igual forma asintió

para que no siguiera insistiendo.

—¿No que te ibas?— preguntó arqueando una ceja.

Clitia hizo una mueca.

—Sé que quieres que me vaya. No tienes porqué ser tan descortés— murmuró —, pero antes tengo que hacer algo.

Y Andrew la vio avanzar el paso que antes había retrocedido y comenzar a esbozar una sonrisa, una sonrisa diabólicamente angelical que él sabía que no traería nada bueno; y luego vio cómo acomodó el brazo izquierdo hacia atrás en un ángulo agudo para segundos después dejarlo correr libre hacia delante.

Andrew descubrió en ese instante que su prima poseía un excelente gancho.

—¡Maldita sea Clitia!— vociferó tomándose la barbilla —¡¿Por qué diablos me golpeaste?!

—Te lo merecías— dijo encogiéndose de hombros con indolencia y caminando hacia la puerta, viéndose bastante satisfecha —. Además, le prometí a Lucy que te daría tu merecido. Deberías agradecer que no fuera en un ojo.

Andrew la miró con odio, pero Clitia ya había desaparecido tras la puerta.

—¡¿Qué demonios fue ese grito?!— dijo George, apresurándose a entrar —¡Santo infierno, Andrew! ¿Qué te pasó en la cara?— preguntó con sorpresa.

—Pregúntale a tu hermanita— Andrew gruñó irritado, dejándose caer en uno de los sillones.

George agrandó los ojos, y luego comenzó a reír como un poseso.

—¡Oh Dios! ¡Te dio el gancho "*Sir Newton*"!— George dijo doblándose de risa, y dando manotazos al aire, como tratando de sujetarse a algo.

Andrew deseó de todo corazón que se cayera.

—No puedo creer que Clitia te haya golpeado— dijo Rayne parado junto a la puerta y alzando las cejas, un brillo burlón haciéndose presente en sus ojos.

Andrew le disparó una mirada fulminante y gruñó mientras se masajeaba la adolorida barbilla, aun escuchando las tontas carcajadas de su primo.

—La próxima persona que entre por esa puerta...— dijo, alzando la voz cuando sintió pasos acercarse por el pasillo —será ahorcada— declaró.

Los pasos se alejaron sabiamente.

La noche estaba en completa calma, y Lucy, para su propia sorpresa, se sentía afin con el clima.

No podía decir que estuviera feliz, pues eso era imposible dada las circunstancias, pero luego de haber hablado con Clitia y haberse desahogado con ella, su corazón y conciencia se sentían toneladas más livianos.

Era bueno tener a alguien en quien confiar, reflexionó dando un suspiro bajo las sabanas; y también era bueno que ese alguien no fuera tan entrometido como para querer saber los detalles en cuando a sus encuentros con Andrew.

De solo imaginar que fueran Jane o Nora las que supieran su secreto y las preguntas que le harían Lucy se sentía sonrojar.

Sacudió la cabeza y miró el techo, tratando de buscar alguna manera de hacer frente al insomnio que la gobernaba.

Su tía últimamente había estado rechazando todas las invitaciones a bailes y eventos sociales que le enviaban, y Lucy no sabía qué era más gracioso: que se escudara tras su falsa enfermedad, o que su tía pareciera feliz de hacerlo.

Le restó importancia, no era algo que le preocupara realmente.

Volvió a suspirar, pensando que durante la última semana lo venía haciendo constantemente, y que también era bueno que el alma no se escapara en los suspiros, porque de lo contrario ella ya sería un peso muerto.

—No creo que sería gran diferencia, cuando el corazón ya está prácticamente muerto— murmuró con dramatismo, y amplió los ojos y miró el techo con insistencia.

Se estaba pareciendo a tía Maggy... ¡Dios! ¡Se estaba pareciendo a tía Maggy!

—Si no salgo pronto de esta casa terminaré convirtiéndome en una réplica de mi tía— se dijo tomando asiento con rapidez.

No es que Lucy encontrara que parecerse a lady Stamford fuera algo malo, pero honestamente con una ya había suficiente en el mundo.

Encogió las piernas y se abrazó a sus rodillas, afirmando el mentón en ellas.

—Y no creo que Andrew me desearía si me pareciera a mi tía— musitó arrugando la nariz.

Soltó un resoplido, sin saber por qué siempre pensaba estupideces.

A la vista de que el sueño no se haría presente, Lucy decidió que lo mejor sería leer, así que se levantó, estirándose en el proceso, y encendió una vela, comenzando a buscar ese libro que aún no terminaba.

Tal vez el leer a *Lady Alzura* la ayudara a olvidarse de sus pesares, ya que la pobre protagonista tenía más problemas que un pez sin agallas.

—Por lo menos yo no estoy siendo obligada a casarme con un palo seco asesino de mujeres— murmuró volviendo a su cama con el libro en las manos, y acomodándose entre las sabanas para poder tener una lectura placentera.

Abrió la cubierta color marrón y comenzó a buscar la página en la cual iba, pensando que había sido bastante tonto de su parte no haber puesto un marcador.

—¡Uff! ¡Por fin!— masculló cuando la hubo encontrado, así que volvió a acomodarse y comenzó a leer:

"Habiendo clavado salvajemente la espada en el corazón de su contrincante, Lord Apollon se dejó caer de rodillas en el frío asfalto, a la vez que el cuerpo sin vida del malvado esbirro se desplomaba y un rayo de luz lunar se filtraba por en medio de la pequeña abertura del calabozo alumbrando la cadena de oro que colgaba del cuello del otro hombre, dejando ver la imagen de una Rosacruz tallada en piedras preciosas.

Posó su oscuro mirar en sus ensangrentadas manos, y una sombra de turbación se instaló en su aventurero espíritu.

—¡Oh! ¡Vuestra Gracia me ha salvado!— exclamó lady Alzura corriendo hacia sus brazos; cristalinas lágrimas de alivio corriendo por sus relucientes mejillas —¿Qué puede hacer esta desdichada criatura para retribuir todo el bien que ha hecho por mí?

Lord Apollon limpió sus chorreantes manos encarnadas en su camisa de lino, y correspondió al abrazo que le daba tan fervientemente la delicada dama, acariciando con ternura sus suaves bucles de terciopelo.

—Hay algo que mi alma anhela más que el aire que respiro...—susurró el caballero en la oscuridad de la aciaga noche — y es probar el dulce néctar de vuestros labios."

Lucy contuvo la respiración ¡La iba a besar! Ahora hasta los personajes de la novela parecían tener más suerte que ella en el romance, pensó ligeramente molesta, chasqueando la lengua.

"Lady Alzura alzó su rostro de alabastro..."

Continuó leyendo Lucy con impaciencia, queriendo llegar a la parte descriptiva del beso.

"... y sus mejillas adquirieron una delicada tonalidad carmín —No podría negarme a su petición— declaró la dama —; después de todo,

vuestra Gracia ha sido quien me ha salvado."

Lucy bufó. Eso, a su parecer, sonaba medianamente denigrante. Lady Alzura no tenía por qué besarlo como recompensa, después de todo el caballero había sido quien se había ofrecido a acompañarla.

De seguro era una mujer quien escribía eso, reflexionó Lucy. Era demasiado meloso para ser escrito por un hombre.

Frunció los labios y prosiguió con la lectura:

"Lord Apollon sonrió con regocijo al saber que por fin podría saborear los labios de su querida lady Alzura, así que inclinó la cabeza y la bajó lentamente, dispuesto a cobrar su tan anhelado premio..."

Lucy estaba que se mordía las uñas de la emoción.

"Pero un horrible y tenebroso gruñido lo hizo alzar los ojos con apremio, dándose tardíamente cuenta de que estaban rodeados por una manada de espeluznantes lobos negros cual obsidianas."

—¡Oh por el amor de Dios!— gruñó Lucy tirando el libro lejos —¡Esto es un fraude!

Arrugó el entrecejo. Ella quería que se besaran ¿Por qué el autor era tan malo?

Miró el libro que había caído al otro lado de la habitación con molestia. No entendía cómo a Suzanne podría haberle gustado tanto esa novela.

Lucy no podía negar que a ella le gustara, pero odiaba cuando los personajes no hacían algo que ella esperaba que hicieran. Era tan irritante.

Se preguntó si Andrew habría leído esa parte, después de todo, el vizconde parecía ser adepto al libro.

Sonrió y suspiró. Otra razón para amar al maldito hombre.

Se recostó en la cama, sacudiendo la cabeza y decidiendo que ya era hora

de dormir, o al menos hacer el intento, sin embargo, mientras se cobijaba bajo las sábanas, un extraño ruido en su ventana la puso alerta.

—¿Q-Quién anda ahí?— tartamudeó, sintiéndose estúpida con su pregunta ¡Era la propiedad de un duque, por el amor del Cielo! Era por completo improbable que un extraño pudiera colarse dentro de la residencia, además, pensó tranquilizándose, su habitación se encontraba en el segundo nivel, nadie se atrevería a tratar de entrar en ella, solo un loco. O un suicida.

Otro golpe más fuerte se hizo eco en el cuarto, y Lucy apretó los puños, sintiendo el corazón retumbarle con rapidez en el pecho. Alguien sí andaba ahí, pensó tragando saliva, no eran imaginaciones suyas.

Se levantó nuevamente de la cama y cogió el candelabro, sabiendo de antemano que un golpe con eso podría dejar aturdido a alguien, y si esta vez le daba en la cabeza al intruso, Lucy calculó que podría dejarlo, en el mejor de los casos, inconsciente. Se negó a pensar en el peor.

Así que se acercó con sigilo a la ventana y abrió las cortinas de terciopelo con lentitud, logrando ver entre las sombras la silueta de un hombre de considerable porte.

Volvió a tragar saliva, y asió con más fuerza el candelabro.

—¡Maldita sea!— juró una voz en un bajo gruñido —¡Nunca debí de haber hecho esto!

Lucy abrió los ojos como platos, temiendo que se le salieran de sus cuencas, y su mandíbula se desencajó hasta por los suelos.

—¿Andrew?— susurró con incredulidad —¿Es usted?

Capítulo 20

La razón puede advertirnos sobre lo que conviene evitar; sólo el corazón nos dice lo que es preciso hacer.

JOSEPH JOUBERT

—¿Andrew? ¿Es usted?— escuchó el susurro sorprendido de Lucy, proveniente del otro lado de la ventana.

—No, soy Prinny— murmuró Andrew con fastidio —¡Por supuesto que soy yo! ¿O acaso esperaba a alguien más?

Ella hizo una pausa.

—En realidad, no esperaba a nadie— murmuró a los segundos.

Andrew gruñó. Sí, la muchacha podría tener razón, pero él no estaba dispuesto a dársela. Además, pensó irritado, en lugar de quedarse ahí parada y pensando en musarañas, lo mejor que podría hacer sería abrirle la maldita ventana de una vez ¿O acaso creía que él estaba muy cómodo colgando de las ramas de ese estúpido árbol de la muerte?

—¿Planea dejarme colgando toda la noche?— gruñó con los dientes apretados.

Ningún sonido se oyó por al menos veinte segundos. Andrew pensó con gran incredulidad que ella realmente planeaba dejarlo así, hasta que escuchó el frufú de las cortinas siendo corridas.

Se permitió respirar algo más tranquilo. Al menos la joven lo iba a dejar

entrar. O eso esperaba, porque ya se le estaban congelando unas partes muy preciadas de su anatomía.

—¿Qué está haciendo aquí?— preguntó Lucy con apremio, luego de abrir la ventana.

«Buena pregunta» pensó Andrew pasando las piernas por el alféizar; una pregunta de la cuál ni él sabía muy bien la respuesta.

Introducirse como un forajido dentro de la propiedad de un renombrado duque nunca había estado dentro de los planes de Andrew, pero luego de la conversación que sostuvo con su prima —si es que se le puede llamar conversación, pensó rememorando el golpe— no había podido sacarse de la cabeza sus palabras, que habían estado taladrándolo como si estuviera bajo una vigorosa gotera.

También estaba la larga y exhaustiva conversación que había mantenido con su tía Emily esa tarde, en la que le había hecho la pregunta de la que siempre había temido la respuesta:

“¿Me parezco a mi padre?”

Su tía se rio. Andrew nunca se había esperado que su tía se riera de él por algo que lo había estado torturando desde que tenía uso de razón. Pero ella se rio, por un demonio.

—No seas idiota— le había dicho entre espasmos —¡Tú! ¡parecerte a ese malnacido pomposo! ¡Ja! De ser así, ya habría hecho algo para remediarlo, y si insistieras, te habría cerrado las puertas de mi casa. Te aseguro que no te pareces en nada a él, salvo en el rostro.

A Andrew se le había desencajado la mandíbula ¿Su adorable tía insultando a alguien? La tierra se había salido de su eje. Sin embargo, su declaración había logrado sacarle un gran peso de encima, porque había descubierto que en todos esos años había estado equivocado y que, al parecer, nadie lo consideraba una copia del anterior vizconde de Torrington aparte de su madre, quien ahora también se veía arrepentida.

Y esas eran principalmente las razones que lo habían hecho decidirse, por las que se encontraba ahí; por las que había cruzado todo Curzon Street en medio de la noche, e ingresado como un infame ladrón de poca monta y escalado un árbol que albergaba a ardillas poco corteses y que según los griegos era venenoso, raspándose las manos con la corteza y estropeando en el proceso sus botas favoritas, garantizando un regaño exhaustivo por parte del estirado de su mayordomo porque tendría que conseguirle otras.

Todo eso solo para poder apreciar su rostro aunque sea por unos cuantos minutos.

—Necesitaba verla— dijo, optando por ser sincero.

Lucy jadeó y amplió esos hermosos ojos azules que lo perseguían en sueños, llevándose una mano hacia su pecho. Andrew apreció que en la otra sostenía un candelabro. Arqueó una ceja.

—No sabía quién era— aclaró ella dejando caer a un costado el objeto —. Temía que fuera un ladrón.

Andrew dio un leve asentimiento, y paseó la mirada por la habitación.

Era amplia, pero discreta. Sus paredes estaban adornadas con un tapiz color melón que Andrew podía distinguir gracias a la única vela encendida que alumbraba el cuarto. También en una esquina vislumbró un armario con un espejo en la puerta y a su lado un pequeño tocador; y en el otro lado un pequeño escritorio con papel y tinta sobre él, que Andrew conjeturó que utilizaría para escribir cartas o responder misivas. Y frente a él —y detrás de Lucy— se encontraba una cama con doseles con las sábanas dispersas — prueba de que ella había estado recostada, o quizá dormida— lo bastante grande para soportar a dos personas. Tal vez tres llegado el caso, o dos muy robustas, pensó distraído.

No era la suntuosidad que se esperaría de la hermana de un duque, pero Andrew no se sorprendía, después de todo, uno de los rasgos que le habían llamado más la atención de Lucy era esa sencillez que ostentaba a pesar del lugar privilegiado que ocupaba dentro de la sociedad.

Clavó los ojos en ella con insistencia, hasta que la joven se comenzó a remover con incomodidad.

—¿Para qué quería verme?— volvió a preguntar Lucy, mordiéndose el labio inferior de una manera que Andrew solo podía describir de seductora —Es peligroso que esté aquí— un ceño de preocupación arruinó su lisa frente —, si alguien lo ve estaría en graves problemas. Ambos estaríamos en problemas.

Andrew sabía que estaba en lo cierto, y que la reputación de Lucy podría sufrir un daño irreparable si la descubrían en su compañía, pero él se había asegurado de que nadie lo viera. Si de algo se apreciaba Andrew, era de su vasto conocimiento para evadir a lacayos o a quién sea que se le cruzara en el camino cuando se lo proponía. De algo tenía que servirle la experiencia adquirida luego de escaparse tantas veces de su habitación en Mantell Hall cuando era más joven. El manto nocturno y él habían aprendido a trabajar juntos. Y el haberle sonsacado información a su primo sobre la arquitectura de esa casa había valido la pena. Había tenido que soportar un largo interrogatorio, pero al final había valido totalmente la pena.

—Nadie me vio— declaró dando un paso hacia adelante, mirándola con intensidad —. Me aseguré de que nadie lo hiciera.

Lucy retrocedió, chocando con el borde de la cama.

—Pero aun así no debería de estar aquí— tartamudeó ella, viéndose como un gatito asustado tratando de infundirse valor. Un valor que estaba lejos de sentir.

Andrew sonrió lentamente.

Ahora estando frente a ella, se daba cuenta de que había extrañado su presencia más de lo que había imaginado. Se había acostumbrado tanto a estar cerca de ella durante esos días en la reunión campestre de su tía, que al verse apartado de su hermosa y menuda figura se le había hecho una condena.

Señor bendito, estaba enamorado hasta los huesos; pero que lo colgaran porque le importaba un maldito pimiento. Ya se había resignado.

Avanzó otro paso, admirándose de su grácil silueta iluminada por la tenue luz que emitía la vela. Ella era tan bella que el corazón se le oprimía, que lo hacía desear besarla hasta dejarla sin sentido, lo hacía desear fundirse con ella y volverse uno solo.

—¿Quiere saber a qué vine?— susurró de forma seductora estando frente a ella, y estirando una mano para tomar un delicado y suave rizo dorado— ¿Quiere saber por qué necesitaba verla?

Lucy asintió y Andrew vio satisfecho cómo su cuerpo se estremecía ante sus palabras, pero ese no era el momento para distraerse, antes tenía que decirles unas cuantas cosas que le eran necesarias.

Andrew era plenamente consciente de que estaba jugando sucio, que los planes que había trazado iban en contra de toda ética y buena moral, y que podrían arruinarla para siempre a los ojos de la sociedad. Sabía que estaba siendo un bastardo por tratar de manipularla, por querer seducirla, pero ya no lo negaba. Estaba dispuesto a ser titulado el bastardo más bastardo del planeta y que le dieran una medalla de honor con tal de pasar esa noche con Lucy y declararle todo lo que le hacía sentir.

—Hace muchos años— comenzó soltando un suspiro —me hice una promesa.

Y Andrew le contó todo. Le contó sobre las promesas que se hizo de no casarse jamás para no cometer los mismos errores del anterior vizconde. Sobre su infancia y la nula relación que mantuvo con sus padres. Sobre lo que le orilló a tomar esa decisión tantos años atrás. Le contó sobre los temores que guardaba en lo más profundo de su corazón de ser solo una sombra de Gregory Clayton, de nunca poder ser mejor que él.

Habló con ella como nunca lo había hecho con nadie, desveló su alma a Lucy mientras que ella lo escuchaba con suma atención, como si fuera lo más importante en su vida, como si no estuvieran de pie en medio de su habitación a media noche y que a unos cuantos pasos estaban los condes de Stamford y el duque de Ruthford. Ella lo escuchó sin interrumpir en ninguna ocasión, alternando diversas emociones según lo que le decía. Sus ojos habían pasado por la expectación, la sorpresa, la tristeza e incluso la ira, fascinándolo con

los distintos matices que podían apreciarse en esos aterciopelados topacios.

—No conocí a su padre— comentó Lucy con suavidad cuando él terminó, sus ojos llenos de compasión —, pero su primo me hizo saber la clase de hombre que era, y a través de su descripción puedo decir con total sinceridad que usted no se parece en nada a ese hombre.

—Ahora lo sé— susurró Andrew acariciándole la mejilla con ternura —. Pero ya es tarde— añadió con amargura.

—Nunca se es tarde— dijo Lucy con vivacidad, tomando la mano con la cual la acariciaba, y mirándolo con ardor —. Usted ya sabe que no es la sombra de nadie y que puede seguir su propio camino. El temor siempre estará —eso es de esperarse— pero no puede dejar que su vida la guíe un hombre que ya está muerto; y es un error de su parte irse a los extremos tomando decisiones tan radicales. Ningún extremo es bueno, y tiene que aprender a encontrar su punto, el matiz entre ambos.

Andrew esbozó una ligera sonrisa.

—No sabía que fuera tan sabia, Lucy.

Ella soltó su mano y suspiró, y Andrew al instante echó en falta su calor.

—Usted no se parece a su padre— musitó la joven bajando los ojos, sin hacer caso a su comentario —y estoy segura de que Jilly será realmente feliz cuando se case con usted.

Para Andrew eso no era algo que creyera probable, ya que él no la quería, y además su prometida parecía temerle.

«*Prometida*» la palabra le sonaba tan amarga en la cabeza.

Lucy volvió a suspirar y se alejó de él, rodeando la cama y sentándose en el borde. Andrew dejó caer su mano hacia el costado, observándola con atención mientras ella miraba la punta de sus pequeños pies que se asomaban bajo el camisón.

—Lord Torrington...— dijo luego de un breve silencio y sin dirigirle la

mirada.

El ceño de Andrew se frunció. Su tono se le hacía tan condenadamente educado que era molesto.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

Andrew guardó silencio, y unos minutos después sus botas hicieron eco en la habitación cuando se acercó a la joven y se arrodilló frente a ella, tomando sus manos y clavando sus ojos en los de Lucy con toda la intensidad de la que era dueño.

Lucy se sentía tan confundida que la cabeza le daba vueltas.

No lograba entender al vizconde, y por más que lo intentaba no podía ¿por qué había ido a contarle todo eso? ¿Qué relación guardaba con ella? Por otro lado ¡Él no debería de estar ahí! ¡Era peligroso! ¿Y si alguien se daba cuenta de su presencia? ¡su reputación quedaría hecha añicos! «*Además él está comprometido*» pensó con tristeza y amargura a igual partes, ¿No era un engaño hacia su prometida estar a tan altas horas de la noche con ella?

—¿Por qué me cuenta todo esto?— le preguntó sin atreverse a mirarlo, temerosa de que Andrew viera todos los sentimientos que se manifestaban en su corazón.

Él no dijo nada, y Lucy temió que no respondería, pero un momento después lo sintió moverse, y sin que se diera cuenta Andrew estaba arrodillado frente a ella y tomaba sus manos entre las suyas.

El corazón de Lucy comenzó a bombear sangre a una velocidad alarmante cuando sus ojos se posaron en los de él. Lo que vio en ellos la sobrecogió de tal manera que la dejó sin aire, que la hizo sentir débil.

—Te lo cuento porque tú fuiste quien me hizo replantearme mis ideas; porque cuando te conocí me hiciste desear cosas que estaban en contra de mis planes— dijo él con fervor, haciéndola estremecer, y tratándola con una intimidad que hasta ese momento era inexistente entre ambos —; y porque hiciste que me enamorara de ti como nunca imaginé que lo haría.

Un sollozo escapó de la garganta de Lucy sin que ella pudiera evitarlo. Se sentía tan abrumada con todo lo que implicaba su confesión, Pero ¿cómo podía estar segura de que lo que le decía era verdad?

—P-pero usted dijo que no me amaba— murmuró tragando saliva sonoramente —, dijo que solamente me deseaba. Además, si me ama, ¿por qué se casará con Jilly?— soltó con amargura.

Él suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—Lady Richardson nos encontró en una situación algo comprometedor— dijo luego de una pausa. Lucy sintió un nudo en la garganta y quiso apartarse de él, pero Andrew le tomó nuevamente las manos y se lo impidió —. Jamás la he tocado— le aclaró en tono urgente —. No le hice nada, te lo juro. ¿Recuerdas que ese día llovió?— Lucy asintió —la señorita Jolianne quedó por completo mojada, y para evitar que se resfriara, una vez que llegamos a una cabaña que pertenecía al antiguo jardinero, le dije que se quitara parte de la ropa. Ella no quería, pero yo insistí, y momentos después aparece lady Richardson.

Lucy aspiró con fuerza.

—Jesús— murmuró —. Entonces, ¿usted se vio obligado a comprometerse con ella?

Andrew asintió y apretó sus manos.

—¿Y no pueden hacer algo para remediarlo?

—Si pudiera, ya lo habría hecho— bufó el vizconde —. Y no puedo romper el compromiso sin afectarla a ella. Sinceramente, no sé qué es lo que debo hacer.

Lucy tampoco sabía. Cualquier idea que pasara por su mente no tenía ninguna posibilidad de funcionar; todas eran inútiles.

—Entonces...— dijo con temor —¿está diciendo la verdad cuando dice que me ama? ¿no es solo deseo?

—Tal vez en un principio era así, no lo sé— dijo Andrew sentándose junto a ella y tomando su rostro entre sus palmas, impidiendo que Lucy pudiera apartar sus ojos de los brumosos de él; y provocando que el corazón le diera un vuelco cuando su pulgar comenzó a frotar su mejilla con suavidad —; solo sé que cuando te besé ya no pude dejar de pensar en ti, y deseaba ser el único en conocer el sabor de tus labios.

Un calor agradable comenzó a recorrer el cuerpo de Lucy hasta detenerse e instalarse por completo en su pecho. Para ella había sido exactamente de la misma manera; desde ese primer beso que le dio en el baile de la condesa de Devon, Lucy no había dejado de pensar en él. Reconocía que había sido un beso agridulce, pero que a pesar de ello no había carecido de perfección, y siempre estaría grabado a fuego en su memoria.

—Me enfurecía verte hablar con otro— continuó el vizconde, acercando su rostro al de ella, acariciándola con su cálido aliento —, y cada vez que te veía sonreírle a otro hombre que no fuera yo, deseaba poder golpearlo. Te amo Lucy, te amo de tal manera que solo pienso en ti, solo ardo por ti— dijo, cerrando las distancias entre ellos y la besó.

La besó con castidad, con mesura, con suavidad y con ternura; trasmitiéndole a través de ese efímero roce toda la magnitud de sus sentimientos. Y Lucy volvió a sollozar, temiendo que fuera un cruel sueño, temiendo que con tan solo un pequeño parpadeo todo se esfumara en una voluta de humo.

Pero no fue así, en cambio sintió cómo su húmeda lengua le pedía la entrada con timidez, y Lucy abrió su boca, separando los labios ligeramente, y se aferró a su chaqueta con fuerza, mientras que Andrew con una mano tomaba su rostro por la barbilla y la otra la deslizaba por su espalda en un abrazo íntimo, acercándola más a su cálido cuerpo.

Lucy se estremeció al sentir su lengua acariciando su paladar y enredándose con la suya en una persuasiva lucha que ella estaba lejos de ganar, y a la cual Lucy se rindió con agrado.

—Lucy— dijo él contra sus labios, afirmando su frente en la de ella y mirándola a los ojos con tanta necesidad, con tanto deseo que Lucy perdió el

poco aire que le quedaba en los pulmones —. Sé mi amante— susurró —.Si no puedes ser mi esposa, sé mi amante. Aunque sea por una noche sé mi amante.

Y la volvió a besar.

Y Lucy se dejó hacer, dejando fuera el sentido común, aceptando sus ávidos labios, aceptando todas las implicaciones buenas y malas —más malas — que acarrearían entregarse a él.

Pero no pensó en ello cuando Andrew la depositó con suavidad a lo largo de la cama; no pensó en que estaba comprometido, que estaba traicionando de una manera perversa a una de sus amigas, no pensó en que si alguien se llegaba a enterar de lo que estaba haciendo lo más probable es que terminara confinada en el campo y obligada a pasar el resto de sus días cultivando flores.

No pensó en nada. Ya más tarde se arrepentiría y lloraría, pues tendría tiempo de sobra, pero en ese momento, en el que estaba tan íntimamente presionada contra el cálido cuerpo de Andrew, ella no protestaría y atendería a los anhelos de su corazón.

Andrew susurró su nombre, y Lucy soltó un suspiro cuando sus labios comenzaron a crear un sendero de húmedos besos a través de su cuello, bajando hasta detenerse en el inicio del valle entre sus pechos, aún a través de su modesta camisola, y una traviesa mano se abrió paso entre sus piernas, haciendo a Lucy estremecer y que la piel le ardiera por donde la tocaba.

Él se incorporó sobre sus talones, privándola de su calor, y se quitó la chaqueta y luego la corbata, la camisa y las botas con una rapidez asombrosa, dejando desnudo su magnífico y musculoso pecho.

Lucy se sonrojó ante la vista y boqueó un par de veces tragando saliva con nerviosismo, y Andrew sonrió con picardía y volvió a besarla, haciendo que Lucy se perdiera en ese mar de caricias y deseo que la embargaban.

Ese hombre besaba como los dioses, pensó Lucy pasando los manos por el pelo de él...

Y una risa borboteó de su garganta.

Andrew levantó la cabeza y la miró con curiosidad, preguntándole con los ojos qué era lo que sucedía.

Lucy meneó la cabeza.

—Tienes... tienes hojas de tejo en el cabello— dijo mordiéndose el labio inferior y tratando de no reír.

Él entrecerró los ojos.

—Fueron las malditas ardillas— murmuró Andrew alzando una mano y sacudiéndose el pelo, dejando caer tres hojas de tejo hacia los lados —¿quedan más?

—No— carraspeó Lucy apretando los labios.

Andrew la miró con los ojos entornados.

—¿Te estás burlando de mí?

Lucy abrió los ojos como platos.

—¡Noooo!— graznó negando con furia —. Por supuesto que no. Jamás me burlaría de ti.

Pero los estremecimientos de su cuerpo la contradecían, y Lucy se vio invadida por un ataque de risa.

—¡L-lo siento!— chilló tapándose la boca con horror, pero sin poder parar de reír.

Andrew chasqueó la lengua.

—Usted, milady— dijo esbozando una sonrisa lenta —, es una muy mala mentirosa.

Lucy se sonrojó, recordando la primera vez en que le dijo algo parecido,

pero luego se sonrojó aún más al caer en la cuenta de que en esos momentos estaban haciendo algo mucho menos casto.

Se sintió tonta.

Sin embargo, sus cavilaciones se vieron interrumpidas por un jadeo cuando Andrew volvió a tomar su boca con ardor, en un beso apasionado que le envió un torrente de calor a través de las venas.

—¡Andrew!— gimió con sorpresa cuando él posó sus manos sobre sus pechos y comenzó a masajearlos, pero él no dijo nada en respuesta, sino que siguió enfrascado en su tarea.

El susurro de tela se escuchó en la habitación tenuemente iluminada, y sin saber muy bien cómo, Lucy se encontró desnuda y se vio incapaz de desviar la mirada de los ojos hambrientos de Andrew que la dejaron sin aliento y la hicieron temblar como una hoja.

Sintió el impulso de cubrirse, pero lo descartó rápidamente. Ella deseaba eso, deseaba que la mirara, que la acariciara, que la invadiera con todas esas sensaciones que solo él sabía despertar. Era inútil cubrirse.

—Eres tan hermosa...— musitó Andrew con voz contenida, sus ojos brillantes como plata recién pulida— y maldición, Lucy, me vuelves loco. No sabes cuánto te amo, cariño, ni cuánto te necesito.

Y Lucy le creyó como nunca lo había hecho con nadie, porque al mirar ese rostro de mandíbula tan firme y esos ojos grises que la contemplaban con tanta intensidad y seriedad, era imposible no creerle, no cuando era el hombre que ella amaba con cada fibra de su ser.

—Yo...— balbuceó sintiendo el corazón en la garganta— yo también...

Pero su voz se vio convertida en gemido desigual cuando Andrew tomó uno de sus pezones con su boca y comenzó a succionarlo como si fuera un bebé, enviándole una corriente extraña de placer que se le instaló en el vientre en forma de espiral.

Su cuerpo se sentía raro, sentía que flotaba, y Lucy se sujetó al cabello de Andrew temiendo salir volando y perderse. El calor la abrumaba, se sentía arder. Era como estar en el infierno, pero un infierno completamente glorioso del que no quería salir.

¿Era eso normal? No le importaba realmente, lo único que le importaba era sentirlo a él, sentir las manos de Andrew sobre su cuerpo, sus labios húmedos bajando por su abdomen aumentando el espiral en su vientre.

Él parecía saber dónde tocarla, y su cuerpo parecía saber cómo moverse, sus caderas adquirieron vida propia, ansiando algo que Lucy estaba lejos de comprender qué era pero que necesitaba con urgencia.

Y de repente Lucy se vio gimiendo su nombre y diciendo cosas incoherentes, rogando para que Andrew la ayudara a calmar ese ardor, sabiendo que él era el único que podía. Pero Andrew siguió torturándola pasando sus manos por sus muslos, separándolos y comenzando una lenta caricia circular en su intimidad.

—¡Oh, Cielos!— gimió Lucy arqueándose contra él y abrazándolo por los hombros.

Andrew rio junto a su oreja, una risa ronca que la hizo vibrar.

—Nada de cielos, querida— susurró con voz tensa —. Solo yo— e introdujo un dedo en su intimidad, y luego otro, y comenzó a bombear dentro de ella, con lentitud, y Lucy se sintió morir de placer, queriendo más, necesitando más.

—¡Por favor, Andrew!— gimió sin entender realmente qué pedía, pero segura de que él sabría lo que necesitaba.

Él retiró sus dedos y se incorporó en un rápido movimiento, apartándose de ella para quitarse los pantalones, y Lucy suspiró complacida cuando Andrew volvió a estrecharla entre sus brazos, sus narices tocándose y sus respiraciones mezclándose.

—Esto puede doler, cariño— musitó Andrew rozando sus labios con los

suyos y separando sus muslos, acomodándose entre ellos —. Pero seré delicado.

Lucy asintió sonrojándose con furia, dando un respingo cuando su erección hizo contacto con su intimidad.

—Si es demasiado, dímelo— dijo Andrew en un jadeo, deslizando su miembro lentamente en su interior, estremeciéndose de placer.

Lucy sintió cómo la penetraba, abriéndose paso, y soltó una exclamación ahogada cuando una punzada roja de dolor la atravesó.

Quiso hablar, quiso decir algo, pero Andrew la interrumpió con un beso ardiente mientras salía y entraba nuevamente en su interior, y pronto el dolor se disipó y solo quedaron ellos y ese maravilloso placer que la tragaba, haciendo que Lucy gimiera y lo llamara, diciendo cosas sin sentido en medio del éxtasis en el cual se hallaba sumida, aferrada a su cuerpo como si de un salvavidas se tratara, mientras Andrew la sujetaba por las caderas con fuerza.

Y Lucy sintió como el espiral en su vientre crecía y crecía y crecía con cada embiste que él le daba, privándola del sentido, y luego, algo extraño y maravilloso ocurrió.

El espiral se desplegó y se separó en pequeños trocitos que se esparcieron por cada célula de su cuerpo, haciéndola flotar y gritar, a la vez que Andrew gruñía y hundía su rostro en el hueco de su cuello, y en el último momento él salió de su interior y se derramó sobre su vientre.

Y luego solo quedó él y el peso de su cuerpo sobre el de ella, ambos con la respiración errática, pesada.

No tenía ni idea de cuántos minutos pasaron antes de que él se moviera hacia un costado y pasara sus brazos alrededor de ella, abrazándola por la espalda con fuerza y enterrando su nariz en su pelo.

—¿Estás bien?— preguntó con preocupación.

Lucy se sintió enternecida, y se giró entre sus brazos para quedar frente a

él.

—Sí, estoy bien— susurró sonrojándose ligeramente.

Andrew la miró con seriedad, como tratando de averiguar si es que ella mentía, hasta que asintió y Lucy lo sintió relajarse.

Observó su rostro en la penumbra y detalló mandíbula, pensando en cuánto lo amaba, en lo feliz que la había hecho esa noche, y ansiando el poder decirle que ella también lo amaba.

—Andrew— susurró mirándolo a los ojos— yo...

Pero él la acalló con un suave beso, y luego musitó por sobre sus labios:

—No lo digas. No lo digas o todo será más difícil.

Y la abrazó nuevamente con fuerza soltando un suspiro desigual, y Lucy enterró su rostro en su pecho sintiendo las lágrimas afluir a sus ojos, pensando en que todo era tan injusto, y en lo cruel que podía ser el destino.

—Cómo desearía que esta noche no tuviera fin— dijo Andrew con tristeza, apretándola hacia su cuerpo, y haciéndose eco de sus pensamientos —. Cómo desearía poder quedarme a tu lado para siempre.

—Yo también— sollozó Lucy perdiendo la batalla contra las lágrimas—. Yo también lo deseo— y se aferró a su cuerpo con fuerza, odiando la llegada del día venidero, sabiendo que solo traería consigo tristezas.

Capítulo 21

El sol no se ha puesto aún por última vez.

TITO LIVIO

La afluencia de la muchedumbre que llenaba por completo la iglesia de St. George no parecía dar abasto, y Andrew observaba con velado desprecio cómo se empujaban unos a otros como animales para lograr tener aunque sea un espacio y poder presenciar el evento más comentado de toda la maldita temporada: el apresurado matrimonio del vizconde de Torrington con la provinciana señorita Jolianne Creig.

Los dientes de Andrew se estaban desgastando a pasos agigantados de tanto que los hacía rechinar.

En un principio habían acordado que sería una ceremonia privada, pero lady Richardson había insistido en que fuera algo más "*conocido*" para que todos vieran cómo el amor flotaba en el aire mientras ellas decían sus votos.

«La indiferencia querrá decir».

Pero Andrew había aceptado a regañadientes, porque a pesar de que odiaba la idea de tener que casarse con la señorita Creig, no quería que la muchacha pensara que se avergonzaba de que ella fuera su prometida.

Honestamente, él no se avergonzaba de ella. La consideraba una joven atractiva y agradable —solo que demasiado tímida para lo que estaba acostumbrado—, pero no la amaba y ella no era el árbol del cual quería ahorcarse, sino que el árbol era Lucy.

«*Lucy*»

Había sido un maldito cobarde esa madrugada tres días atrás por haberla abandonado mientras ella dormía y sin siquiera despedirse luego de que la joven le hubiese entregado su inocencia; pero Andrew no había querido ver el dolor impreso en esos hermosos ojos color topacio cuando se despertara y tuviera que hacer frente a la cruel realidad. Era lo mejor para ambos el no haberse despedido, de lo contrario todo habría sido demasiado doloroso. Más de lo que ya era.

¿Por qué todo tenía que ser tan malditamente complicado? Él lo único que deseaba era estar con Lucy y poder desasirse de ese compromiso para casarse con ella.

Todo era culpa de lady Richardson, pensó Andrew arrugando los labios con amargura, viendo cómo la vieja bruja se pavoneaba de aquí para allá con su emperifollado sombrero emplumado.

Andrew la odiaba con cada célula de su ser, y le deseaba una muerte lenta y dolorosa. Una malaria le haría justicia.

¿Es que acaso la maldita mujer no se daba cuenta que ni su sobrina ni él querían ese loco matrimonio? Andrew aún recordaba cuando le entregó el anillo de compromiso dos días atrás a la joven y ella parecía estar aceptando una copa de veneno que daría paso a su muerte en lugar de una argolla.

—Relájate— susurró George a su lado, haciendo un guiño en dirección a lady Richardson—. Si la sigues mirando así la gente pensará que quieres asesinarla.

«*Y estarían en lo correcto*» pensó Andrew sin responder, pero apartando con renuencia los ojos de la mujer.

—Aún podemos poner en marcha mi plan— dijo su primo abriendo y cerrando su reloj, arqueando las cejas con expectación—. Prometo no golpearte con tanta dureza.

Andrew bufó. El plan de George consistía en que ellos armaran una pelea

y él quedara inconsciente para no poder decir sus votos.

Era ridículo, pero Andrew agradecía que su primo tratara de ayudarlo. Al parecer, él no era tan bueno en esconder sus sentimientos, porque George se había dado cuenta de que estaba enamorado de Lucy, y había tratado de ayudarlo a buscar algún tipo de solución, pero no habían encontrado ninguna salida honorable.

El dicho de que dos cabezas piensan mejor que una había sido bastante errado en su caso. Hasta dos asnos lo harían mejor que ellos.

—Además, si no te casas, podré ganarme unas cuantas libras con las apuestas que se hicieron en el *Club Angelus*— continuó George, paseando los ojos con pereza por la habitación.

Andrew hizo una mueca de incredulidad ¿Su primo también en eso?

Hace algunos días se había corrido la noticia de que, en un nuevo club de juegos que se localizaba en el Soho, alguien había comenzado una corrida de apuestas en contra de la realización de su matrimonio.

Andrew no tenía ni idea del nombre del maldito que había dado comienzo a toda esa grandísima estupidez, y a pesar de que le molestara que hicieran todo eso a costillas de su nombre, en lo más profundo deseaba que quien lo inició acertara con su apuesta. Lo único que quería era estar con Lucy.

Estaba loca, y la pena que la había estado embargando los últimos días duplicaba su locura. Eso explicaría el porqué estaba sentada dentro de un carruaje dirigiéndose a la iglesia de St. George para asistir a la boda de Jilly y

el vizconde.

O tal vez era masoquista. No, tampoco era eso, a ella no le gustaba sufrir.

Todo era culpa de su tía, decidió, su tía que prácticamente la había arrastrado para que asistiera a ese matrimonio.

Lucy aún no podía entender cuál era la fijación de lady Stamford por querer asistir a esa ceremonia luego de que hubiera estado rechazando durante toda esa semana cada invitación que había caído en sus manos, y a cada visita que se había presentado junto a su puerta.

Según ella, era porque *"necesitaba un respiro"*; y la única persona que había logrado convencerla de aceptar su visita había sido lord Daryl luego de haber sido particularmente insistente en su deseo de ver a Lucy.

Lucy todavía se estremecía de tan solo recordar su horrorosa visita de dos horas en que se lo pasó parlotando y pidiendo disculpas y rogando por un innecesario perdón por haberse comprometido con otra mujer.

«Caí preso de la pasión» le había dicho entre gimoteos, pero aun así con los ojos brillante *«y los dulces brazos de mi hermosa Marianne se convirtieron en mi cárcel»*.

Oh, Lucy por supuesto que comprendía la parte de caer preso de la pasión. Lástima que ella no tenía dulces brazos como cárcel, sino que una soltería eterna sería su amarga condena.

Soltó un suspiro cansado y fijó los ojos en el paisaje exterior, tratando de distraerse de sus pensamientos con el traqueteo del coche.

En esos momentos deseaba poder saltar como un resorte por la ventanilla, o gritarle al cochero que diera media vuelta y volvieran a casa; sin embargo, era demasiado tarde porque ya estaba llegando a la iglesia, y por otro lado su tía la regañaría si se ponía a gritar como una loca.

«Y si supiera lo que hice la otra noche» pensó tratando de no sonrojarse como un tomate y atragantarse con su propia saliva.

Aún se sorprendía de lo imprudente que había sido, incluso hasta le costaba comprender lo ligera de cascos que se había vuelto como para aceptar, así como así, la petición de Andrew; pero a pesar de ello y de todo el desastre que se podía armar y que su reputación quedaría por los suelos, Lucy no se arrepentía de nada. Amaba a Andrew con toda su alma, y guardaría ese recuerdo en su corazón por el resto de su vida, aun si tuviera que verlo casado con una de sus amigas y le doliera en lo más profundo de su ser.

El amor era un sentimiento tan complejo, que lo racional parecía no tener cabida en él.

—Estos caminos llenos de baches están arruinando mi espalda— se quejó su tía acomodando su chal de encaje de seda amarillo sobre sus brazos —; y estoy segura de que llegaremos tarde— añadió abanicándose con fervor, como si de esa forma lograría que el coche avanzara más rápido.

Lucy miró su propio chal e hizo una mueca. Su tía iba vestida de naranja pálido y un chal amarillo, y ella llevaba puesto un vestido amarillo con un chal naranja.

¿Cómo era que no se había dado cuenta de que iban tan combinadas? Una un limón, y la otra... una naranja. Una naranja algo verde.

Al menos podía consolarse con que el diseño era diferente.

—Tu espalda ya estaba arruinada de antes, cariño— repuso lord Stamford rascándose la barbilla con gesto pensativo, sacando a Lucy de sus cavilaciones de moda —; no obstante, tienes razón en que llegaremos tarde. Pero no te preocupes, que yo me encargaré de que hagamos una entrada memorable, aunque faltarían las palomas, pero me las arreglaré sin ellas.

Lady Stamford enderezó la espalda en su asiento y entrecerró los ojos.

—Ni se te ocurra hacer una barbaridad, Timothy— regañó, cerrando su abanico con un amenazador chasquido —, porque te aseguro que conocerás el infierno antes de tiempo.

—Oh, no te preocupes, querida— repuso su tío con desfachatez —, que ya

lo conozco desde hace más de treinta años; para ser más exactos, desde que me casé contigo, así que no será un problema.

«*Touché*» pensó Lucy con una mueca dejando viajar los ojos de uno a otro, sin haberse perdido ninguno de los cortes que se habían dado como si de dos esgrimistas se tratara.

La condesa de Stamford movió la cabeza hacia un lado, mirando por las ventanillas, y soltó un desdeñoso «*Hmp*», sin embargo, Lucy vio cómo apretaba los labios notándose claramente que reprimía las ganas de reír; mientras que por el otro lado su tío se cruzaba de brazos con satisfacción, y la miraba con un peculiar brillo en sus ojos que hasta solamente ese momento Lucy pudo reconocer que se trataba del más profundo amor.

¿Sería esa una de las claves para mantener un matrimonio vivo? Tal vez parte del todo estaba en el humor, en encontrarle el lado picante a todo, pero aun así no estar exento de dulzura.

Lucy sabía que el matrimonio de sus tíos había tenido sus altibajos, pero que de alguna u otra forma los habían atravesado juntos y hasta ese día seguían caminando de la mano; y que de cada pelea que los había visto tener, todas terminaban con una reconciliación entre risas.

Tal vez también esa era una de las características que le habían atraído de Andrew en primer lugar; que era una persona divertida, que no era hipócrita dándole falsos agasajos; y que había sido el primer hombre fuera de su familia que había tenido el descaro de burlarse de ella.

Eran cosas simples, pero que, si se meditaban con la debida atención, podían hacerte ver con otros ojos a una determinada persona.

Lucy no podía negar, aunque quisiera, que el atractivo de Andrew fue algo que la atrajo desde que lo vio por primera vez, pero esa no era la principal razón de que se hubiese enamorado de él —ya que antes también había conocido a otros hombres mucho más atractivos— sino que su amor había surgido al darse cuenta de que Andrew no la veía solamente como una muñeca de porcelana carente de inteligencia. Él se había ganado su corazón con sus sonrisas, con las conversaciones compartidas, con las miradas, con el amor

que compartía con sus primos, y en especial por haber mirado más allá de una belleza externa que con el correr del tiempo terminaría por marchitarse.

Por otro lado ¿Cómo no amar y admirar a alguien que era capaz de demostrar bondad hasta a una madre que lo había rechazado durante toda su vida?

Era difícil encontrar a personas bondadosas de corazón y sin segundas intenciones, como también era difícil el no dejarse vencer por sentimientos tan primitivos y dominantes como la ira, el rencor y el odio cuando existían bastas razones para hacerlo. Sin embargo, Andrew lo había logrado, a pesar de que él no parecía darse cuenta.

El vizconde podía tener sus fallos —como todo el mundo—, pero Lucy no podía evitar que a sus ojos él fuera perfecto. El conjunto que lo conformaban lo hacían para ella un hombre simplemente perfecto.

Suspiró con melancolía. Y ahora ese hombre estaba por casarse. *¡Oh Dios! ¿Por qué? Quería gritar.*

—¿Lucy? ¿Me escuchaste?— dijo su tía dándole un leve golpe con el abanico.

Lucy pestañeó con sorpresa, y lady Stamford le lanzó una mirada de extrañeza.

—Te estaba diciendo que ya llegamos— añadió frunciendo los labios.

Lucy abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, pero la cerró rápidamente al darse cuenta de que se tía parecía no esperar respuesta. En cambio, apretó las manos sobre su regazo y respiró profunda y trabajosamente antes de bajar.

Ya había asistido a bodas con anterioridad, se dijo tratando de calmarse, no había por qué ponerse nerviosa.

«Pero en ninguna otra el novio era el hombre que amo» le susurró su flagelante subconsciente.

—¡Cristo! ¡Esto parece un teatro!— farfulló su tío al ingresar — ¿Dónde está nuestro palco?

Lucy no podía no estar de acuerdo con su tío. La verdad sea dicha, la iglesia parecía estar infestada de aristócratas apretujados entre los asientos, y ella podía asegurar que ninguno de ellos eran devotos feligreses que asistían a la Santa Comunión a escuchar los sermones del párroco. Lo más probable es que solo pisaran una iglesia cuando surgía un evento que podría satisfacer su necesidad incesante de dulce cotilleo.

Nadie parecía prestarles atención a ellos, y Lucy lo agradeció, ya que no quería tener que sonreír falsamente cuando los ojos se posaran en ella. O recibir falsas sonrisas.

—¡Lady Stamford! ¡Lord Stamford!— gritó lady Richardson corriendo hacia ellos llevando consigo todo su voluminoso ser que se meneaba desenfrenadamente de un lado para otro, haciendo resonar un surtido de alhajas.

Lucy cerró los ojos con agonía. Acababan de romper sus sueños de una entrada discreta. Ni las palomas de las que hablaba su tío habrían llamado tanto la atención; pero gracias a Dios todos parecían estar enfrascados en sus incesantes chismorreos, y no parecieron darse cuenta de nada.

—¡Y lady Lucinde!— continuó la mujer llegando junto a ellos, mirándolos con ojos desorbitados y abiertos como los de una rana —¡Gracias al Cielo que ya llegaron! ¡Por un momento creí que me dejaría desamparada durante este día tan importante!

—Y nosotros pensábamos que llegaríamos tarde— comentó su tía luego de los saludos —¿Aún no ha comenzado la ceremonia?

Lady Richardson agitó la cabeza ansiosa, y Lucy tuvo que dar un paso atrás para evitar que la golpeará con su sombrero singularmente emplumado.

—Estamos esperando a que llegue la novia— dijo, guiándolos hacia unos asientos delanteros que estaba vacíos y a la espera de ellos—. Usted ya sabe, estas jovencitas y sus nervios nupciales las hacen demorarse más de lo

debido. Sí, tienen que los nervios— añadió meneando la cabeza y sus plumas, como queriendo autoconvencerse.

Su tía murmuró una respuesta comprensiva, y Lucy apretó los labios en un intento desesperado por tranquilizarse y no sufrir un ataque de histerismo.

Lucy sabía que Andrew la estaba mirando. Podía sentir sus ojos en la piel, traspasando la tela de su vestido y quemándola como una lumbre; tan insistente que pesaba.

Tensó la columna.

Ella no debería de estar ahí. Tener presenciar toda esa función solo era un tormento, y lo que más quería era poder salir corriendo y esconderse como un conejo, y así poder llorar a gusto.

Apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en la palma incluso a través del guante de seda, deseando que el dolor la distrajera aunque sea solo unos cuantos segundos, mientras se obligaba a no girarse en dirección a Andrew, sabiendo que si lo hacía terminaría por derrumbarse.

Tenía miedo, estaba terriblemente aterrada de lo que vendría más adelante, porque sabía con total certeza que se echaría a llorar.

«*Pero en las bodas se llora, ¿no?*» Tal vez podría llorar, podría llorar y todos pensarían que era de emoción, y no porque le estarían clavando el último puñal que terminaría por quebrar por completo su ya de por sí quebrado corazón. Las únicas personas que sabrían la verdad serían el mismo vizconde y Clitia.

Y como si su amiga hubiese sido convocada, apareció frente a sus ojos con una media sonrisa, y Lucy se sintió más tranquila, porque sabía que Clitia la apoyaría y no estaría más sola.

Andrew supo el segundo exacto en el que Lucy entró en la iglesia.

Lo sintió en el aire, en la piel, en las manos, en el alma. Era como si algo lo llamara y lo impeliera a abandonar todo y lanzarse a sus pies y rogarle perdón por ser un malnacido; y robársela y llevársela lejos de todo ese barullo.

Pero Andrew sabía reconocer un muro en cuanto lo veía, y más cuando ese muro parecía un jamón de Wetsfalia excesivamente grande; así que haciendo uso de todo su autocontrol se quedó a contrapelo clavado en su lugar junto al altar.

El párroco, que estaba frente a él, se aclaró la garganta provocando que cesara su impúdica contemplación.

—Milord— dijo tragando saliva estrepitosamente y pasándose una mano por su sudorosa frente sin fin —, la ceremonia debería de haber dado inicio hace treinta minutos— se removió incómodo —¿Está seguro de que... la novia se presentará?

—Se presentará— Andrew dijo hosco, haciendo que el religioso se atragantara y se ruborizara con furia.

Demonios ¿qué novia no se presentaría a su matrimonio? Era una pregunta estúpida. La muchacha seguramente se estaba demorando para crear expectación.

Frunció el ceño, molesto, y trató de no prestarle atención al incesante tarareo de su primo.

Maldita sea, él no se quería casar, pero si lo hacía quería que fuera rápido y salir lo más pronto de ese lugar lleno de ojos risueños y maliciosos.

—Por un infierno, deja de cantar— gruñó ya cansado del latoso «*Conejo viejo y pellejo...*» de George.

Su primo abrió los ojos con gesto ofendido y el párroco carraspeó fuertemente.

—Estoy ansioso— dijo alzando la nariz —, y sabes que cantar me relaja; es eso o el reloj. Igualmente, no deberías de blasfemar en la casa de Dios— añadió chasqueando los dedos con reproche, ganándose un murmullo aprobatorio del párroco —. Te diría "*vete al infierno*", pero como el buen cristiano que soy me morderé la lengua...

«*Gran mordida de lengua*» pensó Andrew tragándose un bufido, mientras que el clérigo sufría un ataque de tos.

—...y en cambio te diré que te vayas al confesionario más cercano y pidas perdón por tus faltas... o el despojar de faldas, si estamos en eso. Además, de que el infierno no acepta devoluciones de los demonios que suelta.

—Y yo te mataría, pero aún no aprueban ese edicto— farfulló Andrew con una mueca, desviando nuevamente los ojos hacia Lucy, deleitándose alevosamente en su perfil.

Había algo tan mono en ella. La forma en que ladeaba la cabeza dejando que unos cuantos risos le acariciaran la aterciopelada mejilla; el arco tan delicado de su nariz, y la suave curva de su esbelto cuello que clamaba por su toque y que Andrew se moría por llenar de besos.

Endureció la mandíbula a la vez que su expresión de tornaba sombría. No debería pensar en eso cuando su futura esposa iba en camino. Al menos debería regirse por los pocos principios que parecían quedarle.

El estruendoso abrir de las puertas de robles lo sacó de sus meditaciones amargas, al igual que pareció llamar la atención de toda la chusma que redobló sus murmullos.

—¡¡¡*La noviaaaaaaaa!!!*— resolló la aparición tomando jadeantes respiraciones, logrando que todos cesaran su parloteo.

Andrew se tensó y dio un paso adelante, reconociendo al asaltante como una de las amigas de Lucy, la tal Anderson.

—Jilly... la novia— volvió a jadear, afirmando las manos sobre las rodillas, en un intento por sostenerse.

—¿Qué pasó con mi sobrina?!— dijo lady Richardson cruzando el pasillo con una velocidad improbable dada su complexión, mirando hacia todos lados— ¿Dónde está Jilly?!

La joven se pasó la lengua por los labios y miró a lady Richardson por debajo de las pestañas, pareciendo temerosa.

Andrew quería arrancarse el cabello. A él mismo o a cualquiera.

—Jilly...— dijo en un torpe susurro que reverberó en toda la enmudecida habitación —Jilly huyó.

El silencio rápidamente se extendió por varios segundos, y la iglesia parecía haber sufrido una afonía colectiva, mientras que en lady Richardson se manifestaban los primeros síntomas de una apoplejía.

—¿Quééééééééééééééééé?!— chilló al fin, rompiendo el sufrido mutismo, en el cuál todos comenzaron a murmurar —¿Cómo que huyó?! ¡Ay, Dios mío! ¡Me muero!— gorjeó y cayó al suelo provocando un ruido sordo.

—¡Terremooooo!— graznó lord Stamford levantándose de su asiento de golpe, que Andrew logró ver por el rabillo del ojo, pero que no le prestó la atención suficiente.

En lo único que podía pensar era:

«Me dejaron plantado, me dejaron plantado, ¡Me dejaron plantado!»

Andrew jamás pensó que se sentiría tan feliz de ser dejado plantado, y de haber sido humillado frente a un enjambre de ojos perversos. Diablos, si tuviera cascabeles lo más probable es que se pusiera a bailar un Morris con gusto sobre el altar.

Giró la cabeza con brusquedad hacia Lucy, pero la señorita Anderson le salió al encuentro.

—Lord Torrington— llamó titubeante.

Andrew la miró con un ceño feroz, a lo que ella enderezó los hombros y

entrecerró los ojos con un guiño de irritación.

—Esto es para usted— dijo, entregándole de mala gana una pulcra carta—. La tomé del cuarto de Jilly antes de salir.

Andrew la aceptó con recelo, mientras que la joven lo miraba expectante.

—¿La va a abrir?— preguntó rebosante de curiosidad.

Él le lanzó una mirada intencionada, preguntándose si la muchacha sabría el concepto de la palabra privacidad.

Al parecer no, porque ella seguía esperando.

—Sí, pero solo— dijo deliberadamente.

Ella sorbió por la nariz y le lanzó una mirada mosqueada dándose media vuelta.

«*Jum. Atractivo pero pesado*» la oyó murmurar mientras pasaba por encima del cuerpo de lady Richardson que cuatro caballeros —entre los que se encontraba su primo y lord Daryl— intentaban arrastrar inútilmente hacia los banquillos.

Andrew se apretó el puente de la nariz y procedió a abrir la carta, pensando que la caligrafía se le hacía extrañamente familiar; pero sacudió la cabeza rápidamente restándole importancia y comenzó a leer:

Mi estimado lord Torrington:

Ya le había escrito con anterioridad, y como habrá notado, no soy una persona de naturaleza formalista.

Las circunstancias que me impulsan a esta segunda misiva se las dejaré claras a la brevedad, y espero que no se sienta insultado por mi intervención y mis veraces intenciones.

Como se comenta por vox populi, parezco tener ojos en todas partes, y a pesar de que mi enfoque se direcciona hacia el comercio, tampoco puedo dejar de mirar lo que parece suceder fuera de él.

Observé su situación, especialmente la de la amable señorita Creig, y luego de meditar y averiguar las circunstancias de su apresurado compromiso, llegué a la no poco acertada conclusión de que ninguno deseaba aquel enlace.

Así que me decidí por introducir unos de mis tantos dedos enguantados y ayudar a esta pobre dama en apuros como la criatura oportunista que puedo llegar a ser.

Se preguntará ¿por qué oportunista y no humanitario?

La respuesta es bastante simple:

Comencé una apuesta que estoy ansioso por ganar.

Le aconsejo que no se preocupe por el bienestar de la señorita Creig. Ella se encuentra en excelentes condiciones, siendo transportada hacia Northumberland en un cómodo y bien equipado carruaje.

Ella le desea la máxima felicidad, y le pide perdón humildemente a usted y a su amiga (no me explicó cuál, pero asegura que usted sabrá de quién se trata) por todas las angustias que provocó.

Por mi parte, también le deseo felicidad, y le sugiero que no deje pasar esta oportunidad de poder seguir su corazón.

No juzgue, no dude y trate de encontrarle otro sentido que no tiene a todo esto. Como ya le dije, solo déjese guiar por su corazón.

El amor sincero es difícil de encontrar, y si ya lo ha hecho y es correspondido, no lo deje ir por nada del mundo.

Su siempre cordial servidor

MR. SNOOP

Andrew dejó caer las manos hacia los costados luego de leer las últimas líneas, con la mandíbula desencajada y sintiéndose impresionado a más no poder. Había tantas interrogantes que lo asaltaban, tantas dudas que no sabía por dónde empezar. Todo se le hacía tan malditamente insólito y tan carente de sentido que ya se creía estar loco.

Se pasó una mano por el pelo y giró nuevamente hacia donde sabía que estaba Lucy, encontrándose al instante con esos fascinantes ojos azules que lo miraban con preocupación.

Ya lo tenía decidido. Aceptaría los consejos de Mr. Snoop, y que todos se fueran al diablo si gustaban.

Solo esperaba que ella aceptara.

Lucy se tenía por una mujer bastante diplomática que sabía conservar la compostura incluso en las situaciones más adversas, pero esa boda había logrado derribar años y años de entrenamiento y experiencia.

Todo era tan absurdo.

Una mujer desmayada, otra llorando a mares, un párroco que sufría una convulsión y sudaba en exceso, una concurrencia con síndrome de cotorra, y un novio que había sido plantado y que a nadie parecía importarle.

¿Qué rayos se supone que debería hacer en esa situación?

Ningún manual de etiqueta la había preparado para semejante escena. Solo

sabía que el alivio poco a poco comenzaba a invadirla —aunque ciertamente no debería—, y que una chispa de esperanza se abría paso en su interior.

—¡Caramba! ¡Esto parece de histriones!— murmuró Clitia con fascinación, viéndose bastante entretenida —¡Si tuviera un croquis haría una caricatura! Ganaría buen dinero.

—Apenas sabes dibujar una piedra y vas a hacer una caricatura— bufó Suzanne malignamente llegando junto a ella y ocupando el antiguo lugar de sus tíos que habían desaparecido entre la chusma. Lucy dedujo que también buscaban cotillear.

Clitia pareció querer decir algo, pero en cambio solo se limitó a poner los ojos en blanco.

—¡Esto es tan novelesco!— dijo Nora con gesto soñador, no pareciéndose dar cuenta que una novia había escapado solo Dios sabe dónde, y un hombre había sido dejado en el altar.

Miró a Andrew con preocupación, y lo encontró leyendo algo con un profundo ceño. Parecía ser una carta.

¿Qué estaría pensando? ¿Se sentiría aliviado con el abandono o humillado y enojado?

Quería creer lo primero. Lo segundo hacía que se le hundiera el corazón, y no le gustaba esa sensación.

—¡Ooooooh! ¡Tu primo viene hacia acá, Clitia!— chilló Nora estirando el cuello por encima de la gente —¡Y parece decidido!

Clitia masculló algo que los oídos de Lucy no lograron descifrar, ya que el golpeteo alocado de su corazón la estaba dejando sorda.

Lo único que podía ver era los ojos brumosos de Andrew que la contemplaban con fiereza y determinación; pareciendo tan indómito como un dios pagano.

Él se paró frente a ella y Lucy abrió los ojos como platos y olvidó respirar

cuando él se inclinó e hincó una rodilla en el suelo.

Todos los ojos parecieron posarse en ellos.

—Lady Lucinde— dijo con gravedad por encima de todas las voces, centrando sus ojos solo en ella—, sé que he sido un gran cretino y al hacer esto lo estoy haciendo aún más— hizo una pausa y tomó una de sus manos. Lucy no se dio cuenta en qué momento comenzó a temblar —; pero necesito decirte, con todas estas personas de testigo, que te quiero, que te amo— dijo, mirándola con ojos cálidos, casi líquidos —, y aunque sea una completa locura lo que voy a preguntar, deseo y ruego con todo mi corazón que la respuesta sea afirmativa— dio una larga exhalación, casi temblorosa, y dijo:

—Lady Lucinde Aldridge ¿Me haría el gran e inmenso honor de ser mi esposa?

En la habitación se elevó una inspiración colectiva, mientras que en una esquina de la habitación Charlotte Freeman pareció caer al suelo y comenzaba a gimotear porque nadie la sostuvo.

Suzanne dijo algo a su lado, pero Lucy no la estaba escuchando.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y aunque sabía que tenía que decir algo, tal vez lo más probable negarse, las palabras parecían haberseles quedado atascadas en la garganta.

Lucy no era una persona dada al escándalo. A sus veintidós años jamás había cometido uno ni tampoco se había visto involucrada en alguno. Era tranquila, muy educada, y rara vez cometía indiscreciones; pero tal vez, solo tal vez, ya era hora de cambiar eso, y a pesar de que era una completa locura como había dicho Andrew, contra todo sentido Lucy asintió, vagamente consciente de las lágrimas que corrían por sus mejillas, sin importarle nada más, y se lanzó de un brinco a los brazos de Andrew que ya se había incorporado.

—¡Sí!— susurró con la garganta oprimida — ¡Sí!

—Gracias a Dios— suspiró Andrew abrazándola con fuerza —. Pensé que

te negarías, y el Cielo sabe que tendrías vastas razones.

Ninguno parecía darse cuenta del silencio que envolvía a la iglesia. Todos estaban en estado de confusión, pero a ellos no les importaba, lo único que existían eran solo ellos y ese perfecto momento.

Hasta que alguien comenzó a aplaudir interrumpiendo el mutismo —Lucy más tarde sabría que había sido lady Torrington—, y luego otro se sumó a los aplausos, y luego otro y otro y otro hasta que todos estaban aplaudiendo e incluso alguien silbando, pero Lucy no oía nada. Solo existía para ella Andrew y sus ojos brillantes que la observaban con tanto amor que Lucy se estaba convirtiendo en un charco.

—Te amo— volvió a decir Andrew apretando su cintura, mirándola con tanta ternura que parecía envolverla —. Tal vez te parezca repetitivo, pero no puedo dejar de decirlo.

—Y yo nunca me cansaré de escucharlo— murmuró Lucy poniéndose de puntillas y dándole un ligero beso —. Nunca me cansaré.

Y sin proponérselo, Andrew y Lucy se habían convertido en la pareja más escandalosa, de tal manera que muchos años más tarde aún se seguiría comentando sobre ellos.

Epílogo

El amor es una fuente inagotable de reflexiones: profundas como la eternidad, altas como el cielo y grandiosas como el universo.

ALFRED VICTOR DE VIGNY

Tres semanas después...

—¿Cuánto falta para que lleguemos?— preguntó por cuarta vez sin poder reprimirse, a pesar de que solo habían pasado menos de dos minutos desde que le cubrió los ojos con la excusa de que le tenía una sorpresa.

Andrew rio a sus espaldas, y Lucy se estremeció.

—Curiosa la moza— dijo chasqueando la lengua, pero Lucy podía asegurar que sonreía —. Vas a terminar muerta como el gato si sigues así.

Lucy sonrió.

—¿Y no que lo mató la impaciencia?— preguntó con sarcasmo.

Él apretó el agarre en su mano.

—Los dos males lo terminaron por matar— declaró sabiamente.

—Mmmm... entonces, usted milord, también terminará muerto— dijo Lucy, y luego de una pausa frunció el ceño agregando: —. Aún me parece que hicimos mal en fugarnos del festejo. Tía Maggy debe de estar desesperada

buscándonos.

«*Y Robert debe de estar planeando una manera de llevarlo a la horca*» pensó Lucy mordiéndose el labio al recordar cuando su hermano se enteró de su pedida de mano y lo desquiciado que se había puesto al saber sobre las circunstancias de éste.

El ojo de Andrew todavía sufría las repercusiones. Solo esperaba que Robert no se enojara demasiado por haber huido de su propio festejo matrimonial.

—¿Sabes?— Andrew murmuró quedamente —No sé qué pensar cuando guardas silencio de esa manera, me haces creer que me metí en problemas. Nuestros hijos se sentirán intimidados ante él; creerán que estás planeando sus castigos.

Lucy se sonrojó y dio un traspié, pero Andrew evitó que cayera.

Realmente ella no había pensado en hijos, aunque no rechazaba la idea de ver correr por ahí a unos cuantos pequeños Andrews de cabellos castaños.

—Solo pensaba en Robert— dijo Lucy cuando se detuvieron —. No quiero que vuelvan a pelear.

Andrew le sacó el vendaje de satén de los ojos, y Lucy pestañeó un par de veces y luego se enfocó en él, viendo su rostro arrugado en una mueca.

—Mmmm.. yo tampoco lo deseo— repuso Andrew apartándole un par de risos de la frente —. No quiero tener que volver a romperle la nariz a tu hermano— dijo altivamente, los ojos chispeantes y alegres—. Además de que tiene la cabeza dura.

Lucy se abstuvo de recordarle su ojo morado, no quería magullar su orgullo, con el ojo ya era suficiente.

—Entonces ¿qué es lo que me querías mostrar?— preguntó en cambio.

Andrew se aclaró la garganta, y pareció algo avergonzado. Y nervioso.

—Mira a tu alrededor— sugirió, pasándose un dedo por la corbata.

Lucy entrecerró los ojos con desconfianza, pero le hizo caso, y la respiración se le quedó enganchada en la garganta cuando contempló lo que Andrew le decía.

Estaban en un pequeño jardín rodeados de rosas y más rosas amarillas, algunas florecidas y otras tantas apenas mostraban el indicio de un brote.

—Siento las que están chamuscadas— murmuró Andrew abrazándola por la espalda y enterrando la nariz en su cuello —, pero eran las primeras que plantaba en toda mi miserable existencia, y en un inicio no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—¿Las plantaste tú? ¿Para mí?— preguntó sorprendida, dándose vuelta entre sus brazos.

Andrew alzó una ceja.

—¿Para quién más? ¡Oh, por favor! ¡No llores! ¡Clitia dijo que te gustaría, no que llorarías!— exclamó agrandando los ojos con espanto.

Lucy pestañeó apartando las lágrimas.

—¡Es que lo que hiciste es tan lindo!— gimoteó —Nunca pensé que te reducirías a un jardinero por mí.

Y eso era lo que más la emocionaba. Porque era un regalo oneroso no en el sentido monetario del que se acostumbraba a dar, sino en cuanto al amor que había puesto en ello sólo para dárselo a ella; que se había dispuesto a pincharse los dedos solo por ella.

—Me reduciría a cualquier cosa por ti, Lucy— susurró Andrew con voz enternecida —. Es lo menos que puedo hacer después de haber sido tan imbécil contigo.

Lucy sorbió por la nariz con brusquedad, produciendo un horrendo sonido que la habría avergonzado en cualquier otra situación.

—También te tengo otra sorpresa— dijo Andrew esbozando una pequeña sonrisa divertida.

Lucy lo observó introducir una mano en el interior de su chaqueta y luego sacar un libro encuadernado en piel... y Lucy soltó una carcajada.

—¿Lo tuviste ahí durante toda la boda?— preguntó incrédula al ver que se trataba de la nueva edición de *Las aventuras de Lady Alzura y lord Apollon: El tesoro en el panteón de Agripa*.

—Sí— asintió Andrew solemnemente —. Necesito saber si *lord Apollon* y *lady Alzura* por fin se besarán y tendrán su final feliz.

Lucy se mordió el labio.

—¿Y tú lo tuviste?— murmuró mirándolo por debajo de las pestañas.

Él la abrazó y juntó su frente con la suya.

—El mío recién comienza— dijo dulcemente, besándole la punta de la nariz —, y te aseguro que se me antoja feliz, próspero y lleno de dicha.

—¿Ah? ¿sí?

—Sí— afirmó con vehemencia —, porque me casé con la mujer que amo y no adivinarás— añadió en un susurro.

Lucy alzó una ceja.

—¿Qué?

Él sonrió con orgullo.

—Me corresponde.

—¿Le corresponde, milord?— preguntó divertida.

—¡Oh, sí!— dijo con sonrisa pícaro— Milagrosamente me corresponde, y muy bien, milady— y la besó lentamente para demostrarlo —. Me corresponde

muy, muy, pero muy bien.

Nota de autora

Puede que los motivos de la negativa al matrimonio por parte de Andrew parezcan algo ridículos, pero hay que tener en cuenta que él fue rechazado de manera *manifiesta* por ambos progenitores, lo cual ha causado que en su mente surja la idea de «no hacer lo que hicieron mis padres». También hay que recordar la actitud de su madre y aquellos comentarios de «serás como tu padre» y similares, que quedaron grabados en su mente haciendo que hasta él mismo se lo creyera más que probable.

Es sabido que el rechazo es uno de los mayores tipos de daño emocional que puede sufrir una persona, derivando en depresiones, conductas agresivas, celos, dudas, culpas, impulsividad (que se demuestra en su decisión de ir a ver a Lucy y seducirla sin medir las consecuencias), etc., mas Andrew fue, en cierto sentido, privilegiado y las consecuencias no fueron demasiado graves, a pesar de que su rechazo fue uno de los más crueles que puede sufrir un niño.

Las consecuencias del rechazo no son algo que pueda desaparecer de la noche a la mañana. Por su parte, Andrew tuvo varios empujones para (como dicen por mis tierras) dar su brazo a torcer y cambiar su mentalidad, entre esos se cuenta la conversación que mantuvo con su madre, que le abrió un poco los ojos, y el puñetazo de su prima, que le removió los sesos.

Sé que hay lectores que me van a querer linchar al estilo edad media por haber dejado a los protagonistas juntos luego de lo egoísta que fue Andrew al acostarse con Lucy antes de tener que casarse con Jolianne Creig, *pero* justifico, en parte, su actuar debido a lo antes mencionado del rechazo y la impulsividad. Lo demás se le atribuye a la personalidad. Y si Lucy se acostó con él sabiendo que se casaba con una de sus amigas (sin tener conocimiento de si ella podría amar o no a su prometido) bueno... atribúyase al momento y al egoísmo inherente de cada ser humano.

Si les preocupa el futuro de la pareja, como autora, puedo darles algún consuelo al decirles que Andrew, con ayuda de su esposa, fue capaz de comprender que la forma de actuar de sus padres no tenía relación con él, sino que eran sus propios demonios los que los atormentaban. Vivió muchos años, tuvo dos hijos y tres hijas, y les dio todo el amor que a él le negaron, siendo un grandioso padre de familia.

Agradecimientos

Hay muchas cosas que no sé hacer, y entre ellas está, precisamente, cómo redactar los agradecimientos que corresponden.

Aquí entre nos, confieso que me demoré un montón en escribir este libro. Está lejos de ser bueno; tiene muchos fallos, y tal vez cosas que pueden no tener sentido para el lector, o muy bien, detalles inconclusos. También puede tener errores ortográficos y entre otros, y aunque no pretendo justificarme, tengo que aclarar que toda edición, maquetación y demás las hice yo... y bueno, sí es justificación, pero solo en parte.

Caray, esto debería ser un agradecimiento, pero me paso la vida explicando cosas innecesarias. Perdón por eso, pues tiendo a divagar.

Quiero agradecer en este momento a todas las personas que se tomaron la molestia de leer este libro; a las lectoras de las Plataformas de Internet por darme ánimos y estar conmigo a pesar de que escribo a la velocidad de los caracoles. Su paciencia no es de este mundo.

También agradecer a esas personas que me han impulsado a publicar, que han estado ahí para mí dándome un cariño que no merezco.

Así mismo, quiero darte las gracias a ti, que te diste el tiempo de leer este libro, no importa si lo descargaste de manera ilegal en alguna página web. Aunque a quien lo compró le doy mayores gracias; no tanto a ti, desgraciado ilegal.

Pero de la forma en que lo hayas hecho, me gustaría que pudieras darme tu opinión en la plataforma en que lo compraste o en Goodreads, pues sería de

mucha ayuda para mí.

Y con mis mejores deseos —no tanto para quien lo descargó de manera ilegal (esto no quiere decir que sea rencorosa ¡Que no lo soy!)—, me despido en esta hora,

Karin D.

Reseña bibliográfica

Karin Doyle

Karin Doyle es una escritora chilena. Le gustan las novelas de romance histórico desde que leyó a Megan Maxwell con “*Deseo Concedido*”, y de romance contemporáneo desde que supo que existía alguien llamada Anna Casanovas. Más tarde descubrió el romance histórico ambientado en la Regencia Inglesa cuando leyó a Lisa Kleypas, y desde ahí quedó fascinada.

De vez en cuando escribe, ve series de televisión, y lee libros que compra en tiendas de segunda mano. Cree en el amor por los gatos, no le gustan las peluquerías, y siente admiración por las monjas.

Simplemente Perfecto

No por falta de propuestas de matrimonio, y luego de llevar más de cuatro años dando vueltas por entre los más respetables salones de bailes londinenses, lady Lucinde Aldridge se encuentra soltera. Sus esperanzas de encontrar un marido que cumpla con sus requisitos parecen estar perdidas, y cada día está más convencida de que vivirá en una eterna soltería. Ella no pide demasiado, lo único que desea es que su futuro marido sea alguien que vea más allá de su exterior y su cuantiosa dote, que trate de conocer cómo

realmente es, y que tal vez, solo tal vez, encienda en ella *la chispa* de la que tanto ha oído hablar.

Al ver el desastroso matrimonio que llevaron sus padres, Andrew Clayton, vizconde de Torrington, decidió que nunca se casaría para así no cometer los mismos errores que ellos. Por supuesto, sus planes conllevan el mantenerse alejado de cualquier jovencita casadera, dentro de las que se encuentra incluida lady Lucinde, una de las amigas de su prima. Sin embargo, no puede evitar encontrarse en cada ocasión con ella, quien, con su belleza, su carácter y sus respuestas mordaces hace que en cada nuevo encuentro le sea más y más difícil mantener a raya la atracción que surge entre ellos.

Si tan solo no la hubiese besado y probado aquellos deliciosos labios...